



LOURDES
DELEGADO

JESÚS
SALAS

**MALDITAS
LÁGRIMAS
DE
SANGRE**

MALDITAS LÁGRIMAS DE SANGRE

LOURDES DELGADO Y JESÚS SALAS

© **Título: Malditas lágrimas de sangre**
© **Autores: Jesús Salas y Lourdes Delgado, 2018**
© Edición: Lourdes Delgado
© Ediciones Jelovalla

Primera edición: Abril 2018

ISBN: 9781980656548 Amazon Edición impresa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Web de los autores:

<https://librosjesussalas.wixsite.com/lourdes-jesus>

Blog y Facebook de Jesús Salas:

<http://www.librosjesussalas.blogspot.com>

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100014675318308>

Facebook de Lourdes Delgado:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100014669379880>

Gritos desgarrados,
hombres sin alma.
La muerte reía,
la virgen lloraba.
Sangre de inocentes...
¡Malditas lágrimas!

INDICE

| | |
|-------------------------|------------|
| <u>Capítulo 1</u> | <u>6</u> |
| <u>Capítulo 2</u> | <u>65</u> |
| <u>Capítulo 3</u> | <u>104</u> |
| <u>Capítulo 4</u> | <u>201</u> |
| <u>Capítulo 5</u> | <u>266</u> |
| <u>Capítulo 6</u> | <u>304</u> |
| <u>Epílogo</u> | <u>342</u> |



Capítulo

1

Una mujer corría por el estrecho sendero, que llegaba hasta la entrada del antiguo santuario abandonado. Solo notaba el frío viento nocturno en su rostro, y un terror creciente que le impedía gritar. Los duros sillares de piedra amontonados se interponían en su carrera, tropezando y haciéndole caer sin remedio sobre el suelo enlosado de la iglesia. La chica corría desesperada. Corría como una loca, como un ser sin razón ni voluntad propia. Solo deseaba huir de allí, escapar, y salvar su vida; eso pensaba, entre jadeos y un dolor intenso que sentía en el pecho.

Se detuvo un instante detrás de una columna. Sus ojos miraban en todas direcciones buscando alguna forma, una sombra que la acechara, el ser maligno que la seguía sin descanso. Pero nada consiguió apreciar entre la claridad de la noche.

Una luna grande y roja iluminaba las ruinas del santuario, tiñendo de color anaranjado las paredes y los restos, de figuras y formas que todavía se adivinaban en los rincones más oscuros. La enorme basílica era ya una construcción abandonada, un edificio muerto que solo recordaba los ecos del sufrimiento pasado, sobre la fría solemnidad de sus gruesos muros de piedra. Por todos lados se veía el paso del tiempo y la fuerza de los siglos que habían derribado aquellas macizas construcciones, haciendo que montañas de piedras se repartieran por todo el lugar. El santuario era un lugar olvidado; un recuerdo de una época feudal, donde los señores de la guerra gobernaban aquellas regiones montañosas con mano férrea y sin ninguna piedad. La inquisición había sido dueña y señora del enorme complejo sagrado, haciendo de aquel sitio su cuartel general y el lugar donde atormentar y ejecutar a miles de pobres víctimas que habían caído en sus manos. Ahora solo era un cadáver, un esqueleto de piedra que dejaba pasar la luz ardiente de la luna por el

espacio abierto entre los arcos del techo.

En lo que fue aquella suntuosa iglesia, solo quedaban en pie unas pocas columnas y la zona del altar, recortado entre la claridad de la noche contra los restos de un enorme ventanal apuntado. La maleza ya había empezado a colonizar el suelo y se mezclaba con los sillares de piedra y las columnas caídas. Nada habría indicado un rastro de vida en aquel maldito lugar, sino hubiera sido por el gemido incesante de la mujer que temblaba aterrorizada, escondida entre las sombras de las columnas que aún seguían en pie.

—¿Por qué tienes miedo, Lina? —se escuchó de forma dulce y melosa, como si alguien forzara su tono de voz para imitar el de una niña—. ¿Por qué corres, Lina?— volvió a repetir, dejando que el eco se difuminara entre las oscuras paredes.

La chica dejó escapar un grito agudo, un chillido débil que provenía de lo más hondo de su alma y salió de la sombra protectora para correr hacia la salida de la iglesia. Se golpeó, sin darse cuenta, contra la esquina afilada de una piedra, que le desgarró la piel del codo, haciendo que su blusa se rasgara y un fino hilillo de sangre manchara la superficie pétreo. Uno de sus zapatos saltó de su pie y Lina cayó al suelo, apoyando sus manos sobre las esquinas cortantes, lacerándose al apretar con fuerza. Sintió el dolor agudo y se volvió a quejar, sin dejar de mirar en todas direcciones con los ojos desorbitados y la boca entreabierta para poder respirar.

La entrada de la iglesia, que se encontraba delante de ella, estaba ahora cerrada. Dos enormes hojas de madera le impedían el paso. Había entrado sin darse cuenta, corriendo enloquecida por el sendero, hasta el interior del edificio antiguo. Entró buscando la protección de algún escondrijo, un lugar donde escapar del ser que la acosaba. Ahora se daba cuenta de que estaba atrapada. Miraba a su alrededor y no veía ninguna salida. La entrada estaba cerrada y esa maldita voz seguía oyéndose, como si fuera un clavo candente que se clavara en su cabeza, haciéndola temblar llena de pánico.

—¿A dónde vas, Lina? ¿Por qué corres, pequeña? No huyas amiga mía... —susurraba la dulce voz de la niña, llamándola desde lo más profundo de la iglesia.

La chica miró hacia la zona del altar más alejada de ella, y la luz anaranjada de la luna iluminó la forma menuda de un ser humano que antes no había visto. Una niña estaba sentada sobre el descarnado y sucio altar de

piedra. Una pequeña con un raído vestido blanco que reflejaba el resplandor rojizo del ambiente.

La mujer gritó al verla, emitió un gemido sofocado, y miró en todas direcciones buscando otra presencia, algo que notaba y que no sabía precisar.

—Fuiste muy traviesa hoy. Y ya sabes lo que les pasa a las niñas travieras, Lina. Ya sabes, lo que les pasa, ¿verdad, pequeña Lina? —repetía la dulce voz, con aquel terrible tono agobiante y burlón. La mujer recordaba aquellas palabras, aquellas frases que le traían a su memoria los reproches y castigos de su madre, en una olvidada infancia que ahora afloraba de nuevo en su cabeza.

Las niñas travieras,
serán castigadas.
Las niñas travieras,
serán atrapadas...

Cantaba la voz de forma grotesca y forzada:

¡Las niñas blasfemas,
serán condenadas!

Terminó de pronto en un tono áspero y brutal, que rebotó como un eco maldito entre las columnas y paredes.

Lina empujó las enormes puertas de madera, llena de desesperación, pero estaban firmemente cerradas por fuera. Las macizas moles no se movían un ápice y sus escasas fuerzas no eran suficientes para abrirlas y poder huir.

—¡No puedes escapar, perra blasfema! —gritó una voz áspera a su espalda.

Lina emitió un gemido ahogado y se volvió para ver a la niña a su lado, detrás de ella, iluminada por la luz rojiza del terrible astro de la noche. Su cara dulce y triste la miraba fijamente. Su vestido blanco estaba rasgado por varios sitios y restos de sangre reciente lo manchaban como si hubiera sufrido un terrible accidente. Su rostro de cera se veía limpio y suave, con aquellos ojos azules sin vida, que ahora la miraban llenos de odio.

Lina se apartó de ella llena de terror y consiguió internarse por una de las naves laterales de la iglesia, para correr entre las piedras y sillares derrumbados hasta la zona más amplia del crucero del viejo edificio.

La suave canción infantil seguía oyéndose en el lugar donde había estado hacía apenas unos segundos, cerca de la puerta de entrada; cada vez más tenue, más lejana. La mujer había visto delante de ella una abertura en el muro de piedra, una zona por donde quizá poder escapar de aquel lugar maldito.

En su mente todavía recordaba a aquel ser brutal que la había perseguido. Sentía su aliento y la respiración agitada del hombre a su lado, cuando casi la había atrapado, al destrozar su coche con un enorme mazo de hierro. Pero había corrido, había podido escapar, y ahora al recordarlo reía con nerviosismo, de forma histérica fuera de sí. Había escapado de aquel monstruo que la perseguía, lo había dejado atrás y ahora veía visiones. Nada era real, pensaba, y pronto llamaría a la policía para que lo atraparan y estaría a salvo. Solo debía llegar al pueblo otra vez, escapar de allí y volver. En su coche destrozado tenía su móvil.

Sí, eso haría, se decía, frotándose los brazos para hacer que el temblor cesara. Todo era producto de su mente, no era real, era el miedo..., eso era; se repetía a sí misma, para conseguir que sus piernas la obedeciesen de nuevo y poder escapar así de aquella maldita iglesia.

«Alguien cerró las puertas, querida» —percibió en su cabeza. Palabras que brotaban en su mente y que prefería ignorar.

—En el pueblo estaré a salvo —se convenció a sí misma, sin que su voz fuera apenas audible.

—Fuiste muy traviesa, Lina —volvió a escuchar, mientras corría hacia la zona de la pared por la que ya se veía con claridad el exterior.

Alguien la observaba en la sombra, débilmente iluminado por el resplandor de la luna. Una mirada que le hizo gritar, ya muy cerca del muro derrumbado. Los ojos tristes de un caballero observaban desde la altura, en su pedestal de piedra. Una figura esculpida de una antigua tumba, que la observaba con sus ojos vacíos y atemporales.

Lina se apartó el pelo de la cara y notó el sudor frío en su frente. Se había mordido el labio con fuerza al intentar huir del peligro que la acosaba. La pared derribada estaba casi a su lado. Afuera se veía la noche oscura, iluminada ahora débilmente por la luna que se cubría con un manto gris de nubes. El cielo parecía presagiar la maldad que estaba por llegar, se negaba a iluminar los hechos terribles que se presentían en aquel lugar de muerte. La mujer se acercó al talud de piedras formado en la base de la pared derribada. Con sus manos palpaba a oscuras los sillares amontonados e intentaba ver

cómo pasar aquel derrubio, para atravesar la abertura y por fin escapar hacia la libertad del exterior.

—¿Pero a dónde vas traviesa Lina? —volvió a escuchar la voz de la niña a su lado. Y la mujer se sobresaltó asustada, levantando la vista para ver la sombra monstruosa de un hombre encapuchado subido en la abertura de la pared.

La figura oscura de un monje sin rostro, oculto por una túnica negra, se erigía frente a ella. Parecía agarrar una cuerda, un cable entre sus dos manos que enroscaba fuertemente en cada una de ellas, hasta tensarla con fuerza. Lina gritó aterrorizada al verlo allí de pie, y se tropezó, para caer de espaldas entre las duras piedras amontonadas. Gimió de dolor al sentir el contacto de las aristas cortantes en su pierna derecha y de forma instintiva se arrastró hacia atrás sobre el costado, para alejarse de la temible aparición.

—¡No! ¡Noooo! —gritó aterrorizada, levantándose de nuevo para retroceder, sin dejar de mirar al enorme monje que bajaba lentamente por los escombros de la pared.

La voz de su madre parecía susurrar en su cabeza atormentada.

—Has sido muy traviesa Lina, serás castigada. Debes ser castigada — escuchaba una y otra vez en su mente, mientras retrocedía presa del pánico.

El monje había bajado por los restos de la pared y resollaba, ahogado, a través de su capucha. Sus ojos de fuego la miraban con intensidad por las aberturas de la tela. Unos ojos llenos de maldad, de instinto de sangre, de locura antigua, que se veía alimentada por la esencia del mal que se extendía por todo aquel recinto.

La iglesia una vez fue sagrada; en sus orígenes, cuando los humildes habitantes de aquella pobre comarca perdida, la construyeron llenos de fe, devotos de la Virgen y fanáticos creyentes en la salvación de sus almas. Pero el mal se extendió por todo el santuario. El mal alimentado por la agonía de los pobres desgraciados que allí fueron torturados, que allí murieron entre terribles sufrimientos, decapitados o quemados vivos por el fanatismo de la inquisición. El mal ahora vivía entre sus paredes, rezumaba como una apestosa brisa a través de sus muros.

El terrible demonio encapuchado se acercaba a Lina con el cable entre sus manos, arrastrando sus pesados pies por las sucias losas de mármol del suelo. La mujer chocó contra una columna y soltó un grito desgarrador al intentar apartarse de aquella monstruosa aparición.

Volvió a gritar paralizada por el miedo; la niña saltaba entre las

piedras caídas, cantando la triste canción infantil, mientras el monje de la oscuridad se acercaba a ella levantando el cable entre sus dos manos, mirándola con odio intenso sin que nada pareciese apartarle de su terrible intención.

En la sombra, un poco más alejados, estaban otras dos figuras sombrías, otros dos demonios salidos del infierno que observaban los hechos sin moverse, sin apenas hacer ruido, como silenciosos testigos de aquel horrendo crimen que se iba a cometer. El más bajo de los dos respiraba agitado, podía oírse un sufrido resuello que salía de su garganta, frotándose las manos con nerviosismo y rozando los pies sobre el suelo sin poder contener su excitación. El otro individuo encapuchado que estaba a su lado parecía más sereno, más impasible, y solo observaba sin apenas pestañear. Sus ojos oscuros como la noche, presenciaban el acercamiento del monstruoso asesino, que cada vez se aproximaba más a la pobre mujer, paralizada por el pavor. Ninguno de los dos deseaban intervenir, sus almas muertas desde hacía mucho tiempo eran incapaces de sentir el dolor o la pena, ya no podían notarlo ni albergar ninguna simpatía por aquella joven vida que pronto dejaría de existir.

La mujer, en un esfuerzo supremo, consiguió reponerse lo justo para escapar del gigante encapuchado que ya estaba a su lado. Con mucha dificultad, se arrastró entre las piedras caídas, golpeándose contra ellas varias veces y lesionándose los brazos y las piernas. Ya no tenía a dónde escapar, la iglesia estaba cerrada y la única salida estaba detrás de aquel monstruo que le acosaba. Su cerebro atormentado no encontraba una escapatoria, un lugar por donde huir. Solo aquella niña, manchada por la sangre de los inocentes, le sonreía desde lo alto de una gran piedra iluminada por la débil luz de la luna, ya cubierta del todo por las nubes.

—¡Lina, corre! ¡Corre, pequeña Lina! —se reía la niña con su dulce voz burlona y triste, como un eco que se le incrustaba en lo más profundo de su mente.

Sin poder evitarlo, al seguir andando de espaldas, tropezó contra varios bloques de piedra, cayendo sobre su brazo derecho. El encapuchado la alcanzó cuando se intentaba incorporar; y el cable, tenso como una barra de acero entre sus poderosas manos, rodeó su garganta sin que pudiera hacer nada por evitarlo. La mujer emitió un grito ahogado, al sentir la opresión que ya le impedía respirar. Los ojos furiosos de su asesino brillaban en la oscuridad como dos ascuas de carbón encendidas. Dos fuegos que salían de los agujeros

de la tela, mostrando la ira contenida de su negro corazón. Sus manos se extendieron, apretando aún más el cable, haciendo que el aire dejara de entrar en los ávidos pulmones de la mujer.

Esta se debatía entre sus brazos poderosos. Sentía la asfixia y la agonía de la muerte que la empezaba a congestionar. No podía respirar, no podía. Su mente no conseguía entender lo que estaba ocurriendo, solo esa vocecilla infantil que seguía cantando cerca de ella. Eso fue lo único que escuchó al final, cuando la consciencia la dejó y su corazón se detuvo, presa del terror.

El gigante seguía mostrándose furioso, como un loco, apretando más y más el cable, casi seccionando el débil cuello de la mujer, donde ya empezaba a aparecer su roja sangre que descendía por su pecho immaculado. Estaba enloquecido, como si aquello fuera su venganza y así, consiguiera dejar escapar a los demonios que le devoraban las entrañas. Solo sentía ese placer, eso que no podía evitar y que hacía que apretara sus dientes y siguiera estirando el cable sobre el blando cuello de la mujer, ya muerta entre sus brazos.

Una mano le agarró la muñeca con firmeza y tiró de él.

—¡Ya basta estúpido animal! Basta, está muerta —dijo la voz de forma imperativa, sin dejar que nada, ni siquiera el eco de aquellas paredes antiguas, la contradijera—. La chica está muerta, suéltala ya —volvió a repetir, hasta que sus palabras lograron entrar en la cerrada mente del asesino, que aún se mostraba confuso con el cadáver caliente de la mujer en sus brazos.

El tercer encapuchado, más bajo que los otros dos, seguía al lado de la columna donde había presenciado el brutal asesinato. Sus manos parecían nerviosas, se frotaban una y otra vez, mientras rezaba en voz baja con una mezcla de lamentos y susurros casi inaudibles. No se atrevía a acercarse aún, solo observaba cómo el individuo más delgado apremiaba al gigante para que dejara a la mujer en el suelo. Lo miraba como si fuera un sueño, una escena que no le afectaba y en la que nada tenía que ver, rezando aquellas oraciones aprendidas desde hacía tanto tiempo y que siempre le confortaban en los momentos terribles de su miserable vida.

Nuevas pisadas se escuchaban en el interior de la derruida iglesia. Un soplido de aire violento y frío se deslizó entre las columnas, levantando el polvo del suelo y rozando a los tres encapuchados que se encontraban alrededor del cadáver. Las nubes parecían querer acrecentar el terrible crimen, dejando que la luna aflorase entre ellas. Una claridad anaranjada iluminó el cadáver de la

mujer, tirado en el suelo como una triste muñeca desvencijada y retorcida, que les miraba con los ojos desorbitados y la lengua azulada entre los dientes apretados. El más bajo de los tres se acercó cojeando, cuando el viento agitó sus túnicas. El más alto se dio la vuelta y vio el resplandor del exterior que penetraba por la entrada de la iglesia. Ahora las puertas estaban abiertas y varios monjes, ocultos por sus oscuras capuchas, iban entrando en una callada procesión hacia el lugar del crimen.

Poco a poco, en silencio, arrastrando sus pies como fantasmas venidos del infierno, dos filas de encapuchados entraron en la vieja iglesia, recorriendo la nave central y sorteando las piedras caídas. Iban en fila sin decir nada, solo miraban al frente, observando el cadáver iluminado de la mujer que permanecía en el centro del edificio, al pie del altar de piedra.

Al final de la tétrica procesión, un individuo más alto se acercaba despacio por el centro de las dos filas. Al ver lo ocurrido a lo lejos, apretó el paso, pasando entre ellos sin que los demás dijeran nada. Al llegar al lugar donde el cadáver permanecía en el suelo, ordenó con la mano de forma autoritaria para que fuera depositado sobre el altar de piedra.

El gigante tomó el cuerpo inerte de la mujer entre sus manos y sin apenas esfuerzo lo subió al altar, depositándolo en él. La luz de la luna intensificaba la expresión grotesca del cadáver, que seguía mirando con sus ojos aterrados en un gesto terrible de miedo y desesperación. El más alto los cerró y se volvió hacia los demás que ya habían llegado a su lado y rodeaban el ara sagrada.

—¿Qué es lo que somos, hermanos? ¿Qué es lo que debemos ser, en estos tiempos de maldad y corrupción, donde los seguidores del anticristo nos acosan y se mezclan con los justos? ¡Somos el brazo de dios! —gritó, haciendo que su voz se proyectara entre las viejas paredes de la iglesia.

»Ahora debemos todos jurar en virtud del verbo sagrado y ante las órdenes de San Pedro y San Pablo —añadió en voz más baja, dejando que todos asimularan sus palabras.

Los encapuchados que le rodeaban pronunciaron algunas palabras inaudibles. Pronto se transformaron en agudos susurros, que parecían surgir de las fauces abiertas de una fiera, hasta que su líder les interrumpió con la mano.

—Este es el espíritu del anticristo, del cuál habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo —continuaba declamando, con los ojos en blanco, poseído por su demencial convicción.

»¡No seáis crédulos, pobres víctimas del engaño y la herejía! ¡Seres

indolentes que os arrastráis como alimañas por el barro y la inmundicia! ¡Yo he sido testigo de estas artimañas del maligno! ¡Yo lo he visto! —gritaba ya fuera de sí.

»El demonio se paró sobre la arena del mar. Y vi que subía del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas; en sus cuernos había diez diademas, y en sus cabezas había nombres blasfemos. La bestia que vi era semejante a un leopardo, sus pies eran como los de un oso y su boca como la boca de un león. Y el demonio le dio su poder, su trono y gran autoridad. Y vi una de sus cabezas como herida de muerte... —se detuvo, respirando sin aliento.

»¿Quién es semejante a la bestia, y quién puede luchar contra ella? Se le dio una boca que hablaba palabras arrogantes y blasfemas, y se le dio autoridad para actuar durante cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre y su tabernáculo, contra los que moran en el cielo. Se le concedió hacer guerra contra los santos y vencerlos; y se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación —seguía declamando, mientras sus seguidores parecían congelados en el tiempo sin moverse, aceptando con sus cabezas las palabras de su líder enloquecido.

»Pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo no tiene jamás perdón, sino que es culpable de pecado eterno. Y solo por el fuego o la muerte será redimido. ¡Solo por el ardiente perdón del fuego! —gritó, haciendo que el encapuchado más bajo, que aún seguía apartado, se estremeciera al sentir cómo aquella voz retumbaba entre las paredes de la iglesia.

»Por su astucia hará que el engaño prospere... destruirá a muchos que están confiados. Aún se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será destruido sin intervención humana —pareció terminar, agotado por la intensidad de sus palabras

Su voz se notaba gastada, sin fuerza para seguir pronunciando aquella grotesca alocución. Con su mano apuntaba a todos los presentes, como si fuera capaz de fulminarlos con el furor de su mente enfermiza.

»Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y mostrarán grandes señales y prodigios, para así engañar, de ser posible, aún a los escogidos.

»Así ha sido dicho y así será por toda la eternidad de los tiempos, hermanos míos —añadió, dulcificando el tono de su voz y dejando que el aire entrara en sus pulmones congestionados.

»Solo nosotros estamos bajo el manto protector de la verdadera fe. Nuestra Señora vela por todos, y así nos lo muestra con la expresión de su

sangre —terminó, dejando que el silencio y el viento gélido de la noche recorrieran el grupo de monjes de la oscuridad, allí reunidos.

Todos escuchaban, murmurando una sorda oración que no parecía salir de gargantas humanas. Levantaron sus manos, mostrando las palmas hacia delante, como si de esa forma se limpiasen del crimen cometido, para seguir recitando sin que ninguno de ellos se moviera del sitio. Solo el más alto, el que parecía su líder, se desplazaba alrededor del altar, indicando como un loco el cadáver de la mujer y levantando su mano al cielo de la noche para mostrar que todo aquello no provenía de él, si no que era el mandato de un dios de sangre y fuego, de un dios justiciero que obraba a través de ellos, sus más fieles seguidores.

El gigante resollaba como un cerdo a su lado. Su respiración se podía escuchar a través de la tela que cubría su cara. La mano férrea y sarmentosa del otro individuo que lo había sujetado durante el cruel asesinato, seguía agarrando su brazo, como transmitiendo su confianza y una especie de vínculo enfermizo que los unía.

—Ahora debemos rezar por la salvación de esta pobre alma pecadora. El perdón es posible, hermanos míos. El perdón liberador, que la permita acercarse a la luz del Salvador. Ahora está pura y su maldad ha sido eliminada. Su alma ya puede descansar y el demonio ha sido conjurado una vez más. Ninguna pena debe albergarse en vuestras mentes, ningún miedo o consternación, pues hemos hecho hoy, en esta noche, lo que los seguidores de esta iglesia deben hacer. Solo nosotros podemos combatir la maldad del anticristo y detener sus actos viles —declamaba enfervorecido, haciendo que sus seguidores asintieran con la cabeza y murmuraran en voz baja.

»¡Debemos volver, y llevarnos de aquí este receptáculo de maldad que ya no contiene alma alguna! —exclamó al final, haciendo que el individuo que sujetaba por el brazo al gigante lo apretara de forma imperceptible para los demás, indicándole que debía volver a actuar.

El asesino volvió a tomar el cadáver de la mujer entre sus manos, echándoselo al hombro, esta vez como si de un saco se tratara, sin esfuerzo, emitiendo un resuello de su agónica respiración, antes de seguir al grupo que ya salía de forma ordenada de la vieja iglesia. En cabeza iba el encapuchado más alto, dirigiendo la lúgubre procesión de monjes oscuros.

El gigante portaba a la mujer inerte, situado al final de las filas, mientras era observado de cerca por el otro individuo más delgado. Los ojos de este último se desplazaron hasta el más bajo, que seguía al grupo algo

apartado.

—Vamos estúpido, deja de sollozar. Harás que pierda la paciencia — exclamó de forma áspera, con un tono de mujer, duro y cruel.

El más bajo de los tres empezó a andar detrás de ellos, cojeando y siguiendo a la comitiva que ya abandonaba el interior de la iglesia.

Poco a poco fueron saliendo sin prisa, internándose por el sendero que llevaba hasta el pueblo. La iglesia volvió a quedarse en silencio; nada parecía haber ocurrido entre sus antiguos muros, nada que recordara los hechos terribles que habían presenciado sus malditas piedras. El viento volvió a levantar volutas de polvo, que traviesas, se esparcían entre los viejos sillares y los restos de las columnas. Las dos puertas del templo permanecían abiertas, dejando que la luz de la luna atravesara el dintel de la entrada, tiñendo de rojo el suelo de mármol.

De entre la oscuridad, una sombra volvió a aparecer. Un fantasma que surgía del sendero para volver a entrar en el recinto. El más delgado de los encapuchados, la mujer que había pronunciado aquellas últimas palabras antes de salir, parecía estar ahora buscando algo entre las viejas piedras caídas en el interior. Miraba entre las columnas; rodeando el altar y recorriendo las paredes derruidas; fijándose en el suelo con mucha atención. Hasta que emitió una exclamación de alivio y algunas palabras que denotaban su satisfacción.

En sus manos portaba un zapato, el que se había deslizado del pie de la mujer al ser perseguida por su asesino. Había vuelto a buscarlo y ahora ya nada dejaría un recuerdo de los hechos allí acaecidos. Solo una leve mancha de sangre que frotó con la manga de su túnica, encima de uno de los bloques de piedra amontonados. La frotó un rato, pero el rojo estigma del sacrificio parecía persistir en quedarse, como triste recuerdo del crimen. Lo miró una vez más y en su fría mente decidió que la lluvia terminaría de borrarlo en poco tiempo y que ya nada indicaría lo que había sucedido.

Sin esperar más, se guardó el zapato en el interior de su túnica y salió del lugar para perderse de nuevo en la oscuridad de la noche.

La luz del amanecer se filtraba a través de las densas nubes, que dejaban entrever la vieja iglesia de la aldea de Castrolobos. Una construcción sólida y vetusta formada por viejos bloques de piedra gris, levantada hacía muchos siglos por los hombres que habitaron aquellas remotas montañas del

norte. Ahora la humilde iglesia se veía rodeada por un gentío adormecido. En los prados que la rodeaban, donde el frescor de la mañana dejaba un manto de rocío en la hierba, muchas tiendas y vehículos se amontonaban formando un auténtico poblado de modernos nómadas, fanáticos de la religión. Desde los primeros días en que los prodigios marianos se fueron sucediendo, el número de seguidores fue en aumento. Poco a poco y en un goteo incesante, las tierras limítrofes a la iglesia se ocuparon por un sinnúmero de tiendas de campaña, caravanas y todo tipo de vehículos que daban cobijo a una gran multitud de alucinados, de fanáticos y locos creyentes. Un poblado temporal donde lo más radical y extremo del mundillo milagrero y sectario se iba aglutinando.

En esas horas tempranas en que aún el sol intentaba despuntar entre las últimas nubes de la lluvia nocturna, el poblado se mostraba silencioso. Solo algunos perros del pueblo cercano parecían desperezarse y conjurar los fantasmas de la noche con sus escandalosos ladridos. Castrolobos estaba muy cerca, a poco más de un cuarto de hora andando por la vieja carretera que se retorció entre los farallones rocosos. Y allí, en un recodo abierto a los prados de montaña, se erigía el viejo templo que en otros tiempos había sido ermita y centro de peregrinación, y que ahora resistía el paso de los días como un lugar poseído por el fervor de todos aquellos locos y fanáticos, venidos de lejos.

El pintoresco poblado era una fuente de malestar y repulsa para los pocos habitantes del pueblo, era ese tumor maligno que muchos querían eliminar y expulsar de allí. ¿Quiénes eran esas gentes?, ¿qué venían buscando?, se decían los vecinos que creían en su Virgen y en sus milagros.

Con paso lento y arrastrando su cojera, acentuada por el frío de la mañana, Saturio se encaminaba como todos los días a la iglesia. Recorría con más ligereza de la que se le podía atribuir, la carretera por donde muy rara vez se podían ver circular vehículos. Siempre iba por el lado derecho de la misma, como se debía hacer, como era lo correcto; y odiaba a todos aquellos que no lo hacían o se saltaban las más mínimas normas. Saturio andaba con el frío metido en el cuerpo, acurrucado en su vieja chaqueta remendada de lana. Todavía tenía en la garganta el sabor caliente y dulce del tazón de leche y la aspereza de las rancias galletas, que él siempre hundía en el líquido hasta deshacerse. Ahora se dirigía a la iglesia, donde debía comenzar sus quehaceres de sacristán como todos los días. Sabía que pronto vería al lado del viejo edificio, el poblado de húngaros, como él los llamaba. Los odiaba con todas sus fuerzas, aquellos desarrapados y sucios moros. Para Saturio todos eran moros y húngaros. Representaban lo peor de la sociedad que él

imaginaba, lo peor que el mundo exterior a sus montañas le podía ofrecer; y ahora estaban allí amontonados como en Sodoma, como decían en la Biblia, fornicando y bebiendo; pero sobre todo fornicando, y eso le parecía sucio y lleno del estigma del pecado. Si él pudiera, los quemaría a todos, en una gran hoguera que ardería hasta el cielo, liberando a su pueblo de aquellas alimañas. Así iba pensando mientras recorría el borde de la estrecha carretera, mientras sonreía al ver los hayucos aún pequeños y verdes, intentando brotar de los árboles que la flanqueaban. Los rozaba con sus viejas manos, recias y sucias, sin que sus oscuros pensamientos le dejaran de torturar, hasta llegar a las viejas puertas de madera de la iglesia.

El sacristán ya había pasado la madurez hacía bastante tiempo; sus trabajos en el campo y con las vacas habían quedado atrás, para malvivir con una miserable pensión y el poco dinero que le dejaba su ocupación de sacristán. Realmente lo hacía por amor a su Virgen, a su Madre, a la que adoraba y por la que sentía tal devoción que habría asesinado con sus propias manos a todo aquel que se hubiera atrevido a mancillar su superficie pétrea.

Su decrepitud era ya muy palpable. Delgado y arrugado, ya solo tenía fuerzas para limpiar aquí y allá y colocar un poco la iglesia. Sus ojos hundidos y grises observaron a su alrededor, dejando que su mirada fría echara un último vistazo al cercano campamento. Con un reniego en voz baja se limpió la cara, arrastrando con su vieja manga de lana la saliva y los mocos que adornaban su labio superior. Desde que nació había sufrido las burlas de todos. En su infancia; la cruel vejación de los otros niños que lo apartaron y humillaron por su deformidad, por presentar en su feo rostro el labio superior partido, como un leporino ser que no podía contener dentro la saliva, sin dejar que rezumara de forma insistente hacia su cara. Ahora, ya en la vejez, todavía recordaba aquellos días tristes y terribles, y odiaba a todos por ello y la vida que había llevado. Solo su madre de Llercia, la Virgen que le acogía todas las mañanas a su lado, era su fuerza y lo que le ayudaba a seguir. Se limpió la cara y escupió en el suelo.

—Malditos fornicadores. Así reventéis todos como cerdos en celo — gruñó en voz baja, girando la vieja llave de hierro en la cerradura de la puerta de la iglesia y empujando la maciza hoja de madera, para dejar que el aire viciado de su interior se escapara con fuerza.

La iglesia permanecía oscura, iluminada por la escasa luz que atravesaba los estrechos vanos de las ventanas, y un cierto olor a rancio y a incienso antiguo se podía percibir al entrar en su interior. Saturio pasó el

dintel de la puerta y se persignó, mirando con devoción la figura gris de la estatua de la Virgen que ya se adivinaba entre el claroscuro del templo.

La iglesia era un bello recuerdo de ese románico montañés que tanto se extiende por el norte de la península. Una construcción de reducidas dimensiones, pero llena del misticismo de un fanatismo pasado, casi feudal, donde las gentes de las montañas, temerosas de Dios, venían a suplicar por sus pecados y por la salvación de sus indignas almas.

Saturio seguía cojeando mientras se acercaba al presbiterio, atravesando la nave central. La iglesia solo contaba con una única nave atravesada por un pequeño transepto que la cortaba en su crucero. Una pequeña torre octogonal formaba un macizo cimborrio, que se alzaba dejando que la luz atravesara desde el cenit de su cúpula. Detrás del altar, un antiguo retablo se mostraba ahora decadente, en mal estado debido a la dejadez y a la falta de medios de aquel pequeño pueblo olvidado de todos. En un lateral estaba la Virgen, una escultura de piedra gris que aún mostraba la magnificencia de otros tiempos. Una figura noble que miraba a sus fieles desde lo alto de su pedestal, abriendo sus manos en señal de perdón y misericordia. En sus ojos se podían ver todavía unos leves regueros, unos hilillos ocre, reseco, de un líquido oscuro y rojizo. Saturio se acercó a la figura y se santiguó varias veces sin dejar de recitar alguna oración inaudible. Al terminar, se aproximó a la base de la escultura y se reclinó sobre sus fríos pies de piedra. Con todo el fervor de su corazón los besó, dejando que su labio leporino formase una leve mancha húmeda sobre ellos. Al retirarse, sus ojos gastados lo miraron unos segundos y con la manga de su chaqueta lo limpió sin decir nada.

Despacio, se dirigió a la zona posterior del altar. En la base del viejo retablo se encontraba un adusto sagrario. Un armarito de madera desconchada con una cerradura plateada. Saturio sacó una llavecita de su bolsillo y la introdujo en la pequeña cerradura. La giró y abrió la puertecilla para sacar de su interior un cáliz tapado con un paño blanco. Lo descubrió y lo miró, levantándolo levemente contra la luz de la claridad interior y lo frotó con el paño, dejando que el metal dorado volviera a relucir otra vez.

—Cerdos fornicadores. Así os pudráis en el infierno todos. Sodomizando a Satanás con el rabo del demonio —seguía maldiciendo, sin dejar de mirar con sus ojos cansados a su alrededor.

Poco a poco, siguió colocando los objetos de la pasada liturgia y de los actos fanáticos celebrados en los días anteriores. Cerca del altar, se erigía

el ambón o atril donde el cura leía la plegaria, y llenaba de superstición y miedo los corazones de su fiel rebaño. Ya no existía paz en aquel viejo templo, los ecos de los días pasados todavía resonaban en los viejos oídos de Saturio. Recordaba a toda esa multitud de húngaros que ahora se mostraban adormecidos y en silencio en el campamento cercano. Recordaba los gritos y las escenas grotescas que habían sucedido en ese mismo lugar donde él estaba ahora y se frotaba las manos nervioso, presa de un malestar interior que no entendía bien. Él solo deseaba cuidar a su Virgen, no quería que aquellos malditos forasteros se acercaran a ella y profanaran aquel lugar de santidad. Pero los milagros habían atraído a todos aquellos fornicadores a su pueblo, y él no podía evitarlo, solo era el sacristán y no el párroco, y se lamentaba por ello.

La puerta de la sacristía se encontraba entreabierta, en el lateral izquierdo al lado del retablo. Eso le llamó la atención a Saturio. Recordaba la noche anterior, los hechos atropellados en el oscuro santuario en ruinas. Todavía temblaba y se frotaba aún más las manos al pensarlo.

«Se lo mereció, se lo mereció» —repetía en su mente, intentando expulsar de su cabeza los pensamientos que le torturaban. Recordaba los ojos de la mujer, corriendo despavorida entre los bloques de piedra y se frotaba las manos con fuerza, mientras se acercaba a la sacristía. Él no sabía nada, no quería ya pensar más en eso. Solo había llegado corriendo a su casa y se había encerrado dentro, libre del exterior y a salvo. Ya no quería saber nada. Y ahora veía la puerta de la sacristía entreabierta y sabía que la había dejado cerrada, cuando todo aquel tumulto de fornicadores había salido de su iglesia, tras los gritos y las voces del párroco. Siempre lo guardaba todo, siempre lo hacía, y la puerta de la sacristía siempre la cerraba. Se aproximó a ella y un eco se deslizó en su mente.

—Saturio, se lo merecía. Era una perra blasfema. Se lo merecía —retumbaba en su cabeza, al empujar la vieja puerta y entrar en la oscura habitación.

El interior de la sacristía olía a humedad y moho. Era una exigua estancia blanqueada con cal en sus paredes desconchadas y solo decorada por un viejo crucifijo y algunos muebles de madera carcomida. A un lado se encontraba una cajonera de sólido roble, donde se guardaban las túnicas y las ropas del párroco; y un viejo reclinatorio tapizado con terciopelo rojo, que ya no podía cumplir con su función por su mal estado.

Una de las puertas del enorme armario de madera mostraba la llave

metida aún en su cerradura. Saturio lo vio al entrar y al comprobar con su vista todo el interior. Algo había cambiado allí, él lo sabía. Todo estaba como lo solía dejar, menos esa pequeña llave latonada que aún descansaba en la vieja cerradura del armario. Se aproximó a él cojeando, lleno de miedo y de los peores presagios que podía albergar y la giró hasta liberar el pestillo. Con indecisión, moviendo su pie lisiado por las sucias baldosas del suelo, tiró del pomo, hasta que un quejido de la vieja madera le indicó que la puerta se abría.

—Era una blasfema. Se lo merecía. Se lo merecía. Era una fornicadora. Todos deben morir en la hoguera —repetía en voz baja una y otra vez, mientras abría la puerta del armario para dejar que su interior se iluminara, con la poca luz que entraba por la ventana de la sacristía. En el hueco oscuro se percibía una forma. Un bulto que al principio Saturio no pudo reconocer, hasta que sus ojos grises se acostumbraron a la escasa iluminación.

El cuerpo de una mujer joven se encontraba allí acurrucado, tapado por una suave tela de tafetán azul. La mujer estaba sentada y apoyada en el fondo del armario en una postura antinatural, con la cabeza torcida, mirando hacia el exterior, fijamente al sacristán, que abría su boca dejando que la saliva resbalase por su barbilla.

—Virgen santa, Virgen santa —repetió dos veces, sin poder añadir nada más.

El cadáver de la mujer asesinada la noche anterior se encontraba en el armario con sus ojos vacíos mirándole ahora. La sangre seca había corrido por su cara, acumulándose a sus pies y manchando todo el interior. Sus ojos habían sido extraídos y ahora dos horribles cuencas vacías y sanguinolentas le miraban con un terrible rictus de dolor y miedo por esa muerte atroz.

Saturio dejó todo como estaba, retrocediendo alucinado; mirando a la mujer como si no la reconociese. Era la mujer que había visto, ahora se daba cuenta otra vez. Aquella que corría por el santuario, y ahora estaba allí, poseída por el diablo que lo miraba desde aquellos ojos vacíos y rezumando la sangre negra y espesa del anticristo.

—Virgen santa, Virgen santa —seguía recitando en alto, mientras salía cojeando lo más deprisa que podía de la habitación, dejando todo como estaba, presa de una conmoción creciente.

Corriendo lo más que pudo, el viejo sacristán se dirigió al pueblo. Aquello no debía estar allí, aquel cuerpo no debía estar en su templo, en la casa de su Madre.

Castrolobos se levantó ese día con la terrible noticia; ya todos los

vecinos lo sabían. El cadáver de una mujer, de una periodista, se había encontrado en la vieja sacristía de la iglesia. Todo eran rumores y habladurías. La pequeña aldea callaba, sumida en su desconfianza hacia el exterior. Solo una llamada al cuartel cercano de la Guardia Civil, había sido la concesión de aquella comunidad para dar a conocer el macabro descubrimiento del cadáver.

La policía ya había llegado al pueblo. Un cansado e indolente sargento se empezaba a encargar de todos los trámites que aquello suponía y de todo el gran problema que le había caído encima, rompiendo el tranquilo pasar de los días en su sosegada comunidad.

Una llamada temprano había roto la calma de la oficina en el antiguo cuartel de la Guardia Civil. Los papeles se desperdigaban por la vieja mesa de madera, recordando al sargento Santos, que el trabajo del día sería el mismo que el de ayer, y que el de los días anteriores, monótono y repetitivo; el mismo de siempre en aquella comunidad de pequeños pueblos repartidos por las laderas de las montañas, que solo dependían de él y de sus tres ayudantes para mantener el orden y la paz pública. Por lo menos eso era lo que a él le gustaba repetir en la cantina del pueblo, jactándose de su labor y de la importancia de su cometido, entre sus amigos y paisanos.

Santos había llegado a aquella comarca perdida hacía muchos años, cuando aún era un joven guardia lleno de ilusión y ya algo cansado por las injusticias que había padecido en su larga trayectoria en el cuerpo. Era un hombre fuerte, de mediana edad y se sentía satisfecho en su puesto.

—De sargento me jubilo —siempre decía eso, riéndose con un vaso de tinto en la cantina del Valle. Todos le apreciaban y no era una persona dada a granjearse enemistades o a producir el resentimiento de algún aldeano. Santos era el del “cuartelillo”, el guardia de todos, y el que de vez en cuando mediaba en alguna disputa doméstica, en la que algún vecino cerril maltrataba a su mujer; o como con el suicidio del párroco del pueblo del Valle, que lo trajo de cabeza durante más de una semana, con una torre de papeles que le martirizaban y la fastidiosa labor de tener que ir a declarar al juzgado en la ciudad.

Ahora el sargento se encontraba contento con abrir la puerta de su oficina todos los días y cumplir con las órdenes que regularmente le llegaban de la comandancia. No pedía más y tampoco necesitaba más. Pero el teléfono

sonó insistente esa mañana sombría. El ruido del aparato retumbaba en la oficina, haciendo que el cabo se adelantara y descolgara el auricular. La cara de su ayudante se llenó de asombro al escuchar la comunicación. Santos le miró y sin saber porqué lo sintió como una punzada en el pecho.

—Problemas —se dijo así mismo, al mirar fijamente el rostro de su compañero.

El sacristán de Castrolobos le estaba contando los hechos acaecidos: el terrible descubrimiento que había aparecido en la sacristía de la iglesia; y el sargento lo escuchaba en silencio, sopesando todos los problemas y las complicaciones que estaban a punto de recaer sobre sus hombros. Un crimen de ese tipo era algo impensable en esa zona. Eso solo sucedía en la ciudad, en la capital, donde todo era droga y gente de fuera que solo sabía traer malas maneras, malas costumbres que se agarraban a la juventud, cambiándolo todo. En su comarca eso no pasaba; pero estaba allí ahora. El crimen horrendo de la periodista local era un hecho y el aturullado sacristán se lo estaba contando con frases entrecortadas y palabras inaudibles, que se desprendían de su torpe forma de relatar el suceso.

El sargento le cortó de golpe. El torpe aldeano no lograba hilar una historia coherente de lo que había ocurrido y no tenía más remedio que acercarse allí, para empezar a hacerse cargo de lo sucedido. Santos se acompañó de uno de los guardias que estaba de servicio. En el viejo todoterreno, se aproximó por la carretera retorcida y abandonada, a la más extrema de las aldeas de su extensa comarca.

El campamento de seguidores y fanáticos de la Virgen de Llercia estaba desperezándose con el frío de la mañana, cuando el coche del guardia civil llegó a la entrada de la iglesia. Ya algunos de los acampados se estiraban con los ojos soñolientos, mirando con asombro la llegada de la policía. No les era ajena su presencia, en días anteriores ya habían tenido algún pequeño roce con ellos, al intentar apaciguar el tumulto que inevitablemente se formaba cada vez que el loco párroco sacaba la Virgen en procesión; haciendo que una legión de alucinados se pusiera a cantar o a tirarse por el suelo, como si el demonio en sus más variadas formas se hiciera presente. En esos casos habían tenido que intervenir para frenar aquella locura colectiva, ante la pasividad de los vecinos de la aldea que nunca hacían nada.

A Santos no le gustaba aquella gente cerrada y atrasada. No le gustaba ese pueblo perdido en lo más recóndito del monte, donde el tiempo parecía haberse detenido. Había algo malo en aquel lugar y los rumores de la gente de

las montañas así lo decían. En Castrolobos vive el demonio, se decía desde siempre; ese sitio no es bueno, no es puro el aire que se respira allí. Hay mucha maldad que nunca se lavará con la lluvia del invierno. Eso era lo que se pensaba en todo el Valle, era un rumor que se creía y que ahora, con la llegada de los milagros, hacía que todos temieran ir allí y nadie, excepto los fanáticos forasteros, se atrevieran a ocupar la zona.

El sargento bajó el primero del todoterreno al ver al sacristán en la puerta de la iglesia, frotándose las manos y presa de un nerviosismo patente. Saturio se limpiaba la saliva de la boca con la manga de la chaqueta. El sargento le miró con el ceño fruncido, recordando la maldita noticia que le había contado aquel viejo zafio, en aquella mañana nublada y desapacible.

El otro guardia bajó del vehículo tras él, quedándose más atrás, mirando cómo el campamento cada vez era más grande y lleno de una variedad de gentes como nunca había visto. Se fijaba de forma descarada en alguna de las chicas que andaban descalzas, riendo entre las tiendas. Iban con el pelo enmarañado, recogido en burdas rastas, con unas túnicas desahogadas de colores chillones. Muy desaliñadas y portando una escandalosa colección de pendientes, pirsins y pulseras de metal por todo el cuerpo, que hacían que sus ademanes se acompañaran con un tintineo constante. El guardia las miraba embozado sin prestar atención a lo que el sargento hacía en la puerta de la iglesia.

—¿Qué haces ahí mirando como un tonto? ¡Ven para acá, anda! —le llamó desde la cercanía del pórtico—. «La madre que lo parió. Todo el día atontado...» —pensó, al ver cómo su ayudante se volvía con el gesto ausente y se acercaba a su lado.

—Una desgracia. La han matado. El demonio entró por la noche y la puso ahí..., ahí la puso... Y no puede estar en la iglesia. Es muy joven. Tiene que sentarse a la mesa—repetía Saturio, al contestar a las preguntas del sargento.

Santos no le escuchó más y entró en la iglesia. El olor del incienso se notaba en el ambiente y la escasa claridad hizo que entornara los ojos para adaptarlos al interior del templo. Ya lo conocía, pero hacía mucho tiempo que no había pisado aquellas viejas baldosas. Se acordaba de alguna celebración pasada, cuando todavía se conmemoraba la fiesta de la patrona. Ahora ya no se hacía. Los vecinos eran pocos y nadie parecía querer festejar nada en aquel agujero perdido.

—¿Dónde está el cuerpo? —le preguntó sin mirarlo, observando desde

lejos la forma oscura de la escultura de la Virgen. Sabía que allí estaba la fuente de todos sus problemas. En aquella fría piedra gris se encontraba el origen de todo aquello, y ahora había un cadáver en su comarca.

—¡Rediós! —exclamó para sí mismo. Un cadáver para que no pudiera volver a sentir la tranquilidad que le había traído a aquel destino lejano. Si se querían cadáveres, que se fueran a la capital. Allí había muchos negros y extranjeros, y mucha droga, así pensaba. Y había cadáveres para todos los que quisieran encontrarlos. ¿Por qué tenía que haber allí uno, en su zona?

Saturio le miraba con el rostro asustado, frotándose las manos como si estuviera enajenado. El viejo sacristán le siguió cojeando sin decir nada, solo apuntaba con la mano sucia a la puerta de la sacristía que permanecía abierta del todo. Una luz mortecina salía del interior de esa habitación y el sargento se dirigió a ella sin mediar más palabras.

El guardia que lo acompañaba se detuvo frente a la imagen de la Virgen. De sus ojos fríos y distantes salían dos finos hilillos de sangre que resbalaban por sus mejillas. El guardia la miró y se persignó sin poder evitarlo. El sargento le vio por el rabillo del ojo y sacudió su cabeza, pensando en todo aquello que ahora ya le superaba.

—Maldita sea —rezongó en voz baja y se quedó parado delante de la puerta abierta de la sacristía.

Saturio se colocó a su lado y siguió indicando con su dedo sarmentoso el interior. Balbuceaba palabras sin sentido, intentando expresar algo que se negaba a salir de forma coherente de su boca.

—Allí está la muerta. Te mira..., no deja de mirarte. Está muerta. Debe reunirse a la mesa del señor —consiguió repetir sin añadir nada más.

—Veamos qué ha pasado de una vez —interrumpió el sargento, suspirando en alto con un fastidio creciente que no podía disimular.

Al entrar en la vieja sacristía, se dio cuenta del bulto que se apreciaba dentro del gran armario de madera. Un cuerpo contorsionado se encontraba allí metido, tapado con una de las telas que se utilizaban para sacar a la patrona durante la fiesta. Ahora aquel delicado y antiguo paño azulado cubría el cuerpo sin vida de una joven mujer que él conocía. Se trataba de la periodista del Valle. Era la joven reportera que se encargaba del periódico local y que siempre le alegraba la vista, cuando se aproximaba a su oficina para interesarse por las novedades de las poblaciones de las montañas. Lina era joven y guapa, y le encantaba tontear con ella, dejando deslizar comentarios soeces y picantes, cuando le contestaba a sus irónicas preguntas.

Ahora estaba allí tirada como una muñeca de trapo. Un cuerpo sin vida que le miraba con la cara ensangrentada, en una horrible expresión de muerte y asesinato. La joven tenía los ojos vaciados, una agresión terrible para una chica tan amable y preciosa. Eso le revolvió el estómago y una sensación de náusea le llegó a la garganta, haciendo que saliera de la sacristía.

—Dios del cielo —dijo ante los ojos asombrados del sacristán y de su ayudante—. Esto nos va a superar. Esto es muy malo. Malo de verdad. Esto no es para este pueblo —añadió en voz alta, como si sus pensamientos se escaparan de su boca sin que se diera cuenta.

La noticia del asesinato salió de aquella iglesia perdida, como si fuera la bala de un cañón. Toda la variopinta y enfermiza comunidad acampada a las afueras de la iglesia se enteró de lo ocurrido. Los grupos de seguidores de la Virgen y los fanáticos de los milagros se pusieron en movimiento, blandiendo sus pancartas y realizando sus actos más estridentes y erráticos.

Uno de aquellos grupos se reunió alrededor de un orador enloquecido que arengaba a todos sus oyentes, prediciendo el fin de los días y la llegada de las ramera de Babilonia. Su auditorio gemía y levantaba los brazos, dejando que dos de los más exaltados se tiraran al suelo, golpeándose con cuerdas en la espalda para producirse dolor y rasgar sus ropas. El que se hacía llamar “profeta” seguía gritando consignas y recitando partes de los evangelios, como si por su boca saliera la palabra de un hombre santo.

Alrededor de la iglesia, una multitud con pancartas cantaba y daba palmadas, recitando frases en alabanza de la Virgen y gritando sus milagros con un fervor desmedido.

El guardia intentaba evitar que nadie entrara en el edificio, como había sido encomendado por el sargento.

Saturio estaba a su lado, mirando con expresión encolerizada a todos los fanáticos que se estaban congregando alrededor de su templo.

«No son de ley, Saturio. Son perros del diablo. Son serpientes del árbol sagrado... —una voz le susurraba al oído y dentro de su cabeza—. Deben morir, deben morir... Malditos fornicadores» —seguía escuchando en su interior, mientras se limpiaba la saliva que rezumaba de su labio partido.

Santos ya no estaba allí, había ido a la aldea; de donde nadie había salido para ver el crimen, ni tan siquiera para curiosear, como sería lo normal entre aquellas gentes a las que nunca les ocurría nada fuera de lo cotidiano y habitual.

Al sargento no le gustaba aquel pueblo, no le gustaba aquella gente

cerrada y callada que nunca le contaban nada y para la que los forasteros o incluso los del Valle eran motivo de aversión y repulsa.

La cantina estaba abierta. Se detuvo un instante en su entrada, vislumbrando el interior a través de las tiras de plástico, que oscilaban como una cortina en su puerta. Las apartó con la mano y entró en el local. Quería recabar algún dato que le informara antes de pedir ayuda a sus superiores. El tema se escapaba ya de sus manos. Dentro de poco esa “mierda enorme”, como las porquerías que tapizaban toda la calle, ya no sería su problema. Sería el problema de otro, a cientos de kilómetros de allí. De alguien que vivía en la capital y que pronto se haría cargo de todo aquello. Así lo decidió, cuando se acercó el vaso de vino a la boca y dejó que la amable bebida templara su ánimo quebrantado.

Aquella mañana, justo al amanecer, muchas horas antes de que el horrendo asesinato de la joven periodista fuera ya una noticia, que se extendía por todo el valle como la lava de un volcán; una ventana permanecía iluminada en el piso alto del antiguo hostel. La claridad apagada que señalaba la presencia de su dueña, ya despierta y levantada.

Una mujer de mediana edad se encontraba en la pequeña habitación de su dormitorio, con la escasa luz de una bombilla oscilante, que pendía de un cable enrollado sobre la cabecera de su cama. El cuarto conservaba todavía algo de su antigua dignidad y mostraba las señales inequívocas del paso del tiempo, y de una antigua severidad que se podía respirar entre sus paredes viejas y deslucidas, y en los muebles sólidos y antiguos.

Un gran crucifijo estaba colgado sobre la cama, como si fuera testigo de los hechos terribles que sus ojos habían contemplado en aquel lugar. La bombilla atraía a alguna pequeña polilla que zumbaba impaciente alrededor de la luz, creando sombras inquietantes en la pared amarillenta.

La mujer estaba frente al espejo del armario, de pie con el torso desnudo y la espalda ensangrentada. Miraba fijamente con sus duros ojos oscuros la figura semidesnuda que se mostraba frente a ella. Un rostro todavía atractivo, con los signos de la edad, la observaba sin ninguna piedad, devolviendo su imagen reflejada. Se miraba con seriedad, con sus finos labios apretados, sintiendo el dolor y la ira; reprimiendo todo lo que ardía en su convulso corazón.

Sixta Suera era la dueña del viejo hostel de Castrolobos. Una mujer viuda, severa y taciturna. Una vecina callada y oscura que regentaba el pequeño establecimiento, ahora casi sin uso, y lo alternaba con su ayuda en la limpieza de la iglesia junto al sacristán. El antiguo hostel había vivido tiempos mucho mejores, en otra época, cuando allá por los años ochenta toda aquella montaña sintió la avalancha del turismo y cierto capital de fuera empezó a entrar en la zona, debido al proyecto de una estación de esquí en los alrededores. Aquello fue la locura para toda la comarca. Fue un sueño que nunca se terminó de realizar, y del que ahora solo quedaban, como vergonzosos testigos de lo que pudo haber sido, algunos postes oxidados y el entramado de un gran telesilla, que formaría parte del gran complejo hotelero y de las pistas de esquí proyectadas en aquellos años de bonanza.

El hostel se construyó en esa época y fue el sueño y la sinrazón del testarudo marido de Sixta; un hombre violento y brutal que hizo de su vida un infierno y del que solo tenía un buen recuerdo: su muerte y el sufrimiento que vio en sus ojos cuando, agonizante, le suplicaba que se acercara a él y que le ayudara. Sixta todavía recordaba el placer que experimentó y el odio que sentía por aquel hombre. Y ahora, cuando lo pensaba en la actualidad, no podía reprimir una sonrisa malvada entre sus labios al recordar el sufrimiento de aquel puerco, muriéndose en su cama, entre sus vómitos, y con el dolor devorándole las entrañas. Se lo mereció, pensaba sin inmutarse. Se mereció morir así, como un perro, sin que nadie le llorara.

Y al llegar su fin, fue enterrado en el abandonado cementerio del pueblo, dentro del santuario; solo porque el párroco lo quiso, porque impuso su voluntad, porque Sixta lo habría tirado al río, o dejado para que los perros o los lobos lo hubieran devorado y que sus huesos malditos se deshicieran sin que nadie los tocara. Así recordaba a aquel hombre, al que una vez llamó marido.

Ahora el hostel era suyo, y era la única herencia que había tenido. Eso, y una hija preciosa, una bella joven que resultaba su mayor inquietud y su mayor cuidado. Las tentaciones eran incontrollables en este mundo pecador, pensaba. Debía protegerla de todo y alejarla de la maldad y del demonio que rondaba a su alrededor, esperando la ocasión de atraparla y llevarla a su oscuro regazo para pervertirla. Su niña era un alma pura, una inocente flor que pronto sería víctima de los demonios si ella no estaba atenta. Pero eso no pasaría, con su hija no. Sixta la vigilaba, siempre observándolo todo y evitando que su hija se relacionara con cualquiera que resultara una amenaza.

No caería en el pecado de la carne ni tentaría contra la naturaleza. Seguiría siendo pura, como una virgen inmaculada. Ella estaba bien segura de eso.

El hostel estaba a las afueras del pueblo, ubicado en la que siempre había sido una de las tierras de la familia de Sixta. Su marido no había traído nada a su boda, solo la indignidad. Dilapidó todo su dinero, dejándola con aquel edificio, al que todos conocían como el hostel del Dujo, pero que ahora su dueña había cambiado de nombre por el de su apellido. Hostel Suera se llamaba y así lo quería Sixta para borrar cualquier recuerdo que volviese a evocar su vida pasada.

Sin decir nada ni pronunciar un solo gemido, continuó golpeándose la espalda con una especie de flagelo que aferraba con fuerza en su mano derecha. Una tralla formada por varias cuerdas anudadas que laceraban la piel blanca de su espalda, hasta producirle profundos arañazos por los que la sangre afloraba y resbalaba hasta su cintura. Sixta seguía golpeándose, dejando ahora que algunas lágrimas de dolor humedecieran su bello rostro.

Su severo gesto se acrecentaba en una cara que nunca se maquillaba y en el que el moño, alto y apretado, de su negro cabello, hacía que todo su ser no fuera más que el reflejo de una seria y adusta viuda vestida de luto. Como era usual en aquellas zonas rurales tan apartadas.

Se golpeaba sin parar, con violencia, apretando los dientes y dejando que las palabras se escaparan de su voz áspera y gastada, para intentar conjurar sus miedos y demonios interiores.

—Cristo redentor ten piedad... —susurraba sin dejar de flagelarse. Los latigazos se oían por todo el hostel en el silencio de la noche. En un establecimiento que ahora estaba vacío y donde solo su hija dormía en la planta baja.

»Señor sacramentado, baja de tu custodia..., muéstrame la llaga sangrante de tu santísimo costado —recitaba, sin detener su castigo.

Las sombras de los insectos voladores revoloteaban frente a ella y sus ojos se perdían en la pared, observándolos como si en una extraña alucinación no fuera capaz de distinguir la realidad, de su mundo enfermizo y atormentado.

—¡Vete Satanás! ¡Vete serpiente podrida de veneno! —gritó sin poder evitarlo. Un nuevo golpe abrió la piel de su espalda, dejando que un borbotón de sangre aflorara en su carne magullada—. Porque está escrito: Al señor tu Dios adorarás, y a él solo seguirás —seguía recitando en voz más baja—. Al señor tu Dios adorarás, y a él solo seguirás... —volvió a repetir, cuando las cuerdas anudadas rasgaron otra vez su piel.

El castigo cesó de pronto al igual que había comenzado. Sixta se dejó caer en el suelo de rodillas con el rostro lleno de lágrimas y la espalda lacerada y sangrante. Sus manos se apoyaron en las frías baldosas y su respiración agitada comenzó a calmarse. Sus ojos estaban cerrados y de su quebrantada garganta salía un susurro imposible de escuchar fuera de aquella habitación.

—Madre eterna, virgen de la llercia morte; en nombre de tu preciosa sangre, libérame... libérame... —suspiró, sin moverse del suelo ni levantar aún la cabeza.

En el pueblo, en ese amanecer nublado y lleno de malos presagios, nada parecía señalar los hechos terribles que en la iglesia pronto serían descubiertos. Ni tan siquiera aquellos actos fanáticos, en la intimidad del antiguo hostel, salpicaban la vida de la comunidad que permanecía todavía, en aquellas horas del alba, sin moverse, sin demostrar que hubiera vida entre las calles empedradas o en el interior de sus viejas casas de granito y pizarra.

Castrolobos era una atrasada aldea en lo más remoto de los montes norteños. Era uno de esos pueblos perdidos que se anclaba en un pasado, tan antiguo, que solo algunos restos podían indicar su origen o de dónde podían provenir sus comienzos, en la historia convulsa de la población de aquellas montañas.

Solo una calle mayor tenía, flanqueada por algunas viejas y destartaladas casas de piedra que se inclinaban, como si sus gruesos muros fueran a desplomarse. Las antiguas viviendas se apoyaban unas en otras, fatigadas por el paso de los siglos. Todo el pueblo parecía sujetarse como las piezas de un juego de construcción. Las casas de dos plantas, viejas y en ruinas, se amontonaban en aquel pequeño hueco entre los escarpados riscos. Un arroyo partía el pueblo en dos, acompañado por el trazado de la estrecha carretera. Solo la cantina podía mostrar algo de lo que la civilización había traído. Un pequeño y sucio establecimiento que se escondía tras la sombra de un soportal en el centro de la calle principal.

Pocas casas contaba aquella aldea. Muy pocas en pie que aún eran habitadas por gentes hoscas y taciturnas, dadas a no hablar con los foráneos y poco comunicativas entre sí. Solo sus ojos amenazadores se vislumbraban entre la oscuridad de las pequeñas ventanas que adornaban los muros grises de

piedra. La sospecha de estar vigilado constantemente era la única señal de vida que cualquier extraño podía percibir en el pueblo, desde el primer momento que entraba en él.

Al amanecer de ese día, solo un alma solitaria se pudo ver cruzando la calle, para dirigirse a los soportales principales. Una forma enorme se recortaba contra la escasa luz de la luna, que se negaba aún a desaparecer.

El alcalde y también dueño de la cantina, se acercaba embutido en su grueso abrigo de paño para abrir la puerta de su establecimiento.

Elías arrastraba las botas por las piedras del suelo del soportal, buscando las llaves en su bolsillo. Su rostro mal afeitado y los rasgos duros y salvajes de su cara le dotaban de un aspecto terrible y malvado. Un hombre al que nadie habría querido enfurecer y del que todo el mundo se apartaba. El alcalde era un gigante que podía rondar la cincuentena, conservando aún todo su vigor.

Había visto al pasar, la luz mortecina que se escapaba por la ventana de la primera planta del hostel, y en su memoria todavía recordaba aquellos años de juventud, donde su bella dueña se acostaba con él, para retozar juntos sin que su estúpido marido lo supiera. Ahora veía pasar a su lado todos los días a la chica, a la hija de Sixta y sabía en su interior que su sangre corría por las venas de aquella muchacha. Lo notaba, aunque su madre no dijera nada. Sixta se había secado como se seca el agua de un manantial al sol, así lo pensaba el cantinero, frotándose la cara con su manaza, antes de entrar en el interior de la taberna. Sus ojos pequeños y porcinos, y sus facciones de boxeador, con la nariz achatada y partida, se alumbraron ante la claridad del interior. Antes de atravesar la entrada, giró su cabeza para desviar la mirada hacia el extremo de la aldea, en dirección a la zona donde la iglesia se encontraba. Aunque no se veía desde allí, debido a la distancia que la separaba del pueblo, sabía muy bien que en sus inmediaciones se había formado aquel campamento de fanáticos seguidores de la Virgen, y en su interior sintió cómo un enfado creciente se iba transformando en furia ciega y en deseo de hacer un escarmiento entre aquella gentuza venida de la capital.

—Malditos sean todos ellos, y sus asquerosas caras —decía en voz baja, sin dejar de mirar hacia aquel lugar perdido en la oscuridad de la calle —. Así os pudráis todos... —añadió, escupiendo en la acera del soportal y volviéndose para entrar en la cantina.

A última hora de la mañana, el sargento de la guardia civil apuraba el vaso de vino en esa misma cantina del pueblo. La radio estaba funcionando con el programa matinal de noticias. Nada importante explicaba el locutor, que solo enumeraba los titulares de algunos de los hechos que habían sucedido en el mundo en ese día.

Observaba en silencio la cara triste y magullada de la mujer que secaba los vasos, sin levantar ella la vista, solo dejando que una mirada fugaz se escapara de aquellos ojos lánguidos y asustados, al cruzarse con los suyos por encima del mostrador.

—¿Venía mucho Lina por aquí? —preguntó Santos a la mujer, limpiándose los labios con una servilleta de papel.

—A veces —contestó, sin dejar de secar los vasos ni levantar apenas la mirada.

—¿Hablabas con alguien? —insistió el sargento, sin dejar de observar la expresión asustada de la mujer y sintiendo en su nuca la mirada intensa de su marido, el alcalde, que estaba detrás de él colocando algunas mesas del interior de la cantina.

—¿Qué sé yo?

—¿Con quién? —espetó el sargento, sin soltar la conversación, obstinado como un sabueso tras el olor de un rastro.

—Con todos. Como para saber con quién.

—No me fastidies, Juana, no me fastidies —objetó Santos, elevando el tono de voz, sin moverse del mostrador donde seguía sentado—. Si la viste hablando con alguien en la cantina, debes decírmelo. No vamos ahora a estar con estas tonterías. Pronto vendrán de Madrid los de las gafas de sol y te van a meter en la cárcel por tonta y por encubridora —la amenazó, haciendo que la mujer sintiera un temblor y se le escapara de los dedos el vaso, para romperse en mil pedazos contra el suelo.

—Aquí nadie sabe nada, Santos. Nadie se mete en la vida de nadie. Cada uno a lo suyo. Cada perro a su hueso, y Dios en la casa de todos. El que mete la mano en otro puchero, lo mismo se quema —les interrumpió el vozarrón de Elías, que seguía con atención la conversación con su mujer.

Juana se afanaba por recoger los trozos del vaso. Su agradable rostro y su dulce carácter se habían marchitado con el paso de los años al lado de aquel hombre brutal. No era infrecuente que mostrara en su cara el resultado de alguna violenta discusión, cuando su marido la golpeaba para someterla a

su voluntad. Su párpado amoratado y una leve contusión en la mejilla lo demostraban esa mañana, mientras intentaba pasar desapercibida ante el enfado creciente de Elías.

—¡Recoge de una vez todo esto, maldita sea mi estampa! ¡Estúpida mujer! —gritaba, acercándose con la expresión furiosa y mirando a la vez al sargento que seguía sin moverse del mostrador—. ¿Qué va a saber esta tonta de nada? ¿Cómo va a saber nada?, si es incapaz de mantener entre las manos un vaso. ¡Ya te diré yo en casa qué sabes tú de las cosas o dejas de saber! ¡Estúpida, recógelo de una vez! —chilló, al ver cómo su mujer sollozaba en voz baja, intentando barrer todos los restos del cristal desparramados detrás de la barra.

—¡Es suficiente! Gritando no se consigue nada, Elías. No son formas de ser. Esto no es la capital, pero vecinos somos. Y tengo que saber quién hablaba con la chica asesinada —intentaba apaciguar al sargento.

De muchos años conocía a aquel animal de alcalde. La fama de brutal y pendenciero traspasaba los límites de la pequeña aldea, para extenderse por todo el Valle. Bien sabido era que el alcalde de Castrolobos era un mal tipo. Un hombre de mala idea, vengativo y violento, que era mejor dejar en paz. Santos lo sabía, y no deseaba un problema con él, ahora que tenía entre manos un asesinato muy grave. Un crimen que pronto atraería a los curiosos de fuera y que en breve sería investigado por la policía venida de la capital. Estaba seguro que uno de aquellos drogadictos del campamento de la iglesia habría sido el asesino, así lo pensaba. Ya lo había decidido en su interior. Lo más seguro es que la intentaran violar. Siempre estaban violando a alguien y drogándose, y era lo más probable que hubiera sucedido. La acorralaron en los alrededores de la iglesia y la violaron, y luego la metieron en el armario de la sacristía para esconderla. Así actuaban aquellos sucios y detestables forasteros. Eran gentes sin creencias, sin educación ni palabra. No sabían qué era el comportarse como Dios manda, y eso lo sabía él muy bien. Si el asesino seguía en su comarca, estaría en ese campamento, estaba seguro y allí debería ir para meter en vereda, como él decía, a toda esa gentuza que había venido de fuera.

La radio seguía funcionando sin que ninguno de los presentes le prestara atención. Solo cuando las palabras del locutor pronunciaron el nombre de su pueblo, se quedaron todos en silencio, para escuchar estupefactos que todo lo que había ocurrido allí, ya estuviera en boca de los de fuera con tanta rapidez.

—Y siguen los hechos asombrosos y el misterio barriendo esa remota comarca del norte de nuestro país. Sí, amigos oyentes, sí. Es en Castrolobos donde el milagro y ahora el misterio se ha centrado. Hoy una noticia terrible abre nuestro programa de la mañana. Un hecho cruento y que a todas luces estará unido al devenir de sus habitantes... —explicaba la radio, sumiendo en el estupor y el asombro a los dos hombres que la escuchaban en la cantina.

»Muerta y cubierta como si de una virgen caída se tratara, así se ha descubierto el cadáver de una compañera nuestra dentro de la iglesia, donde los milagros y el estigma de las lágrimas de sangre se producen todos los días —decía la radio.

»¿Es el demonio el que forma parte de ese ritual de sangre y religión? ¿Estamos ante una secta? ¿Un ritual pagano que debe sacrificar a inocentes en sus crueles ritos ancestrales? ¿Estamos ante un pueblo maldito? Esto y mucho más será el tema conductor de nuestro programa de hoy, en nuestro espacio de misterio, en vuestra puerta a lo desconocido enm... ¡Dimensión Misterio! —retumbaba en el aparato de radio, seguido de la música del programa, ante los ojos airados del alcalde.

Elías, sin contenerse, tomó la radio entre sus manazas, lanzándola contra el suelo presa de una rabia enloquecida.

—¡Maldito sea ese puerco presentador y su basura de programa! Si lo tuviera entre mis manos no estaría tan feliz de difundir tanta mentira, tanto embuste contra nuestro pueblo y contra nuestra Señora.

Santos le miraba asombrado al ver cómo lanzaba el aparato, que se estampó contra las baldosas haciéndose añicos. La mujer había gritado asustada y el sargento se había levantado de la silla al ver cómo la furia del cantinero se desataba sin ninguna medida.

—¡Elías, controla ese genio del demonio! ¡Soy la autoridad! —le gritó, mirándole serio, sin acercarse demasiado. Con su mano derecha tocaba la culata de la pistola, el arma reglamentaria que siempre llevaba y que no recordaba haber sacado nunca de su funda.

Nunca se sabe, se decía algunas veces, y se sentía bien al llevarla, pero sabía en su fuero interno que no sería capaz de usarla, y menos allí, en uno de sus pueblos, con la gente que conocía de toda la vida. Pero al ver al animal que tenía delante, enfurecido como un oso rabioso, la tocó para sentirse mejor, sin acercarse a él para no desatar más la furia que lo cegaba.

Otra persona entraba en la cantina en ese momento. La viuda del hostel les miraba a todos desde la puerta, quieta sin decir nada, con los ojos muy

abiertos y la expresión severa al comprobar lo que estaba ocurriendo.

La vieja cantina aún conservaba el recuerdo de los años en que fue un lugar muy visitado por todos los que vivían en la zona. “La cantina de Elías”, como así la llamaban, era famosa en la comarca del Valle. En aquellas épocas el alcalde casi no la frecuentaba, ocupado en sus planes de enriquecimiento con los proyectos de la estación de esquí. La cantina estaba decorada con austeridad y mostraba en sus paredes muchos trofeos de caza, de la que era muy aficionado su dueño. Pendían sin orden numerosas cabezas de corzos y ciervos, cráneos blancos como la nieve de viejos y poderosos machos monteses. Hasta la cabeza de un oso, acompañada por una sucia piel marrón, colgaba en uno de los extremos de la estancia. Un viejo calendario y un cartel amarillento de una corrida antigua de toros adornaba la cristalera de las ventanas. Todo en el local estaba mugriento y abandonado a su suerte y al paso del tiempo. La suciedad lo iba cubriendo todo, desluciendo las maderas de los frisos de la pared, desgastando las viejas sillas y el mármol de las mesas. El interior ya solo era como una foto antigua, una de esas imágenes de color sepia con olor a moho.

Sixta Suera miraba todo con seriedad. Veía al sargento, que ya conocía, de pie cerca del mostrador y a su lado al colosal alcalde con los ojos fuera de sus órbitas, presa de la cólera, justo después de haber lanzado el aparato de radio contra el suelo. Tras el mostrador estaba Juana, asustada y gimiendo como un perro apaleado. Como siempre, sollozando como un conejo, asustada en una esquina. Sixta la detestaba, recordaba su pasado y odiaba a las mujeres cobardes que se dejaban maltratar. Ahora ella no se dejaría golpear por ningún animal. De eso estaba bien segura.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con la voz serena y fría, como si un viento gélido les acuchillara a todos en el corazón.

El silencio dominó durante unos segundos el interior de la cantina. Hasta que el alcalde levantó la mirada para ver a Sixta enfrente de él. Su cara brutal y sanguinaria cambió al instante. Sus ojos enloquecidos se relajaron, dando paso a una expresión neutra, simple e infantil. Sixta lo siguió mirando como lo hace una madre a su hijo después de haber cometido una travesura, con ese desdén que intimidaba al hombre a pesar de ser mucho más grande y fuerte que ella.

—¿Qué has hecho esta vez? —le preguntó, sin cambiar su tono de voz ni mirar al sargento que observaba en silencio.

—Son esos demonios de fuera. Esos que nos vienen a malmeter al

pueblo —rezongó el alcalde, lamentándose por lo que había sucedido.

—Todo será a su tiempo. Nuestra Señora vela por todos. Eso ya lo deberías saber. Nada somos sin ella, solo pecadores que debemos someternos a su voluntad. Ni tú ni yo somos más que una brizna de paja ante la presencia de nuestra Señora. No se te olvide —objetó, dejando a todos en silencio—. No se te olvide... —repitió con la voz más sesgada, como si una sutil amenaza se deslizara por los oídos de todos, que seguían escuchando esas palabras en sus cabezas sin poder apartarlas de sus mentes.

El alcalde asintió y sin decir nada, cogió la vieja escoba para barrer los restos del aparato de radio. Santos miraba a la hostelera y de nuevo a la mujer de Elías, que se había apartado hasta el otro extremo del mostrador.

—Pronto tendremos aquí a la policía de la capital. Querrá hablar con todos —aseguró, abrochándose otra vez el cuello del chubasquero.

—Dios proveerá y en su seno estaremos a salvo —le contestó Sixta, sin moverse del sitio o cambiar la expresión severa de su rostro.

Con esos pensamientos salió el sargento de la cantina del pueblo, sin pagar el vino que había tomado. Santos nunca pagaba. Era el sargento y eso ya se sabía y se daba por hecho.

Elías salió detrás de él y se quedó mirándolo en la puerta, sin decir nada. Apoyado en el marco, con la cortina de tiras de plástico sujeta con la mano. Le veía cómo se alejaba hasta el coche, sin cambiar su gesto neutro ni sus ojos fríos y ahora serenos.

Sixta seguía dentro del local. Su figura delgada y austera, vestida de riguroso negro, con el moño recogido y firme en su cabeza, atemorizaba a la mujer del alcalde. La miraba desde el extremo de la barra sin decir nada, pero sentía aquella malvada presencia siempre que pasaba a su lado.

—Son esa peste de forasteros. Esos puercos de la capital que nos han traído toda esa basura, todos esos vicios de fuera —se quejó el alcalde, sin desviar su mirada desde la puerta de entrada. La hostelera estaba a su lado y le puso una mano en el brazo.

—Todo saldrá bien. Nuestro Señor está con nosotros. No lo dudes nunca, Elías. Su fuego les condenará a todos ellos y arderán en el infierno muy pronto. La Señora se lo dijo a Lora. Se lo dijo ayer, mirándola con las lágrimas rojas, llorando por todos nosotros, sus hijos amados. Ella le dijo: “Lora, querida niña, pronto verás el poder de Dios en este pueblo abandonado de todos”. “Yo no os he olvidado, querida niña”. “Los ángeles vengadores bajarán de los cielos infinitos, y con la fuerza de sus espadas envueltas en

llamas, harán justicia entre los pecadores de esta Sodoma” —. Eso le dijo, amigo mío. Eso le dijo ayer —le susurró al oído, antes de que se apartara para que Sixta saliera de la cantina.

Elías la miraba embelesado. Ya no era aquella bella mujer que retozaba en sus brazos hacía tantos años. Aquella dulce hembra ardiente y apasionada que le hacía vibrar como un potro en celo. Ahora era una mujer seca. Un árbol quemado y negro, donde solo la palabra de Dios podía encontrar cabida. Solo era eso ya, y la temía y a la vez la adoraba.

Sixta salió de la cantina y se dirigió por los soportales de la calle mayor hacia el otro extremo del pueblo.

La mente de Elías volvía a llevarle hasta el prado donde el campamento de los forasteros se había instalado. Pensaba en ellos y su cabeza se llenaba de asco y violencia contenida, y sin darse cuenta saltaba hacia la figura de su mujer. Sentía cómo esa agresividad nacía dentro de él, sin que nada en su cuerpo pudiera frenarla. La débil presencia de su mujer le hacía pensar en cómo satisfacer ese furor que le dominaba.

Se giró para entrar otra vez y miró a Juana, con ira contenida. Ella levantó la vista asustada, y temblando salió del mostrador para deslizarse sin hacer ruido por la puerta de la trastienda, donde tenían la pequeña cocina instalada.

—¡Maldita seas, mujer inútil! —gritó desde la entrada—. Voy a tener que explicarte cómo se hacen las cosas —añadió con la voz más baja y el tono ronco y amenazador. Y se metió también por la puerta de la cocina, para cerrarla tras él—. Ya te voy a decir yo lo que sabes tú, estúpida mujer —se escuchó en el interior, antes de que la puerta se cerrara dando un portazo, y dejando la cantina vacía y en silencio, como un mudo testigo de lo que estaba sucediendo.

A la iglesia de la Virgen de Llercia, habían llegado en esa mañana más efectivos de la guardia civil del cuartel del Valle. Otro vehículo estaba estacionado en la zona, del que habían salido cuatro guardias más para reforzar el perímetro alrededor del templo e impedir que ninguno de aquellos fanáticos acampados pudiera entrar a curiosear, o lo que es peor, a manifestar su fervor religioso con actos enloquecidos y aberrantes.

Los guardias se habían dispuesto de forma estratégica en la entrada de

la iglesia, colocando una cinta de plástico para impedir el paso. El joven cabo se hacía cargo de todo. Era un guardia orgulloso que deseaba seguir los pasos del sargento y siempre que podía, intentaba aplicar las normas con celo, quizá con excesivo celo, en el cumplimiento del servicio; pero aún así, era un hombre eficaz y minucioso, y esa mañana se iba a encargar de preservar la zona y de asegurar que nadie entrara por aquellas puertas, como le había ordenado el sargento, de forma muy seria y precisa.

Los acampados comenzaban a moverse y se veían grupos muy cerca, cada vez más activos e inquietos. Uno de aquellos falsos profetas, ataviado con una túnica blanca llena de mugre y de la suciedad de muchos días a la intemperie, arengaba a algunos de sus seguidores. Gentes descarriadas y fanáticas que lo aclamaban con cada una de sus alocuciones. El profeta se había subido a una gran piedra y gritaba al grupo que tenía más cercano, proclamando sus monótonas palabras para que se acercaran. Muchos de los que allí estaban se aproximaban despacio, batiendo las palmas y entonando canciones religiosas e himnos.

—¡Acercaos hermanos, acercaos! ¡Solo el poder de Dios sale por mi boca! ¡Yo porto el brazo, yo siento el corazón, yo tengo la imagen de nuestra Señora en mi mano ahora! —gritaba, sin que sus palabras tuvieran ninguna coherencia o significaran algo para los presentes.

Todos seguían cantando y haciendo sonar sus palmas cada vez más alto, como si de una rítmica cantinela hipnótica se tratara. Las palabras del iluminado seguían saliendo por su boca como un torrente de frases inconexas, de locas preguntas a un imaginario público.

—¿Quién dejó entrar al Hijo del Hombre? ¿Quién abrió la puerta a Belcebú? ¿Eres tú Judith, portando la sangrienta cabeza de Holofernes? ¿Eres tú Sara, la bendita mujer de Abraham? ¡Cantad por la salvación de vuestras almas! ¡Cantad y reíd, ya que ese día está cerca! —seguía anunciando, ante los gritos y cánticos de sus seguidores.

Muchas de las mujeres que le rodeaban lloraban y chillaban con cada una de sus palabras, los hombres alzaban sus manos al cielo y repetían parte de sus frases, como si fuera un eco contagioso, un monótono sonido que escapaba de sus bocas de forma automática.

Los guardias que vigilaban el acceso a la iglesia observaban desde lejos. Algunos de ellos se mostraban preocupados. No estaban acostumbrados a los alborotadores de la capital, no les gustaban y habrían deseado poder disolver todo aquello por la fuerza, y si cabe, detener a todos los cabecillas.

Pero las órdenes eran muy claras: solo debían impedir el acceso a la iglesia hasta que las autoridades de Madrid se hicieran cargo de la investigación.

El cabo se había aproximado al lugar del campamento. Miraba a todos con desdén, parado muy cerca, con los brazos cruzados. El fanático orador le vio cuando se giró sobre la piedra, para seguir con su perorata de alucinaciones y frases sinsentido. Ante sus ojos estaba uno de los servidores del mal, así lo sentía en su loco cerebro y su boca empezó a soltar imprecaciones mientras lo apuntaba con su dedo índice y su brazo extendido.

—¡Así os lo dije! ¡Así está escrito! ¡El que protege al hijo del averno, pronto se mostrará ante nosotros! ¡¿Y no es ese uno de sus perros fieles?! ¡¿Un súcubo del innombrable?! ¡¿Un engendro del pozo del fuego?! ¡Salvadnos a todos! ¡Salvaros si podéis, pecadores sin alma, pues el fin de los tiempos está cerca y solo vuestra fe os sacará del pecado! ¡Ese es uno de ellos! ¡Y en su ser se engendra el innombrable y solo la ira de su padre se transmitirá a través de su voz pastosa y llameante! —exclamaba, sin dejar de apuntar al guardia, que lo miraba sin decir nada ni moverse del sitio.

El cabo se volvió hacia la iglesia, agitando su cabeza y pensando en la situación. Era la primera vez que se encontraba con un crimen de esa naturaleza y el ambiente que les rodeaba conseguía inquietar su ánimo y hacerle dudar de todos los que conocía. Veía a aquellos locos que gritaban estupideces sobre la fe, con palabras de la Biblia que ni conocía y se preguntaba cómo podían haber sido ellos los asesinos. Eso era algo que le hacía dudar. Pensaba en el interior de la iglesia, en la chica asesinada y en todo lo que había acontecido esa mañana. Conocía muy bien ese pueblo y a sus vecinos, unas gentes cerradas y taciturnas. Personas muy aisladas que nada sabían del mundo exterior. Y solo podía pensar en que el mal podía haber salido de alguno de ellos.

Sin darse cuenta, dejó que sus pasos siguieran acercándole a la puerta de entrada de la iglesia. Pensaba en todo aquello, cuando de forma inconsciente levantó la cinta de plástico y subió los peldaños del pórtico de entrada. El templo estaba oscuro, solo iluminado con la débil luz de la mañana que seguía nublada. En su interior se respiraba el silencio y los olores densos y rancios del incienso de días anteriores. Solo el eco de sus pisadas se escuchaba entre las columnas y las paredes de piedra.

Una ligera brisa fría cruzó su cara, haciendo que sintiera un leve temblor y se frotara las manos sin darse cuenta.

El cabo se dirigió despacio al crucero de la iglesia, al lugar donde la

luz incidía con mayor claridad, a través de la lucerna del techo. Miraba hacia delante, absorto en sus pensamientos, meditando sobre todo aquello. Sin darse cuenta, había levantado la vista hacia la estoica figura de la Virgen. Sus ojos vacíos dejaban escapar un fluido rojizo constante, que ya manchaba parte de la pétrea túnica. El cabo lo observaba en silencio, ensimismado con la figura, de rostro bello y sereno, mancillado por aquellos dos hilos rojizos, de los que todos decían: era la sangre santa de la madre del Salvador.

Sin saber cómo y mirando de forma descuidada a su alrededor, se había percatado de una risa infantil que traía el eco del interior del templo. Pasos cortos y rápidos que parecían provenir de las sombras. Chillidos de alegría entre el murmullo de una dulce voz que salía de las columnas, de los bancos en penumbra.

El cabo se volvió, con cierta inquietud, para mirar. La brisa fría se notaba cada vez más. Un gélido aire que le rozaba, haciéndole temblar y consiguiendo que el temor hiciera mella en su ánimo.

—¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes? —había escuchado desde la zona más extrema del altar, como si alguien oculto tras él le preguntara con una voz infantil y burlona—. ¿Estás perdido? No temas a la oscuridad. No temas a las sombras —seguía susurrando, sin que el cabo consiguiera acertar la procedencia de aquellas inquietantes palabras.

A la vez, los pasos de unos pequeños pies, que corrían entre las columnas, se escuchaban con claridad.

Su corazón se aceleraba y miraba a todas partes, presa del miedo que le impedía hablar. Su cuerpo no respondía, sus manos estaban heladas y su respiración agitada hacía que volutas de vaho se escaparan de su boca entreabierta. El frío era cada vez mayor y el temblor de su cuerpo se confundía con el que le producía el miedo que le embargaba.

—¡Pronto pagarás por tus pecados! —una voz le gritó a su lado, haciendo que diera un salto hacia atrás y exclamara asustado, sin ver de dónde procedía.

Pero lo presintió en el acto, notó una presencia que le miraba de forma descarada y se volvió para observar a la niña que le sonreía desde el altar. Estaba sentada en él, balanceando sus piernas mientras jugaba a un juego infantil de palabras y daba palmaditas en el aire.

Las niñas traviesas no quieren rezar.
Las niñas malvadas no quieren jugar.

Su alma manchada no deja de pecar.
No deja de pecar...

Cantaba la niña mientras sonreía y le miraba con una mueca burlona que le heló la sangre.

—¡Serán castigadas! —exclamó de pronto la niña, mirándole fijamente, ya a su lado, casi tocándole con la mano.

El cabo no sabía cómo había llegado hasta allí. En su mente las imágenes parecían pasar a cámara lenta, despacio, como si todo aquello solo fuera producto de su imaginación.

La niña le miraba ahora muy cerca, tan cerca que habría podido tocarle con solo estirar su pequeño brazo. Su blanco e inmaculado vestido estaba manchado de sangre. Su rostro dulce se había transformado en una mueca horrible, unos ojos inyectados de odio que le miraban sin mostrar ninguna piedad. Sus labios estaban agrietados y amoratados, al igual que sus mejillas tumefactas. De su negra boca solo salían palabras incomprensibles, como un rezo oscuro y antiguo que se extendía por todo el templo, haciendo que la luz se amortiguara más y que las tinieblas congelaran el alma del guardia.

—¡Pronto vais a morir! —le dijo, mirándolo con desprecio y mostrando sus negros dientes en una mueca de burla terrible, que le hizo retirarse algunos pasos y darse la vuelta para salir corriendo.

Cuando traspasó la puerta de la iglesia, el sol había conseguido abrirse paso a través de las nubes. Un rayo de claridad le dio en la mejilla y deslumbró sus ojos desorbitados. Sintió el calor en el rostro y el temblor que aún le hacía convulsionarse remitió en el acto. Todavía recordaba en su mente las palabras y lo que había visto en el interior. Uno de los guardias se acercó al verlo, mirándolo con una expresión inquisitiva al darse cuenta de que algo iba mal.

El cabo levantó la vista y se volvió para mirar al interior del templo. Dentro solo se veía la leve claridad que se filtraba por sus ventanas. Nada parecía moverse o permanecer allí. Su mente se negaba a creer lo que había visto, como si fuese presa de un sueño o de una alucinación.

—¿Pasa algo? —escuchó, cuando el guardia llegó a su lado.

—No... creo que no... —solo pudo contestar, presa aún de la consternación que le había producido todo aquello.

A lo lejos se seguían oyendo los canticos de los fanáticos. Estaban ahora más cerca. El falso profeta, aquel ser iluminado, les arengaba y gritaba

como antes. Apuntaba con la mano hacia donde estaban, profiriendo palabras que no podían distinguir desde allí. Solo los gritos y las canciones se percibían como un tumulto que cada vez era mayor y más escandaloso.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntarle el guardia, al sentir que algo no iba bien y que su compañero seguía con la mente lejos de allí.

—Nada, malas ideas que se le meten a uno en la mollera. Nada... —le contestó, agitando la cabeza y secándose el sudor que ahora corría por su frente—. No es nada. Vamos a ver si estos no nos dan problemas todavía en lo que queda de día —añadió, señalando al grupo de vociferantes, que se acercaba a la zona donde la cinta de plástico impedía el paso.

El profeta iluminado que les conducía, le señaló con el dedo. Con los ojos de loco le miraba fijamente, profiriendo exhortaciones para aleccionar a su grupo. Solo cuando estuvo cerca, se calló de pronto, y sin dejar de mirarle, pronunció en voz más baja, con un tono distinto, más infantil, más suave:

—¿Tienes miedo? Pobre pecador. ¿Por qué te escondes? —le dijo a él, sin dejar de mirarle.

El grupo de fanáticos comenzó en ese momento a gritar y se lanzó contra la cinta, haciendo que los guardias sacaran sus porras y les impidieran traspasarla. Un gran alboroto se formó al instante, sin que el cabo interviniese, buscando con la mirada al profeta que había repetido las mismas palabras escuchadas en la iglesia. Le buscó entre la multitud, pero ya no estaba, solo sus seguidores, que pronto fueron reducidos por sus compañeros y empujados hacia atrás.

El desorden se había disuelto de la misma forma que se había formado. Los guardias jadeaban aún después de aquel encontronazo. Los fanáticos retrocedían a la zona de sus tiendas, mientras todos se miraban y se fijaban en el cabo que permanecía allí quieto, con la vista perdida, sin decir nada.

Uno de ellos, el más cercano a él, le tocó en el brazo, haciendo que saliese de su trance.

—Todo está bien. Ya no volverán, creo... permaneced atentos. No deben pasar —dijo de forma mecánica, sin conseguir que todo lo que había visto se le fuera de la cabeza.

«Ha sido una alucinación. Eso ha sido» —se convenció a sí mismo.

—Demasiado trabajo —escuchó a su lado.

—Sí, demasiado trabajo, creo... Tendré que pedirme un permiso cuando todo esto acabe. No me encuentro bien —contestó, sin mirar al compañero que lo había dicho.

Seguía observando al grupo que ya se retiraba, buscando al profeta con la vista. Pero ya no estaba allí, había desaparecido entre la multitud.

Volviendo al inicio de la mañana, nada sabía el pueblo de Castrolobos de los hechos que habían sucedido. Solo el gris amanecer había traído presagios de muerte, una brisa fría cargada de extrañas sensaciones que hacían que la joven Lora se detuviera un instante, y se asomara por el estrecho ventanuco que ventilaba la habitación del párroco de la iglesia.

Se afanaba como todos los días, a esas primeras horas del alba, en mantener todo ordenado en la vivienda parroquial. Era la joven asistente del padre Damián y sus quehaceres domésticos consistían en que la casa estuviera limpia y pulcra, como le gustaba a su madre, todo en orden y a punto.

La habitación no era de grandes dimensiones, aunque sí algo mayor de lo normal para un cura de pueblo, de una aldea tan apartada; pero la iglesia resultaba una parroquia antigua y de un pasado de mayor trascendencia de la que tenía en la actualidad, y los párrocos habían heredado esa casona, que no encajaba ahora con su modesta forma de vida.

Lora se aplicaba en guardar la ropa que permanecía sobre la cama, todavía sin hacer. Doblaba despacio las prendas blancas y suaves, susurrando una dulce canción entre sus labios rojos y sensuales. Con sus manos acariciaba los cuellos de las camisas y las telas de algodón, y las iba amontonando encima de la cama según las doblaba. Los cajones de la vieja cómoda de madera de roble, estaban abiertos, mostrando un sinfín de ropas: mudas, calcetines, corbatas demasiado usadas, viejas sotanas deslucidas y algunos pantalones oscuros, bien planchados y doblados con esmero, colocados en los cajones más bajos.

Recorría la estancia cantando en voz baja, como una bailarina grácil, deslizando sus zapatillas por el suelo de baldosas rojas de almazarrón. La vieja cama latonada estaba todavía revuelta en un caos de sábanas y mantas, mientras la joven cerraba el armario acristalado, que se quejaba con los chasquidos propios de la madera seca y antigua. Todo giraba alrededor de Lora, todo como en un festival de olores limpios y de frescor vivificante. El frío entraba por el ventanuco y ella sonreía atolondrada cuando algo se le resbalaba de las manos, mientras se alisaba su falda de flores y se miraba, según pasaba, en el espejo del comodín.

Su rostro ovalado, perfecto, de piel sedosa y blanca, y sus ojos lanceolados, de un tono violeta como dos bellas amatistas, se reflejaban en la superficie pulida del espejo, devolviéndole la mirada con una sonrisa cómplice y alegre. Ella reía entonces, una leve carcajada sin sentido y seguía cantando feliz e inocente, ajena a todo lo que estaba a punto de ocurrir a lo largo de la mañana en la cercana iglesia de su pueblo.

Con devoción, estiraba sin prisa uno de los trajes negros del cura, una prenda que rara vez usaba y que solo la guardaba para las ocasiones en que debía viajar a la capital. El alzacuello se resbaló travieso de sus manos para caer debajo de la cama. Lora colgó el traje en el armario y se dispuso a buscarlo.

—¿Dónde estás pequeño “prietacuellos”? —preguntaba con su voz dulce y su forma de expresarse simple y algo lerda, que denotaba su escasa inteligencia—. Estabas aquí, mal bicho —añadió, al atrapar la tira de plástico con la mano y sacarla de debajo de la cama.

Un bufido se escuchó en ese instante, como proveniente de un ser que rebullía también en el espacio donde había estado la tira clerical. Un ser pequeño y peludo salió asustado, quedándose quieto a los pies de la chica que lo miraba algo asombrada.

—Vaya susto que me has dado, gordo peludo. Pequeño demonio. No puedes estar aquí o te meteré en un saco con una piedra grande y te tiraré al río —riñó al gato que la miraba con ojos melosos desde la cama a la que se había subido de un salto, sin apenas esfuerzo—. Si te ve el señor cura te matará. No le gustan los ladrones sucios y viejos como tú. Seres que se amamantan de los pezones de las brujas —le explicaba al gato, como si el felino con sus ojos ambarinos, que la miraba complacido, fuera capaz de entender aquellas palabras supersticiosas—. ¡Pero tú tienes un mechón blanco en el pecho! —sonrió, acariciando el negro pelaje del felino—. Eso es que el dedo de Dios te ha tocado —reía en voz más alta—. Te ha salvado y nadie te podrá clavar en una puerta, ¡gordo tragón!

El animal se estiró de forma indolente y de un salto se encaramó en la ventana, escapando al exterior cuando la joven intentaba cogerle. Aquello le hizo sonreír y darse la vuelta hacia la puerta de la habitación que permanecía abierta. Había creído notar una presencia, pero nadie estaba allí, solo el pasillo vacío. El párroco estaba en el saloncito desayunando y nadie más habitaba la casa.

La joven Lora seguía recogiendo todo, haciendo la cama y colocando

los objetos que veía ante sus ojos. Con un impulso sin motivo, descolgó el crucifijo de la cabecera de la cama para acercárselo a los labios y lo besó despacio, como si en ese acto dejara que todo su amor y su fe contenida saliesen de su boca y se introdujesen en el marfil del cuerpo del hombre allí representado.

—Ya te dije que no debes hacer eso —escuchó en ese momento la voz agradable y modulada del cura que se encontraba en la puerta de entrada a la habitación—. Nuestro Señor no puede ser un muñeco para que lo andes besuqueando y agitando como si fuera un juguete, Lora. Presta atención a mis palabras, cabeza de chorlito —añadió con el tono más serio, haciendo que la joven colgara de prisa la cruz en la pared y le mirase con la vista baja y la expresión avergonzada—. Sigue con tus cosas y date prisa, debemos ir a la iglesia para preparar el oficio de hoy. No debemos hacer esperar a nuestros fieles, que muestran con su devoción el amor por nuestra Señora y por los milagros que solo ella nos concede —la apremiaba, moviendo la mano para intensificar sus palabras y hacer que la chica le comprendiera.

Lora le miraba con los ojos muy abiertos, sin decir nada. Su expresión siempre traslucía su escaso entendimiento y su falta de comprensión. Intentaba seguir las palabras del párroco, que brotaban de sus labios toscos y secos, pero solo podía escuchar el tono de su voz agradable y ver moverse aquellos dos labios en su cara afeitada y descolorida. Solo eso, sin entender las palabras que vertía sin cesar.

—¡Vamos, espábilate, por el amor de Dios! ¡Valiente atolondrada tengo en casa, Cristo bendito! —exclamó el párroco, al ver cómo seguía mirándole con la expresión ausente y sus bellos ojos violeta sin parpadear apenas.

El cura salió de la habitación pensando en los actos del día. En la representación de la mañana que tendría lugar en la iglesia y posteriormente en el prado cercano, donde pensaba volver a sacar la figura de la Virgen en solemne procesión, para que todos pudieran ser testigos de sus milagros y de la llegada de la Madre a sus fieles, allí reunidos. Ya contaba con la colaboración de su asistente, de Lora. Con el don que la Virgen le había concedido y que para él era algo inexplicable. Él, que era un hombre de fe, un devoto creyente que nunca había transgredido las normas de la Iglesia y siempre había llevado una vida ascética y pura, alejada del pecado, no había sido visitado por su Señora de Llercia; pero aquella niña estúpida y mema, que no sabía ni tan siquiera pronunciar bien su nombre, era bendecida con sus

apariciones constantes, como santa trasmisora de sus mensajes. Eso no lo entendía y le parecía injusto en su interior. Pero como hombre disciplinado desde pequeño en el seno de una Iglesia dura y severa, aceptaba todo aquello con resignación y se aprovechaba de ser el encargado de transmitir los mensajes que la Virgen daba a la chica, y sobre todo, de mostrar al mundo el milagro de las lágrimas de sangre que fluían por el rostro de piedra de la estatua.

Aquel prodigio le había trastornado, haciendo que su fe derivara hacia un fanatismo creciente, una nueva forma de sentir la religión que rozaba el sectarismo y la creencia en viejos rituales ya olvidados. Su mente se había alejado de la Iglesia oficial. Ya no se daba cuenta, dejándose arrastrar por aquel tumultuoso río de superstición y de locura colectiva en la que estaba metido.

Había entrado en la cocina con un sobre y se disponía a abrirlo. La carta mostraba el membrete del obispado. Una nota breve que le recordaba algo que había ignorado hasta ahora: Aquellos sucesos, fuera de la normal actividad de un sacerdote parroquial de su categoría, debían terminar.

Damián, ya se había entrevistado con el obispo hacía algunas semanas. Una dura comparecencia donde el prelado le había ordenado de forma tajante que todo aquel “circo” debía acabar. Que no iban a permitir que se desencadenara una nueva “Fátima” en aquel sitio inmundo y alejado de la misericordia de Dios. Eso no pasaría, le aseguró muy serio, amenazándole con cerrar su parroquia y enviarle a algún convento lejano, para acabar sus días orando por su alma confusa y pecadora.

Así se lo expresó el obispo, sin darle pie a una réplica. Damián había salido de su despacho enfurecido y convencido de su misión en el mundo. Él no podía confiar ya en aquellos hombres corruptos. La Iglesia estaba podrida y ya no era la suya. Ya no podía seguir esos mandatos porque su Madre, la señora de Llercia, se lo había dicho a través de las visiones de Lora. Se había expresado con un mensaje muy claro sobre lo que debía hacer, en uno de sus aberrantes trances. Lora le comunicó, con su voz desfigurada, que los poderosos le perseguirían y los hombres sin fe se mofarían de él. No debía ser débil ahora. Tenía que ser capaz de afrontar las duras pruebas que pronto llegarían. Así se sentía el párroco de Castrolobos, pensando en su misión, en su sagrada cruzada contra todos aquellos seres impíos. Y ahora, una nota lacónica y escueta se lo recordaba, haciendo que apretara sus labios y la tirase al fuego de la cocina, que ardía aún después de calentar el desayuno.

La joven Lora bajaba por las escaleras, canturreando y saltando los peldaños de tres en tres. Su belleza y su aroma a flores silvestres se esparcían por el pasillo y las estancias de la parte baja. El párroco levantó su mirada enfadado para verla aparecer por la puerta, y detenerse de súbito al comprobar que él estaba allí de pie, levantando los anillos de hierro de la placa del fogón.

Un golpe en la puerta de la calle rompió ese momento, haciendo que los dos miraran hacia la entrada. Lora salió corriendo hasta la misma para abrirla y ver al viejo Saturio enmarcado en el vano, frotándose las manos y con una mirada agitada.

El párroco también se acercó al verle, le miró fijamente a los ojos, como si pudiera taladrar la cabeza del viejo sacristán e introducirse en su mente.

—¡Saturio! —exclamó la joven, sin añadir nada más, quedándose con la boca abierta, asombrada de verlo tan pronto, algo que era muy inusual en su quehacer cotidiano.

El sacristán parecía clavado en la entrada, sin decir nada, intentando pronunciar algunas palabras y dejando que su saliva siguiera fluyendo de forma repugnante entre la comisura de su labio leporino. El párroco le miró con desagrado y se acercó a él con el gesto cada vez más serio.

—Allí estaba... Como una virgen ciega... Allí... —acertó a decir, sin poder expresarse mejor debido a los nervios y a su poca facilidad para expresar sus pensamientos.

—¿Qué estaba allí? Suéltalo de una vez, que parece que te has tragado esta mañana un perro muerto —le ordenó el párroco, haciendo que los dos, tanto Lora como el sacristán, se sobresaltaran ante lo que el viejo estaba a punto de decir.

—La muchacha muerta. La muchacha está en la sacristía —consiguió añadir, limpiándose la saliva de su cara con la manga de la chaqueta de lana.

—¿Qué muchacha? ¡Explícate, por el cuerpo de Cristo! —preguntó el cura, para después callarse de pronto al notar cómo su mente se iluminaba y las escenas de la noche volvían a pasar con toda claridad ante sus ojos despiertos.

Recordaba todo aquello. La mujer blasfema y los actos terribles que sucedieron en el santuario. Pero la presencia del cadáver en su sacristía no estaba prevista. No debía estar allí, en su iglesia inmaculada, ante los ojos de la Virgen.

—¿Cómo que está en la sacristía?, ¡atontado! ¿En qué sacristía? ¿En qué iglesia? —preguntó fuera de sí, asustando al viejo sacristán que retrocedió desde la puerta para salir al exterior, presa de una gran consternación.

Lora se había parado en la entrada, quedándose con su expresión vacía, sin entender lo que allí estaba ocurriendo. Su mente simple no era capaz de comprenderlo, solo esperaba que le indicaran cómo debía proceder.

—Sí, en la sacristía está, como una virgen traída por uno de esos fornicadores... —pudo añadir tartamudeando, retrocediendo ya más despacio hacia el exterior de la acera y con ganas de desaparecer de allí, y alejarse de la presencia del párroco enfurecido.

—¡Maldita sea! —exclamó el párroco, y sin mediar palabra, salió de la casa para dirigirse en dirección opuesta a la iglesia. A grandes zancadas parecía alejarse hacia el pueblo, dejando a la joven en la puerta de entrada sin saber qué hacer.

Su mente sencilla le indicaba que debía seguir con sus quehaceres, para luego ir a la iglesia como todos los días. Y así lo decidió sin pensar en nada más, cerrando la puerta de la casa parroquial para continuar con las tareas de la mañana.

Saturio observaba cómo el párroco iba hacia el pueblo. Lo miraba de lejos, y repetía en voz baja, en un murmullo, algunas palabras que solo él podía escuchar:

—Asquerosos fornicadores... asquerosos... —Frotándose las manos y dándose la vuelta cojeando; andando más deprisa de lo que se podía suponer, dirigiéndose a la iglesia que estaba cercana.

Desde allí veía cómo el todoterreno de la guardia civil llegaba, levantando una enorme polvareda. Esperaba nervioso en la puerta del templo. Sabía que todo aquello desencadenaría muchos problemas y eso no le gustaba.

El coche se acercaba cada vez más. Una mujer había sido asesinada de forma cruel y el hecho ya se escapaba de los confines apartados de la aldea.



Capítulo

2

Los días que siguieron al cruel asesinato, estuvieron llenos de inquietud para los vecinos de Castrolobos y dieron paso a un aumento de los visitantes curiosos y de los seguidores de ese tipo de sucesos. La policía judicial se había hecho cargo de la investigación. El crimen había desplazado hasta el lugar a un grupo de homicidios encabezado por un veterano inspector jefe y a varios miembros de la policía científica, que ahora se afanaban por conseguir pruebas en la malograda escena del crimen.

Todo había sido revuelto en la sacristía, manipulado y alterado desde que el sacristán descubriera el cadáver de la chica, hasta la llegada de la policía. Los investigadores buscaban todo tipo de restos en la estancia, una pequeña colilla podía ser un buen indicio para seguir un hilo de investigación y poder descubrir por la huella de ADN un posible autor. Pero nada se encontraba en aquella dependencia de la iglesia, llena de la suciedad y del polvo de los siglos.

La policía interrogaba a los vecinos del pueblo, se había instalado en el valle cercano y desde allí dirigía la investigación; intentando avanzar en la resolución de aquel crimen que había conmocionado a toda la provincia y había llegado como un eco siniestro a los semanarios generales y a los programas de radio dedicados a los sucesos y al misterio.

La estafalaria población que ocupaba el prado cercano a la iglesia, había aumentado mucho su número desde que el cadáver fue descubierto y sobre todo a partir de su difusión por los medios de comunicación. La policía interrogaba a todos los cabecillas de los diferentes grupos, intentando aclarar su relación con los hechos, pero aquello era una tarea ardua y penosa, un esfuerzo vano en un mar de dudas y de sucesos oscuros, interrumpidos muy a menudo por las algaradas y los tumultos que se formaban en el interior del

campamento, cuando las fuerzas del orden entraban en él o simplemente si se acercaban para realizar sus investigaciones.

Poco se avanzaba en el esclarecimiento de los hechos. El pueblo era un muro ciego y mudo que no se podía penetrar. Ningún vecino había aportado nada a las preguntas del inspector y de su equipo. Aquellos individuos acérrimos y atrasados no colaboraban como se hubiera esperado, y el ambiente hostil y cargado de mucha negatividad se hacía sentir sobre todos los que pasaban largas horas en aquella zona.

Nadie quería estar allí por mucho tiempo, nadie lo decía, pero todos lo sentían en su interior. Castrolobos no les quería allí; esa tierra maldita, donde el pasado cruento y sanguinario aún empapaba los muros de piedra, se negaba a contar la verdad y solo buscaba expulsar a todos aquellos extranjeros que habían llegado para malograr su vida cotidiana.

Elías observaba los grupos de forasteros que pasaban por las calles del pueblo desde la puerta de su cantina. Con el ceño fruncido, movía levemente la cabeza, mientras murmuraba en voz baja algunas palabras que nadie alcanzaba a escuchar.

—Malditos forasteros... —decía, apretando el puño, y conteniendo la ira que le consumía por dentro.

El inspector ya le había interrogado, como al resto de sus vecinos. Aquel estirado puerco de la capital, que le miraba con desprecio, como si fuera una rata. Elías, no le había dicho nada, se había reído de él y de sus estúpidas preguntas. ¿Qué tenía él que temer? Él, que estaba bajo la protección de su querida Virgen; se decía a sí mismo, escupiendo en el suelo, cuando uno de aquellos jóvenes investigadores de la policía pasó cerca de su puerta, mirándole de reojo, fastidiado por seguir en aquel agujero perdido en las montañas.

En el campamento de fanáticos, cierto movimiento y convulsión se empezó a notar a mediodía. Uno de aquellos falsos iluminados, uno de los más estafalarios y dementes de todo aquel grupo de locos seguidores, había congregado a su lado a muchos jóvenes que bailaban ahora y gritaban con sus palabras enfervorecidas. El predicador les animaba a que se levantaran y fueran a la iglesia. Sus palabras estaban cargadas de la locura que solo el fanatismo mezclado con la droga, que solía consumir ese hombre, le producía.

—¡Vamos cachorros del anticristo! ¡Levantaos de una vez! ¡Vamos a romper las cadenas de Jericó! ¡Vamos a sacar a la divina Madre de ese antro de muerte y podredumbre! —gritaba fuera de sí, haciendo que todos le

siguiesen con el mismo fervor y la misma animosidad.

La guardia civil ya había retirado la cinta de plástico hacía algunos días y la entrada a la iglesia estaba despejada para que los fieles entraran y el culto diario se pudiera celebrar.

Los fanáticos se aproximaban gritando y cantando, mientras el predicador seguía incitándoles con sus proclamas, mientras agitaba en el aire un palo que le dotaba de cierta agresividad.

—Nada nos detendrá. Sacaremos a la Madre cautiva de ese templo de iniquidad. Si debemos derribarlo, lo haremos —seguía exclamando—. ¿Somos acaso ovejas? ¿Somos cerdos capados que no tenemos ni una gota de sangre en las venas? ¡Bendita sea mi alma inmortal, porque hoy fulminaré con la fuerza de mi fe a todo aquel que se enfrente a mi designio y solo el hijo del hombre será el que nos indique nuestro camino con la luz de su espada en llamas! —chillaba, cuando ya se encontraba muy cerca de la entrada, y agitaba el palo en el aire como si de una espada se tratase.

Aquellos gritos y el tumulto que se formaba, habían hecho que algunos de los curiosos que estaban en la zona se aproximaran al grupo, que como un compacto batallón de agresivos pordioseros, se acercaba a la entrada de la iglesia con intención de sacar la estatua de la Virgen y llevarla en procesión para sus locos rituales.

De entre todos aquellos curiosos, un hombre sobresalía por su altura y fortaleza. Un tipo mal encarado que apartó sin ningún miramiento a los que tenía delante, para situarse enfrente de los que se aproximaban cantando y gritando.

El hombre no decía nada, su gesto hosco no parecía alterarse ante la presencia de todos aquellos fanáticos que intentaban entrar en la iglesia. Su mirada era torva, cargada de violencia y sus ojos oscuros se fijaron en el predicador, que seguía profiriendo juramentos y palabras altisonantes para arengar al grupo.

El hombre apretaba en sus manos una estaca de madera: un grueso garrote que mantenía cruzado sobre su pecho, agarrado con fuerza. En la puerta de la iglesia la figura de Sixta observaba en silencio todo lo que sucedía. Tenía en sus manos un pequeño ramo de flores secas, que acababa de retirar de uno de los laterales del altar. Hacía poco tiempo que había terminado de arreglar la zona del presbiterio y solo el ruido del exterior la había conducido a la entrada, para contemplar el tumulto creciente que se estaba formando.

Desde la puerta, acompañada por el sacristán que parecía presa del nerviosismo, Sixta lo miraba todo con sus ojos oscuros. Se fijaba en aquellos seres impíos que intentaban entrar en su iglesia, y su corazón oscuro como el negro abismo del infierno, solo pedía que el fuego terminara con todos ellos. Sus labios estaban apretados, llenos de ira.

—Quinto, hazlo ahora —dijo en voz baja pero suficiente, para que el hombre que se interponía delante de ella con la estaca entre sus manos, la escuchara sin decir nada. Solo volvió su cabeza para mirarla un momento y darse la vuelta hacia los fanáticos que ya estaban frente a él.

Lo que después ocurrió fue algo muy rápido y fugaz. Un instante que para todos pasó en unos segundos, pero que en el cerebro de Sixta y en el del sacristán parecía sucederse a cámara lenta, como si aquellas imágenes que veían a través de sus ojos se ralentizaran y no acabaran de terminar.

Quinto, el exconvicto que vivía a las afueras del pueblo, empujó a los primeros que se acercaban, tirando a varios por el suelo con su fuerza y su rabia contenida y se enfrentó al predicador que le miraba con los ojos desorbitados, con una expresión estúpida y alucinada; quizá motivada por la droga, de la cual había abusado aquella mañana.

El garrote le golpeó en la cara sin que fuera capaz de evitarlo. Un impacto seco y frontal que le partió la nariz y los dientes, haciendo que un gran borbotón de sangre salpicara hacia todos los lados. Quinto blandía el palo con fuerza y derribó a todos los que estaban a su lado, golpeándoles en el vientre y en las piernas, haciendo que cayeran como muñecos, y que el resto de todos aquellos locos fanáticos, huyeran gritando como una desbandada de gallinas asustadas.

En pocos segundos todo había sucedido. El predicador estaba en el suelo, respirando con dificultad y la cara destrozada, y varios de sus seguidores gemían con algún hueso roto y lesiones en el cuerpo.

Saturio tiraba de la manga de la camisola de Quinto, que seguía agarrando la estaca con fuerza, manchado de sangre. Desde la puerta de la iglesia, Sixta lo miraba todo en silencio, riendo con satisfacción por lo que había visto y dejando caer las flores secas a sus pies, sobre uno de los peldaños.

Quinto parecía un oso enfurecido, resoplaba rechinando los dientes y lanzando miradas amenazadoras a los que huían. El predicador respiraba con dificultad y tosía, expulsando algunos trozos de dientes y sangre coagulada por la boca.

—Vamos, vamos... —le apremió el sacristán, tirando con más fuerza de su brazo y haciendo que le acompañara y le siguiese por un lateral de la iglesia hasta desaparecer de la zona.

El sonido del motor de los coches ya se oía. Sixta miraba cómo aparcaban a un lado y cómo descendían varios guardias y algunos policías.

Todo había ocurrido muy rápido y no se pudo comprobar ni encontrar al autor de lo sucedido. La pobre viuda no sabía qué había pasado, presa del terror, como ella declaró esa tarde. Solo era una pobre mujer sin marido, repetía hasta la saciedad, llegando a irritar a sus interrogadores que al final la habían ignorado.

En su cabeza, todavía estaban aquellas imágenes del predicador con su rostro lleno de sangre y el sonido de los dientes rompiéndose y saltando desde su boca. Y un placer inexplicable brotaba en su interior. Sonreía en voz baja al pensarlo y sus ojos vivos como los de un ave de presa, se intensificaban al recordarlo.

Aquel atardecer, rezaba con su hija dentro del hostel que regentaba. El edificio estaba ahora cerrado y desde la llegada de tanto forastero, había impedido que nadie se alojara en él.

En su interior estaban dos mujeres solas en la habitación de la más joven.

Sixta rezaba con los ojos cerrados al lado de su hija. Las dos arrodilladas sobre las frías baldosas del suelo, sintiendo el dolor que la permanencia en esa incómoda posición les infligía en sus rodillas desnudas.

—Perdónanos, bondadosa Madre. Perdona a estas dos miserables mujeres que no saben ver con claridad tu luz —rezaba, haciendo que su hija lo repitiera.

Lora solo movía sus labios sensuales recitando lo que su madre decía. No se movía, con sus hermosos ojos cerrados. Tenía los brazos en cruz y sentía la presión y el dolor intenso del áspero cilicio que rodeaba su cintura desnuda. La cuerda de esparto, plagada de gruesos nudos, se clavaba en su carne, haciendo que las marcas rojas se fueran transformando en leves erosiones tumefactas. Zonas enrojecidas que poco a poco dejaban pasar algunas gotas de sangre.

Lora seguía rezando con su madre que permanecía a su lado con los

brazos también en cruz, recitando aquellas palabras monótonas, sin abrir los ojos.

—Ten piedad de nosotras, señor de la luz. Expulsa de nuestro pueblo a los seguidores del anticristo. Libra a estas dos pecadoras, a estas dos ovejas descarriadas de tu rebaño, de la maldición de la condena eterna, madre redentora —sentenciaba con el tono de voz sesgada y cada vez mayor intensidad en sus palabras.

El dolor de la joven llegaba a un clímax que le era difícil de soportar. El umbral de lo que su cuerpo podía aguantar había sido superado hacía rato, pero solo la obcecación religiosa y su mente enferma, conseguían que permaneciera más tiempo sufriendo sin quejarse. Ahora la cuerda se clavaba en la carne cada vez que su madre dejaba de rezar para apretarla. Una y otra vez más; hasta que la piel se rasgaba y las lágrimas de la joven se deslizaban por sus mejillas.

—Debes pagar por tus actos blasfemos, hija mía. Por los pensamientos lujuriosos que te comen por dentro. Debes limpiar tu sucia mente —decía, mientras apretaba la cuerda sobre la cintura de su hija.

Lora gemía de dolor, pero no abría los ojos mientras recitaba con un susurro algunas frases casi inaudibles.

—Madre, yo soy tuya. Aquí me tienes sin maldad, solo tuya para hacer de mí tu voluntad —se quejaba, murmurando ante el dolor del castigo que le producía el cilicio.

Desde la planta baja, el sonido de fuertes pisadas había llegado a los oídos de Sixta, que seguía rezando con fervor, arrodillada. Unos pasos provenientes de las botas de alguien que ella conocía muy bien. Aquel sonido retumbante hizo que se levantara y dejara a su hija rezando, y se dirigiese al exterior de la habitación. Al pie de la escalera de madera, que llevaba al pasillo de la primera planta, estaba el fornido carpintero. Manuel Mejías, al que todos apodaban Quinto, la miraba con su enorme rostro cetrino y sus modales bruscos y violentos.

Aquel hombre mal encarado había entrado en el hostel con su propia llave. No era la primera vez que visitaba a la viuda ni era mal recibido por ella. Quinto tenía cierto porte militar de sus años de legionario, y todavía conservaba el pelo muy rapado y corto, y una poblada y negra barba que confería a su rostro una expresión atroz y peligrosa. Una cicatriz en el pómulo recordaba sus años en la cárcel, que cumplió por el asesinato de un hombre en un bar de carretera. Su cuello de toro lucía un extraño tatuaje que se había

realizado en prisión. Una larga cadena lo rodeaba, con un corazón enmarcado en una corona de espinas, que en su tiempo había sido de un color rojo como la sangre, pero que ahora solo era un dibujo azulado y desvaído. En su fuerte antebrazo se podía observar otro de aquellos tatuajes carcelarios. Una enorme cruz con un contorsionado Jesús que se movía al compás del fuerte músculo de su brazo. Su imponente presencia hacía empequeñecer la figura menuda de la mujer, que se le acercaba bajando despacio los peldaños y sonriéndole de una forma cómplice.

Sixta le miraba con deseo, se había desabrochado los botones superiores de su bata oscura y se soltaba el moño que recogía su abundante melena negra.

En la habitación, su hija seguía rezando y sollozando por su amada Virgen, mientras su madre miraba con los ojos llenos de pasión incontrolada a aquel bruto exconvicto, que ya estiraba los brazos para atraerla hacia sí.

La viuda se dejaba abrazar de forma ruda por su amante. El deseo ardía en el interior de Quinto, que la besaba con fuerza y apretaba su cuerpo contra el suyo, empujándola por el pasillo, contra la pared. La mujer le había clavado las uñas en la espalda, apretando hasta el punto en que el hombre rugía como un animal al sentir el ligero dolor. Profiriendo un gruñido, la tomó en sus brazos, levantándola del suelo sin esfuerzo y se dirigió con ella hacia la habitación que tenía enfrente con la puerta abierta. Sixta lo besaba de forma lasciva, sintiendo la humedad de su boca dentro de la suya. Era un acto animal, una pasión salvaje que no deseaba controlar.

El hombre la tumbó sobre la cama con violencia, empujándola sin cuidado y arrancándole el resto de la bata abotonada que aún la cubría. La tela se desgarró ligeramente y Quinto resopló, mirando el cuerpo semidesnudo de la mujer que le sonreía como una adolescente traviesa, moviendo las piernas y la cadera de forma sensual y provocativa, con una obscenidad enfermiza.

En ese instante, un golpe retumbó en el piso de arriba. Un objeto pesado había chocado contra el suelo de la primera planta, haciendo que las vigas de madera resonaran de una forma escandalosa. Sixta se sobresaltó en la cama y se puso de pie sin esperar a que su amante se abalanzara sobre ella. Durante unos segundos, los dos se quedaron observando el techo sin saber qué hacer, esperando a que algo sucediese, otro ruido, un signo de lo que había ocurrido, pero nada más se escuchó. Empujando a Quinto, la viuda le apartó de la entrada de la habitación y salió de prisa y preocupada. Algo malo había pasado, lo notaba en su interior. Corrió como una loca por las escaleras, sin

esperar a que su acompañante le dijera algo o reaccionara ante su súbita huida.

—¡María Dolores! —exclamó asustada, cuando ya subía hacia la habitación de su hija.

El exconvicto la siguió a su vez, sin saber qué perseguía o a dónde se dirigían.

—¡Lora! ¡Lora! —gritaba Sixta, esperando lo peor, una desgracia, algo que se había metido en su mente y que llenaba su boca con el sabor amargo de la muerte.

—¡Tira la puerta, Quinto! ¡Tírala! —gritaba la mujer a su amante cuando llegó a su lado.

Sixta empujaba la puerta del cuarto de baño de la planta superior, intentando abrirla, girando el pomo enloquecida sin conseguir desplazarla ni un ápice. La joven Lora se había encerrado por dentro y no contestaba a sus llamadas. Solo un gemido sofocado se podía escuchar a través de la madera, al poner el oído cerca de ella.

Quinto miró unos segundos la puerta oscura y vieja y con fuerza arremetió con el hombro, haciendo que el tablero reventara sus bisagras, y el pestillo y el pomo se destrozaran en una explosión de astillas y trozos del marco. La puerta saltó de sus goznes y cayó para dentro del cuarto de baño, derribada como si un rinoceronte la hubiese embestido. En el suelo, al lado de la bañera, estaba Lora inconsciente sobre un pequeño charco de sangre, que se iba acrecentado por el fluido vital que se escapaba de sus muñecas seccionadas. El armario del baño se encontraba destrozado en una esquina, tumbado a la larga, con un sinfín de frascos y útiles de aseo desparramados por todas partes. La joven se había sujetado a este aparador antes de caer sin conocimiento, arrastrando el mueble con ella.

Sixta se quedó horrorizada al ver a su hija como un cadáver sobre el frío suelo del baño. Miraba aquella mancha de sangre que crecía sin parar de forma lenta y sentía cómo la vida de su hija se escapaba ante sus ojos; allí despacio, sin prisa alguna, su pequeña se moría. Y ella lo miraba fascinada, con el cuerpo congelado sin poder hablar o hacer nada, solo observaba como si no estuviera sucediendo de verdad, como si fuera un sueño del que no podía salir.

—¡Por todos los diablos! —gritó Quinto, al reponerse de la embestida y ver a la joven en el suelo con las muñecas cortadas. El carpintero la tomó en sus brazos con rapidez. Ya había visto a muchos hombres, más fuertes que

aquella niña, morir con las venas cortadas. La vida se escapa muy deprisa, él bien lo sabía, y si no hacía algo rápidamente solo tendría en sus brazos un cadáver y sobre todo un gran problema que solucionar.

Con presteza, llevó a la chica a la habitación de enfrente y la puso en la cama. Fue muy rápido en tamponar las heridas abiertas en las venas de sus muñecas. Lora también presentaba más cortes en sus brazos. Una horrorosa serie de arañazos e incisiones más profundas que se extendían por todo el antebrazo hasta la zona de sus manos. La vendó con destreza y consiguió detener la hemorragia. La chica ahora descansaba en su cama, dormida y fuera de peligro.

«Por unos minutos se ha salvado» —pensó, mirando a la joven dormida plácidamente. A su lado su madre observaba en silencio, sin derramar una sola lágrima. El rostro de Sixta era de cera, pálido y duro como el mármol de una estatua. Sus ojos negros miraban a su hija con la intensidad del carbón encendido, llena de ira por el miedo que había pasado y con el deseo de castigar a aquella pecadora que había intentado acabar con su vida. Eso no lo podía permitir, no podía perdonar que su hija deseara dejarla, que quisiera morir. Su fe lo prohibía, y en su mente aquello era suficiente para decidir el castigo que la debía exigir cuando se hubiese recuperado.

Quinto la cogió de la mano, mirándola sonriente, como si aquello ya estuviera resuelto y nada hubiera ocurrido. Para él, la muerte o la vida no era nada importante, solo algo cotidiano que no le afectaba. Solo sus deseos más primarios necesitaban ahora ser satisfechos y no se iría de aquella casa sin que la mujer que le acompañaba le saciara.

La joven Lora abría los ojos poco a poco sin saber el tiempo que había pasado. No recordaba nada aún. Solo aquella voz dulce y amable que la llamaba y que la invitaba a seguirla hacia un lugar donde sería más feliz. Recordaba el dolor punzante en sus brazos, como si fuera en otro tiempo, de otra persona que ella conocía. Y se miraba sus muñecas vendadas y aquellas manchas oscuras que se traslucían a través de la gasa blanca.

«Pobre chica —pensaba, creyendo que todo aquello le había sucedido a otra mujer que no era ella—. No saben nada. Nadie sabe nada de ti —escuchó en su cabeza. Esa voz dulce y amiga que la entendía muy bien—. Nuestra Madre te quiere, pequeña. No llores más» —seguía escuchando de forma cada vez más clara.

Con esfuerzo, se había erguido en la cama, frotándose los ojos para mirar a su alrededor en el claroscuro de la habitación. En una esquina

apartada, una niña la miraba con sus ojos traviosos, riendo mientras saltaba en las baldosas, como si jugara a algún juego infantil. Cantaba feliz en voz muy baja, recitando una estrofa que ella conocía:

Las niñas malas lo pagarán.
Las niñas malas serán castigadas.
Las niñas malas...

Se calló de pronto y la miró con los ojos muy fijos.

—¿Quieres morir, Lora? —preguntó, moviendo los labios despacio con una voz ronca y profunda.

La joven se sobresaltó al escuchar aquella pregunta que provenía de la cara dulce de la niña. Su vestido blanco y ensangrentado, le era familiar. Era la amiga que la acompañaba y la ayudaba. Era la pequeña que trasmitía lo que su madre, la divina Virgen, quería que supiese. Nunca se lo había dicho a nadie. La niña no quería. Nadie debe saberlo, solo tú y yo. Eso escuchó en su cabeza cuando comenzaron las apariciones.

—¡Escucha cómo retozan esos puercos! ¡Cómo sus cuerpos desnudos se rozan, y se restriegan uno contra otro bañados en la lujuria, apareándose como animales! —exclamaba la niña con voz ronca, más cerca de ella, mirándola con los ojos ambarinos y su rostro demacrado y cada vez más desfigurado.

A través de la pared se oía a los amantes que se encontraban en la habitación contigua. Sixta gemía al sentir al hombre dentro de ella. Sus jadeos se escuchaban con claridad, y el movimiento rítmico de sus cuerpos y de la cama. Lora percibía todo aquello y miraba a la niña que seguía hablando con aquella voz áspera y profunda, riendo y maldiciendo por lo que estaba sucediendo al lado.

—Nadie será perdonado. Son peores que serpientes que se arrastran por el fango. ¡Todos morirán! —gritó la niña haciendo que la puerta de la habitación se abriera y se cerrara de golpe, dejando a Lora sola y atemorizada.

Todo aquello parecía un sueño, una imagen difusa en su mente cansada, que hizo que se dejase llevar y se acostara en la cama. Ahora respiraba con suavidad, dormida profundamente, mientras los gemidos de la habitación contigua se hacían cada vez menos audibles y todo el hostel volvía a sumirse en un silencio antinatural.

Sixta se abrochaba la bata como podía, ya de pie al lado de la cama.

Comprobaba cómo le faltaban varios de los botones y sonreía satisfecha. Tumbado aún, estaba desnudo su amante. Su cuerpo enorme y peludo ocupaba todo el espacio y todavía su respiración sofocada recordaba el esfuerzo de apenas unos instantes. Quinto la miraba con deseo satisfecho, observaba las formas de la viuda, que aún en su madurez seguía siendo atractiva y voluptuosa. Incluso las terribles cicatrices de su espalda le atraían con un deseo insano. Aquella mujer le volvía loco, y su mente y su cuerpo solo deseaban poseerla. Ella lo sabía y le dominaba con solo mover una mano. Para los propósitos de Sixta, aquel violento salvaje era muy conveniente. Era un servidor más de su fe y un instrumento para la salvación del alma de su pueblo. Solo eso ocupaba su cabeza ahora. Los actos que había cometido no significaban nada. Nada que no pudiera aliviar con la oración y la fuerte penitencia a la que sometía su voluntad.

Un leve rumor se escuchó fuera de la habitación, proveniente del pasillo. Una voz distante, algo que le había parecido oír al vestirse cerca de la puerta. Con curiosidad, abrió para mirar en el pasillo. Una voz muy difuminada, un eco inaudible parecía provenir del piso de abajo.

—Las niñas malas serán castigadas... —escuchó una dulce voz apenas perceptible.

Salió de la habitación siguiendo con la mirada el origen de aquel sonido y se asomó por la barandilla de la escalera. Pero nadie estaba allí. Solo el silencio.

—Quizá es mi imaginación —murmuró, sacudiendo la cabeza y recogiendo el pelo otra vez en un improvisado moño, antes de bajar por las escaleras.

Aquella casa palpitaba como un ente vivo y sus muebles chirriaban y crujían, produciendo un extraño concierto de sonidos y ruidos. La viuda lo sabía y su mente atribuyó a eso las palabras que había escuchado y que ya estaba olvidando.

A la mañana siguiente, en la iglesia de la Virgen de Llercia, una multitud de fanáticos creyentes y un sinnúmero de curiosos, ocupaban todo el espacio que se abría frente al pórtico del edificio. El templo estaba lleno y en su interior se disponían para empezar el oficio divino, degenerado por la influencia de los hechos milagrosos que solían suceder en aquellas mañanas.

El padre Damián se encontraba subido al ambón del orador, en el lateral del presbiterio, junto al altar. La multitud estaba expectante, todo el mundo miraba con ansiedad a la estática escultura de la Virgen, con el ánimo sobrecogido por las rojas líneas de sangre que resbalaban por su rostro de piedra. El sacerdote estaba en silencio con las manos abiertas, mostrando sus palmas a los fieles y la vista perdida en el techo de la iglesia. La escasa luz del interior confería al ambiente un aura mística, con una extraña sensación de irrealidad enfermiza. En el exterior, el gentío se agolpaba cada vez más y más. Intentaban entrar, pero ya era imposible debido a las moderadas dimensiones del templo.

El párroco bajó la mirada, observando a su auditorio y levantó aún más sus manos, como si con ese gesto pudiera favorecer el prodigio que esperaba que ocurriera delante de todos ellos. Su aspecto desaliñado y desgarrado, con su piel pálida y húmeda, y su pelo blanco y despeinado, hacía que su presencia contrastara con la de su ayudante, el joven diácono que le prestaba su apoyo durante el culto.

Desde hacía algunos meses, Joaquín Castano, al que siempre habían llamado Chimo en su Valencia natal, se encontraba en aquel lugar perdido y remoto, muy lejos de la vida moderna y actual. Fue una medida que sus superiores habían decidido para atajar su crisis de fe. El joven seminarista se hallaba en esa situación en la que muchos religiosos de su edad dudaban. El mundo les atraía y tentaba tanto, que su vida religiosa, dentro del ascetismo de una regla casta y dotada de privaciones, empezaba a ser una elección cuestionada por ellos. Su fe se tambaleaba, rodeado de las ventajas de una vida moderna en la ciudad; y solo allí, apartado en un retiro remoto, donde estaría más cerca de Dios, según las palabras del obispo, podía volver al camino de la fe para ser un sacerdote digno de su Iglesia. Chimo se encontraba ahora en aquel pueblo enfermo y atrapado en el atraso y la superstición. Un nuevo mundo, muy distinto al que había conocido, se le presentaba cada día y le iba subyugando poco a poco, engulléndolo, como lo hace una gran serpiente con su presa, para luego digerirla sin compasión.

El padre Damián miraba a sus fieles con satisfacción. Delante de él, en el primer banco veía la cara redonda y pálida de Lora, al lado de su severa madre. Todo parecía dispuesto para que los prodigios que solo la fe ciega puede producir, dieran comienzo.

—Hoy contemplaréis el milagro una vez más. Hoy seréis testigos de aquello que los hombres impíos niegan, de aquello que los herejes no ven y

los blasfemos temen. En este día, bien os puedo afirmar, que solo aquel con el alma pura y ciega a las tentaciones del mundo, podrá acercarse a la sangre renovadora que nos da la vida eterna —comenzó a declamar, haciendo que los presentes elevaran un mar de murmullos, como si de sus palabras se desprendiera el sonido de fondo de una tormenta.

—¡Mirad y temed! ¡Comprobad con vuestros ojos pecadores aquello que habéis venido a ver! Pues sois peores que los perros del templo de Sión, ansiosos por roer un miserable hueso, cuando ante vuestros ojos tenéis los manjares del paraíso. ¡Esta es vuestra señal, miserables seres llenos de toda perversión, de todo vicio y lujuria humana! ¡Este es vuestro prodigio, donde solo la fuerza de la fe iluminará y dará calor a vuestro corazón perdido en las tinieblas! —añadió, gritando como un loco poseído, haciendo que su voz chillona retumbara entre los gruesos muros de piedra de la iglesia.

Todos murmuraban y seguían sus palabras con enorme devoción, asintiendo con sus cabezas y cambiando el gesto de sus caras con las inflexiones de voz del sacerdote. El cura parecía poseído en un trance que le hacía evadirse del lugar en el que estaba. Solo el diácono estaba fuera de aquella locura colectiva. Miraba a la joven Lora con ojos dulces, llenos de algo más que de una simple amistad. La chica se encontraba con los ojos cerrados al lado de su madre, que la sujetaba entrelazando un brazo con el suyo. Chimo la observaba con cierto disimulo, intentando esquivar la mirada penetrante de Sixta que a veces interfería con la suya.

El joven seminarista ostentaba sus pulidos modales y su cierto aire amanerado. Su voz suave y empalagosa contrastaba con su porte alto y atlético, gracias a la práctica de los deportes a los que era aficionado. Siempre muy arreglado, con su chaqueta oscura de lana y su camisa negra inmaculada, trataba a los vecinos con afectación y cierto aire de superioridad, algo que todos notaban y despreciaban en silencio. Solo Lora había sido simpática con él. Con esa afinidad que tienen las adolescentes por las novedades, en un pueblo perdido donde nunca llegaba ningún forastero atractivo. Para la joven, la presencia del diácono había sido como si uno de aquellos actores famosos, que solo conocía por la televisión, estuviera ahora en su pueblo. Chimo la sonreía y le contaba muchas cosas del mundo exterior. Para ella, era ese amigo galante que la acompañaba, siempre de forma discreta y sin que nadie les viese juntos.

Ahora el diácono escuchaba las palabras alucinadas del sacerdote, y se preocupaba al darse cuenta que todo aquello estaba fuera de lo normal en

un oficio religioso. Aquella celebración rayaba lo pagano, y se escandalizaba pensando en cómo debía actuar para explicar al obispo todo lo que allí estaba sucediendo.

El cura bajó el tono de voz y pareció volver en sí otra vez. Esta vez, miraba a todos con los ojos fríos y glaucos. Abrió un viejo libro que tenía encima del atril y se dispuso a leer algunas frases que tenía marcadas de antemano. Todos esperaban impacientes el momento del prodigio, porque sabían que ocurría siempre desde hacía semanas; pero Damián era un gran orador, y conocía muy bien cómo realizar la puesta en escena de lo que deseaba mostrar.

—En estas palabras está escrito, y nadie que no sea un ser de poco entendimiento y débil de corazón, podrá negarlas —comenzó a explicar, modulando su voz para dotarla de mayor profundidad, evitando su tono agudo habitual.

»¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Que nadie os engañe de ninguna manera, porque no vendrá sin que primero venga la apostasía y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se exalta sobre todo lo que se llama dios o es objeto de culto, de manera que se sienta en el templo de Dios, presentándose como si fuera Dios —leyó despacio, esperando ver el efecto de aquellas palabras en las caras atentas de todos.

»¡Mirad esas lágrimas de sangre! ¡Apreciad el prodigio que ante vuestros ojos está ocurriendo! Y no temáis por el mal que os rodea, porque ya fue dicho —añadió, levantando la vista del libro y señalando con su mano huesuda la imagen de la Virgen, para que todos elevaran sus voces, y un clamor intenso y el sollozo de algunas mujeres emocionadas, se escuchara con claridad en el interior de la iglesia.

El rumor de los cánticos del exterior se percibía como un leve murmullo dentro del templo. El sacerdote prosiguió leyendo el libro, sin dejar de apuntar a la imagen de la Virgen con su dedo, mientras pronunciaba las palabras escritas:

»Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí, otro cuerno, uno pequeño, surgió entre ellos, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados delante de él; y he aquí, este cuerno tenía ojos como los ojos de un hombre, y una boca que hablaba con mucha arrogancia —afirmó, moviendo su mano desde la imagen de la Virgen hasta el lugar donde Lora empezaba a moverse,

con los ojos cerrados, adelantándose al presbiterio y soltándose del brazo de su madre.

La joven comenzaba a revolverse como si estuviera poseída por algún demonio, que la obligaba a retorcerse y a exhibir un comportamiento errático y extraño.

El sacerdote seguía leyendo sin parecer inmutarse, mientras sus seguidores aclamaban el nombre de la Virgen, cada vez más alto.

»Y el ángel me dijo: ¿Por qué te has asombrado? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la que tiene las siete cabezas y los diez cuernos. La bestia que viste, era y no es, y está para subir del abismo e ir a la destrucción —explicó, levantando los ojos del libro y volviendo la cabeza por un instante, para observar a Chimo que se había adelantado un poco, colocándose a su lado al ver a la joven retorcerse ahora en el suelo, como si fuera presa de un gran espasmo y excitación.

Sin que nada pareciese ser el motivo, Lora comenzó a gritar con un desgarrado alarido que cruzó toda la nave del templo. Las voces de los fieles se callaron, y solo en el exterior, el sonido de los cánticos se elevó al escuchar ese grito que salía por la puerta.

El sacerdote sonreía satisfecho, el prodigio que esperaba se estaba produciendo ante sus ojos y eso era lo único que necesitaba para conseguir sus locas intenciones.

»Y los moradores de la tierra, cuyos nombres no se han escrito en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se asombrarán al ver la bestia que era y no es, y que vendrá —seguía leyendo, dejando que la chica se retorciese aún más en el suelo, aunque el joven diácono ya parecía dispuesto a ayudarla.

»¡No intercedas por ella! Pues su cuerpo ya no le pertenece y solo es un mero trasmisor de la voz de nuestra Señora —ordenó, mirando con dureza al diácono para impedirle que se acercara más a la joven.

»¡Habla ahora! ¡Dinos qué ven tus ojos! ¡Haznos partícipes de las palabras de nuestra santa Madre! —volvió a gritar, bajando hasta donde estaba Lora, que se había colocado de rodillas y recuperaba la serenidad y su respiración acompasada. Los ojos de la chica estaban ahora abiertos. Su bello color violeta brillaba como si estuviese en un estado febril, remarcado por el tono enrojecido de sus mejillas. Sus labios parecían querer decir algo que se negaba a salir de su boca.

—Dinos lo que nuestra Señora desea comunicarnos —susurró el

párroco, tomando la cabeza de la joven entre sus frías y húmedas manos, mirándola fijamente a su rostro.

La chica abrió aún más los ojos y suspiró con fuerza, y con su voz dulce comenzó a hablar sin levantarse, en la posición arrodillada que mantenía frente al altar.

—El que no crea en mi luz no será digno de estar en mi casa. Solo aquel que me escuche podrá sentir el consuelo de la gracia en su interior. Escuchad bien estas palabras, y luego salid al mundo y repetidlas entre todos los pobres hombres y mujeres que están perdidos, sin saber qué rumbo tomar, sin saber cómo conciliar su aflicción —declamaba de forma monótona, como si por su boca hablase otra persona.

Soltándose de las manos del cura, se puso en pie y se volvió ante su estupefacto auditorio. Solo el diácono había bajado del presbiterio y estaba ahora a su lado, mirando también al párroco que mostraba una sonrisa enloquecida.

Lora seguía hablando, sumida en el trance:

—¡No dejéis que nadie os haga callar, no permitáis que el extranjero, el poderoso, se valga de sus perros para haceros callar! ¡Sois los elegidos y habéis sido tocados con la luz de mi poder infinito! —gritó, como si una fuerza interior brotara de su boca e hiciera retumbar aquellas viejas paredes de piedra.

Al oír su voz, todos los presentes comenzaron a celebrar el milagro. Cantaban enfervorecidos, haciendo que nada más pudiera ser escuchado. La joven Lora se había desplomado en el suelo y ahora era atendida por el diácono que la sujetaba por un brazo.

El padre Damián daba palmas al ritmo febril de los cánticos, haciendo que un gran tumulto se fuera acrecentando; bajando del altar para abrirse paso por el centro de la nave de la iglesia, seguido de todos aquellos fanáticos que la abarrotaban.

En un lateral estaba ahora Sixta junto al sacristán, miraba todo con un gesto serio y taciturno. El sacristán permanecía un poco retrasado, pero la observaba a la vez que intercambiaba su mirada con las de otros vecinos del pueblo que se encontraban entre los presentes. Sixta movió la cabeza y algunos de ellos se acercaron a la chica, que se encontraba jadeando y presa de algunos temblores, y era ayudada por el diácono en el centro del crucero de la iglesia. Iluminada por aquella luz celestial que penetraba por la lucerna del techo, allí postrada con su rostro angelical y sus bellos ojos violeta, parecía la

representación de un bello ángel caído, uno de esos seres atemporales y santos que se mostraban en las imágenes del retablo, detrás el altar.

Fuertes brazos la extrajeron de las manos de Chimo. Un alud de manos y cuerpos se interpusieron entre él y la joven, sacando de allí a Lora, bajo la mirada autoritaria de su madre que dirigía todo aquello desde la sombra, al lado de una de las columnas.

Saturio ya renqueaba, con su andar desmañado, precediendo al grupo que llevaba a la joven. Había abierto la puerta de la sacristía, permitiendo que entrasen en ella. El diácono se había quedado algo aturdido por lo rápido que habían sucedido las cosas. La marea humana de fieles y locos fanáticos lo empujaba al exterior de la iglesia, siguiendo todos ellos a su estrambótico párroco, que seguía cantando y agitando los brazos con un entusiasmo contagioso y en un estado de fervor religioso que les arrastraba.

Sixta se acercó al resto de los vecinos que aún estaban en el interior del templo. Al lado de las enormes puertas se escondía el violento cantinero, oculto tras una de las grandes hojas de madera. Cuando ya el último de los fervientes seguidores traspasó el dintel, empezó a empujarlas hasta que las cerró, dejando ahora el interior del templo vacío, solo ocupado por algunos de los vecinos del pueblo y por Sixta, que ya se dirigía a la sacristía.

El diácono había sido sacado a empujones de la iglesia. Ahora veía cómo las puertas estaban cerradas y en la pradera cercana, un tumulto de locos fanáticos cantaban y daban alaridos, con aquellas consignas religiosas sin sentido, alentados por su párroco. Se sentía alarmado y parecía como si todo aquello no estuviera sucediendo. Algo malo, algo insano ocurría en ese lugar y lo notaba al observar todo lo que le rodeaba.

En el templo, los pocos vecinos que quedaban entre los bancos entraron a su vez en la sacristía. Elías esperaba a que todos pasaran para cerrar la puerta, solo unas pisadas ligeras y el golpeteo de unos pequeños pies, le hicieron esperarse. Nadie podía estar allí; pero aún así, habría jurado que alguien menudo correteaba entre las oscuras columnas y reía como si la voz de un niño retumbara, casi de forma inaudible, por toda la nave central, que ahora estaba en total silencio.

Sixta le llamó desde el interior, pero Elías miraba, sin decir nada, a la oscuridad circundante.

—Uno y dos. Uno y dos. El viejo mono mató al león... —percibió, como si fuera la estrofa de una canción infantil.

—Entra ya, estúpido. Cierra esa maldita puerta —escuchó desde el

interior de la sacristía, la voz severa e imperiosa de Sixta.

—Pero... hay alguien... —contestó, sin dejar de mirar al claroscuro de la iglesia.

—¡Cierra de una maldita vez! —le apremió la viuda, haciendo que el sacristán empujara y cerrara la puerta tras él.

En el interior del templo vacío, unas risas infantiles hacían eco entre las antiguas paredes, sucias y mugrientas. Una figura fugaz atravesaba corriendo entre las columnas, con su pelo rubio y unos pequeños brazos pálidos y manchados de sangre. Solo la risa infantil se escuchaba ahora, dominando aquel lugar sagrado.

Todos observaban en silencio a la joven Lora que se encontraba con la expresión ausente, sentada en una vieja silla en el centro de la sacristía. La luz del mediodía iluminaba el interior del pequeño cuarto, filtrando el polvo que habían levantado los presentes al entrar con rapidez y situarse en círculo alrededor de la joven.

Sixta la miraba con seriedad, esperaba que todos los que estaban allí prestaran la máxima atención, ahora debían dejar que su hija terminara de informarles, con su voz dulce y armoniosa, de lo que su santa Madre quería que hicieran. Lora era la voz de la deidad, la transmisora de los mandatos divinos que ellos debían seguir sin titubear y con la creencia ciega en todo lo que se les pedía. El sacrificio era necesario para la salvación de aquel pueblo maldito en las entrañas de las montañas.

Lora miraba hacia el fondo de la pared. A ese espacio vacío donde nada había en la habitación, entre el antiguo armario de madera y la enorme cajonera, vieja y desvencijada, donde se guardaban las ropas, casullas y capas para celebrar la misa. Antaño, estuvo decorada con suntuosidad, cuando aquella parroquia era rica, y en ese armario noble se disponían todo tipo de mantos de seda y tisú, con brocados de plata fina y bordados de oro. Ahora la miseria había reducido a la iglesia a un estado lamentable y la sacristía era el espejo donde se podía ver todo ese abandono.

Los vecinos se disponían formando un círculo, apoyados en las paredes o en los muebles, incluso sobre la vieja pileta del agua, y en la celosía, donde todavía quedaban algunos viejos cálices y otros ornamentos de latón para la liturgia.

Sixta levantó un poco la mano y Elías miró a todos con ojos enfurecidos, retando a cualquiera de ellos a que pronunciara una sola palabra. Nadie debía hablar ahora, en espera de que la joven iluminada pronunciase los

mandatos de la Virgen.

Lora seguía evadida, mirando a la pared vacía. Sus párpados no pestañeaban y su rostro no parecía mostrar ningún estado de ánimo. Levantó la mano para indicar ese espacio vacío.

La joven sonreía de forma leve, sonreía a la imagen que la miraba con picardía desde la esquina del fondo, justo debajo de un lateral del ventanuco de la habitación. Nadie la podía ver, solo ella, era su amiga, su compañera, ese ángel que Lora creía ver y que le decía lo que debía contar y comunicar a todos. La niña del vestido ensangrentado le sonreía ahora. Su pelo, rubio como el oro, reflejaba la escasa luz del ventanuco, haciendo que se formara un aura especial alrededor de su pequeña cabeza. Lora la miraba y se sentía feliz y en paz.

Bajó su mano y entonces su voz fue escuchada por los presentes.

—Ningún blasfemo podrá ser perdonado. Ninguno de ellos puede ser ignorado —repetía Lora las palabras que aparecían en su mente, mientras observaba a la niña, que la seguía sonriendo apoyada en la pared—. Solo con la sangre serán purificados. Solo con el fuego serán perdonados —recitaba con un tono monótono sin cambiar su expresión ausente.

Los vecinos repetían esas palabras en una salmodia que resonaba entre las estrechas paredes de la sacristía. Todos las decían, como si con ello se juramentaran para cometer actos inconfesables, en una comunión donde el grupo se transformaba en una sola mano ejecutora.

—Por la muerte, por el sufrimiento. Por la ira divina y la cólera de Dios, caerá esa torre de Babel, y los muros de Sodoma arderán, y entre sus ascuas malditas las almas de las serpientes serán mancilladas. Nadie será perdonado —declamaba la joven, haciendo que todos ellos lo fueran repitiendo de forma disciplinada.

—Nadie será perdonado —terminó de hablar con voz cansada.

Lora se calló de pronto, esperando a que su amiga le volviera a indicar qué debía compartir con los demás. La niña miraba la luz del ventanuco sin prestarle atención. La claridad aumentaba y todos los que estaban en la habitación lo notaban ahora. El ambiente cambiaba ante sus ojos admirados, y sus mentes febriles contemplaban otro espacio, un lugar en otra época remota donde la noche y el fuego rompían la paz de sus corazones. Solo los gritos y lamentos podían ahora ser escuchados.

Los vecinos se encontraban entre una multitud. Un gran grupo de pobres aldeanos desconocidos y ataviados con harapos y prendas viejas y

rotas. Eran testigos mudos de los actos que en el viejo santuario se estaban perpetrando. El tiempo había vuelto hacia atrás, los hechos que habían mancillado aquellos muros de piedra con la sangre de los inocentes, volvían a ser ahora reales; como si aquello fuera un recuerdo tangible de las maldades que se habían cometido.

En una tribuna engalanada se veía una corte de clérigos siniestros. Gentes oscuras y malvadas sentadas en varias filas de un antiguo coro de madera, como si solo pretendieran disfrutar de algún acto lúdico que se celebrara ante sus ojos. El grupo de aquellos monjes, con sus blancos e impolutos hábitos, formaba parte del terrible tribunal encargado de velar por la santidad de la fe, en aquellos tiempos remotos del pasado. El santuario ahora estaba en pie, con sus sólidos muros intactos y su altiva torre desafiando el viento de la noche en la sierra escarpada.

Toda la comarca parecía reunida para contemplar aquel acto de justicia sacramental. El Santo Oficio se disponía a ejecutar a algunos pobres herejes acusados de blasfemia, de herejía o sodomía. De yacer con el maligno y realizar actos de brujería. Un gato negro había sido encontrado en la casa de una mujer. Una pobre viuda que cuidaba de una niña pequeña. Un ángel de cabellos dorados que lloraba desconsolada, llena de heridas, al lado de su magullada madre.

El tribunal inquisitorial ya había dictaminado, el fuego redentor sería necesario para limpiar sus almas y combatir al maligno que había contaminado aquel pueblo impío.

En lo alto de la tarima, donde la luz de varias antorchas de brea iluminaba de forma espectral el rostro demacrado del inquisidor, se desarrollaba la alocución de aquel fiscal del Santo Oficio, que enumeraba todos los hechos acaecidos y los delitos que habían cometido aquellos dos seres inocentes: la madre y su pequeña hija de doce años.

El inquisidor se desplazaba por el cadalso como si fuera un vendedor de telas, un buhonero de preciadas sedas, convenciendo a la multitud allí reunida. Los vecinos del pueblo, transportados ahora en el tiempo, engullidos por aquella visión terrible, no se movían de sus sitios, integrados entre la multitud. Eran incapaces de discernir en sus mentes, dónde estaban, o cómo habían podido llegar allí. Solo miraban, mientras escuchaban las palabras de aquel monje, que explicaba en una lengua lejana y a la vez familiar a la suya, los pecados cometidos por las dos mujeres torturadas que se encontraban encadenadas al otro extremo de la tribuna.

Unos soldados acorazados, con sus relucientes armaduras y los blasones de la iglesia, las retenían apresadas con enormes grilletes, sujetando con firmeza las cadenas, y mostrando a la multitud la fuerza y la justicia de la santa inquisición.

El monje seguía hablando a la muchedumbre. Declamaba, con febril convencimiento, hechos demoníacos ocurridos y acusaciones vertidas por vecinos y conocidos, que acusaban a las dos mujeres. Toda aquella pantomima no era más que una ridícula representación, donde las acusadas no podían defenderse. Humilladas, resistiendo a duras penas las heridas causadas por la tortura anterior, que había dejado sus huesos fracturados y sus extremidades molidas y entumecidas. El Santo Oficio no mataba a sus reos durante el juicio sumario al que se les sometía, la tortura era solo un medio para extraer la confesión, así lo explicaba aquel fanático orador.

Pero la vida ya se escapaba de aquellos dos seres inocentes. ¿Cuál fue su pecado? ¿Cuál fue su maldición? El único que sobrevolaba esas remotas montañas y que ese día sería la causa de que dos almas puras ardieran en la terrible hoguera, que ya se terminaba de disponer: La envidia de sus vecinos, la maledicencia y las habladurías de aquellos que solo buscaban aliviar sus almas negras y podridas con el dolor ajeno. La joven viuda y su hija no podían ser más que unas brujas. No eran otra cosa ante sus vecinos, celosos de aquellos seres hermosos que vivían a su lado. Ahora, arderían ante sus ojos mezquinos y su dolor no apaciguaría la pobreza en que vivían o la miseria de sus oscuros corazones.

Los tambores retumbaban con una cadencia suave que iba en aumento. El inquisidor general, sentado en el centro de la tribuna, levantó la mano en señal de aceptación y los soldados arrastraron a las dos mujeres, vestidas con unos sucios sambenitos de tela blanca y los capirotos de la vergüenza en sus desgredadas cabezas. La humillación y la burla de todo el pueblo se escuchó en ese momento.

La mujer lloraba, mirando a su hija, sollozaba en silencio sin poder mantenerse apenas en pie, forzada a caminar por los dos soldados que la llevaban en el aire. Fue colocada en el poste de ejecución y atada firmemente para que su débil cuerpo no se desplomara sobre los palos y la leña apilada. La niña era atada a su lado, en la segunda pira levantada. Miraba muy asustada a todos, sin llegar a entender qué pasaba. Su dulce cara parecía perdonarlos, sonreía sin miedo cuando todos aquellos míseros hombres y mujeres esperaban ansiosos ver cómo esos dos cuerpos eran consumidos por las

llamas.

Ya nada quedaba por hacer, el atroz acto estaba a punto de comenzar, y solo el retumbar solemne de los tambores y la antorcha en la mano del verdugo, rompían el ambiente irreal de la noche en el santuario de las montañas.

Las llamas devoraron los cuerpos de aquellas dos inocentes. El humo acre de la carne quemada se desprendía de las hogueras, mientras una canción infantil parecía escucharse, proveniente de la pira en llamas donde la niña se quemaba.

—Uno, dos, y tres. ¿Dime tú qué ves? —se oía la dulce canción, haciendo que todos los reunidos se persignaran, como si la voz del maligno se escapara de aquellos leños encendidos, desde las terribles llamas que ahora todo lo consumían.

—¡Nadie será perdonado! —se escuchaba, con una voz dura y fría que se incrustaba en todos los corazones. Una frase que se repetía mientras el fuego terminaba de devorar los cuerpos ya incinerados, invisibles a través de las llamas.

El tiempo parecía volver a moverse entre el humo que se producía y el redoble de los tambores que seguían atronando, sonando como si la tierra se abriese en ese instante para tragarse a los que estaban allí.

Todo parecía difuminarse, una visión irreal que les devolvía al estrecho espacio de la sacristía. Los vecinos seguían allí reunidos. Con sus rostros alucinados y aún sin reponerse de lo que les había ocurrido. En la mente de Sixta solo el fanatismo se abría paso y ahora sabía muy bien qué debía hacer y cómo cumplir el mandato de su Señora. Ellos solo eran un instrumento y pronto serían el brazo que ejecutaría la limpieza de aquel lugar maldito. Era su cruzada, su misión en este mundo del que no podían apartarse. Todos ellos lo sabían y ahora se miraban unos a otros totalmente convencidos.

Solo Lora permanecía ausente de todo aquello. Estaba de pie y despierta, con una expresión jovial y alegre que interrogaba a sus vecinos, a los que conocía muy bien.

Saturio abrió la puerta de la sacristía y salieron en silencio. Ya nada tenían que decirse, sus mentes eran una sola y pronto serían llamados para realizar su sagrada misión.

Lora salió la última de la sacristía, miraba al interior esperando ver a su amiga, pero nadie estaba allí ahora; solo la claridad difusa del ventanuco dejaba entrever el polvo que se volvía a depositar en los muebles y en el

suelo, una miríada de motas que flotaban por todas partes. La niña no estaba ni su dulce voz la acompañaba, y la echaba de menos. Se dio la vuelta y salió del templo, dejando que la luz de la tarde le hiriera en sus bellos ojos de color violeta.

En la cantina del pueblo, la radio, maltrecha por el golpe recibido, seguía funcionando. La mujer la escuchaba sin decir nada, atareada limpiando el fregadero detrás de la barra. Elías resoplaba por la nariz, molesto por los comentarios que oía en el aparato, torciendo el gesto sin levantar la cabeza, mientras barría entre las mesas, y amontonaba el serrín sucio del día anterior en una esquina.

La radio emitía un ruido molesto entre cada palabra, perdiendo la conexión y volviendo a traer las frases del locutor una y otra vez. El presentador se centraba en explicar algunos hechos mágicos acaecidos en un pueblo del sur de España. El programa era el usual de la mañana, que siempre escuchaba Juana cuando atendía a los primeros clientes de la cantina. El periodista, Andrés Noel, un conocido escritor e investigador de sucesos misteriosos y paranormales, conducía el espacio dejando pasar algunas llamadas de los oyentes. Siempre algún extraño caso referido a misteriosas apariciones, a seres del más allá o a revelaciones marianas, formaba parte del contenido del programa, para después responder a las preguntas que solían hacerle al respecto.

Juana escuchaba la radio en silencio, secando con un trapo los platos y las tazas de café. El locutor contestaba a una mujer de voz amable, sobre un inquietante suceso de posesión demoníaca en una localidad onubense. La mujer lloraba sin saber qué hacer, y el experimentado periodista le daba algunos consejos, con su voz grave y profunda, una voz que enamoraba a Juana y que la mantenía siempre embelesada escuchándole.

Elías gruñía por lo bajo y maldecía a aquel sujeto. Odiaba ese programa como odiaba todo lo que le gustaba a su mujer. Alguna vez se preguntaba si también la odiaba a ella. ¿Quién sabe?, se decía a sí mismo. Un hombre no es una piedra, maldita sea. Un hombre tiene que llevar los pantalones en su casa y hacer que su mujer no le falte al respeto. Eso pensaba, mientras escuchaba el programa y los comentarios que salían de la vieja radio.

Juana le miraba de reojo con cierto temor. Conocía muy bien la

brutalidad de la que era capaz aquel hombre, que una vez, hace mucho tiempo, fue el marido que la enamoró. Ahora solo era un ser despreciable, que la golpeaba y la mantenía sometida a su antojo. Ella ya solo era un fantasma que andaba en silencio por aquella casa. Siempre asustada, siempre intentando no hacer ruido para que él no se fijara mucho y la volviera a maltratar.

Una nueva pregunta entró en antena. Andrés Noel la dio paso y esperó a que el oyente se expresara. El silencio se hizo en el aparato de radio, y Elías terminó de barrer el serrín contra la esquina. El ruido del agua del grifo se detuvo al cerrarlo Juana y prestar atención a la nueva pregunta.

—Dígame amigo, ¿qué pregunta desea hacernos? —indicó de forma amable el periodista, esperando oír una voz al otro lado del teléfono.

—El caso... el caso que quiero contar, es uno que está pasando en mi pueblo —se empezó a escuchar por la radio.

—Sí, siga, sin nervios, poco a poco —le interrumpió Andrés, bromeando para ayudar al oyente que se mostraba muy azorado.

—Bueno... no es en mi pueblo, que yo soy de más abajo, en el Valle. Esto es de la sierra. En lo que es el monte metido para arriba —explicaba el hombre.

—¿Y cómo se llama ese sitio tan remoto, amigo mío? — le interrumpió el periodista para centrar la pregunta.

—Sí... Castrolobos. Castrolobos, se llama el pueblo... Bueno, no un pueblo, una aldea de la montaña —puntualizó el oyente, antes de proseguir—. Allí está ocurriendo algo muy raro. Hay una virgen, la Virgen de Llercia, que es nuestra patrona, pero ahora llora sangre... —afirmó de pronto, siendo interrumpido por una pequeña exclamación de asombro que se le escapó al locutor.

—Perdone, sí..., muy interesante... Sangre, dice..., continúe, por favor —le dio pie Andrés, ya visiblemente interesado por un caso que ya conocía y que ahora volvía otra vez a su programa.

—Sí, eso. Es un milagro que tenemos, y que se tiene que conocer, ¡digo yo! Porque solo hay que verlo y te das cuenta que la Virgen está ahí mirándote con los ojos llenos de sangre. Y luego la chica que la ve y nos dice lo que nuestra Señora le cuenta. Esto se tiene que saber fuera..., y por eso llamo —terminó el oyente con la voz más tranquila, después de haber soltado todo lo que tenía en la cabeza, como si se librara de una pesada carga que le impidiera respirar.

En la cantina, Elías había ido acercándose despacio a la radio, que

seguía siseando y vertiendo las palabras entre molestos ruidos. El nombre del pueblo había salido del aparato, y algo sobre la Virgen y los milagros; por eso el rostro del cantinero se oscureció. Algún malnacido del Valle había llamado a la radio y lo estaba contando ahora. No podía saber quién era ni identificarle por la voz, pero se enteraría, y si le ponía las manos encima, aprendería a mantener la boca cerrada y no contar historias que a nadie importaban fuera de allí. Así pensaba, mirando fijamente el aparato, con los puños apretados y los ojos encendidos, llenos de cólera.

Andrés Noel había escuchado al oyente y anotó en su agenda una breve frase: “Mirar Virgen Llercia”. Cada vez era más interesante el asunto y debía investigarlo para ver si podía valer para el programa o a lo mejor para hacer un especial de la revista. Su intuición se lo decía, notaba que allí había una noticia esperando a ser descubierta por él y no pensaba dejarla pasar.

Varios de los acampados, en el prado limítrofe a la iglesia, habían entrado en la cantina con intención de sentarse en alguna mesa y beber algo. Juana salió del mostrador, sumisa y callada, para preguntarles. Arrastraba los pies por el serrín limpio, sin mirar a su marido que estaba de espaldas, escuchando atento la radio.

Los clientes eran cuatro jóvenes desarrapados, con el pelo enmarañado por las rastas y la mugre, y aspecto de haber consumido en exceso alguna droga suave esa mañana. Reían, mirando embobados a Juana, que ya estaba a su lado.

—Ponnos lo que tengas para papear, algo de ese jamón bueno que hay por aquí —se burlaba uno de ellos, haciendo que los otros le secundaran de forma estúpida.

—¿Y de beber? —preguntó la mujer sin alterar su rostro ausente y triste.

—Tú empieza a echar cañas, y cuando veas los vasos vacíos traes más —respondió el mismo individuo, mostrando una sonrisa gastada y tosiendo después de haber hablado.

Elías seguía escuchando la radio, pero ahora ya más atento a los clientes que tenía sentados en una de las mesas. La cantina estaba casi vacía, en esos días poca gente entraba. De vez en cuando, algunos de aquellos puercos, como les llamaba él, se dejaban caer por allí. Necesitaba el dinero, pero se le atragantaba todo aquello y solo se contenía por eso. Pero aquella mañana la radio siguió vertiendo mentiras y más mentiras, pensaba; sacando a la luz a su pueblo, a su Virgen, al tesoro que ellos tenían... Y ahora esos

malditos forasteros empezaban a molestar en su bar.

Andrés bajó la mano, dando paso a una cuña publicitaria, sonriendo a la becaria que tenía enfrente y que le ayudaba con la documentación del programa. Se quitó los cascos y se levantó de la mesa, en lo que la música y algunos anuncios chillones eran emitidos. Seguía pensando en el pueblo de las montañas y en el extraño milagro de la Virgen. Ya había leído sobre aquello. Sabía muy bien cómo había comenzado todo y lo recordaba ahora, mientras apretaba el botón del café solo, en la máquina que estaba en la esquina del estudio.

—La Virgen de Llercia —pronunció en voz baja. Y empezó a recordar lo que había leído en la prensa, sobre los hechos ocurridos en aquel pueblo perdido del norte de España, hacía ya un año.

Un sacristán analfabeto había sido testigo de cómo una antigua virgen, que decoraba una de las capillas laterales de su iglesia, mostraba unas finas salpicaduras de un líquido rojizo. Pronto, todo el mundo empezó a hablar de la sangre que brotaba de los ojos de la Virgen. La escultura lloraba. Aquello fue una gran noticia durante el verano, un titular que ocupó algunas páginas centrales de varios periódicos, pero que pronto desapareció de la actualidad con la llegada de las vacaciones. Él lo recordaba, la Virgen lloraba sangre y los vecinos la sacaban en procesión por el pueblo y los alrededores. Y pronto se había aparecido, también, a una joven aldeana: Una campesina algo retrasada, que afirmaba escuchar la voz de la Señora.

Todo ello olía a timo, a estafa, algo que él ya había investigado en otros sitios; pero esta vez, se había producido un asesinato y eso lo cambiaba todo. Si había un crimen, algo más estaba ocurriendo. Quizá una secta se estaba formando; ya había investigado sectas con anterioridad y sabía lo peligrosas que eran, y cómo podían atentar contra la vida de sus acólitos, o incluso ir más lejos con sus amenazas, si se sentían vulneradas o investigadas. Recordaba haber leído que una de las periodistas locales había sido encontrada asesinada de una forma terrible. Aquello tenía ya los ingredientes que ahora necesitaba para salir de la aburrida monotonía actual.

El programa iba a continuar y ya lo señalaban desde el control. Debía volver al estudio, pero aquel caso no se le quitaba de la cabeza.

—La Virgen de Llercia —se dijo, terminando de sorber el café amargo y tirando el vaso de plástico a la papelera—. Iré a conocerte, Virgen, y veremos también esas lágrimas que todos comentan —susurró al entrar otra vez en el estudio y ponerse los cascos en la cabeza—. Y volvemos a estar con

todos vosotros en las mañanas más inquietantes. Estáis oyendo vuestro programa favorito: ¡Dimensión Misterio! —anunció, dando paso de nuevo a los temas que cerraban su programa de la mañana.

Elías seguía escuchando la balbuceante radio a la vez que veía la sonrisa estúpida en las caras de aquellos jóvenes a los que detestaba. Les miraba desde la esquina del mostrador sin entenderles, solo observaba sus rostros sucios y sus ropas desaliñadas, una mezcla de colores y de telas raídas y viejas. Veía sus bocas reír sin parar, a la vez que bebían la cerveza que su mujer les servía. Apretaba los dientes con rabia y los puños hasta clavarse las uñas en las manos.

La radio seguía siseando en el estante y las risas de aquellos forasteros seguían martilleando en su mente, hasta que su razón se oscureció y ya no fue capaz de entender nada, solo dejarse llevar por la ira que lo dominaba.

—¡Malditos perros sarnosos! —gritó, haciendo que los jóvenes dejaran de reír y se volvieran asombrados para ver al colosal cantinero acercarse.

»¡Salid de aquí! ¡Salid de aquí u os mato a todos! —exclamaba, rechinando los dientes, con los ojos llenos de odio.

Los jóvenes se habían levantado de golpe, derribando algunas de las sillas al ver cómo aquel animal se abalanzaba sobre ellos. Uno agarró un botellín de cerveza por el cuello para defenderse contra la acometida del gigante. Lo estampó contra su cabeza sin apenas conseguir detenerle.

Elías rugió como una fiera al sentir el golpe, pero ni siquiera se pasó la mano por el pelo, que ya dejaba entrever algo de sangre. Lanzó su puño con fuerza, contra la cara de aquel individuo, aplastando su nariz y sus pómulos como si hubiera sido alcanzado por un mazo. El joven fue desplazado hacia atrás por la contundencia del castigo y chocó contra la pared, cerca de la entrada. Los otros tres ya se habían retirado e intentaban salir del local. Elías estaba fuera de sí. Ahora notaba cómo la sangre le resbalaba por una oreja, y gruñendo como un loco, se lanzó contra ellos, que se tropezaban entre las mesas para esquivar la embestida de aquel monstruo descontrolado.

En un instante, les golpeó con todo lo que tenía a mano. Levantando una mesa y machacando la cabeza de uno de ellos, que cayó al suelo desmayado, mientras sus compañeros se apartaban. Solo uno consiguió escapar a la calle, justo cuando un coche de la guardia civil paraba frente a los soportales.

El ruido y los gritos en la cantina se escuchaban en el exterior, y los

dos guardias entraron corriendo, para ver cómo el enajenado cantinero molía a palos a los tres tipos que estaban por el suelo, entre los restos de mesas y sillas destrozadas.

Juana sollozaba detrás de la barra, presa del pánico, sin moverse ni decir nada. Solo emitía un agudo gemido que parecía salir del fondo de su alma.

Elías bufaba como un toro bravo, retenido por los guardias que intentaban sujetarlo y apartarlo de los jóvenes que yacían en el suelo. Seguían con vida, respirando con dificultad. Uno de ellos, menos magullado, intentaba levantar a los otros dos.

El guardia conocía al cantinero y le empujaba con violencia contra el fondo de la cantina, sin dejar de mirar su rostro congestionado.

—Eres un animal, Elías. Por la madre que te parió. Casi los matas —le recriminaba, para hacer que volviera en sí, y saliese del estado de furia incontrolada que le dominaba.

—Se reían de la Madre. Se reían... —tartamudeaba entre jadeos, sin dejar de mirar con odio a los jóvenes que ya salían de la cantina.

—Si te denuncian vas al calabozo, estúpido. Esta vez vas al calabozo. Ya te lo digo yo —le advertía el guardia, sin dejar de sujetarle por el cuello y aflojando algo la presa al ver que ya se empezaba a calmar.

En la calle, los jóvenes heridos se habían reunido con su tercer amigo, que les intentaba ayudar a caminar para salir de allí, en dirección al campamento. Algunos vecinos salían de sus casas, sin decir nada. Hombres y mujeres muy serios, con el semblante hosco, que les miraban fríamente. Los jóvenes observaban a aquellas personas que se acercaban en silencio. Miraban a todos lados con miedo. Los vecinos caminaban despacio, rodeándoles; algunos de ellos portaban en sus manos hoces y palos. Sus rostros serios y vacíos no demostraban ninguna emoción. Solo los objetos que portaban en sus manos indicaban un oscuro propósito, que llenaba de temor a los jóvenes.

Se acercaban cada vez más. Por todos lados salían, desde las viejas casas del pueblo. Rodeándolos sin decir nada, agitando despacio las hoces y los palos, cada vez más cerca.

El que se encontraba mejor comenzó a gritar, a pedir socorro, con la voz afónica por el miedo que le secaba la garganta. Sus gritos atrajeron a los guardias que ya salían del bar. Una turba de vecinos rodeaba a los jóvenes, con una actitud que demostraba su intención por realizar un linchamiento, una

ejecución pública sin que pudieran siquiera defenderse.

—¡Cristo bendito! —exclamó el guardia más joven, al ver cómo todos aquellos hombres y mujeres de la aldea pretendían acabar con la vida de los cuatro desarrapados.

—¡Todo el mundo a su casa! ¡Todo el mundo a su casa o saco la pistola! —gritó el guardia más veterano, colocándose en medio del tumulto. Los vecinos le miraron, deteniéndose en el acto. El agente ya tocaba con su mano temblorosa la culata de su arma; mantenía el ánimo, pero aquello superaba su experiencia y a lo que estaba acostumbrado en su tranquilo trabajo. El guardia más joven se había acercado también ahora y le miraba, esperando que su compañero le indicara qué hacer.

»¡Somos la autoridad aquí y os llevo a todos presos! ¡A casa todo el mundo de una vez! —volvió a exclamar, haciendo que los vecinos se fueran retirando, sin dejar de mirar con los ojos ausentes, y las expresiones vacías y hoscas, a los cuatro jóvenes que ya corrían como podían por la carretera de salida del pueblo—. Mierda de pueblo maldito —masculló el guardia, al ver cómo ya se retiraban a sus casas y desaparecían entre las calles estrechas.

La radio de la cantina seguía balbuceando y emitiendo las palabras del locutor que alegremente invitaba a los oyentes a seguir el programa. Juana se limpiaba la cara, mirando las anchas espaldas de su marido, que seguía en la puerta, observando la calle. El interior del local estaba destrozado, solo una mesa permanecía intacta. El suelo era un amasijo de restos y serrín manchado de sangre.

Elías se volvió al ver cómo la calle se vaciaba y el todoterreno de la guardia civil salía despacio del pueblo.

—Perros malnacidos... ya os daré vuestro merecido otro día —masculló, limpiándose la herida de la cabeza con un trapo del mostrador y levantando la vista para ver el rostro asustado de su mujer.



Capítulo 3

El resplandor de la pantalla del ordenador iluminaba el rostro concentrado de Andrés Noel. Se encontraba solo en su despacho, sufriendo el insomnio que le solía aquejar desde que su cama se quedó vacía, tras el reciente divorcio. El periodista investigaba esa noche, buceando en las hemerotecas el caso de los misteriosos milagros del pueblo remoto y perdido en las montañas del norte de España.

Movía el ratón del ordenador, pasando las páginas de la hemeroteca virtual, repasando algunas noticias antiguas sobre los primeros hechos que habían saltado a la prensa, en relación con las manifestaciones marianas en Castrolobos.

Un perro pequeño se aproximó a su pierna y le lamió el tobillo descalzo, haciendo que se apartara un instante de la pantalla y le acariciara la cabeza.

—Ahora no —susurró Andrés al cariñoso animal, volviéndose a fijar en el texto que tenía delante.

El perro saltó a la silla que estaba a su lado, y se acurrucó, acompañándole en aquella larga velada.

—Veamos qué tenemos aquí. ¿Cómo empezaste a llorar? —se preguntaba en voz baja, dejando que las palabras le ayudaran a concentrar sus pensamientos en lo que buscaba.

Las páginas digitales fueron pasando por la pantalla, mientras Andrés las revisaba de prisa, leyendo por encima los títulos y cambiando de términos en el buscador.

Hasta que de pronto, una noticia de hace bastantes meses se hizo legible. Bajo un titular sensacionalista, que venía a indicar algo similar a la aparición de una nueva “Fátima”; se podía leer un artículo que contenía la

declaración de un testigo; un hombre que había estado cuando comenzaron los fenómenos en la iglesia

El testigo era interrogado por un periodista muy joven, un becario, sin duda alguna, con poca experiencia, que alternaba preguntas sin interés, con algunas otras que empezaron a dar qué pensar a Andrés.

En aquel momento, los prados colindantes a la iglesia aún no habían sido ocupados por el campamento de nómadas religiosos que ahora los habitaban. Todo aquel poblado variopinto y estrafalario no era todavía una realidad, y solo algunos pocos locos estaban allí como primera avanzada de lo que luego vendría. Uno de estos locos fanáticos, lo que podríamos definir como un iluminado moderno, o uno de esos falsos profetas alucinados que se colocan en los parques públicos o en las entradas del metro, se encontraba ahora frente a las preguntas del joven periodista del semanario digital, recreándose a gusto con sus contestaciones grandilocuentes y sus locas afirmaciones.

El tipo se explicaba, dando muestras de una mente enajenada. A las preguntas del periodista sobre lo que estaba ocurriendo allí, y cuál era su opinión como fiel y devoto seguidor de la Virgen, contestaba con rotundas afirmaciones, derrotistas y agoreras, sobre el fin del mundo y sobre la llegada del anticristo.

Explicaba cómo la Virgen lloraba sangre y cómo aquella estatua de piedra vertía el líquido vital todos los días, llegando a manchar el suelo o el pedestal donde estaba erigida dentro de la iglesia. Decía que él mismo había sido testigo de aquel prodigio y que había tenido la oportunidad de tocar con sus dedos la sangre de la madre de Cristo; sintiendo en ese momento un profundo estado de placidez y revelación, que le había llevado a entender con claridad todos los secretos sobre la creación del universo.

En ese estado de locura se movía el sujeto, extendiéndose más sobre el tema y explicando, que todos los días se sacaba la estatua de la Virgen en procesión, encabezada por el párroco de la iglesia y una comitiva de los vecinos y fieles seguidores; realizando sus actos litúrgicos fuera del templo, y dirigiéndose al atardecer al arroyo cercano, donde se procedía a los bautismos rituales y a las más intensas manifestaciones y milagros.

También contaba al reportero, cómo una joven chica del pueblo, una de aquellas aldeanas, sencillas y puras, era la voz de la Virgen y el transmisor de sus mensajes para todos sus fieles. La joven, que se llamaba María Dolores, como precisaba el periodista, entraba en un trance muy esperpéntico y

teatralizado casi todos los días, pasando a un estado de total arrebató, donde comenzaba a explicar y a difundir las palabras de la Virgen ante todo su auditorio.

Eso ocurría desde hacía meses, y por lo que podía comprobar Andrés, se había mantenido hasta el momento actual, con la noticia trágica del asesinato reciente.

En la pantalla del ordenador apareció, esta vez, una pequeña captura de imagen, donde se podía ver y escuchar un video, también de esos primeros momentos en que el fenómeno solo era una noticia en algunas publicaciones especializadas o sensacionalistas.

En la imagen, salía otro de aquellos primeros acampados de la zona. Esta vez un peregrino, uno de esos mendigos que se van desplazando por todos estos sitios, donde se producen manifestaciones milagrosas. El aspecto del hombre imposibilitaba precisar su edad concreta. Su cabello largo, su barba sucia y sin arreglar, y el conjunto desaseado de su ropa, parecía conferir al individuo una edad más avanzada de la que en verdad podía tener. Una periodista del lugar, es posible que la misma que había sido encontrada asesinada recientemente, le preguntaba, acercando el micrófono a la voz del sujeto, que se afanaba por hablar de lo que quería sin hacer caso de las preguntas de la periodista.

—Y salieron dando palos. Eso fue una guerra —explicaba el hombre, sujetando el micrófono con la mano, que aún agarraba la periodista, también—. No sé de dónde salieron todos esos diablos. Eran como... muchos, eran cien o más. Diablos de ese pueblo de malditos demonios de allí —indicaba con la mano hacia un lugar que la cámara no enseñaba.

La periodista había recuperado el micrófono y lo aprovechaba para seguir preguntándole.

—Seguimos en la campa de la Virgen de Llercia, emitiendo para “Valle Televisión” y contando los hechos que han sucedido hace dos días y que han dado lugar a que algunos de los seguidores acampados en este prado cercano, hayan tenido que ser atendidos por heridas y fuertes contusiones. Seguimos con nuestro amigo Marcelo, que nos está contando lo que vio, cuando se produjo la pelea entre los vecinos y los fieles que acudían al oficio religioso —explicaba la periodista, acercando el micrófono al sucio peregrino, que mostraba ansiedad por seguir hablando.

—No fue una pelea. Eran demonios, asesinos que venían de allí. De ese pueblo muerto que hay allí. De allí vinieron, sí... Y venían a matarnos a

todos. Qué lo vi yo, como la veo a usted ahora. Qué en los paracaidistas estuve en muchos peligros. Mire, ¿ve?, aquí lo pone —divagaba el testigo, para mostrar a las cámaras y a la periodista una condecoración que llevaba en su chaqueta interior—. Se salvaron por poco. Porque los guardias llegaron. Si no, nos habrían matado a todos. Pero yo me sé defender... Qué me habría llevado por delante a dos o tres de ellos. Con esta... que tengo aquí —gesticulaba excitado, enseñando una navaja que llevaba en el bolsillo de su viejo gabán—. Se llama “Loba”, y este cuchillo lo echo para adelante y me llevo a los que se enfrenten conmigo —aseguraba, apretando los dientes y amenazando a un imaginario enemigo.

La periodista había retrocedido un poco, ante los aspavientos del peregrino con el cuchillo, pero seguía presionándole para que contara más cosas sobre los hechos que había visto.

—¿Pero, cómo se produjo todo el incidente, Marcelo? ¿Cuénteme usted, que lo vio de primera mano? —le apremiaba, para que se centrara en la historia que deseaba grabar para su cadena local.

—No fue un incidente... que estábamos todos aquí afuera rezando y cantando por la Virgen, y a punto de entrar en la iglesia; cuando un animal, una bestia enorme, salió dando gritos como un loco, y amenazando a todo el mundo con un palo. Algunos de nosotros nos enfrentamos, que tenemos también sangre en las venas; aunque somos gente de clase humilde. Yo no me acobardé, pero el animal de pronto se tiró para donde estábamos cantando, y luego salieron muchos otros de esos vecinos del demonio, con palos también, y nos empezaron a tirar piedras. Que algunas le abrieron la cabeza a algún compañero. Y todo fue como en la guerra. Yo saqué la “Loba” y me dije: “Marcelo, hoy aquí no vas a morir; por mis muertos que no dejo aquí mis viejos huesos”. Pero el animal daba con el palo a todo el mundo, y cada vez eran más los vecinos... qué están locos. Todos están locos... —explicaba muy excitado, sin hacer caso a la periodista que intentaba cortarle.

—Y llegó la guardia civil, ¿verdad? —consiguió interrumpir la entrevistadora, para reconducir las preguntas que deseaba hacer.

—Eh... Sí... Vinieron unos cuantos policías y todo se acabó. Aquí solo quedaron los que estaban bien fastidiados, tirados por el suelo, como la mierda de vaca. Pero yo no. Solo en la ceja, que me dio ese bestia con el palo, de refilón. Si me acierta bien, me mata. Mala sangre se le haga, y se muera un día como un cerdo... —Y el video terminó de pronto, dejando a Andrés pensativo por lo que había escuchado.

El perro, que se encontraba acurrucado a su lado en la otra silla, suspiró, soñando con los ojos cerrados y Andrés le miró un instante, sonriendo y acariciándole el pelo.

Seguía moviendo el ratón y buscando más noticias en el ordenador, pensando en todo aquello que había leído y visto, y en la necesidad de narrar aquel misterio, que podía ser un gran artículo para su revista y un buen tema para rellenar varios días de programa de radio.

Un testigo oculto, una persona que prefería mantenerse en el anonimato, hablaba de ceremonias extrañas y liturgias prohibidas por la religión, en un artículo que había encontrado en otra página de la hemeroteca que revisaba. Esta vez, se trataba de un vecino del pueblo, o por lo menos de uno de aquellos pueblos cercanos a la iglesia. Él o ella, no deseaba darse a conocer y mantenía su nombre en el anonimato; sin duda por miedo a las represalias, lo que le daba mucho que pensar a Andrés.

Contaba cómo había presenciado con sus ojos una ceremonia terrible y propia de otras épocas más antiguas, donde se había llegado incluso a sacrificar una oveja y se habían pronunciado palabras malvadas en contra de la fe. El vecino solo había acudido una vez a esa ceremonia, que se había celebrado por la noche. Pero no quería decir cuándo ni dónde se había realizado aquel acto de perversión. Y mucho menos indicar quiénes eran los que estaban allí. Se mostraba impreciso, lo que podía ser debido a su miedo o quizá a que solo fuera un rumor del que se estaba haciendo eco en ese momento, movido por el resentimiento.

Andrés leía con atención y lo valoraba de forma cauta. Podía ser un bulo que se debía descartar; pero aún así, algo había en todo aquello que le inquietaba, y que le hizo volver a leer otra vez la declaración del testigo.

«¿Y si fuera cierto? —se preguntaba a sí mismo, meditando en la importancia de lo que contaba—. Si fuera cierto, supondría un cambio muy inquietante en lo que está ocurriendo» —pensaba, moviendo el ratón sobre la mesa, para seguir buscando más datos.

En la pantalla ya no salía nada más que resultara interesante y sus ojos se movieron hacia un dossier que descansaba al lado de la lámpara. Se ajustó las gafas y la encendió, sacando algunas hojas fotocopiadas del mismo, que parecían provenir de algún archivo policial.

Se trataba del dossier forense, donde se explicaban las heridas y las causas probables de la muerte de la periodista. En varias hojas grapadas se iban enumerando las lesiones que había sufrido, así como las posibles causas

de su defunción; señalando también los objetos encontrados y demás pruebas periciales, para completar el informe que se había entregado al juez. Andrés lo leía despacio, pasando las hojas y anotando algunas frases sueltas en su libreta. La forma en que había sido colocada en el armario de la sacristía, tapada con una tela de la iglesia, y sobre todo, la mutilación terrible al extraerle los ojos, le parecieron datos muy significativos, que debía apuntar para la investigación que estaba empezando. Un asesinato lo cambiaba todo. Un lugar donde la Virgen se manifestaba, donde una oleada de creyentes y de locos fanáticos se arremolinaban para rezar en común y llenar el aire de cánticos, era una cosa; pero otra muy distinta, era que en ese mismo sitio se estuviera experimentando una violencia inusitada, hasta el punto de producirse una muerte y varios incidentes criminales. En su cabeza seguían retumbando las frases que había leído sobre la misa demoníaca celebrada, que contaba el testigo anónimo. A lo mejor era cierto, ¿quién lo podía saber?, meditaba, cerrando la libreta y levantándose de la silla.

La pantalla del ordenador emitió un pitido al apagarse y su pequeña mascota dio un salto para seguirle fuera del despacho. Andrés ya había tomado la determinación de ir al lugar, de que su programa debía estar allí presente, y hacerse con toda aquella noticia que podía ser al final un gran bombazo. Así lo pensaba, y por su mente pasó también la posibilidad de conseguir material necesario para un libro. No debía desaprovechar esa oportunidad.

Muy temprano, entraba un joven delgado y alto, que no pasaría de los veintiocho años, en el despacho de Andrés, situado en la primera planta de la emisora. El reportero había sido llamado por el director del programa de radio para cubrir una noticia, en principio “interesante”, como la había descrito al explicarse por teléfono esa mañana.

Daniel Bordás, así se llamaba el joven que empujaba la puerta del despacho; todavía parecía somnoliento y con el rostro cansado; un jersey de cuello alto, de color negro, le hacía parecer aún más desgarrado. Su cabello lo mantenía muy corto y sus rasgos eran bien parecidos, lo que le permitía desarrollar cierto encanto natural que le facilitaba mucho introducirse en sitios donde otros periodistas no podían. Dany, era un joven reportero de la revista, un talento en alza que Andrés quería promocionar, y del que se valía para los encargos difíciles, y los temas que requerían discreción y una investigación

exhaustiva.

El joven entró en el despacho y saludó al director con la cabeza, dejándose caer en la silla sin ningún preámbulo. Andrés sonrió desde el otro lado de la mesa, levantando la vista y comprobando la cara apagada del reportero.

—¿Tienes la maleta preparada? —preguntó de forma lacónica, mirándole con una sonrisa burlona.

—Siempre... ya lo sabes —respondió Dany, frotándose la barba mal afeitada y esperando con paciencia conocer el encargo que tenía para él.

—Llevas una mala vida que te pasará factura. Cuando se curra no se puede trasnochar —le recriminó sin poder evitarlo. No le gustaba ser paternalista con sus empleados, siempre se juraba no hacerlo, pero no podía cumplirlo. Las palabras se le escapaban de la boca, mirando la cara adormilada del joven que tenía sentado delante de su mesa.

—No he dormido bien... el vecino y la música, ya sabes —contestó, desviando el tema que le molestaba.

—Pues date una ducha rápida y prepara tus cosas, porque te vas para el norte... a un pueblo perdido en las montañas. Una zona agreste que nos está llamando a gritos.

—El norte... ya veo —murmuró.

—Seguro que habrás leído la noticia de los milagros que están sucediendo en una aldea perdida en las montañas. Un pueblo que no sale en el mapa, llamado Castrolobos. Frío, cerrado, atrasado, complicado... Te gustará —terminó, sonriendo por su ocurrencia y por la cara de interés que empezaba a mostrar el joven.

—Sí, recuerdo haber leído algo hace tiempo sobre eso. Una virgen... Una chica que hablaba con ella, ¿no? Algo así.

—¡Exacto! Castrolobos. Una virgen que llora sangre. Dicen que de verdad. Y un pueblo donde están ocurriendo muchas cosas chungas, cosas malas, chaval. Mucho cuidado. Ya habrás leído lo del asesinato de la periodista. La policía está allí investigando. Mucho ojo y las orejas bien abiertas a lo que se cuece en toda la comarca. Te mueves por todos lados, preguntas, indagas, te enteras de lo que está pasando sin levantar mucho la liebre. Ya sabes, sin armar revuelo. Y sobre todo, con los ojos bien abiertos, no vayas a meterte en un avispero —le informaba, con el gesto serio, esperando que el reportero entendiera la delicada situación que encontraría en aquel pueblo.

Dany se quedó en silencio, sopesando las palabras de su jefe. Pensando en lo que estaba explicando y en cómo debería afrontar aquel nuevo encargo. Ya tenía experiencia en temas similares; en el pasado había cubierto noticias complicadas y en cierta medida comprometidas para la revista, y sabía muy bien cómo afrontar aquellos desafíos. Quería agradar a su director, que confiara en él, y por eso a veces arriesgaba demasiado. Pero ese era el precio que se debía pagar para avanzar y hacerse un nombre en ese mundillo tan competitivo. Así lo pensaba, allí sentado en el despacho.

—Sales ya mismo —añadió Andrés, entregándole un sobre con documentos recopilados sobre la noticia y una acreditación de la emisora.

—¿Ahora? —repitió Dany, sabiendo la respuesta, con el rostro sonriente y sus ojos chispeando ante el nuevo trabajo.

—Ya —respondió Andrés, moviendo la cabeza afirmativamente.

El joven reportero se levantó de la mesa para salir del despacho, y se volvió cuando ya tenía el pomo de la puerta en su mano.

—¿Irás tú después? —preguntó, con cierta curiosidad por valorar la importancia del encargo que le acababa de encomendar.

—Es posible que vaya en cuanto pueda liberarme del lanzamiento del programa. Tú realiza una buena investigación. A fondo. No te dejes nada ni permitas que nadie te lleve al huerto y te maree. Ya sabes. Yo iré en cuanto pueda con un equipo para hacer un reportaje y necesitaré tener el terreno bien allanado —replicó Andrés desde la mesa, levantando la vista de nuevo.

El reportero movió la cabeza con aceptación, abriendo la puerta para salir del despacho. En el exterior, una joven becaria se cruzaba con él, con intención de entrar a su vez.

La chica le sonrió, haciendo un gesto sensual que simulaba un beso.

—Hola guapa. Lo nuestro deberá esperar —dijo el joven riendo, sin soltar aún el pomo de la puerta y haciendo gala de una deslumbrante sonrisa.

—De nuestro nada, monada —espetó la becaria, al apartarle con simulada molestia, empujándole de forma suave para entrar en el despacho del director. Dany bromeó aún más y salió al pasillo, pensando ahora en el encargo y en la precipitación con que siempre le avisaban para ir a cubrir alguna noticia.

En Castrolobos el ambiente era de total ebullición; una multitud de

vecinos y de fieles devotos de la Virgen y de sus prodigios, ocupaban toda la calle principal, dirigiéndose al cercano santuario en ruinas.

El padre Damián iba en cabeza del grupo, elevando la voz y animando a todos a rezar en alto. Sixta y el viejo sacristán, acompañaban a los vecinos que empujaban la estatua de la Virgen, que había sido colocada en un carro y que ahora se movía de forma oscilante por aquel camino desigual, lleno de piedras. La comitiva cantaba y rezaba, produciendo un gran barullo de voces distintas, unidas por una sola fe en los milagros que todos querían contemplar.

Cada vez eran más los enfermos que se acercaban al pueblo. Poco a poco, y a lo largo de las semanas, muchos pobres seres desahuciados, personas terminales que no veían ninguna curación a sus enfermedades, se iban uniendo al grupo de fanáticos y locos iluminados, que ocupaban el poblado provisional cerca de la iglesia. Ahora acompañaban a la procesión, esperando que sus males fueran remediados por la intercesión divina, en uno de aquellos ritos que se habían programado para ese día.

Dany había llegado pronto al pueblo y enseguida se había puesto a trabajar, integrándose con facilidad en el grupo, sin despertar ninguna sospecha o destacar de algún modo. Seguía el ritmo de todos y movía los labios, simulando el fervor religioso en las oraciones. Sus ojos atentos miraban a todas partes y se fijaban en algunos de aquellos vecinos, serios y hoscos, que acompañaban a la Virgen como si de una escolta se tratara.

Un hombre grande tiraba del carro, apartando de forma desabrida a todo aquel que se acercaba. No parecía un tipo tratable, y en su mente, Dany archivó aquel dato para usarlo después. Algunos vecinos más protegían el carro y la escultura de la Virgen, que mostraba las famosas lágrimas de sangre recorriendo su rostro pétreo y resbalando por el resto de la piedra. Aquello era muy sospechoso y él sabía, por su experiencia, que posiblemente alguno de aquellos toscos aldeanos estaba simulando el prodigio que a todos tenía admirados.

Sixta se fijó al momento en aquel joven alto y desgarbado; en el tipo de pelo rubio y ojos azules como el agua del mar, que miraba en su dirección, sin demostrar el mismo fanatismo o la misma devoción por el canto, que el resto de los fieles de la procesión. Le observó y se quedó pensativa. Nadie entraba en su pueblo sin que ella lo supiera, y nada pasaba en Castrolobos que no estuviera bajo su control. Eso pensaba, aunque en los últimos días todo aquello la desbordaba, y la locura del párroco iba en aumento, consiguiendo inquietar a todos los vecinos del pueblo.

El grupo llegaba al santuario, que ya se veía a lo lejos. Las formas oscuras de la torre, que aún estaba en pie y los restos de aquel impresionante conjunto monacal, se elevaban, asentándose contra las paredes de roca de la montaña, recordando a todos la magnificencia de la iglesia en esa zona, y lo que fue en el pasado un centro de culto y peregrinación muy importante.

El sacerdote levantó la mano para frenar al grupo y elevó sus brazos al cielo, para gritar algunas palabras agradeciendo al Señor por todos aquellos prodigios que estaba recibiendo. Sixta empujó a Saturio e indicó con la mirada al joven desgarbado, que estaba ahora hablando con uno de los falsos profetas; un individuo que solía merodear por el campamento y que frecuentaba también las procesiones. El sacristán le devolvió la mirada y asintió con la cabeza, renqueando despacio como un pobre viejo inválido, hasta acercarse a la zona donde el reportero hablaba con el iluminado.

—Cuando Judas se confesó, ¿qué le dijo a nuestro Señor? Pregúntate esto, joven amigo, y no verás miedo en mis ojos por saber tu respuesta. Lee a Judas, y sabrás lo que te digo. Solo el que no ve la verdadera luz del Espíritu Santo, no podrá ver el destino que nos espera a todos. ¿Es Lucifer, un hombre entre los hombres? ¿Es su hijo, un hijo entre los hijos? Lee a Judas y no dudes de esto que comparto contigo —expresaba el loco profeta, con los ojos muy abiertos y expresión exaltada.

El reportero le escuchaba e intentaba sonsacarle datos sobre los hechos pasados, y sobre todo, aquellos que no se habían contado en la prensa o en los informes policiales. Dany sabía cómo reconducir aquellas preguntas, y tratar con tipos locos como aquel, pero esta vez el iluminado se mostraba persistente en sus afirmaciones incoherentes y debía interrumpirle para llegar a la verdad que buscaba.

Saturio escuchaba sin que fuera percibida su presencia. El viejo sacristán rezaba en voz baja al lado de ellos, arropado por el resto de la multitud que les rodeaba a todos.

El cura que encabezaba la procesión empezó a llamar a los vecinos y fieles cercanos, para que se fueran colocando cerca del derruido altar de la antigua basílica. El carro con la Virgen había sido arrimado contra una de las columnas que todavía seguía en pie y la joven Lora se acercaba a su lado, arrodillándose y contemplando con expresión dulce e ingenua la imagen de su amada Madre. Los seguidores se apartaban de ella, dejando que se formara un espacio suficiente para poder admirar los milagros que se preveían esa mañana. Los vecinos les empujaban de forma sutil, y solo el cantinero se

empleaba con más contundencia, despejando sin miramientos todo el perímetro alrededor del altar. Aquel que no obedecía, era arrojado al suelo o sacado con malos modos del grupo.

El reportero le preguntaba al profeta, mirando todo aquello también con interés.

—Quiero creer en todo esto, pero no me fio de lo que veo. Tú has hablado con los vecinos, amigo mío. Porque te veo un hombre de mundo, una persona muy ilustrada y con facilidad para darse cuenta de todo lo que pasa. No me gustaría transgredir ninguna norma o hacer algo que les molestara..., ya que veo que no son muy comunicativos —comentaba el reportero en voz baja al oído del iluminado, intentando sonsacarle información y entablar amistad.

—Mala gente es esa. No me gustan, no señor. No me gustan. Pero pronto llegará el día de rendir cuentas y veremos entonces —contestó, mirando ceñudo al grupo de aldeanos que estaban al lado de la joven Lora, y sobre todo, observando al cantinero, que seguía empujando a todos para que nadie se acercara demasiado.

»Son falsos devotos, espías del maligno que están infiltrados entre nosotros. No hables muy alto... pues te oirán. Esos que ahí ves, son los súcubos del anticristo que hacen ritos de sangre y fuego; que matan y siguen el culto de la carne y el pecado. No te juntes a ellos o tu alma se perderá en el infierno ardiente —le susurró al oído, intentando dar solemnidad a sus desvaríos.

—Había una amiga mía que murió... una periodista —interrumpió, apretando un poco más y viendo hasta dónde podía llegar en la conversación.

—Sí..., la recuerdo... Una chica simpática y de ojos grandes... —Se quedó pensativo, mirando a todos lados con cierto miedo en su rostro—. Fue terrible, fue Satán en persona... o el demonio... o... —se detuvo de pronto, observando fijamente a los vecinos y dándose cuenta que los ojos de acero de la mujer vestida de negro, de aspecto severo y terrible, le miraban desde un lateral del carro.

—¿O quién? ¿A quién ibas a mencionar? —se impacientó Dany, al ver que su testigo había dejado el nombre en el aire a punto de decírselo.

—Ahora no —objetó, retrocediendo e intentando separarse de él.

Al moverse se topó con el sacristán, que estaba tan cerca que podía escuchar todo lo que habían hablado. El viejo murmuró un reniego al sentirse empujado y se apartó sin levantar la vista. Dany reparó en él un segundo, notando algo que le inquietó, pero que enseguida salió de su mente, viendo

cómo su testigo se escapaba de allí.

—¿A quién ibas a decir, amigo? Dime ahora quién —le apremió, intentando que el nombre que se negaba a salir de aquellos labios reseco no se esfumara para siempre.

—Uno de ellos fue... No te diré más —contestó, visiblemente molesto, desembarazándose de él y perdiéndose entre todos los fieles, que seguían rezando bajo las consignas del párroco.

Sixta observó todo lo ocurrido desde la distancia, clavando sus ojos en los de Saturio, que levantó su cabeza y asintió, limpiándose con el reverso de su manga la saliva que empapaba su labio partido. Su hija estaba a punto de comenzar a pronunciar las palabras de la divina Madre y nada le debía apartar de aquel momento.

Delante del altar, un tipo con dos muletas se mantenía en equilibrio, gimiendo como si el dolor le impidiera incluso respirar. El sacerdote se había acercado a él y le imponía sus manos en la frente, subido un peldaño más que el resto del grupo, sobre el presbiterio de la basílica. Le tocaba con sus dedos y elevaba sus rezos al aire frío de la mañana, buscando que sus males fueran aliviados.

La joven Lora se mantenía de rodillas de cara a la imagen de la Virgen. Sus brazos estaban en cruz y en su rostro dulce se podía notar el dolor que sentía. Un tormento físico, real, producido por el ajustado cilicio que comprimía su cintura. Allí, en ese estado de total postración y arrobo, esperaba la voz de su Madre, las indicaciones que debía transmitir para la salvación de aquellas almas y de los espíritus quebrantados que los acompañaban.

La niña del vestido ensangrentado reía pero no decía nada. Se movía entre el altar y las columnas más alejadas. Corría, saltando con una sola pierna, como si se encontrara imbuida en un juego, y no la prestaba atención. Solo levantaba de vez en cuando su sucia cabeza rubia para mirarla con ojos serios y un rostro demacrado, y cada vez más envejecido. Lora la veía, solo ella, y esperaba que su voz dulce volviera a calentar su corazón, porque solo anhelaba esa bendición divina.

El pobre enfermo pareció convulsionarse ante las palabras del cura, que lo sujetaba ahora, intentando sacar de su interior el mal que lo poseía. El sacerdote chillaba con su voz estridente, haciendo que todos los presentes gritaran a la vez, arrastrados por un frenesí desmedido.

El hombre dejó caer las muletas, inclinándose hacia delante; miraba a

los ojos del cura con lágrimas, humedeciendo su rostro congestionado. Se mantenía ahora de pie sin caerse, sin apoyarse en nadie, y la multitud empezó a gritar enfervorecida y a levantar los brazos para aclamar el milagro que habían contemplado.

Solo Dany permanecía en silencio entre todos aquellos locos seguidores. Se daba cuenta de lo que sucedía y mentalmente anotaba todo lo que veía. Al lado del carro, donde la estatua de la Virgen se situaba por encima de todos ellos, estaban los aldeanos, taciturnos y callados. Ninguno de ellos parecía compartir las muestras de alegría y de locura colectiva que estaban experimentando los demás. Miraban distantes y hoscos, y en sus gestos se apreciaba el desprecio que sentían por todo aquello, quizá por la multitud que les rodeaba.

Lora gritó el nombre de la Virgen, y en ese momento la niña dejó de saltar y se acercó a ella, como si en un segundo pudiera haber recorrido el espacio que las separaba. Ahora estaba a su lado, casi la podía tocar con los labios en su rostro de color de cera.

—Solo los que crean, los que derramen su sangre serán salvados —susurró la niña, con la voz dulce como si viniera de un ser celestial. Pero en su rostro la podredumbre hacía mella, dejando que viscosos gusanos recorrieran su carne lacerada, y pronunciando aquellas palabras con su boca oscura y fétida.

Lora no se daba cuenta de aquello, manteniéndose ahora con los ojos cerrados y solo escuchando las dulces palabras de su madre redentora. Debía hacer partícipes a todos de su mensaje.

—¡Solo los que crean, los que den su sangre serán salvados! —exclamó, haciendo que todos los rumores se acallaran y dejando que sus palabras se escaparan entre el eco de las columnas de la vieja basílica—. ¡Solo los que den su sangre por nuestra Señora! —volvió a repetir con fervor, levantando sus manos y llorando presa del dolor del cilicio y de la emoción que trastornaba su mente enferma.

El padre Damián repitió aquellas palabras y también levantó sus brazos ante todos, mirándolos con la expresión de un demente, en espera de algún prodigio que Dany no acertaba a imaginar.

En las primeras filas, muchos de aquellos fanáticos empezaron a desgarrar sus ropas, a dejar sus torsos y sus brazos desnudos, arañándose con sus manos y desgarrándose la piel con ramas secas, e incluso produciéndose cortes con el filo de alguna navaja. Pronto, la sangre empezó a brotar de sus

heridas, que acompañaban con gritos y llantos, mientras se tiraban también al suelo como si fueran poseídos por demonios invisibles.

Dany lo observaba en silencio y se daba cuenta de que aquello iba más lejos de lo que su jefe había previsto. Debía explicárselo y seguir investigando. Así lo pensaba, prestando mucha atención a los vecinos. Todos ellos parecían ajenos al espectáculo montado en torno a los milagros. La joven Lora seguía sollozando y repitiendo las palabras de la Virgen, mientras que aquellos fanáticos se desgarraban la piel y dejaban que la sangre manchara sus ropas y lo contagiara todo en un espectáculo dantesco que le sería difícil de olvidar.

La mujer vestida de negro, estaba hablando con el cantinero, y algo le decía al oído, según podía observar. Elías se había acercado al cura, que seguía declamando como un perturbado delante del altar, y lo había recogido entre sus fornidos brazos para sacarlo de allí, mientras empezaban a mover el carro con la Virgen y daban por concluida toda aquella aberrante ceremonia. El cura gimoteaba ahora en brazos del cantinero, nada podía hacer para liberarse. Este le llevaba casi en el aire, mientras la comitiva salía de la vieja basílica.

Aquella pintoresca procesión de fanáticos y de vecinos del pueblo se dirigía hacia la iglesia, cantando y profiriendo gritos estentóreos. Solo los vecinos se encontraban a su lado, impidiendo que los demás se acercaran demasiado. Algunos portaban palos y hoces, y sus torvas miradas denotaban una actitud muy hostil contra el resto de los fieles.

Al frente del grupo se encontraba Elías, seguido de la severa viuda del hostel. Con violencia, apartaba del camino a cualquiera que se interpusiera, empujándolo o golpeándolo con su bastón, que blandía de forma muy contundente contra todos los que se encontraban cerca de él. Sixta andaba a su lado en silencio, mirando con ojos de acero a toda la multitud y rezando en voz baja, con las manos juntas sobre el pecho, sujetando un viejo rosario de cuentas de hueso. Rezaba con total devoción, absorta en su fe, pero vigilaba a todos sin que nada ni nadie se le escapara.

El párroco sollozaba en silencio, emitiendo un leve siseo agudo. Se apoyaba en Saturio, que renqueaba y suspiraba por el esfuerzo de llevar al pobre demente a su espalda. Los ataques de locura eran habituales en el sacerdote y le mantenían ausente del servicio divino por algunas horas, hasta que se reponía. En esos momentos de crisis, cuando el cura parecía otra persona, un enajenado incapaz de valerse por sí mismo, solo Saturio le

ayudaba, llevándole a su casa y velando junto a su cama. El sacristán odiaba a aquel hombre débil y egoísta, que nunca había tenido ni una sola palabra de agradecimiento para él. Veía a su párroco como un hombre indolente, un ingrato servidor de Dios que tenía todo aquello que él no había disfrutado en la vida. La envidia y el odio corroían a Saturio y aún así, debía ser ahora el brazo fuerte que soportara aquel pellejo vacío.

Sixta le miraba, y conocía muy bien todo ese fuego interior que devoraba las entrañas del viejo Sacristán. Sonreía con malicia al verlo resoplar por el esfuerzo de llevar al sacerdote, y por el gesto airado que no podía disimular aquel ser deforme. Le conocía desde pequeño, cuando todos los chicos del pueblo le martirizaban y era el blanco de sus mofas y de sus crueles insultos. Lo veía como un engendro al que Dios había castigado, o quizá a la ramera de su madre; trayendo al mundo a un ser deforme cuyo rostro no dejaba de babear, como si fuera más un pobre animal que un ser humano.

La procesión seguía avanzando. El reportero miraba a todos lados, buscando algunos testigos que le pudieran ampliar la información que buscaba. Observaba cómo rodeaban y protegían los vecinos, con celo excesivo, el carro que portaba la figura de la Virgen y se daba cuenta de que algo antinatural ocurría en ese lugar. Lora estaba muy cerca de él y ahora andaba en silencio, con los ojos húmedos por el sufrimiento padecido y aún sintiendo el dolor que el cilicio le producía. Rezaba en voz baja, pero parecía irse quedando cada vez más atrás, como si su ánimo se disipara y deseara separarse de la procesión.

Dany la observaba, hasta comprobar cómo la joven se escabullía del grupo sin que nadie se diera cuenta, para juntarse con una persona que esperaba en la sombra, en un recodo del camino, donde los robles del bosque cercano ya formaban una avanzadilla de espesa maleza. Al pasar le pareció reconocer la cara del apuesto diácono, solo fue un segundo, antes de que los dos se perdieran entre los arbustos, pero habría jurado que el clérigo esperaba a la joven vidente.

—Todos estamos en este mundo con un propósito, Saturio —susurró Sixta muy cerca del rostro congestionado del sacristán.

El viejo resopló más fuerte por el esfuerzo de soportar el cuerpo inerte del párroco, que movía las piernas y se desplazaba como un autómata.

»Aunque naciste impuro y tu cuerpo fue un castigo del señor por la vida impía de tu madre, puedes limpiar tu alma con el sufrimiento —le decía en voz baja, haciendo que los recuerdos y un dolor intenso crecieran en su

interior. Él era un hombre impuro, un ser infame que se arrastraba por el mundo como un animal, sin tener derecho a estar vivo siquiera. Eso lo sabía, y le dolía por dentro, como si una antorcha encendida le quemara en el estómago. El peso del cura sobre sus hombros, sobre su vida, era su penitencia, y escuchaba las palabras roncadas y malvadas de la viuda, aceptándolas como si proviniesen de la mismísima voz de Dios.

Con desesperación resopló más fuerte y un gemido de dolor acompañado de un chasquido de su espalda hizo que una mueca burlona aflorara en la expresión de Sixta.

«Limpia tu negra alma, repugnante monstruo» —pensó, sin sentir ni un ápice de compasión por aquel pobre hombre que conocía desde la infancia y al que controlaba como un títere.

—¡Apartad u os abriré la cabeza con este palo, malditos blasfemos! —gritaba el cantinero un poco más adelantado, dando un fuerte golpe con el extremo de su bastón a uno de aquellos locos fanáticos que se había acercado demasiado.

Saturio los miraba a todos, levantando como podía su cabeza, limpiándose con la manga de la chaqueta la baba que se escurría por su labio leporino.

—Son unos fornicadores —rezongaba con la voz entrecortada, mientras volvía a colocar el cuerpo del párroco otra vez sobre su espalda, para seguir llevándolo.

Dany se dio cuenta en el acto de cómo uno de aquellos peregrinos de la fe se acercaba a él con cierta indecisión. El hombre era uno de los jóvenes que vivía acampado en el prado frente a la iglesia, un seguidor del falso profeta y un devoto de los milagros de la Virgen. La procesión ya cruzaba por delante del pórtico del templo. Los vecinos se afanaban en proteger el carro e impedir que nadie se subiera a él o simplemente lo tocara. Algunos eran agredidos, y poco a poco se fueron separando y dirigiendo al campamento cercano.

—El demonio habita en este pueblo. Yo lo he visto —susurró el fanático al reportero, cuando por fin se acercó a su lado—. La Virgen está secuestrada por esa gente. Tú lo has visto como yo. Algo insano hay entre ellos, algo maligno, un mal que se puede respirar y se huele, como el olor de un cadáver putrefacto. La descomposición de la carne que siempre acompaña a la venida del demonio, antes de que se le pueda ver o incluso escuchar —murmuraba el hombre, mirando con preocupación a todos lados.

—¿A qué te refieres? ¿Tú has visto algo? —preguntó Dany, sin

atosigar al nuevo testigo que parecía querer desahogarse con él.

—Te conozco, sé quién eres... —volvió a susurrar muy cerca de su oído, lo que hizo que se sobresaltara y se apartara un poco. Le desagradaba aquel tipo desaseado, vestido como un mendigo y cuya falta de limpieza era más que evidente—. Te conozco, periodista. Ten cuidado. Ya lo saben. Ellos lo saben. Lo saben todo —seguía hablando, con los ojos abiertos llenos de pavor.

—¿Quién lo sabe? ¿Por qué debo tener cuidado? ¿Cuidado de qué? ¿De quién? —le interrumpió en voz más alta Dany, dándose cuenta de que algunas miradas de los vecinos se fijaban en él.

—Ahora no puedo decirte nada. Ahora no. Es peligroso.

—Espera, no te vayas aún. ¿Cuándo me lo dirás? Hablaremos luego, en otro sitio más discreto, si quieres. Es necesario —Le forzó el reportero, para impedir que se fuera sin acabar de explicarse.

—A la caída de la tarde en el arroyo. Allí estaré cuando bajen para realizar el bautismo como todas las tardes. Allí estaré y te contaré cosas que no te imaginas. Cosas que he visto, que sé por otras personas que tienen miedo de hablar. Pero yo no soy un cobarde, ¿sabes? Ese maldito cantinero del infierno golpeó a mis amigos y los echó de su local. Yo me escapé. Casi los mató, quería matarnos a todos...

—¿Quién? ¿El tipo grande? ¿El que acaba de entrar en la iglesia? —se apresuró a decir el reportero, indicando de forma discreta con la mano, las puertas por donde hacía tan solo un instante habían entrado los vecinos con la imagen de la Virgen, seguidos de numerosos fanáticos que pronto habían sido expulsados de la iglesia.

En la entrada estaba Sixta, se había retrasado un poco, mientras rezaba de forma muy devota, levantando sus ojos a la figura de Cristo crucificado que decoraba el tímpano del pórtico. Al bajar su mirada se giró un momento para ver a los dos hombres que hablaban cerca de allí. El joven reportero parecía seguir preguntando, esta vez a uno de aquellos miserables del campamento. Un saco de droga y herejía. Un ser que debía ser eliminado de la faz de la tierra, según los pensamientos que en ese momento ocupaban la mente de la mujer.

—Esta tarde en el arroyo —replicó el fanático y se dio la vuelta para desaparecer entre la multitud que se dirigía al campamento. Dany se quedó solo, viendo cómo su testigo huía presa del miedo y sintió una mirada en su nuca que le hizo volverse. Todos los vecinos habían entrado ya en la iglesia y a nadie más habían permitido quedarse, desalojando a los últimos de aquellos

locos fieles de forma muy violenta. La viuda entraba en último lugar, arrastrando los pies despacio, como si rezara mirando al suelo, mientras pasaba las cuentas de su viejo rosario. Habría podido asegurar que le vigilaba, lo intuía, pero quizá solo era la inquietud que todo aquello le causaba y que le hacía ver cosas que no existían en realidad. Debía seguir investigando y reunirse con el testigo esa tarde, durante el ritual del bautismo.

Una fuerte brisa pareció levantarse de pronto, un olor fétido, a cuerpo en descomposición, comenzó a notarse en el ambiente, traído por el viento. El reportero lo notó al instante y sintió cómo las náuseas se formaban en su garganta. Recordaba las palabras del testigo y se preguntó si no sería todo aquello el producto de su imaginación, la sugestión que le estaba produciendo lo que le habían contado.

Una tenue voz, como la carcajada infantil de un niño, parecía provenir de un lateral de la iglesia. El viento fuerte y aquel desagradable olor no remitían. El polvo y las briznas de paja que el aire arrancaba de los prados cercanos, le golpeaban en la cara, haciendo que entrecerrara los ojos para poder ver. Las puertas del templo se habían cerrado del todo, y ya ninguno de aquellos fanáticos del campamento estaba allí. Solo esa tenue voz que seguía fluyendo a través del aire.

—Corre Daniel, te vas a manchar. Corre niño, no seas desobediente — escuchó, como si el viento trajese las palabras de su madre, olvidadas por él desde hacía tantos años. Al oírlo se paró un instante, azotado por el polvo que le impedía respirar. La voz de su madre, aquellas palabras que solía escuchar de niño, habían entrado ahora en su cabeza, como si retrocediese en el tiempo.

—Corre Daniel, corre o te mancharás de sangre — volvió a escuchar, y levantó la vista para comprobar de dónde provenían los susurros, aquellas palabras que el viento lanzaba contra su rostro.

Una niña le miraba desde el lateral de la iglesia. El viento no parecía alterar su ropa o agitar su pelo rubio como el oro. Sus grandes ojos azules le miraban con inocencia y una sonrisa burlona a floraba en su pálida cara. Al momento se volvió y riendo, escapó hasta desaparecer por detrás de la iglesia. Dany se tapó la boca y los ojos con las manos, dejando solo una rendija entre los dedos, para poder ver a través de aquel vendaval de tierra y paja, y se acercó al lateral del edificio por donde la niña se había marchado. Al llegar al frío muro de piedra de la iglesia, el viento parecía ser más débil, protegido, quizá, por aquella pared que le resguardaba parcialmente. Despacio, se dirigió al extremo del templo y dobló la esquina para seguir el camino que había

recorrido la niña. La voz de su madre ya no se oía y el olor a putrefacción había desaparecido, remitiendo el aire poco a poco.

Allí se encontraba un hombre recogiendo algunos troncos y la leña que se apilaba en la parte trasera de la iglesia. El tipo, mal encarado, alzó la vista al verlo aparecer y dejó despacio la madera otra vez en la pila de donde la estaba sacando.

Dany se quedó parado de repente sin saber qué hacer o decir. El hombre parecía un vecino, aunque su aspecto era distinto, peligroso, como el de un delincuente o uno de aquellos tipos que había pasado mucho tiempo entre rejas y cuya feroz mirada denotaba la influencia de la prisión.

—¿Quién eres tú? —preguntó con la voz fuerte y el semblante serio.

—El viento era muy fuerte y me he perdido —acertó a decir el periodista, retrocediendo despacio.

—No es bueno meter las narices en los asuntos de otros —recriminó, cogiendo el hacha que se encontraba clavada en un tocón, al lado de la pila de leña—. Nada bueno puede ocurrir cuando andamos preguntando y preguntando. Merodeando como un perro hambriento, rebuscando en la basura, para esparcir toda esa mierda en la casa de otros —seguía diciendo con el tono cada vez más amenazador, acercándose con el hacha en las manos—. ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres saber con tanta desazón? Yo te contaré lo que debes saber —añadió con la voz ronca y los ojos brillantes, como si un estado febril lo estuviese afectando.

—Lo siento si he interrumpido algo. Me perdí. Pero ya me iba... —aseguró el reportero balbuceando, presa del miedo al ver cómo el hombre se acercaba cada vez más, con el hacha entre sus manos y una expresión amenazadora en su rostro.

—Corre Daniel, corre o te mancharás de sangre —volvió a escuchar la voz de su madre, como cuando era pequeño y ella le apremiaba para que subiera a casa, después de haberse caído en la calle y tener una brecha en la frente que sangraba, manchando toda su cara. Todavía se acordaba, y ahora esa voz familiar volvía a escucharse mientras el hombre se acercaba con el hacha. Mirándole con los ojos fijos en él, con una expresión de maldad que le quemaba y hacía que sintiera un terror inconsciente que le impedía hablar.

—La sangre te manchará. La sangre te cubrirá —escuchó otra vez y ya solo pudo correr, huyendo de allí con la fuerza que sacó de su ánimo aterrado. Salió de detrás de la iglesia, sin volver la cabeza hasta que estuvo lejos. Sus pasos le habían llevado a la entrada del campamento. Una multitud de

fanáticos cantaban y se arremolinaban alrededor de uno de aquellos oradores improvisados, que declamaban sobre el final del mundo y el perdón de los pecados.

—Todo a su tiempo, Quinto, todo a su tiempo —exclamó Sixta, haciendo que el exconvicto se girara y bajara el hacha que aún seguía agarrando.

El hombre se acercó a la mujer y la abrazó con fuerza, besándola como si fuera un salvaje. Sixta le apartó sonriendo y se estiró el vestido negro, mirando a todos lados.

—Ahora no, estúpido. Vamos a dentro —le ordenó, haciendo que el hombre la siguiese al interior del templo.

Una niña pequeña con un manchado vestido blanco, también se separó de la pared de piedra donde estaba inmóvil, para seguir a la pareja. Iba saltando a la pata coja y cantando una suave canción infantil, mientras se perdía por detrás del lateral de la iglesia; y el viento otra vez volvía a levantar la arena del suelo y golpeaba con fuerza los muros exteriores del edificio.

La comida había sido muy frugal y la falta de apetito era palpable en el joven reportero, que había dejado sin probar el potaje servido en la cantina del pueblo. Los ojos tristes de Juana le observaban al retirar el plato y verle salir a la calle, suspirando resignada por lo que podía suceder.

Dany se acercó pensativo a la iglesia, seguía meditando sobre todo lo ocurrido, hasta que el sonido de gritos lejanos le hizo volver en sí y asomarse por la puerta, que se encontraba abarrotada de fieles.

Con dificultad, se fue abriendo paso desde la entrada. La sobriedad del edificio parecía ahora perturbada por todo aquel alboroto que resonaba entre los antiguos muros de piedra. El ambiente recoleto del templo, que en tiempos fue un lugar de recogimiento y oración, estaba ahora pervertido por todo un carnaval de fanáticos, de alucinados y de falsos seguidores de la luz de Cristo, que llenaban su nave central y se apretaban contra sus viejas paredes oscuras, para poder ver los prodigios que de nuevo se estaban produciendo en la zona del crucero.

En lo alto del presbiterio, justo por delante del altar, se encontraba el párroco, con su aspecto desgarrado y lechoso, con ese ademán de ave de presa que se acentuaba por su nariz aguilena y sus ojos oscuros e intensos.

Levantaba los brazos y gritaba con voz chillona, indicando con un dedo las evoluciones de alguien que estaba al pie de la escultura de la Virgen.

Dany se iba acercando entre la multitud, escuchaba los gritos del cura, y también una voz más ronca y profunda, con un tono gutural y sobrecogedor que no conocía.

Cuando estuvo más cerca, estiró la cabeza, aupándose un poco sobre uno de los bancos laterales y al fin pudo ver lo que estaba ocurriendo. Cerca de la imagen, la joven Lora se encontraba de rodillas con los ojos cerrados y los brazos estirados del todo, formando una cruz. Miraba hacia los que se encontraban en las primeras filas, sin poder verlos y recitaba una serie de frases ininteligibles, que salían de su boca como si estuviera poseída por un ser distinto de ella.

—¡Como aquel que vino, vendrá el sucesor del hombre, y no será un Dios, ni será un ángel! ¡Seré yo! —exclamaba, haciendo que todo el mundo se callara para escuchar sobrecogidos aquellas palabras terribles—. Y el Señor me mostró una región muy grande fuera de este mundo, con luz extremadamente brillante, donde los rayos del sol iluminaban el ambiente; y la tierra era feraz, con brotes que nunca se marchitaban; y llena de especias y plantas siempre florecientes e incorruptibles, produciendo frutos benditos. Y había tanto perfume que el aroma llegaba incluso hasta nosotros —recitaba ahora con la voz muy áspera, como si fuera la de un hombre.

—¿Dime qué viste, hija mía? ¿Dinos a todos, cuál es el camino para salvarnos de esta inmundicia, de esta carga que nos pudre por dentro? —chilló el párroco, acercándose a la joven, que ahora se había levantado y miraba a todos con el gesto descompuesto, y una horrorosa mueca enajenada.

—¡Y vi a los asesinos y a sus cómplices echados en un lugar estrecho, lleno de ponzoñosos reptiles, y eran mordidos por estas bestias, y se revolvían en aquel tormento. Y encima de ellos había gusanos que semejabán nubes negras. Y las almas de los que habían sido asesinados estaban allí y miraban al tormento de aquellos asesinos y decían: ¡Oh Dios!, ¡rectos son tus juicios! —gritaba Lora, gesticulando poseída por una gran agitación.

Sixta y el sacristán estaban más retraídos, justo a un lado de la figura de la Virgen. Al escuchar estas palabras vertidas por su hija, la viuda se sobresaltó, emitiendo un gemido sordo que fue percibido por el reportero. El espectáculo era tan aberrante que muchos de los allí congregados, sobre todo los que estaban más adelantados, acompañaban estas palabras con sus gritos y exclamaciones llenas de fanatismo y de loco asentimiento.

Lora se había acercado al párroco y lo miraba fijamente a los ojos. Este se dejó caer de rodillas ante ella, sollozando como un pobre estúpido, mientras la joven tomaba su cabeza entre sus manos y acercaba su rostro al suyo sin dejar de hablar.

—¡Y enfrente a estos, otros hombres y mujeres se mordían sus lenguas, y tenían fuego ardiente en sus bocas. Y estos eran los que habían sido testigos falsos! —le decía, mirándole con intensidad a los ojos.

Sin que nadie se lo esperase, besó al cura en los labios con la fuerza de un pervertido gesto libidinoso. Un acto que soliviantó aún más a todos los presentes e hizo que el sacristán apretara el brazo de Sixta sin darse cuenta. La viuda le apartó con desagrado, despreciándole con su mirada fría y acerada. Saturio retrocedió al ver el gesto asesino de la mujer, un fuego que brotaba de sus ojos oscuros y le quemaba las entrañas. Su hija había besado al cura, pero su garganta no podía protestar, intimidado por la viuda, que seguía censurándolo con su dura mirada. Se limpió las babas de su rostro demacrado y gruñó en voz muy baja, casi inaudible, entre aquel alboroto creciente que se extendía por todo el templo.

—Ramera impúdica, perra lujuriosa... —susurró.

—¡Y en otro gran lago, lleno de pus y sangre y cieno ardiente, se encontraban unos hombres y mujeres sobre sus rodillas! —declamaba Lora, acercándose a la estatua de la Virgen. El sacerdote seguía arrodillado con el rostro lívido y la expresión descompuesta. Sus ojos miraban todo sin ver nada.

La voz de la joven hacía retumbar las columnas, consiguiendo que la multitud allí reunida se abalanzara contra la imagen de la Virgen, que esa mañana se mostraba más afectada por el milagro de la sangre que la cubría. Las lágrimas parecían más abundantes y dos gruesos regueros rojos se escurrían goteando hasta sus pies de piedra gris.

Los fieles intentaban tocar la escultura, aupándose en el pedestal que la soportaba. Lora había sido apartada de allí por algunos de los vecinos, que ahora se aplicaban para contener la avalancha que les rodeaba. Solo dos de los más fanáticos consiguieron llegar a la imagen pétrea y tocar con sus manos la sangre que destilaban aquellos ojos vacíos. Como dos poseídos, se dieron la vuelta gritando ante la multitud, mostrando las palmas rojas de sus manos.

—¡Tenemos su sangre! —chillaban enloquecidos.

Elías y algunos de los vecinos cercanos ya los habían atrapado y bajado del pedestal. Sixta lo observaba todo y había dado un fuerte empujón a Saturio, derribando al pobre viejo sobre el frío suelo de la nave lateral.

El sacristán se había golpeado en la cabeza contra la base de una columna, sintiendo cómo un leve fluido caliente se escurría por su sien.

—Maldito bastardo de una ramera. Nunca jamás se te vuelva a ocurrir tocarme —había exclamado Sixta al empujarlo, para apartarle y acercarse a su hija, que ahora era acompañada por ella y algunos de los vecinos.

Elías y el resto de los aldeanos habían capturado a los dos fanáticos que osaron tocar el sagrado cuerpo de su Señora. Los llevaban entre todos, golpeándoles a la vez que los sacaban de allí. Los transgresores gritaban de dolor y miedo, como si fueran cerdos conducidos al matadero. Elías despejaba la zona con su garrote y en breves instantes, los fanáticos habían sido introducidos en la sacristía sin que nadie más pudiera verlo.

—Es terrible, terrible, todo lo que está sucediendo — escuchó Dany a su lado, antes de que al volverse viera el rostro suave y considerado del joven diácono—. Chimo, me puedes llamar. Sé quién eres, y qué haces aquí, y corres un gran riesgo al acercarte tanto a estos... acontecimientos —le susurró al oído.

—Perdona... ¿Cómo dices? —contestó el reportero, asombrado al escuchar esas palabras, sin poder reaccionar todavía sobre lo que estaba viendo.

—Salgamos fuera ahora —le indicó el diácono, sin dejar de mirar a Lora, rodeada por completo por varios vecinos, bajo la férrea tutela de su madre—. Salgamos, aquí no hay nada que podamos hacer —continuó hablando el clérigo, empujando levemente a Dany para que le siguiese.

Los fieles fueron saliendo de la iglesia, continuando con sus cantos devotos y formando grupos en el exterior, que eran pronto disueltos por varios aldeanos armados con garroses.

Dany vio pasar el coche de la guardia civil cerca del camino; se detuvo un instante, para proseguir luego su marcha. Hacía muchos días que no les veía, desde que la policía judicial se había ido de allí, al concluir con la investigación del crimen, sobre el terreno. Ahora el pueblo estaba otra vez solo en aquella tierra hostil y remota. Los aldeanos ejercían la autoridad, con la violencia que les caracterizaba, y nadie estaba a salvo desde entonces.

El diácono se quedó pensativo mirando a Dany, sus modales suaves y amanerados le daban el aspecto de un joven seminarista, uno de aquellos curas en ciernes que parecían haber nacido para ser sacerdotes.

—No. Es mejor que yo te cuente —interrumpió el diácono, justo cuando Dany abría su boca para preguntar—. Esto que ves no es nada. Es solo

el exterior de algo más profundo, de algo malvado que se está extendiendo en este lugar. Yo lo veo cada día, lo noto cuando me cruzo con algún vecino, cuando entro en la iglesia o practico mi fe... o lo que queda de ella —afirmó, suspirando y frotándose las manos nervioso—. Sígueme ahora —le apremió, haciendo que los dos se alejaran del exterior de la iglesia para ocultarse bajo la sombra de un árbol—. Me llama por la noche, ¿sabes? Me llama por mi nombre, y no puedo sacarlo de mi cabeza. No puedo. Esa voz, que me persigue, que me posee, y temo perder la cordura. Ya no sé muchas veces quién soy —explicaba el diácono de forma atropellada, sintiendo la necesidad de compartir su atormentada mente.

—Yo he escuchado algo extraño, también..., o eso creo —interrumpió Dany, sin saber porqué aquel hombre le hacía sentirse confiado.

—¿Tú también? —masculló Chimo al oír aquellas palabras, y se frotó las manos, pasándoselas por la cara como si intentara salir de un sueño—. Eso es, ¿verdad? Ese mal que has visto. Sí..., tú lo has visto, y es ese mal. Ahora me persigue a mí, y creo que no podré aguantar mucho más. Debes salir de aquí y contarlo todo. Escapar y contarlo, y traer ayuda. Debemos salvar a Lora. Tú la has visto hoy, cómo está perdiendo su alma. Pronto no podremos hacer nada por ella —exclamó de forma apasionada.

—Pero... ¿qué debo contar? ¿Qué está ocurriendo? —le interrogó, agarrándole por los brazos y sacudiéndole.

—¡No lo ves! ¡Es él, que ya está aquí! ¡Es el innombrable! —gritó, desembarazándose de las manos del reportero.

—¿Quién es el innombrable? —escucharon a su lado, en un tono neutro y áspero.

Sixta Suera estaba mirándoles a los dos con su rostro serio y duro. Sus ojos de fuego les interrogaban en silencio, como si fuera capaz de penetrar en sus mentes y conocer hasta los más íntimos de sus pensamientos.

—¿Quién es el innombrable? — volvió a preguntar, con el tono peligroso de una serpiente.

Dany se quedó sin saber qué decir, mirando asombrado con la boca abierta, mientras el diácono se marchaba de allí con rapidez, corriendo con el rostro aterrorizado.

—Pobre sodomita afeminado —susurró Sixta al verlo huir de allí.

—¿Qué quiso decir? —acertó a preguntar Dany, atónito aún por lo ocurrido.

—No debes escuchar estas herejías. No dejes que te llenen la cabeza

con mentiras o palabras sucias, de bocas sucias. De hombres sucios, manchados por el pecado. Si no tienes cuidado, es muy fácil dejarse llevar por el libertinaje de una Gomorra en esta tierra. Arrastrado por los brazos viscosos de los esclavos de la carne. No lo olvides, mientras vivas. Si es que tu vida merece ser respetada... —contestó la viuda mirándole fríamente—. Vuelve a tu ciudad, periodista. Vuelve a tu mundo ahora o quizá no lo puedas hacer, si te quedas aquí —siguió hablando Sixta, quemándole con sus ojos negros como el carbón.

Un temblor incipiente intentaba abrirse paso en los nervios templados del joven reportero. Más aún, al ver cómo el tipo mal encarado y adornado con sugerentes tatuajes carcelarios se acercaba también. Sixta lo vio y su rostro cambió en el acto, sonriendo suavemente. Su mirada se dulcificó y fue correspondida por la del hombre.

Dany agachó la cabeza y se separó de ambos, dejándolos allí a la sombra del árbol. Una señal de peligro se había encendido en su mente y sabía muy bien que no debía seguir en ese lugar. Los dos le miraban ahora mientras se alejaba, intentando aparentar serenidad, pero su cuerpo seguía temblando y su mente se atropellaba con todo lo que había visto y escuchado. Esperaba que pronto su jefe le llamara; o mejor aún, viniera a aquel lugar. La noticia, o un gran reportaje, seguro que saldría de todo ese mundo extraño y peligroso. Tenía algo gordo entre las manos, lo sabía muy bien, y no deseaba soltarlo, a pesar de que algo en su corazón le aconsejaba escapar de allí, volver a casa y olvidarse de todo.

Por la tarde, como ocurría casi todos los días, una procesión de alucinados, de locos seguidores de aquella secta que se empezaba a formar, seguía al párroco Damián hacia la orilla del cercano arroyo. Las nubes se rizaban en el cielo, oscureciendo el ambiente que ya olía a lluvia. Algunos relámpagos en el horizonte barruntaban la próxima tormenta que se formaba. El viento levantaba las hojas y agitaba las ramas de los viejos robles, que bordeaban el escaso caudal de agua. La multitud cantaba enfervorecida, mientras sus ropas, las túnicas de todos aquellos locos seguidores de las lágrimas de sangre, se agitaban con el vendaval.

El cura elevaba su voz sobre los murmullos generales y el sonido de las ramas. Su voz chillona aleccionaba a todos a que rezaran, como si fuera una procesión de mendigos penitentes, una fila de peregrinos antiguos que se

inmolaran por la salvación de sus almas. Los vecinos se encontraban apartados del grupo, solo unos pocos habían portado el carro con la imagen de la Virgen, que seguía siendo expuesta y apartada de la tranquilidad de su templo.

La joven Lora caminaba al lado del sacerdote. Miraba al suelo concentrada, con una ausencia absoluta de sensaciones, solo dejándose llevar por aquella marea humana que les arrastraba a todos.

Al llegar al arroyo, muchos de aquellos locos se lanzaron al agua fría. Se sumergían y salían de la misma, con la expresión en sus caras llena de convencimiento y congestionadas por el frío que imperaba en el ambiente. El cura se había metido en el arroyo hasta la cintura, y tomaba a cada uno de los fieles que se acercaba, sumergiendo su cabeza en el agua, de espaldas, hasta que le cubría del todo; para volver a sacarlo, recitando las palabras del bautismo y aclamando el milagro de la sangre de su Virgen protectora. Uno tras otro, iban entrando los peregrinos en el agua, se sumergían en aquel espectáculo aberrante, donde los vecinos observaban en silencio desde las orillas, con sus rostros taciturnos y hoscos, sin decir nada.

Elías y algunos de ellos permanecían más atrasados, esta vez no parecían querer intervenir, solo velaban por la imagen de su Señora, dejando que los acontecimientos se sucediesen sin hacer nada.

Lora miraba todo con una sonrisa infantil, estúpida, como si aquello fuera un espejismo que no le afectara. Se encontraba en la orilla, bamboleando su cuerpo y susurrando un sonido repetitivo, casi inaudible. Su madre no estaba allí y ella era presa de su desequilibrado estado emocional.

El reportero se había acercado también siguiendo al tumulto, para comprobar con sus ojos cómo evolucionaban aquellos hechos milagrosos que tanto le interesaban. Veía a los vecinos permanecer alejados y observaba a los devotos de la Virgen en sus abluciones; cuando un roce en el brazo le hizo volverse, para comprobar que el hombre que había hablado con él, dentro del viejo santuario, estaba allí con la misma expresión de alucinado que por la mañana.

—Somos esclavos de nuestros vicios y nuestros ojos solo ven lo que nuestra lujuria nos muestra —sentenció al verlo, sin esperar a que Dany se pronunciara.

—¿Cuándo podemos hablar? —le interrumpió el reportero, intentando separar al falso profeta del resto de acólitos que le rodeaban. Algunos de aquellos hombres y mujeres permanecían a su alrededor, esperando que las

palabras de aquel exaltado orador volvieran a reunir a la multitud.

—Escucha, presta atención, pobre fariseo, no creas lo que ves ni nada de lo que oigas... escucha ahora esa voz —susurró, acercándose al reportero y separándose del grupo.

Más abajo en el arroyo, el grupo de seguidores continuaba cantando y rezando en el agua, animados por los chillidos del párroco.

—¿No lo oyes, fariseo? —volvió a preguntar, haciendo que Dany se quedara perplejo y comenzara a escuchar una leve canción infantil. La voz de un niño que se extendía entre los arbustos y que parecía provenir de la espesura, cada vez era más audible.

El reportero miró hacia los árboles para intentar ubicar el origen de aquella canción. Nadie parecía estar allí. Ahora lo escuchaba con mayor intensidad. Era la alegre carcajada de un niño, acompañada por una canción que conocía muy bien. Un sonido de su infancia, algo que recordaba y que le traía olvidados recuerdos a su cabeza.

—Ve con cuidado, pobre fariseo... —volvió a repetir el loco profeta, dirigiéndose con prisa hacia los árboles y perdiéndose entre ellos.

Dany escuchó ese nombre, sin entender a qué se refería el extraño individuo. La voz del niño era cada vez más alta y siguió el sendero que había tomado el loco orador sin saber muy bien porqué.

Entre los árboles y las matas que flanqueaban el camino parecía moverse una forma, una sombra que se deslizaba delante de él. El profeta ya no estaba allí, solo esa risa infantil que le seducía y le obligaba a seguir andando en pos de aquella visión. Una niña le esperaba apoyada en un árbol, que dejaba entrever en sus frondosas ramas algunos frutos jugosos y de intenso color rojo. Dany se aproximó despacio, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, ante aquella visión que le envolvía.

—¿Comerás de esta fruta? —le preguntó la niña, con una voz dulce y empalagosa, como si el eco reverberara entre las copas más altas de la vegetación.

—¿Quién eres tú? —preguntó el reportero al acercarse.

—No tengas miedo Daniel, no temas ahora. ¿Comerás de esta jugosa fruta, por favor? —repitió la niña, mirando con su dulce rostro al periodista, que experimentaba todo aquello presa de la fascinación.

—Tú no eres real... —afirmó, deteniéndose y sintiendo cómo un temblor le recorría todo el cuerpo.

—Yo soy el que temes en tus sueños. El que te ve cuando duermes, y te

cubres la cara, sollozando como una mujer. Yo soy el que aprieta tu corazón y ahoga tu garganta, hasta que la saliva no puede salir por tu boca. Soy la pasión y el fuego ardiente. Soy la sangre de tu Virgen. Soy el que reclama tu alma —expresó la niña, con la voz ronca sin dejar de sonreír en su rostro dulce e inocente.

—¡Déjame! ¡Vete de aquí! —gritó Dany, retrocediendo aterrado y consiguiendo que sus temblorosas piernas le respondiesen.

Corría por el sendero, desviándose del camino sin darse cuenta, hasta que salió a la carretera. La noche ya se cernía sobre él, cuando se dirigió al pueblo. Unos ojos brillantes, llenos de odio y de furia ciega, le observaban entre las sombras. Algunos murmullos parecían venir del otro lado de la pista asfaltada.

Dany la recorría deprisa, seguía temblando e intentaba serenarse y concentrar sus pensamientos. Aquella visión, sin duda, había sido producto de su mente cansada y de la influencia del ambiente en su ánimo. Su imaginación sugestionada, había producido un espejismo, una imagen que solo podía existir en su mente. Eso se repetía, mientras recorría la carretera, viendo a lo lejos la fantasmal figura de la torre de la iglesia. Elías y tres vecinos más le seguían desde el otro lado de la pista, ocultos por la sombra de los árboles. En sus manos portaban algunos palos y hoces. Le miraban como lobos ansiosos, como si aquel joven entrometido fuera su presa esa noche. Se acercaban cada vez más, mientras el reportero corría al escuchar sus pasos tras él. No quería volver la cabeza ni parar para comprobar quién le seguía. Solo deseaba llegar a la salvación del pueblo que ya estaba muy cerca.

Sin dudarlo, salió al prado donde se ubicaba el campamento de peregrinos. El falso profeta estaba allí, parecía esperarle sentado en el tronco caído de un árbol. Sus miradas se cruzaron al instante, y el reportero sintió cierto alivio esta vez, al verlo y comprobar que detrás de él ya no venía nadie.

Elías y los otros vecinos se detuvieron entre las sombras, sin salir al descampado. El cantinero miraba con ira contenida a los dos hombres. Apretaba el garrote en su mano y rechinaba los dientes, gruñendo en voz baja como una fiera.

—Malditos entrometidos. Perros sarnosos, llenos de la bilis del diablo. Hijos de Satanás —maldijo en voz baja, haciendo que el resto de los vecinos que le acompañaban, agitaran frustrados sus hoces en la oscuridad de la noche, repitiendo sus palabras—. Pronto podréis acompañar a los demás al infierno de donde habéis salido —añadió, sin dejar de mirar a los dos

hombres que hablaban en medio del campamento.

Dany se quedó perplejo al ver de nuevo al profeta; pero esta vez, ya más repuesto, no iba a permitir que se le escapara. Aquel perturbado era irritante en sus declaraciones, con sus palabras fuera de toda razón, incongruentes y sin sentido, pero sabía que podía ser un buen testigo, si le hacía las preguntas adecuadas, y esa era ahora su intención.

La tormenta empezó a descargar una fina lluvia que salpicaba sobre las lonas del campamento y hacía que los pocos fanáticos que no estaban en el arroyo, celebrando la aberrante ceremonia de purificación, se metieran de prisa en sus tiendas. El profeta tiró del brazo de Dany, llevándose de la intemperie, para que le siguiera al interior de una de ellas. La atmósfera adentro era irreal, alumbrada por la luz titilante de varias velas y el olor almizclado del humo acre que se desprendía desde un viejo incensario de latón, situado en una esquina. El loco orador le guiñó un ojo y sonrió, volviéndole a mirar. Sus cabellos desordenados y largos estaban ahora mojados, dándole una apariencia aún más grotesca y cómica. Dany se quedó observándole un instante, mientras acostumbraba sus ojos a la escasa luz. Y pensó en las respuestas que necesitaba saber sobre lo que estaba ocurriendo en aquel pueblo maldito.

La lluvia arreciaba, cada vez más. Los peregrinos y fanáticos, que se encontraban cantando y sumergiéndose en el arroyo, no parecían notarla. A su alrededor, varios de los vecinos habían llegado ahora con antorchas encendidas, iluminando aquella ceremonia con una luz macabra y espectral. Los ojos desorbitados del párroco miraban a todos, temblando por el frío al continuar metido en el agua hasta la cintura. Sus labios estaban amoratados, de un color violáceo que acompañaba a su piel lechosa, como la de un cadáver. Temblaba de frío y de excitación, y seguía gritando palabras como un poseso, fuera de todo control, al empujar la cabeza de algún nuevo converso dentro del agua purificadora del torrente.

—¡Por la Virgen de Llercia, yo te limpio de la lujuria! —exclamaba—. ¡Te limpio de la blasfemia! —seguía recitando, mientras introducía, una y otra vez, la cabeza del acólito en las aguas gélidas.

El resto de los fanáticos aclamaba cada ablución, levantando los brazos y mirando a la estatua de la Virgen, que seguía en el carro, en una de las orillas. La lluvia comenzaba a mojarla, limpiado el líquido rojo que cubría sus mejillas. Aquella sangre milagrosa escurría por la piedra gris, manchando los pies de la imagen y desparramándose por la madera del pedestal.

Negras nubes se cernían sobre la iglesia y el pueblo. El atronador poder de la tormenta comenzaba a retumbar en el cielo, oscureciéndolo todo y batiendo de forma furiosa las contraventanas abiertas de la hostería. Ninguna luz se veía en ella, solo un leve resplandor en una de las habitaciones de la planta baja, donde dos formas oscuras se agitaban en su interior.

—Gruñes como un cerdo en celo —susurró la mujer, apretando su cuerpo desnudo contra el del hombre que la abrazaba en la vieja cama.

Quinto besaba con violencia a la viuda. La pasión ardía en la habitación, donde solo los jadeos rompían el silencio del viejo edificio. Sixta le arañaba la espalda, sintiendo un placer que emborrachaba sus sentidos. Aquel hombre, grosero y rudo, la poseía de una forma animal, como un salvaje que no tuviera consideración con nada ni con nadie. Eso la excitaba y la atraía, a la vez que lo detestaba y acentuaba su instinto más perverso y reprimido.

El exconvicto gritó al sentir las uñas afiladas de la viuda en su espalda, abriéndole la piel. Ella dejó escapar una carcajada y le miró un instante con sus ojos de fuego, para cerrarlos después y dejarse llevar por el placer infinito que sentía.

La tormenta ahogaba sus gritos y descargaba un torrente de relámpagos y rayos que sacudían la torre de la iglesia y los árboles cercanos.

El falso profeta se había sentado encima de un destartado catre, cruzando las piernas como si fuera un budista iniciando su trance. El reportero se sentó también a su vez y sacó su libreta. Todo parecía ajeno al mundo dentro de la tienda. La tormenta se escuchaba en el exterior y las gotas de agua golpeaban con un repiqueteo incesante sobre la lona. Con la mano abierta y sin decir nada, el sujeto le dio paso para que preguntara, sonriendo con calma.

—¿Qué has visto, que tanto te asusta? —interrogó el reportero, sin esperar más preámbulo.

—¿Qué he visto yo? ¿Qué es lo que yo sé? Mejor deberías preguntar, ¿qué es lo que no sé? Ya que estos ojos cansados ven más allá de lo que está a la vista, más allá de lo que todos comprenden y saben.

—Me dicen... Otros compañeros tuyos me dicen, que han desaparecido personas, que...

—El diablo está aquí —interrumpió, indicando con el dedo al exterior de la tienda—. Un mal que todo lo ha emponzoñado y que ha poseído a ese pueblo maldito —afirmó con la voz seria. No parecía el mismo loco profeta, ahora no hablaba como aquel orador enajenado que solía ser. La sensatez parecía querer escapar de sus palabras.

—¿Qué mal? ¿Cuál es el mal? ¿Quién? ¿Ese tipo..., el cantinero? He visto a esa mujer, la dueña de la hostería...

—Tú has visto el mal, al diablo, ¿verdad? Has escuchado su voz melosa, su rostro atrayente —siguió declamando, mirando ahora a la luz de una de las velas y pasando la mano por encima de la llama sin demostrar dolor.

Dany le observaba sin inmutarse, solo deseaba que fuera más concreto en sus afirmaciones. Eso le impacientaba. Quizá el humo acre le mareaba lo suficiente como para perder poco a poco el control. Ese pensamiento le asaltó, con su vista fija en el fino hilillo de humo que salía del incensario.

En el arroyo, la joven Lora se había aproximado a la estatua de la Virgen. Estaba empapada por la lluvia y parecía llorar mientras miraba la imagen de su adorada Madre. Sus manos tocaban la base de la imagen, manchándose con el rojo fluido de sus ojos sangrantes. El sacristán la sujetaba por la cintura, impidiendo que se cayera al suelo. No le gustaba la lluvia y miraba al resto de los vecinos que seguían en silencio todo aquello, alumbrando el margen del agua con sus antorchas encendidas. El párroco se acercaba tropezando por el centro del arroyo. Levantaba sus brazos y pedía a la Virgen que iluminara sus ojos y que ayudara a todas aquellas pobres almas para poder pasar a una vida mejor, libre del pecado.

Solo Elías parecía moverse entre la multitud, empujaba al que se interponía en su camino, y buscaba con la vista a alguien sin conseguir encontrarlo.

—La Virgen está contigo, ella te ama, Lora. Susurraba Saturio al oído de la chica.

—¡Dejadla que hable con nuestra Señora! ¡Dejadla que nos diga cuándo estaremos preparados para partir a un mundo mejor! —gritaba el párroco en medio del arroyo, totalmente fuera de sí.

La tormenta arreciaba y los árboles parecían querer desplomarse sobre todos aquellos fanáticos. Elías había hecho una señal con la mano al resto de vecinos, golpeando a su vez con el garrote a dos de los peregrinos que se aproximaron a Lora para tocarla. El carro ya era empujado, sacándolo del barrizal en que se había convertido la orilla.

Saciada, con el sudor bañando su cuerpo desnudo, Sixta empujó a su amante, apartándole de su lado y levantándose de la vieja cama. Escuchaba la tormenta al otro lado de la ventana, y la risa sorda de Quinto, que permanecía acostado todavía, estirándose con grosera satisfacción.

—Vuelve otra vez, mujer —exclamó de forma obscena el exconvicto.

—Eres un animal repugnante —contestó Sixta sin darse la vuelta, mirando fijamente el agua que golpeaba el cristal de la ventana.

—Hoy clavaste bien tus garras en este animal —respondió riendo y gruñendo, sin dejar de admirar el cuerpo desnudo de la viuda, que se vislumbraba con la luz tenue de la habitación.

—Algún día arderas en el infierno, y entonces te arrepentirás de todo esto... no lo dudes ni un solo instante de tu estúpida vida —espetó la mujer, volviéndose de pronto y mirando a su amante a los ojos como si una nueva energía, un furor intenso congestionara su rostro sudoroso.

Quinto se quedó callado ante aquellas palabras, presa de admiración y de miedo. Un temor que siempre le carcomía las entrañas cuando la viuda le subyugaba. Deseaba a esa mujer, la deseaba con un ansia febril y antinatural, pero no podía soportar aquella mirada terrible y el desdén que destilaban sus ojos cuando terminaban de estar juntos.

—Los demonios están cayendo sobre nosotros. Toda la ira de Dios nos inunda. Debo irme ahora —sentenció la viuda, vistiéndose con su ropa negra y recogiendo el pelo en un apretado moño sobre su cabeza. Se contemplaba en el viejo espejo de la cómoda y se mordía el labio inferior nerviosa—. Tú eres mi luz en la sombra. Tú eres mi fuerza en la debilidad —recitaba en voz baja, terminándose de arreglar.

Quinto ya cerraba la puerta de la habitación sin hacer apenas ruido. La viuda se volvió un instante para ver cómo se quedaba sola y sin cambiar su gesto, continuó observando su reflejo en el espejo.

»No me abandones. No permitas que este cuerpo impuro domine mi alma —seguía recitando, colocándose las horquillas en el pelo y sujetando con firmeza, con tensión, su negro cabello.

Solo el párroco permanecía aún temblando en el arroyo. El carro había partido hacia la iglesia y los últimos de aquellos locos habían desaparecido de las orillas, escapando del vendaval de agua y viento. El sacristán se afanaba por sacarlo.

—Camina, viejo estúpido, o te dejaré aquí para que mueras como te mereces —rezongaba Saturio, intentando sacar al sacerdote.

—Debemos abandonar ya este mundo, es la hora. ¿No lo ves? Es la hora —sollozaba el párroco, mientras Saturio lo llevaba con mucho esfuerzo a través de la lluvia intensa y de los rayos que caían muy cerca, sobre las copas de los árboles.

—Que el diablo nos lleve a todos, y destruya a esos fornicadores, que no saben más que retozar en sus tiendas como perros lujuriosos —gruñía el sacristán, empapado hasta los huesos, mientras atravesaba el prado soportando el peso del cura.

En la puerta de la iglesia, Elías observaba cómo se acercaban. Mantenía en alto una antorcha encendida y su ceño fruncido mostraba un gesto terrible que no admitía contemplaciones.

—¡Entrad ya! ¡Debo cerrar el templo, Sixta nos ha convocado! —gritó, haciéndose oír a través de la tormenta.

—Mísera vida —masculló el sacristán, limpiándose la cara con la mano y siendo ayudado por el cantinero para meter al sacerdote dentro de la iglesia.

Una sombra corría fugaz entre las tiendas, un hombre intentaba escapar de la lluvia y saltaba entre los charcos en la oscuridad. Protegía un cuaderno de notas, del agua que caía como un mar desatado sobre él. El joven reportero intentaba llegar al pueblo y guarecerse de aquel tornado implacable. Ya tenía todo lo que buscaba esa noche. El falso profeta era un testigo mejor de lo que había sospechado y sus palabras estaban ahora a buen recaudo en las páginas de su libreta. El reportaje cada vez estaba más cerca, presentía que sería un gran bombazo; y él sería el autor, no su jefe, que siempre le quitaba el protagonismo. Esta noticia sería solo suya y le ayudaría a avanzar en su oficio, como tanto deseaba. Así pensaba, al escapar de la tempestad y llegar corriendo a la hospedería donde se alojaba.

Las ventanas estaban todas en penumbra, pero la puerta se abrió con facilidad al girar el pomo, y le permitió entrar y librarse del aguacero que ahora caía sin ninguna clemencia sobre todo el lugar.

A la mañana siguiente, la cálida luz del sol bañaba la estancia principal de la planta baja del hostel. Dany terminaba su desayuno, que había sido dispuesto por Sixta y su hija, como lo hacían todos los días. Ahora ya no tenían más huéspedes, y solo el reportero ocupaba una de las habitaciones del edificio. Sixta le miraba sin decir nada y sin alterar su gesto adusto, cuando pasaba a su lado. El joven se sentía incómodo en su presencia, sobre todo después de sus anteriores encuentros con la viuda, durante las ceremonias de la Virgen.

Lora parecía feliz, como una niña, saltando por las escaleras de madera y dejándose deslizar con un pie por el pasamano que conducía hasta el vestíbulo de entrada. Cantaba en voz baja, mientras se afanaba por colocar la ropa limpia de la colada, en una gran alacena blanca que se encontraba en el pasillo. Cuando pasaba a su lado, asentía moviendo la cabeza y estirándose el vestido de flores estampadas, que llevaba esa mañana. Su madre suspiraba con fuerza al verlo y arrugaba el ceño, censurándolo. Seguía colocando los enseres de la cocina y de vez en cuando, volvía la cabeza para observar a su hija.

Lora subió corriendo por las escaleras, saltando los peldaños de tres en tres. Ordenaba el cuarto de su único inquilino, retirando la ropa sucia de la cama y cambiándola por otra limpia, con un suave olor a lavanda que le encantaba. Sin darse cuenta, era observada por el reportero, que se había detenido en el dintel de la puerta de la habitación. La joven estiraba las sábanas, pasando con suavidad la mano por ellas y parándose a oler el tejido limpio. Se aplicaba para que todo estuviera dispuesto y miraba a su alrededor para no dejar pasar ningún detalle que hiciera irritar a su madre.

Al instante se percató de que era observada, y se giró para ver al periodista.

—Puro y blanco, sin pecado —señaló, sonriendo avergonzada y saliendo de la habitación, parándose un segundo al lado del reportero, para levantar sus grandes ojos violetas y notar la respiración del joven muy cerca de su cara.

Dany no dijo nada, sintió el aliento cálido y el olor fragante de la chica, fuerte, de lilas y se quedó viéndola bajar por las escaleras, con el pensamiento confuso por todo lo que ocurría.

Había decidido ese día darse una vuelta por el pueblo y husmear un poco. Ver si alguno de aquellos vecinos, cerrados e inaccesibles, podía contarle algo más sobre los sucesos que estaban ocurriendo y sobre todo, tantear el pulso del pueblo sobre la presencia de los acampados en el prado, cerca de la iglesia. Conocía el malestar general que se percibía con la llegada de tanto fanático, y que en el pueblo producía que la agresividad fuera en aumento.

A lo mejor debía empezar por aquel nuevo diácono, que parecía más accesible. Podía ser una buena idea, pensaba, recogiendo su libreta de notas de uno de los cajones de la vieja cómoda y mirando el reflejo de la habitación en el espejo. La cama, perfectamente dispuesta, la pared blanca, algo

desconchada y el gran crucifijo colgado, se veían a través del reflejo. Lo miró unos segundos y se dio la vuelta para abrir el viejo armario, que chirrió, protestando como un ser viejo y cansado. Estaba convencido de que empezaría por el diácono, pensó, respirando más fuerte para sentirse tranquilo. Un objeto oscuro le llamó la atención ahora, sobre la blanca superficie de la cama. Lo vio de reojo, sin darse cuenta, y no pudo evitar volverse. Sobre ella se encontraba el crucifijo de la pared, el mismo que antes había visto colgado desde el espejo.

Despacio se acercó y lo tomó entre las manos. Era una pesada talla de madera algo carcomida, que representaba al Cristo crucificado, con un color amarillento parecido al marfil. Un feo testigo de una religión rancia que ya había pasado de moda hacía muchos años, y que a él le recordaba esas grandes cruces de los ataúdes. Lo sopesó y se quedó pensativo, intentando deducir si de verdad lo había visto en la pared. Pero estaba seguro, la cruz estaba allí colgada, no tenía duda, y ahora se había caído sobre la cama, sin saber porqué.

«Quizá no te fijaste bien» —pensó, colgándolo otra vez en la punta que sobresalía sobre la cabecera—. ¿Cómo has ido a parar a la sábana? —preguntó en voz alta, visiblemente desconcertado.

Un rumor lejano parecía percibirse a través de aquellas gruesas paredes. Se quedó quieto, intentando escuchar mejor, con una pierna todavía doblada sobre la cama, después de subirse. Parecía un clamor difuso, un gemido muy vago; el llanto de una mujer que casi no se distinguía.

Despacio, se aproximó a la puerta y la abrió. Ahora ya no escuchaba nada, solo el crujir habitual del viejo edificio. El silencio era absoluto y ni siquiera el sonido de los cacharros de la cocina se oía ya. Muy inquieto, volvió a cerrar la puerta de su habitación y miró al interior del cuarto. La luz del ventanuco lo iluminaba de forma irreal. El crucifijo seguía en su sitio y todo parecía en orden. Nada anormal se podía percibir en la estancia, pero sentía un malestar creciente, una inquietud que alteraba sus nervios ya malogrados por los días pasados. Sentía algo de fiebre y un calor que iba en aumento en su cara. El llanto de la mujer volvió a ser audible, esta vez más claro. Estaba seguro de que lo escuchaba, se oía muy bien cómo una mujer lloraba de forma desconsolada en alguna parte de aquel hostal. Miró de nuevo al crucifijo y allí estaba el viejo Cristo retorcido en su cruz oscura, colgando sobre la cama. No podía esperar más, tenía muchas cosas que hacer y todo lo que había visto le estaba empezando a trastornar.

Entró en el pequeño aseo que formaba parte de su habitación y abrió el grifo del agua fría. Necesitaba refrescarse un poco. Salir de aquel ensueño, y eliminar toda la preocupación. Su imagen parecía cansada en el espejo del dispensador del baño, que se encontraba sobre el lavabo. Se frotó la barba y pensó en que debía afeitarse, pero no ahora, decidió. Se mojó la cara con el agua, de forma abundante, sintiendo el frío en su rostro y levantó la vista para secarse.

Aquel hombre que le miraba desde el espejo le aterrorizó. Era él mismo, con sus ojos destrozados, las cuencas sangrantes y vacías, en una expresión horrible y macabra. Gritó sin poder evitarlo y empujó el frasco de colonia contra el suelo, que se reventó en un estruendo de cristal y líquido perfumado. La visión del espejo le hizo retroceder. Aquel ser deforme le miraba sin ojos, como un demonio.

Solo ese instante duró. Cuando levantó la vista del suelo, al sentir el golpe del frasco contra las baldosas, su rostro asustado y ojeroso volvía a estar en el reflejo que le devolvía el espejo. Nada había del demonio sin ojos allí. Se frotó la cara para reaccionar y se secó con rapidez con la toalla. El llanto de la mujer se volvía a escuchar, como un lamento que rebotaba entre las paredes de la habitación.

Sin poder resistirlo, tuvo que salir de allí, escapar para respirar el aire frío y sentir el sol en su rostro. Una vez en el exterior, respiró profundamente, temblando todavía, cuando se volvió para mirar el viejo edificio de huéspedes.

«Todo es un sueño. Debes reaccionar. Serenarte o te trastornarás tú solo» —pensó, sacudiéndose la cabeza para alejar aquellos temores que le agarrotaban por dentro. No era un hombre cobarde, pero el ambiente de aquel lugar le estaba derrotando, lo sentía cada vez más fuerte y no quería rendirse, necesitaba el reportaje.

A lo lejos, le pareció ver a la joven Lora. Era ella con toda seguridad, con su vestido floreado y su paso grácil y rápido. Decidió seguirla, ver hacia dónde se dirigía y si podía enterarse de algo que fuera sustancioso o le diera pie para seguir con sus pesquisas.

La joven atravesó el pueblo deprisa y se dirigió hacia la iglesia. El camino que llevaba a esa zona, sin pasar por la carretera, partía por detrás de una de las últimas viviendas derruidas del pueblo. Dany la seguía desde lejos, evitando ser visto. Lora corría por el sendero, en dirección a un lugar más sombreado donde parecía haber alguien esperando.

Con claridad y tras la protección de un árbol del camino, pudo ver a la chica al lado del diácono. Eso no le sorprendió, porque ya había notado esa cierta inclinación de la joven hacia aquel relamido clérigo, que no encajaba nada en el pueblo. El diácono había tomado sus manos y hablaba con Lora, mirándole a la cara mientras se iba acercando despacio. La chica escuchaba con atención las palabras de Chimo; él solo podía ver cómo vocalizaba, porque la distancia le impedía entender qué estaba diciendo.

Otro ser estaba también allí, en ese momento. Un chasquido, que hizo volver la cabeza a la pareja, mostró el escondite del sacristán, que los espiaba agazapado detrás de un rosal silvestre. Los jóvenes no le vieron y al no encontrar a nadie, siguieron con su animada charla. Pero Dany, por la situación donde estaba, sí pudo descubrirle, allí escondido, espiando como una alimaña traicionera. El sacristán asomaba su cabeza entre las matas espinosas, exponiéndose a lacerar su piel por causa de aquella malsana curiosidad. Miraba a los dos jóvenes y se limpiaba su boca babeante, que seguía rezumando por su labio superior.

—Puercos impuros. Solo fornicar sabéis —susurraba en voz muy baja, que la pareja no podía escuchar.

Dany se movió un poco para intentar apreciar mejor lo que estaban diciendo y fue entonces, cuando el sacristán lo vio. Se dio cuenta al instante. Levantó la cabeza detrás de la mata de espinos y se quedó pálido y con los ojos muy abiertos, mirando hacia donde él estaba. Con rapidez, se escurrió por detrás de las matas, para escapar de allí al ser descubierto; y Dany no lo pensó dos veces: Dejó a los dos pretendientes, y se dispuso a seguir al viejo.

El sacristán saltaba por los arbustos con más agilidad de la que parecía tener, a pesar de su paso renqueante y su cojera muy marcada. Dany tuvo que apresurarse y en varias ocasiones estuvo a punto de perderlo entre los árboles y la enmarañada vegetación.

Corría como un gamo para escapar de allí, internándose por otro sendero que él desconocía y que siguió también, exponiéndose a ser visto por otras personas. Pero necesitaba hablar ahora con aquel ser deforme. Era el momento preciso, al haberlo pillado infraganti. Se sentiría muy vulnerable y podría sonsacarle y hacerle que explicara muchas cosas que necesitaba saber.

El sendero se retorcía entre una densa vegetación de espinos y moreras silvestres, hasta que llegó a una verja de hierro con una puerta oxidada. La cancela estaba entreabierta y no tuvo dificultad para apartarla y pasar adentro. Daba la impresión de que una finca privada se extendía ante sus ojos, un

amplio jardín abandonado que sería parte de alguna granja.

Dany se paró al inicio del camino y miró hacia atrás. La puerta de hierro seguía abierta del todo. Dudó un instante si debía seguir. No sabía a dónde le conduciría aquel camino que había tomado el sacristán. Pero algo le indicaba que continuara, quizá al final del mismo podría aclarar alguna cosa más de todo aquel misterio.

Despacio y mirando para todos lados, recorrió el sendero pedregoso. Una grava sucia cubría todo el camino, que discurría entre un agradable robledal, sin que por el momento pareciese llevar a ningún sitio. Entre los árboles estaba Saturio bien oculto, observando al reportero. Lo vio pasar despacio y una mueca de odio se formó en su feo rostro.

—Sigue andando, sodomita drogadicto. Sigue andando y pronto encontrarás lo que buscas —murmuró para sí mismo, mostrando una sonrisa espeluznante en su deformada cara.

Dany llegó a la entrada de una vieja casona. Una fachada solemne de piedra gris con un tejado de pizarra, que cerraba su paso al final de aquel sendero de piedras. Una columna de humo se desprendía de la chimenea y un sonido fuerte se escuchaba al otro lado de la casa. Era un golpeteo rítmico, el seco retumbar de alguien golpeando algún tronco de madera, que resonaba entre las paredes del viejo edificio y de un cobertizo que se disponía a su lado.

El sacristán no parecía estar allí, y la puerta de la casona estaba cerrada. No se apreciaba vida en el interior, ni ninguna claridad a través de sus cristales. Con cierta indecisión, se atrevió a proseguir por el lateral en dirección al sonido que cada vez era más intenso. Golpe tras golpe, parecía que trozos de madera eran machacados o lanzados contra el suelo.

Al volver la esquina de la casa, vio a un hombre dejando que un hacha segara el aire con fuerza, impactando sobre un tocón de madera. Con un golpe recio lo partió en dos, llegando incluso a clavarla en el suelo. Al instante, se incorporó para mirarlo y se quedó de pie sin decir nada, con la respiración agitada por el esfuerzo. Dany lo reconoció en el acto, era el violento y mal encarado tipo que le había amenazado. El sujeto al que todos llamaban Quinto, y que parecía tan cercano a su antipática anfitriona de la hospedería.

Quinto resopló con disgusto al verlo y apoyó el hacha contra uno de aquellos troncos, para secarse el sudor de la frente con un trapo sucio. Tenía puesta solo una vieja camiseta que dejaba a la vista el surtido de tatuajes, ajados y entremezclados, que decoraban su cuerpo y su cuello. Sus ojos

intensos miraron al reportero, que permanecía quieto, sin decir nada, en el sitio justo donde le había descubierto.

—¡Adelante! ¡Hoy no usaré más el hacha! —exclamó el exconvicto, con una risa burlona en la cara.

—Buenos días... Me perdí por el camino. No quería importunarle. Lo mejor será que me marche ahora —contestó Dany, preocupado e inquieto por la reacción de aquel tipo violento.

—¡Pasa, hombre! No suelo tener visitas a menudo. Y lo mismo quieres compartir un vaso con este ignorante campesino —añadió Quinto, dejando el trapo encima del hacha y dirigiéndose hacia la sombra, donde tenía una botella de vino abierta y varios vasos de cristal.

—No quería molestar. De verdad. No fue mi intención molestar. Me perdí... —se excusó el periodista, intentando salir de aquella situación lo antes posible.

—No seas un mierda, carajo, bebe conmigo, ya que has llegado hasta aquí —le interrumpió, llenando dos vasos hasta el borde con aquel vino oscuro como la tinta y ofreciéndole uno.

Dany lo aceptó dando las gracias y se lo llevó a los labios, ante la expresión divertida del hombre.

El semblante del exconvicto era muy diferente de los días pasados. Parecía más amable, excesivamente amable, si recordaba las amenazas que le brindó no hacía mucho tiempo. Eso le desconcertaba y le mantenía en alerta, por si aquello no era más que el preludio de alguna acción más violenta, propia de un tipo como aquel.

—¿Y qué te trae a este pueblo de ratas y viejos? —preguntó Quinto, bebiendo un largo trago del vaso, vaciándolo, para volverlo a llenar de nuevo hasta rebosar.

—Solo es trabajo. Noticias para la radio. Ya se sabe, hay que mantener informado al público —contestó, como si se disculpase por algo.

—Noticias. Ya veo. El público... —repitió con un sonsonete desagradable, mientras seguía bebiendo.

El sacristán había salido al camino, desandando lo que había recorrido, ahora en dirección a la iglesia. Sabía muy bien a dónde llevaba aquel sendero y sonreía para sí mismo con un placer que le hacía babear aún más. Cojeaba entre las piedras y se apresuraba para llegar al templo, donde debía aún completar sus tareas de la mañana, y donde el párroco ya estaría con sus alucinaciones de todos los días. Eso pensó, disfrutando en su cabeza

por la paliza que recibiría el entrometido periodista. Así lo creía.

—Bien te he engañado, estúpido sodomita. Ahora esa mala bestia te pondrá en tu sitio, y te molerá todos los huesos —exclamaba, como si hablara con alguien escondido, limpiándose su rostro babeante con la manga de su chaqueta de lana.

Un cielo deslumbrante le hizo bizquear, al levantar la cabeza para mirar hacia el campamento de fanáticos seguidores de la Virgen. El calor de la mañana caldeaba la puerta y los primeros peldaños de la entrada del templo, donde se estaba un perro, adormilado por el bienestar que sentía. El sacristán se limpió la cara con la manga, y refunfuñó al ver a varios de aquellos peregrinos de la fe alrededor del campamento.

—Gentuzza, gentuzza. Puercos adúlteros, que yacen unos con otros, tocándose sus cuerpos desnudos, como perros en celo —murmuraba, subiendo los peldaños de la entrada.

Un fuerte puntapié le propinó al pobre perro, que se quejó por el golpe, emitiendo un lastimero chillido de dolor.

»¡Aparta de mi camino, chucho sarnoso! —insultó al animal, que salió corriendo ante la inesperada agresión—. Mala sangre se os haga —añadió, entrando en el templo y sintiendo el frescor del interior que permanecía en silencio, bañado por la escasa luz de los estrechos vanos que se abrían en los muros.

Despacio, arrastrando su pierna inútil, fue acercándose hasta la puerta de la sacristía. Se mostraba entreabierta, dejando ver la claridad de su interior. Los ojos curiosos de Saturio se asomaron por la abertura para observar al párroco.

Damián estaba arrodillado en el viejo reclinatorio, mirando al ventanuco. Rezaba en voz baja en un estado de postración, que era muy común en él desde hacía un tiempo. Agitaba su desaliñada cabeza y su blanco cabello enmarañado, susurrando las palabras para rogar por los anhelos de su atormentada alma.

El sacristán lo espiaba en silencio y fruncía el ceño al verlo allí en ese estado de total alucinación y abandono.

«Mal parido fuiste, y el demonio te comió el alma» —pensó el sacristán, mirándole con odio.

El sacerdote elevó sus brazos a la luz de la ventana y recitó su plegaria en voz alta, creyendo estar solo en la estancia.

—No me abandones, Señora mía. No dejes que este miserable siervo

se pierda en estas tinieblas horrorosas. Son terribles para mí, y ya no podré resistir más —sollozaba, mirando el ventanuco y agitando la cabeza con cada palabra—. Permite que podamos salir de esta carne putrefacta, de este cuerpo blasfemo que ha manchado tu immaculado nombre. Debemos escapar para purificar nuestra alma —recitaba fuera de toda razón—. ¡Dame fuerzas para hacer lo que debo hacer! —exclamó, presa de una mayor agitación.

El sacristán no se movía de la abertura de la puerta, seguía espiándole en espera de que aquella grotesca escena se terminara.

»Debo terminar con la miseria de todos esos herejes. Debo ser fuerte para acabar con ellos y llevármelos conmigo a tu lado, mi Señora. Pronto lo haré y dejaré atrás este cuerpo que no quiero ya poseer.

En la finca de Quinto, el reportero daba otro breve sorbo al vaso de vino fuerte, mirando algo más tranquilo al rudo exconvicto.

—No era mi intención molestar, pero sí que estaría bien que me concediera una entrevista. Solo algunas preguntas para el informativo que da las noticias sobre estos milagros, que a todos interesan tanto —se atrevió a decir, viendo la actitud más favorable del hombre.

—¿Una entrevista? Delito tiene que me hagan una entrevista. ¿Y para qué quiere saber la gente lo que se cuece en este pueblo? ¿Y qué le importa a nadie los milagros de nuestra Santa Virgen?

—Bueno..., el interés del público es creciente. Y puede venir muy bien para este pueblo y toda la comarca, como reclamo para los visitantes, para que se gasten más dinero en esta zona..., pienso yo.

—En esta comarca hay mucho chupón. Mucho hijo de mala madre, que anda lamiendo el culo a todos los de la capital para llenarse bien el bolsillo. Yo no quiero nada de eso. Ya estuve entre barrotes, y allí se aprende a vivir con lo justo y a sentir la llamada de Dios en tu sangre. Si no, eres hombre muerto, un pobre desgraciado que no importa a nadie. Una basura. Allí no eres nada, ¿sabes muchacho? Pero vino la Virgen y me dijo un día: “Quinto, tú ya estas perdonado”. Así me lo dijo —afirmaba con vehemencia, dejando el vaso vacío al lado de la botella.

—Pero estos milagros han conmocionado a todos. Los enfermos que se curan, la imagen de la Virgen que llora sangre. Eso debe conocerse para que otros creyentes puedan compartirlo —razonaba el reportero, buscando acceder a la confianza de Quinto.

—Mira muchacho, ándate tieso y no te metas en lo que no te llaman. Yo eso te digo. Me da igual que esa panda de blasfemos que andan acampados en

el prado, digan esto o lo otro, o estén detrás de ese cura loco que los lleva todos los días al río. ¿Eso qué le importa a Quinto?, digo yo. Menos que esa mierda de vaca. Pero por aquí hay mucha mala sangre, mucha rabia metida en las tripas de todos, y si andas preguntando, molestando, te vas a encontrar con algo malo. Solo eso te digo —sentenció, con el gesto más serio y acercándose un poco al reportero.

Dany se sobresaltó al ver cómo sus palabras se tornaban más rudas y secas, y cómo aquel hombre se alteraba al escuchar sus preguntas. No deseaba enfadarlo, y debía ser cuidadoso con su forma de proceder, si quería sonsacarle algo.

—Pero el sacerdote parece encabezar todos los ritos que se celebran, acompañado por los vecinos y el joven diácono, según he podido ver. Y la muchacha, Lora, creo que se llama, entra en trance con visiones de la Virgen... —se atrevió a continuar, dejando que su voz se difuminara en el aire al ver cómo el gesto del exconvicto se iba oscureciendo, sobre todo al escuchar el nombre de la chica.

—Lora no es cosa tuya. No vuelvas a pronunciar su nombre en mi presencia —recriminó, quedándose cayado sin añadir nada más.

El sacerdote se había levantado del reclinatorio de la sacristía. Se estiraba la ropa y se sacudía el polvo de las rodillas, dispuesto a empezar el oficio de la mañana, que pronto se celebraría. Al salir, comprobó que Saturio estaba cerca de la mesa con las flores para la Virgen, atareado colocando algunos ramos. Le miró un instante, sin decir nada, y se dirigió a la entrada del templo, donde ya entraba Sixta acompañada por el cantinero. La figura enorme de aquel coloso tapaba por entero el pórtico, ocultando por completo a la mujer. Los dos avanzaron por la nave central para reunirse con el párroco, que ya les esperaba.

—Todo está dispuesto para la celebración de hoy. Debemos llevar a la Santa Madre hasta el santuario, para que nuestros devotos seguidores puedan ser, una vez más, partícipes de sus prodigios y escuchen sus palabras. Ya está cerca el día que todos esperamos, y nada impedirá que hagamos lo que nos ha encomendado —les declaró, sonriéndoles con afecto y tomando la mano de la viuda entre las suyas.

Sixta retiró su mano, al sentir el desagradable contacto de aquella extremidad lechosa y fría. Su gesto no había cambiado y miraba al párroco con severidad.

—Hoy no saldrá la Virgen —espetó, sin explicar nada más.

—¿Cómo que no saldrá? Debe salir, hija mía —suplicó el párroco, ante la decisión firme de la mujer.

—Hoy no, padre Damián. Ya no saldrá más de esta iglesia —añadió la viuda, sin cambiar su gesto firme y su absoluta autoridad sobre toda la situación.

Elías escuchaba a su lado, asintiendo con la cabeza y manteniendo los puños cerrados, en espera de que fuera requerida su intervención.

»No saldrá, porque no debe salir con esa jauría de blasfemos y herejes. De esos seguidores del maligno que se están acumulando cada vez más en nuestro pueblo. ¡Ya no! —sentenció de forma rotunda.

—No, no lo entiendo... —susurró el cura, visiblemente confundido, sin que su mente fuera capaz de comprender todo aquello.

—¡Todo este circo se ha terminado! —añadió el cantinero, alzando la voz con rudeza, y llegando hasta los oídos del sacristán, que seguía atareado con las ofrendas de la Virgen, y ahora limpiaba con cuidado el líquido rojo que escurría desde los pies de la estatua.

—No lo entiendo —sollozaba el párroco, siendo llevado por el cantinero a la sacristía, para que se calmara antes de que los fieles entraran en la iglesia.

Sixta miró al sacristán con una de esas miradas de loba, dos carbones incandescentes que le quemaron por dentro e hicieron que este asintiera con la cabeza, sin moverse del sitio.

«Pobre babosa, marcada por el pecado» —pensó la viuda, al darse la vuelta y salir del templo.

El reportero había conseguido formular algunas preguntas más al exconvicto. Ya tenía material para empezar a elaborar su artículo. Su actitud algo abierta le daba esperanzas de conseguir más información, aunque sabía que estaba en la cuerda floja, tanteando un terreno peligroso que podía volverse contra él.

—¿Y siempre se ha dedicado al mantenimiento de la iglesia? —le preguntaba Dany, sirviendo al exconvicto más vino de la botella.

—Desde que vine a este pueblo, hace ya muchos años, siempre he tenido ese oficio. Quinto siempre ha sido el carpintero de la Virgen, y nadie ha metido sus manazas en la iglesia para estropearlo todo. Yo lo arreglo, porque sé lo que es el trabajo duro, el sacrificio. No como todos esos estúpidos que están ahora acampados, sin hacer nada. Solo fumando droga, cantando y dándose bien por el culo unos a otros —decía según apuraba el vaso,

mostrando los ojos chispeantes por el calor del vino, que le entonaba cada vez más el ánimo.

—Ya lo he visto. Sí que es un alboroto incómodo y veo allí mucha gente rara, sí, es verdad. Pero son los milagros que atraen a la gente buena y también a alguna mala, eso no se puede evitar.

—¡Sí se puede, te digo yo! Con estas manos y ese hacha, me llegaré un día para allá y verás tú, si se puede largar de allí a toda esa gentuza. Si no lo hago yo... —sonrió al pensar en lo que podía ocurrir—, lo harán otros con mucha peor intención.

—Pero me dicen que la gente es apaleada —expresó de pronto el reportero, dándose cuenta de que se había atrevido demasiado.

—La gente desaparece, pero porque son herejes de mierda. Gentuza que se merece lo que les pasa. ¿A quién le importa, muchacho? Está mejor así. Ahora son más felices —afirmó, riendo a carcajadas por la idea que había expresado y por los efectos del vino que ya le hacían desvariar.

Dany se dio cuenta y pensó en apurar un poco más la conversación, pero teniendo mucho cuidado con aquel tipo que parecía cada vez más afectado por el alcohol.

En la entrada de la iglesia, Sixta se volvió de pronto para mirar hacia el interior, al sentir un roce en las baldosas del suelo. Saturio estaba a su lado. Había venido de prisa para alcanzarla antes de que saliera. La viuda lo miró de forma inquisitiva, esperando para saber qué quería el sacristán.

Saturio le habló en voz baja al oído, haciendo que ella sintiera una desagradable sensación de humedad en la mejilla. Lo que había visto esa mañana, era ahora contado a la viuda, nada había en el pueblo que ella no supiera.

Andrés Noel terminaba el programa matinal, la famosa emisión de “Dimensión Misterio”, el espacio radiofónico que tanto éxito tenía en esa franja de horario todos los días y se disponía a entrar en su despacho, donde se acumulaban los papeles con centenares de casos, de misterios sin resolver, provenientes de muchas zonas de la Península. Su tiempo era escaso e intentaba terminar con uno de los asuntos que le tenía ocupado en esos días: Un ferroviario de Málaga, que podía haber sido testigo en uno de los mayores sucesos de apariciones extraterrestres de todo el sur de España. Revolvía sus

notas y se desesperaba al no poder encontrar un documento que necesitaba para ilustrar la crónica del día siguiente.

Su teléfono móvil empezó a zumbar, vibrando por la mesa, deslizándose hasta el borde. Andrés lo cogió antes de que cayera y pulsó el icono de contestar.

—Sí, Daniel, ¿qué ocurre? —preguntó, sin dejar de buscar en los papeles revueltos.

A muchos kilómetros de distancia, su interlocutor, su enviado a las remotas montañas del norte, intentaba encontrar la cobertura suficiente para hablar con él. Se movía por las afueras del pueblo, realizando los gestos más extravagantes con el móvil, como si quisiera atrapar las ondas invisibles que transportaban la voz de su jefe.

—Sí, dime Daniel, te escucho —repitió impaciente, con el móvil atrapado entre la oreja y su hombro, y las manos llenas de dossieres y fotos.

—Andrés... Soy Dany... Necesito hablar contigo, necesito que ven... —escuchaba de forma intermitente, sin entender las palabras que se mezclaban con las interferencias.

—¿Cómo dices? No te entiendo nada, Daniel.

—Soy Dany. Necesito que vengas a Castrolobos —consiguió transmitir, moviéndose un poco hacia la carretera del pueblo.

—No creo que pueda aún. No sabes cómo está esto. Tengo el asunto de Málaga todavía en la mesa de la redacción, y va a ir para la revista. Es algo muy al rojo vivo, un tema de portada que ya lo he metido en el programa. Ahora no podré ir. ¿Qué pasa? —terminó de hablar, sentándose más tranquilo y sujetando el móvil con la mano.

—Aquí todo está en plena ebullición. Este pueblo es un polvorín, donde están ocurriendo muchas cosas raras. Muchas desapariciones, casos de violencia y de sucesos muy raros y te diría que peligrosos, Andrés. Me muevo con pies de plomo, pero no sé lo que va a pasar aquí, si todo sigue igual. Los seguidores de la Virgen cada vez son más. Esto es como un pueblo que han montado en el exterior de la iglesia, y los vecinos están que arden, están cabreados a tope. Creo que una chispa hará saltar algo muy gordo. Pero no sé, hay algo más... Algo que me tiene muy tocado, jefe —explicó el reportero, haciendo que Andrés dejara de pensar en las cosas del día y se centrara en lo que le estaba contando.

—¿Algo cómo? Ya sabes cómo va este negocio. Investiga, husmea lo que puedas, pero no corras riesgos. Estos sitios, estas apariciones marianas,

suelen ser muy jorobadas. Son el lugar ideal para que nazcan las sectas y que todo se tuerza, y no es raro que los curiosos sean agredidos o algo peor. Si lo ves mal, ten cuidado —le aconsejó, notando la preocupación en la voz de su enviado.

—Yo me muevo bien en estos temas. Ya lo sabes. Pero aquí hay algo más. Tengo miedo. Estoy cagado. Ya no creo que vuelva a ese hostel, donde pasan cosas raras, se oyen voces, no sé si es mi cabeza o son de verdad. Me tiene los nervios a flor de piel y no duermo nada. No sé si quedarme en el coche..., o volver a Madrid. Lo mismo es lo mejor, pero no quiero dejar esta noticia de lado. Es algo muy gordo, un bombazo, y si lo saco adelante..., pues ya sabes, ¿no? —sugirió preocupado, pero también con ganas de que su jefe le reconociese su esfuerzo.

—Ya veo. No merece la pena el riesgo. Si lo ves mal, frena ahora... Tu nombre irá en el reportaje... —le aseguró, dándose cuenta de la intención de las palabras del reportero.

Percibía la situación en que estaba Dany. Le recordaba a él cuando empezaba. Con esas ansias por abrirse paso, por hacerse un nombre y descubrir casos y noticias importantes, que dejaran huella en la opinión pública. Conocía las presiones a las que se debía enfrentar, en un tema tan delicado como el que se presentaba en ese pueblo del norte. Él había estado en casos similares, donde una aparición de la Virgen formaba un jaleo parecido, y entendía sus nervios y la presión del ambiente en el que se movía. Sabía que podía ser peligroso, muchos de los adeptos y seguidores se tornaban agresivos con la prensa y algunas veces esa molestia se podía transformar en una violencia directa contra el periodista. Tenía mucho aprecio por aquel joven reportero y no deseaba que arriesgara más de lo necesario. La noticia parecía muy buena, y aún no podía desplazarse hasta la zona. De momento Dany estaba solo y lo único que podía hacer es tener los ojos bien abiertos y no meterse demasiado en ningún problema.

—Pronto podré ir para allá. De momento aguanta ahí, ten cuidado y no te metas en ningún sitio del que no puedas salir. Ya me entiendes. Sé precavido —le aconsejó otra vez antes de colgar.

Dany apagó el móvil y se quedó mirando un instante la pantalla del aparato. Estaba casi en medio de aquella carretera, por la que nunca circulaba ningún coche; perdido entre aquellas remotas montañas y se preguntaba si merecería la pena seguir allí, sintiendo aquel malestar, que se le había metido en el estómago y que le mantenía nervioso y algo desquiciado.

En Madrid, un Audi de color negro circulaba rápido por una de las avenidas principales. El vehículo, con sus cristales tintados, atravesaba un elegante paseo dirigiéndose a una zona de edificios oficiales y consulados extranjeros.

Su conductor miraba a través de sus gafas de sol, al resto de coches que pasaban a su lado y los iba sorteando con pericia, aumentando la velocidad por encima de lo permitido, sin que le importara en absoluto. Pulsaba uno de los botones laterales que se encontraban en el volante, seleccionando un nuevo canal en la radio. La voz de un locutor chillaba ahora, mezclándose con la música estridente, hasta que se aclaró del todo.

—Y es en ese pueblo del norte de nuestro país, donde la Virgen ha hecho su presencia. Hoy estamos hablando de Castrolobos, una aldea ubicada en una comarca perdida y llena de misticismos y misterios muy antiguos. Nos cuentan desde la zona, cómo las apariciones marianas son cada vez más abundantes; cómo la imagen de esa Virgen tallada en granito gris, sigue destilando sus lágrimas de sangre, que tanto mantiene conmovida a toda la comunidad de creyentes. Hoy tenemos con nosotros a un gran conocedor de los milagros marianos, autor de innumerables libros sobre el tema que nos podrá... —se escuchaba en la radio, haciendo sonreír al conductor, sin que apartara su vista del asfalto.

Sus ojos se mantenían fijos e impasibles al escuchar la noticia. Un gesto burlón denotaba que algo en las palabras del ameno locutor parecía afectarle, aunque era difícil de apreciar en aquel elegante y formal ejecutivo, de impecable traje negro, que ahora llegaba a su destino en pleno centro de la ciudad.

Un edificio solemne, un palacio antiguo, sede de las más altas autoridades eclesiásticas, se elevaba proyectando su santa sombra sobre el Audi negro. Por un lateral, discreto y privado, el coche entraba en un garaje permitido solo para el personal acreditado. Los agentes de seguridad de la entrada le dejaron pasar sin preguntar nada, conocían muy bien aquel vehículo y su destino. Una puerta metálica se levantó cuando llegó hasta el flanco derecho del edificio, después de recorrer un breve tramo de jardín, sombrío y fresco. Dentro, algunos automóviles de gama alta descansaban perfectamente colocados. El chillido de sus neumáticos retumbó en el aparcamiento, hasta

que el Audi se detuvo.

El hombre se bajó del vehículo, estirando su impecable vestuario. Palpó un segundo el arma que se escondía bajo su brazo y se quitó las gafas de sol. No pasaría apenas de la treintena, alto y fuerte, ostentando un especial cuidado por mantenerse en forma. Sus ojos grises parecían de acero bruñido, contrastando con el pelo rubio, muy claro, que reflejaba la luz de los fluorescentes del garaje.

Miró su lujoso reloj de oro y se dirigió hasta el ascensor. Pronto sería recibido y no debía hacer esperar al Reverendísimo Padre.

La iglesia volvía a estar llena de fanáticos devotos. La entrada del templo era un gran tumulto que impedía pasar al resto de los seguidores, que se agolpaban en la puerta. Toda aquella ciudad itinerante que se había formado en el prado cercano, ese mar de toldos de colores y de caravanas destartaladas, se volcaba ahora en la entrada del templo de los milagros. La voz chillona del párroco se podía escuchar reverberante entre las últimas columnas de la nave central. Solo ese eco difuso llegaba hasta el exterior, enfervoreciendo aún más a todos los que allí estaban, al no poder distinguir bien lo que estaba pasando.

Entre estos últimos llegados para contemplar los nuevos milagros del día, estaba el falso profeta, el orador incansable que arengaba una y otra vez a la masa de alucinados que le seguía. El hombre profería en voz alta locas consignas y se hacía sitio entre la multitud, avanzando hacia el pórtico de la iglesia. Su voz era atiplada, una entonación de orador entrenado que podía con facilidad acallar el rumor de todos los acólitos que lo rodeaban. El hombre levantaba sus manos y acompañaba con sus gestos estrambóticos las frases que proclamaba sin ninguna razón. Solo amenazas llenas de presagios y maldiciones salían de su boca. Sus fieles repetían el final de sus frases y acompasaban las mismas con palmadas.

El profeta ya había llegado a la entrada y subido los escasos peldaños que daban paso al templo. Desde allí su voz empezaba a ser audible en el interior, y los vecinos que ocupaban de forma estratégica varios de los laterales del mismo, le prestaron atención.

—¡Sois herejes en un mar de sangre! ¡Perros en un mundo podrido! — gritaba poseído por la cólera y en un estado de enajenación total, que hacía

acallar las palabras chillonas del párroco desde la zona del altar.

Algunos de los vecinos se acercaron por las naves laterales, al escuchar aquel estruendo en la entrada. Sixta había salido de la sombra de la columna, al lado de la imagen de su Señora, para ver qué ocurría. Solo una fugaz mirada había sido suficiente para que el colosal cantinero se percatara de que debía actuar ahora e impedir que aquello prosiguiese en el sagrado templo de su Santa Madre.

La multitud se fue apartando ante el embate de Elías. Sin contemplaciones, fue desplazando de la zona central del templo a todos los fieles que allí estaban y que le impedían llegar hasta la puerta. Sixta seguía mirando aquel barullo que se había formado, un poco alzada sobre el reposapiés del banco, y sus ojos acerados se endurecieron con frialdad al ver al falso profeta vociferar en su iglesia; en aquel recinto sagrado que debía proteger y cuidar por encima de cualquier cosa. Saturio estaba cerca del orador e intentaba acercarse aún más. Renegaba en voz baja, empujando a los fanáticos que le impedían acercarse. Su poca vitalidad no era suficiente para poder acceder al maldito que gritaba blasfemias en la casa del Señor.

Apretaba en su mano una navaja que siempre portaba, y que ahora había desplegado y ocultado dentro de la manga raída. En su mente deseaba la muerte de aquel ser infame. Deseaba sentir la sangre tibia acariciando su mano, y notar cómo se hundía la hoja de su navaja en su carne blanda. Eso pensaba, limpiándose la boca de la saliva que se escurría por su labio partido.

—Yo acabaré contigo, sodomita del infierno. Yo acabaré contigo — susurró al empujar a otro de aquellos fieles que le bloqueaba.

Elías ya casi estaba a su lado. El falso profeta había vuelto su rostro hacia él, que destacaba entre la multitud por su altura y corpulencia. Pero sus ojos parecían no verlo, enajenados y en blanco, mientras se alzaban hacia el techo del templo como si fueran capaces de atravesar aquel bello artesonado, para llegar hasta el mismísimo cielo vengador. Su voz seguía proclamando frases estentóreas, pero el brazo fuerte del cantinero le atrapó en ese instante. Su mano, como un cepo de hierro, se cerró sobre el cuello, y fue levantado del suelo sin dificultad. El pobre hombre boqueaba sin aire, como un pez fuera del agua. La angustia había sucedido a la alucinación en sus ojos. Elías le sacó de allí como si fuera un títere. La voz intentaba salir de su garganta ahogada, consiguiendo solo transmitir gastados gruñidos de sofoco, a la vez que braceaba de forma cómica, intentando zafarse de aquella terrible presión.

Saturio también salió tras el cantinero. Ambos ya eran secundados por

algunos vecinos que apartaban a varios de los devotos del profeta.

Sixta había seguido todo con su mirada fría e inmutable, mientras escuchaba las palabras del párroco y la dulce voz de su hija compartiendo las sagradas recomendaciones de la Virgen.

En el exterior, el diácono se interpuso al grupo que arrastraba al orador. Su aspecto relamido, con aquel semblante tibio y lánguido, contrastaba con su presencia de ánimo, que pareció confundir a los vecinos y sobre todo al cantinero. El profeta se liberó un poco de aquella garra que lo ahogaba y pudo recuperar en parte la respiración, sintiendo el suelo de nuevo bajo sus pies. Tosía e intentaba que el aire llegara a sus pulmones y que su congestionado rostro volviese en sí otra vez.

—¿A dónde lleváis a este hombre? —preguntó el diácono con seriedad, sin apartarse del grupo que lo observaba con curiosidad.

—Es un blasfemo —repuso Saturio desde un lateral, escondido bajo el manto protector del colosal cantinero—. Es un blasfemo y debe ser castigado —añadió el sacristán, percibiendo el asentimiento de todos los que estaban a su lado.

—Esto no puede ser un linchamiento. No podéis tomaros la justicia por vuestra mano, y menos ante los ojos del Señor —interrumpió el diácono, elevando la voz, que seguía siendo suave y propia de un seminarista.

—Se hará lo que se tenga que hacer, hermano. Y nadie podrá impedirlo —rugió con voz profunda Elías, intimidando de forma consciente al diácono. Este dio algunos pasos hacia atrás sin darse cuenta, al sentir cómo la ira acumulada de todo el grupo rezumaba violencia y se empezaba a centrar en su persona.

—Es un blasfemo sodomita —añadió el sacristán, mostrando ahora de forma descarada el brillo de la hoja de su navaja, y una horrenda sonrisa en su rostro lleno de maldad. La saliva se escapaba por su labio y se limpiaba con la manga de su chaqueta de lana. Pero aquellos ojos maliciosos reflejaban algo más que ira, mostraban el deseo profundo de hacer daño, de matar a aquel hombre.

Chimo, el joven diácono, lo percibió al instante, pero no podía abandonar a ese insensato en manos del grupo que había decidido lincharle ante sus ojos, pero sobre todo al lado de aquellos muros sagrados de donde había sido sacado sin contemplaciones.

—No puedo permitir que este hombre sea maltratado, o algo peor. No lo permitiré con la potestad que me da mi ministerio. Y todos debéis obedecer

mis palabras, pues ya no habla el diácono, habla un servidor de Dios, en este momento —se atrevió a interpelar con la voz firme, sintiendo un temblor que le recorrió todo el cuerpo, y asustándose a su vez por un valor que no conocía, por una firmeza que no creía tener en su interior.

Los ojos del profeta miraban a todos sin decir nada, estaban fuera de sus órbitas, como los ojos de un niño que no llega a entender a los adultos que le rodean. Ahora sonreía de forma estúpida, mientras Saturio se acercaba a él con la navaja en la mano. Los dientes del sacristán rechinaban, su mirada asesina parecía extinguir la vida del profeta con solo tenerlo cerca. Se aprovechaba de la confusión y de que el enorme cuerpo del cantinero le ocultaba de forma parcial para irse aproximando, de forma sutil, como una serpiente, sin que los que allí discutían se dieran cuenta.

La voz del diácono se escuchaba en alto; el rumor de los vecinos iba en aumento y seguía atrayendo a más curiosos al exterior del templo. Solo bastó un segundo. La mano arrugada del sacristán se deslizó entre los brazos y cuerpos que le separaban del orador y con fuerza consiguió empujar la navaja. El profeta notó un pinchazo, un dolor agudo en un costado y profirió un grito de dolor. Sin entender lo que estaba pasando, se tocó su túnica sucia con la mano y la levantó alucinado, llena de su propia sangre. Una gran mancha se empezaba a formar en su abdomen, una rosa roja que crecía en la tela blanca hasta gotear sobre el suelo.

El grito de dolor se escuchó en todo el grupo, haciendo que volvieran la vista hacia él, sin fijarse en la decrepita figura del sacristán que ya se apartaba de aquel sitio, mezclado entre todos los presentes.

—Maldito sodomita, ya tienes tu merecido. Hoy podrás ver a tu señor en lo más profundo del infierno de donde saliste —susurró Saturio, guardándose la ensangrentada navaja en su bolsillo y sonriendo con su gesto demacrado.

—Por Dios, ¿qué habéis hecho? —exclamó el diácono al ver cómo el falso profeta se desplomaba sobre el suelo, encima de su propia sangre. Algunos de los presentes ya gritaban alarmados y el resto de la multitud corría para ver qué estaba ocurriendo. Elías se fue apartando, escabulléndose entre todos los devotos que ya rodeaban al orador. Solo el diácono intentaba socorrerle, taponando la herida, pidiendo ayuda para aquel pobre hombre que se moría en sus brazos. Algunos de los vecinos lo levantaron del suelo, llevándolo en alto entre toda la gente que se arremolinaba para ver qué había sucedido. La confusión era total. El diácono se había quedado relegado entre

todos ellos, sin poder ver más de lo que estaba sucediendo.

Por el pórtico de la iglesia salían los fieles. Todo se mezclaba, se confundía con los seguidores de la Virgen, con aquellos que habían presenciado los milagros en el interior del templo. El cuerpo ensangrentado de aquel pobre loco se diluía entre aquel mar de brazos, como si la multitud lo engullera, para desaparecer de la vista del diácono y de los que habían presenciado de cerca lo que había acontecido.

En el palacio arzobispal los pasillos estaban desiertos, nadie parecía estar allí, dejando que el silencio se extendiera por todas las habitaciones laterales, que se podían vislumbrar a través de las puertas abiertas. El misterioso conductor del Audi recorría el pasillo con decisión, como si no fuera la primera vez. Miró su lujoso reloj de acero y una sonrisa afloró en su impasible rostro. Llegaba puntual, a la hora exacta y eso le complacía.

Las dos hojas, blancas como la nieve, de la entrada al distinguido despacho se encontraban cerradas. En el vestíbulo no había nadie ni tan siquiera el secretario de su excelencia. El bullicio de las dependencias del arzobispado, que durante todo el día se encontraba lleno de visitantes, de clérigos que anhelaban o sufrían una audiencia con el Reverendo Padre, de toda una corte religiosa y seglar que ocupaba los pasillos y habitaciones, ahora había desaparecido. Ningún sonido se escuchaba, solo el suave rozar de los elegantes zapatos negros del hombre al pisar la alfombra de la entrada.

Sin esperar, abrió una de las puertas blancas y entró en la habitación. La estancia era lujosa y se mantenía con una luz moderada y suave; con un agradable ambiente perfumado que recordaba el despacho de un ejecutivo más que la habitación de un representante de la Iglesia. El hombre realizó un leve movimiento de cabeza, mirando fríamente al arzobispo que ya le esperaba sentado en su cómodo sillón.

Por encima de su cabeza, un bello retrato del Papa parecía vigilar todo lo que ocurría, entre aquellas paredes blancas decoradas sin exceso, únicamente mancilladas por varios cuadros al óleo de algunos antiguos cardenales. Solo la lujosa mesa de madera parecía no encajar en aquel espacio funcional y moderno. Una reliquia barroca, decorada con un fino damasquinado de Toledo sobre maderas preciosas.

El arzobispo le sonrió detrás de sus gafas doradas. Era un hombre de

mediana edad que manifestaba la serenidad y la experiencia de tantos años al frente de su diócesis. Sin decir nada, terminó de escribir con su lujosa pluma estilográfica una nota que estaba redactando y la presionó lentamente con un secante en forma de media luna. La leyó con atención, ajustándose las gafas, y luego la guardó en uno de los cajoncillos laterales de la mesa.

—Siempre puntual, Simón. Siempre bienvenido cuando los asuntos más delicados del Señor exigen tu presencia —expresó con voz melosa y pausada.

El agente de la Iglesia no contestó nada, solo acercó su mano para tomar la del arzobispo, que ya se había levantado y le mostraba su anillo pastoral para que el hombre lo besara.

—Esta vez es necesaria tu presencia en el norte de nuestro país. El caos creciente se está adueñando de una pequeña población, y debemos atajar el asunto. Un tema muy delicado, Simón. Un tema que exigirá de tus dotes prácticas y de tu discreción.

»Hasta la Santa Sede están llegando los ecos que provienen de ese remoto lugar. No podemos permitir que estos pequeños tumores contagien al resto de nuestra congregación. El templo del Señor siempre está amenazado y es obra del demonio todo lo que los hombres disfrutaban con alegría, sin ser el producto de su esfuerzo. Solo el sacrificio y la oración deben ser nuestro credo, hermano Simón —explicó el arzobispo, ajustándose de forma tranquila el fajín morado que le sujetaba la cintura de su sotana.

Movía sus manos con energía mientras hablaba, haciendo que las bocamangas carmesíes, a juego con la larga fila de botones de su túnica, se agitaran en el aire ante los ojos fríos e inmutables del agente. Su cara regordeta y redonda se había iluminado, al expresar con vehemencia los hechos que estaban sucediendo. La idea de que nuevos milagros, prodigios santos y divinos, se produjesen en su diócesis le inquietaba, y sobre todo le molestaba que aquello le colocara en el centro de atención de las instancias más altas de la curia romana. Eso le desagradaba y había tomado la decisión de terminar de forma absoluta con aquel asunto. Sabía muy bien que Simón Eslava era su mejor hombre, un agente eficaz y discreto, un hombre al servicio de la Iglesia con entera dedicación, tanto en alma como en cuerpo, y que no dudaría en aplicar la contundencia necesaria para cumplir con su misión. Si era necesario, la Iglesia debía aceptar algunos métodos un tanto extremos, pero del todo obligados. Así lo pensaba el arzobispo, y lo creía con convicción. El bien de su rebaño lo exigía, el bien de su Iglesia estaba por

encima de todo y de todos ellos.

El arzobispo se dio la vuelta, dejando que el solideo violeta de su coronilla hiciera que los ojos de Simón se fijaran en él, y se dirigió de nuevo a su sillón, al otro lado de la mesa. Un sobre de color ocre contenía varios documentos, que el agente necesitaría para llevar a cabo el encargo del Reverendo Padre.

—En este sobre tienes todo lo que necesitas para conocer tu destino y las indicaciones pertinentes que debes seguir al pie de la letra. Todo está ahí. Léelo y destrúyelo. Ningunos ojos, excepto los tuyos, deben leerlo.

—Como su Excelencia Reverendísima desee.

El arzobispo sonrió de nuevo y realizó un lánguido movimiento de su mano, indicando al agente que aquella entrevista había terminado. Ya nada más deseaba añadir, todo estaba ahora en manos de aquel hombre oscuro e irreal, inexistente para la Iglesia oficial.

«En tus manos y en las de Dios» —pensó el arzobispo al seguir con sus asuntos, sin mirar cómo el agente salía de su despacho y cerraba la puerta blanca sin hacer ni el más leve ruido.

Simón Eslava notó el peso de su Glock en la funda que pendía bajo su brazo. El pasillo seguía desierto y en silencio, y el encargo de su excelencia debía ser cumplido con prontitud.

Un zumbido apagado en su móvil hizo que se detuviera al pie del ascensor. Un mensaje había entrado en el aparato; solo dos palabras: “Brachium Domine”. Pero él las conocía muy bien. La misión era más delicada de lo que había supuesto; aquellas dos palabras, justo al salir del despacho del arzobispo daban un giro distinto a todo. Ahora el tema pasaba a ser más secreto, más extremo y arriesgado. Debía acudir a otra cita de inmediato, un lugar apartado a las afueras de la capital, donde le esperaban de forma urgente.

El Audi negro partió del palacio arzobispal como una centella, saliendo del patio sin esperar a que la seguridad de la puerta pudiera casi levantar la barrera. El potente automóvil aceleró por la avenida, saltándose algunos semáforos, aprovechando las horas nocturnas en las que el tráfico era muy escaso. Conducía muy rápido, acelerando cada vez más, hasta tomar el ramal de la autovía que le sacaba de la ciudad. El ronroneo del motor se alternaba con el zumbido de los postes laterales que iba dejando atrás. El motor rugió de nuevo y el vehículo se propulsó a una velocidad excesiva.

Simón pensaba en las palabras del arzobispo, mientras ojeaba el

contenido del sobre esparcido por el asiento contiguo. Varios dossieres y fotos se mezclaban allí, mientras los miraba con rapidez sin apartar demasiado sus ojos del asfalto. La ciudad ya se perdía por detrás, con sus últimas luces extinguiéndose entre la oscuridad de la noche. La foto de una joven se veía entre los papeles, varios informes de personas, y unas hojas de color gris donde se indicaba el objetivo que debía cumplir. Una frase le llamó la atención: “Los milagros deben acabar a toda costa. Es algo imperativo y prioritario”. Aquello resonó durante un segundo en su cerebro y recordó otros sitios, otras misiones donde gentes enloquecidas veían a los santos, incluso a nuestro Señor flotando en su carro triunfante. Sabía muy bien lo que se encontraría en ese pueblo perdido: Ignorancia y fanatismo. Pero eso para él no tenía importancia. La Iglesia había decidido que se debía terminar y así sería. De una manera u otra. Sonrió.

En la oscuridad, se internó despacio por un sendero de grava que se perdía entre los árboles. Solo sus potentes faros le indicaban por dónde debía avanzar. Aquel túnel vegetal parecía no acabarse nunca, retorciéndose en cada recodo del camino. La entrada a una mansión perdida en el bosque se encontraba al final de la pista. Las puertas metálicas de seguridad estaban abiertas, y solo el imperceptible movimiento de una cámara desde lo alto, le indicó que ya le esperaban. El automóvil entró en el recinto, percibiendo por el espejo retrovisor cómo la sólida valla de acero se volvía a cerrar.

El interior de la mansión estaba muy iluminado. Un estilo palaciego y medieval le daba la bienvenida, y un guardia corpulento le pidió su arma antes de poder continuar. Detrás del control, una escalera de mármol se dividía en dos tramos, dando acceso al lujoso piso superior. Aquel palacio era magnífico y suntuoso, un auténtico museo de arte que ya conocía muy bien.

El guardia recogió su pistola y le permitió el paso. Le estaban esperando y no debía entretenerse más. Los hombres que requerían su presencia eran personas poderosas, acostumbradas a que sus órdenes fueran cumplidas sin titubear, sin que nadie se opusiera a ellos, si no deseaba ser “apartado” de manera fulminante.

En el centro de un amplio salón de recepciones se encontraba una silla, una rústica silla labrada que esperaba la presencia de Simón. Él se acercó despacio, observando con seriedad a los doce hombres sentados a su alrededor, en los suntuosos tronos de una lujosa sillería de coro. Una pieza magnífica traída allí en alguna época anterior, cuando las iglesias fueron desamortizadas sin ningún miramiento. Doce encapuchados vestidos como si

el tiempo se hubiese detenido en ese instante y toda aquella mansión fuera transportada a un pasado lejano, a una época en la que la inquisición todavía era un poder temido y odiado. Simón los miró con calma y esperó a que uno de ellos hablase.

—De nuevo el pueblo de Dios está en peligro, hermano Simón. Las huestes del maligno han salido otra vez desde la oscuridad del averno para campar a sus anchas por nuestra tierra. Debemos volver a proteger lo que siempre hemos protegido, y ser fuertes y no titubear para hacer lo que debemos hacer —anunció uno de los encapuchados, elevando la voz para que su tono fuera claro en los oídos del agente.

—Siempre estoy dispuesto para obedecer las órdenes de esta Santa Hermandad —contestó el agente, sin sentarse en la silla que estaba a su lado.

—En esa remota localidad de las montañas están ocurriendo hechos muy graves. Sucesos peligrosos y blasfemos. El pueblo ha enloquecido y se ha transformado en una nueva Nínive. Debes acudir a él... ya tienes los datos. Debes terminar con toda esa locura de milagros y apariciones. Tienes la autorización de la Iglesia, y tienes la nuestra. No deseamos que esa zona sea otra Fátima. Nadie lo desea —añadió esto último acentuando sus palabras, que recordaron a Simón las referencias del arzobispo sobre la sede de Roma.

—Por cualquier medio —interrumpió otro de los encapuchados. Uno de aquellos que se encontraba al extremo del grupo, más apartado y en la sombra. Se levantó y avanzó un poco para que sus palabras fueran escuchadas, mirando de soslayo al que estaba hablando, que reclinó su cabeza y se volvió a sentar.

—Se debe aplicar la contundencia necesaria. Cualquier medio para terminar con ese circo escandaloso. Ese despropósito asqueroso y maldito que ha emponzoñado a ese pueblo, a su iglesia y a todos los vecinos y seguidores que allí se han instalado. Los medios para conseguirlo no son importantes. Lo único que cuenta es el resultado... y el resultado debe ser la exterminación del mal en ese lugar —exclamó, elevando la voz y dirigiendo sus palabras, tanto al agente, como al resto de sus compañeros de hermandad.

—¿Si alguien debe ser eliminado? —preguntó Simón sin mostrar ninguna emoción.

—Todo aquel que se enfrente a los mandatos de nuestra Santa Madre Iglesia, se enfrenta a la palabra de Dios. Tanto es así, que será un blasfemo, un hereje, un hijo del anticristo —contestó el orador encapuchado.

—Debe ser eliminado —se escuchó una voz por detrás del agente, que

provenía de la oscuridad de un extremo del salón.

Simón asintió con la cabeza, y se santiguó, acto que repitieron los doce encapuchados que le rodeaban desde sus sillas del coro. Nada más tenía que hacer allí, todo estaba claro en su mente y su misión era ahora prioritaria para él. El pueblo de Castrolobos le esperaba y debía acudir allí cuanto antes para ejecutar los mandatos de sus superiores. Sin titubear, sin cuestionar nada. Solo la ejecución precisa, casi quirúrgica de todo lo que le habían ordenado.

El Audi partió potente por la autovía, su destino en el norte le esperaba y pronto su presencia en aquella comunidad enloquecida por los milagros, cambiaría los sucesos que allí ocurrían.

Daniel Bordás, el joven periodista, recogía precipitadamente sus cosas en la habitación del hostel. Su estancia en aquella casa le inquietaba, sentía cómo el mal le acechaba en todas las habitaciones, aflorando en cada rincón, en cada mueble que crujía a su paso. La vieja hostería le llenaba de pavor y había decidido escapar de allí para alojarse en otro lugar, o a lo mejor, volver a Madrid. Su estancia en aquel pueblo maldito le había trastornado y sentía un dolor físico en su corazón que no remitía. Su jefe le había encargado el reportaje de su vida, pero no tenía más fuerzas para llevarlo a cabo. No podría aguantar una semana más en aquel lugar.

Con rapidez, se afanaba por recoger su ropa y terminar de llenar la maleta que tenía sobre la cama. Miraba de reojo el crucifijo que pendía de la pared, y recordaba todo lo que le había sucedido entre aquellas paredes blancas y frías. Su temor le llevaba a no mirar el espejo del armario o el de la rústica cómoda. No quería ver otra vez las horribles visiones de seres sin ojos, o de sí mismo con la cara destrozada. Un temblor le recorrió la columna al recordarlo y empujó la tapa de la maleta para forzar su cierre.

De forma sutil, escuchó pasos cortos, de unos pies pequeños; un correteo en el pasillo superior que atravesó por su puerta. Fue un ruido claro que le hizo girarse hacia la entrada abierta de su habitación, donde no había nadie. No podía evitarlo, debía mirar afuera, saber qué estaba sucediendo, aunque algo en su cabeza le pedía que no saliese, que lo dejara todo y huyera de aquel lugar maldito.

Se asomó por la puerta de la habitación. Había cogido entre sus manos una botella que descansaba en una esquina al lado del armario; una vieja

botella de vino, usada hacía mucho tiempo como palmatoria improvisada para una vela. La agarró con fuerza por el cuello y salió al pasillo, blandiéndola por delante de él, como una patética arma con que defenderse. Los pasos se escuchaban ahora en la planta baja. Pasos rápidos y fuertes que aporreaban los peldaños de la escalera, fuera de su ángulo de visión. Poco a poco fue bajando, rozando la pared con el costado de su cuerpo y aferrando la botella con ambas manos. En su mente se daba ánimos, se decía que nada estaba ocurriendo y que todo era producto de su miedo. Los sonidos le condujeron hasta la entrada del sótano; una puerta oscura y vieja que se balanceaba entreabierta, invitándole a entrar, tentándole para que no pudiera resistir su atrayente ofrecimiento.

Dany no pudo evitarlo, tuvo que bajar, su mente no quería, pero algo irrefrenable en él le empujó a pisar el primer peldaño de la escalera, a dejarse llevar por el influjo que lo arrastraba.

La puerta se abrió del todo por sí sola, cuando el reportero estuvo a su altura. La oscuridad era total en el interior de la bodega. Ni un leve resplandor se podía apreciar, a pesar de que sus ojos se iban acostumbrando. Con su móvil iluminó los primeros metros por delante de él. Un pequeño tramo de escalera desvencijada conducía hasta el suelo del sótano. La luz mortecina y azulada del teléfono le alumbró para poder ver. Bajó despacio sin soltar la botella, que apretaba en su mano derecha, mientras la luz tenue iba iluminando el interior de aquel húmedo subterráneo.

—¿Quién está ahí? ¿Quién anda ahí? ¡Sal a la luz, sé que estás ahí escondido! —se atrevió a gritar, presa del pánico y moviendo la vieja botella, como si aquello le infundiera el valor necesario.

Una sombra oscura parecía aflorar entre la penumbra, según avanzaba por el abarrotado sótano. Decenas de viejos muebles y antiguos útiles agrícolas oxidados se esparcían por todos lados, haciendo que el reportero tuviese que tener cuidado para no tropezar. El bulto oscuro cada vez estaba más cerca, atrayente como si un fuerte imán le empujara hacia allí. Solo cuando la luz celeste de su móvil fue suficiente para iluminarlo, pudo ver con sus ojos el horror que le esperaba en aquel lugar. Una vieja silla medio quemada soportaba el cuerpo inerte del falso profeta, el orador que había sido víctima de la maldad del viejo sacristán. Ahora su cadáver se encontraba allí sentado, mirando hacia el frente en una posición que le hacía parecer estático, como si fuera un hombre vivo descansando en aquel lugar olvidado. Solo su rostro demostraba la agonía de la muerte. Sus ojos se encontraban reventados,

dos amasijos de sangre en unas horrendas cuencas vacías, que miraban al reportero de forma ciega, haciendo que el joven abriera la boca para gritar sin poder expresar ninguna palabra.

El cadáver del profeta se movió de forma imperceptible. Los dedos de su mano derecha se agitaron dando señal de estar vivo. El joven reportero se quedó quieto, aterrorizado por lo que estaba viendo delante de él. De súbito el profeta se levantó, apuntándole con la mano, mirándole desde sus cuencas vacías y ensangrentadas. Su voz parecía salir de la profundidad de su garganta, como si fuera el sonido ronco de una fiera.

—¡Tú ya viste lo que debías ver, y comprendiste cuál será tu destino. Pues el destino ya está escrito pobre ser asustado. Está escrito desde el principio de la creación! —exclamó el cadáver, moviéndose despacio hacia el periodista.

Dany retrocedió, tropezando con una vieja silla. No podía creer lo que estaba viendo y escuchando, su cerebro se negaba a comprenderlo, y solo el terror infinito que sentía le impulsaba a moverse, a intentar gritar sin voz, sin fuerza para pedir ayuda.

—Yo soy Azazel, el que una vez fue querido por el Padre. Yo soy tu señor en la guerra que se avecina, cuando solo los hijos de los grigoris vuelvan a dominar este mundo mortal —declamó el profeta, abriendo la boca entre espasmos de sangre y movimientos descoordinados.

—No existes, no existes... no es real... —consiguió gemir Dany, intentando negar con su mente lo que estaba viendo.

El cadáver le miraba y en sus ojos destrozados centelleaban ahora dos ascuas al rojo vivo; dos carbones encendidos que desprendían llamaradas, iluminando toda la estancia con una luz rojiza e irreal. Esa claridad agobiante asfixiaba al reportero y casi le impedía respirar.

—Ya no podréis escapar, pequeños seres reptantes. Elohim os ha abandonado —reía el cadáver, acercándose hasta el joven que gritaba horrorizado—. Os ha abandonado a todos, como me abandono a mí. ¿Qué le debemos a él? No le debemos nada. Solo ser ignorados, ser arrojados entre el fuego de su desprecio. Yo te llevaré conmigo, joven Daniel, entre los caídos, por el sendero del dolor hasta un nuevo renacer.

—¡Dany! ¡Dany! No corras. ¿Por qué corres Dany? —volvía a escuchar la voz de una niña, aquella voz que conocía muy bien y que le llenaba de un terror irracional; viendo cómo el cuerpo sin vida del orador se desplomaba en el suelo, a sus pies.

Intentaba huir, correr, escapar de allí, pero en su loca carrera se topó con una vieja mesa que se encontraba en el centro de la amplia bodega. Chocó con fuerza contra un extremo y se apoyó en un cuerpo que estaba encajado en ella, sobre una vieja silla. Con sus manos sintió el tacto de la carne fría y húmeda, y percibió el olor nauseabundo de la putrefacción. Varios cadáveres en avanzado estado de descomposición se repartían alrededor de la mesa, como si fuera un macabro festín, cuerpos de comensales destrozados que celebraban una horrible comida, en un mundo de muertos que le llamaba.

Dany gritó enloquecido, su corazón iba a reventar, jadeaba de dolor sin poder resistir todo aquello. Se volvió a apoyar en el cadáver para no caerse, y este se desplomó sobre el suelo. Sin saber cómo, se volvió hacia la salida. La pálida luz de la puerta del sótano era su salvación. La abertura para escapar de aquel infierno. Con un último esfuerzo, con un vestigio de valor en aquella mente trastornada por el terror, consiguió subir los pocos peldaños que le separaban del pasillo. La libertad parecía a su alcance, hasta que una forma grande y oscura bloqueó la claridad. Un ser enorme interfería en su huida. Un monstruo del infierno venido para llevárselo al inframundo y arrastrarlo a aquella celebración de cadáveres sin ojos.

El enorme encapuchado le atrapó con un cable, que retorció alrededor de su frágil cuello. Lo apretó con fuerza, tensando el metal hasta que la piel se desgarró y la sangre empezó a fluir. El reportero abrió la boca y su lengua azulada salió para aprovechar las últimas bocanadas de aire. Se ahogaba intentando apartar de sí a aquel ser gigantesco. Pero sus fuerzas no eran suficientes ante el coloso que lo levantaba del suelo, apretando su cuello hasta estrangularle.

Una niña pequeña le miraba ahora, con su blanco vestido ensangrentado, y un rostro inocente y pícaro. Le sonreía, mientras abría su dulce y pequeña boca, dejando que un infecto vómito de gusanos se deslizase por su barbilla, mientras le seguía mirando con sus ojos azules. El reportero la veía, fue lo último que sus ojos congestionados de sangre consiguieron ver, antes de que el colapso llegase a su corazón, antes de la oscuridad completa.

El día siguiente despuntó en el horizonte nublado. Un frío viento agitaba las copas de los árboles, golpeando con fuerza los toldos del campamento de fanáticos. Algunos de ellos ya se desperezaban y salían de sus

destartaladas viviendas, para acercarse al arroyo donde coger agua. Un nuevo día en aquel pueblo de locos seguidores de la Virgen, que parecía impedir que la bondad de Dios llegara hasta ellos.

El viento seguía empujando las ramas y al oscuro cuerpo que se mecía entre ellas. Uno de aquellos peregrinos lo vio al instante, cuando se disponía a bajar por el pequeño terraplén del arroyo. Un hombre sin vida se balanceaba colgado de una vieja cuerda de esparto. Parecía estar muerto, como un muñeco a merced del aire y de la humedad de la noche que ya desaparecía. El peregrino se acercó con temor para comprobar lo que ya se temía. Un hombre estaba allí ahorcado, con el cuello dislocado. El terror se apoderó del fanático, que salió corriendo y gritando hacia el campamento.

Aquel cadáver ya había sido descubierto y una multitud de curiosos se acercaba al lugar, para reconocer al joven reportero que andaba por todos lados preguntando. Ahora su cuerpo sin vida se agitaba con el viento de la mañana, sin que ninguno de aquellos enajenados se atreviera a descolgarlo, ni tan siquiera a acercarse mucho a aquel ser endemoniado, o poseído por el mal. Ese rumor fue el que se extendió entre todos ellos. Era una muestra del poder del maligno, era un aviso del demonio, que pronto llegaría para combatir los milagros y la palabra de la Virgen.

Solo un papel sucio y ajado se podía observar al pie del árbol. Una piedra lo sujetaba para que no fuera arrastrado por el aire. Uno de los peregrinos lo recogió para leerlo, hasta que el diácono se aproximó por detrás y se lo arrebató sin decir nada. En la expresión del joven clérigo se reflejó la preocupación y la tristeza, al ver al periodista sin vida, colgado de forma impía, muerto y mancillado. Se apiadó de él sin poder evitarlo y salió de aquel lugar para entregar a la policía aquella nota.

PIDO PERDON POR
NO TENER FE
NO PUEDO VIVIR
Y POR ESO ADIOS

Esas frases eran lo único que contenía la confesión del suicida. Una escueta explicación, extraña y enigmática, que el diácono no podía entender y menos asociar a la sorprendente muerte del periodista. No era posible que esas breves palabras hubieran salido de su mano, para justificar aquel acto execrable. Si se había suicidado, estaría ahora apartado de la luz de Dios, había atentado contra lo más sagrado y su alma vagaría como un espectro sin perdón durante toda la eternidad. Así lo pensaba, cuando volvió a leer las frases y agitó su cabeza disgustado y negándose a creer todo aquello. Algo había en aquellas palabras, que le llamaban la atención.

El viento inclemente seguía golpeando con fuerza las ventanas y los derruidos edificios de piedra del pueblo. Pocos de sus vecinos atravesaban la calle, corriendo hasta el pequeño salón del antiguo ayuntamiento. La entrada al viejo edificio estaba abierta, dejando que el aire frío se deslizara como un intruso por ella y recorriera las estancias oscuras, levantando olas de polvo y empujando las sucias sábanas que cubrían los muebles. Solo en la sala principal se escuchaban voces y murmullos; la policía había llegado a la aldea de nuevo y el inspector se había instalado en la estancia, para comenzar sus interrogatorios sobre el suicidio del joven periodista.

Saturio cerró la puerta de la calle, cerrando los ojos para evitar el polvo. El viento se negaba a permitirlo, empujaba con fuerza, intentando entrar, hasta que el sacristán hizo un esfuerzo mayor y empujó las dos pesadas hojas de madera.

—Perra vida —murmuró entre dientes, mirando de reojo al grupo de personas que se concentraban en el salón.

Varios de los testigos que habían visto el cadáver y algunos de los vecinos estaban allí sentados en dos largos bancos de madera, esperando su turno para ser interrogados. La policía daba paso a cada uno después de que el inspector hablara con él y tomara su declaración. El ambiente era tenso y agobiante, como si un espeso sopor recorriera toda la estancia, haciendo que varios de los presentes sintieran un calor excesivo y un malestar que les obligaba a respirar con dificultad. El inspector se quedó en camisa y aflojó su corbata, se sentía congestionado y transpiraba en exceso, con un sudor frío e incómodo que le molestaba.

—Llama al siguiente —ordenó a su segundo, que estaba a su lado de

pie, esperando sus instrucciones.

Poco a poco iban pasando frente a él. Sus relatos nada tenían que aportar, así como muchas de las alucinaciones y estupideces que le contaban. Eran testigos aberrantes, gentes enajenadas y fanáticas que no servirían para organizar una investigación sobre lo sucedido; solo esperaba el turno de algunos de los vecinos, que serios y taciturnos ocupaban otro de los bancos, apartados del resto de los allí congregados.

Sixta permanecía callada, mirándolo todo con sus ojos acerados y atentos. A su lado, el viejo sacristán murmuraba palabras inaudibles mientras se limpiaba la cara con la manga de su chaqueta. Sixta lo veía de reojo y sentía repugnancia por aquel ser deforme, producto del pecado; pero no se movía, ni tan siquiera pestañeaba, concentrada en todo lo que allí ocurría.

En la orilla del arroyo, algunos sanitarios y varios policías se afanaban por bajar el cadáver del reportero, después de haber seguido el trámite judicial habitual para el levantamiento de un cuerpo. El viento agitaba con fuerza el árbol y parecía impedir que la operación se realizara con facilidad. Algunos reniegos y varios intentos fueron necesarios, para que el cuerpo sin vida del joven fuera descolgado y puesto en un saco de lona oscuro, para llevarlo al vehículo funerario.

Muchos vecinos estaban allí observándolo todo en silencio, con sus rostros hoscos y serios, con una actitud amenazante que no pasaba desapercibida para nadie. Elías no había sido convocado a la ronda de interrogatorios y encabezaba aquel grupo de aldeanos indignados y con muestras palpables de ira contenida. Rodeaban poco a poco a los funcionarios que pretendían subir por la ladera con la camilla y el cadáver. Los guardias civiles les veían acercarse despacio, en silencio, amenazadores, algunos portando palos en sus manos.

El más joven de los guardias se adelantó al grupo y les miró serio y alerta. Los vecinos se detuvieron ante él sin hablar, solo miraban cómo los sanitarios sacaban el cuerpo de allí, ese cuerpo maldito e infame, como todos pensaban. Poco a poco los funcionarios fueron avanzando entre la multitud de peregrinos y fanáticos que rodeaban el vehículo. Los vecinos se habían quedado atrás, mirando desde lejos, mientras los guardias retrocedían, preocupados por su menor número ante tantas personas con actitud amenazadora.

En el salón de la alcaldía, Sixta era llamada para ocupar su asiento frente al inspector. Este respiraba con dificultad y se secaba el sudor con un

pañuelo, mientras revisaba las otras declaraciones y esperaba que la viuda se sentara.

—Te llamas Sixta Suera, ¿verdad? Y eres la viuda que regenta el hostel —indicó el policía sin levantar los ojos del informe.

La mujer asintió sin pronunciar una palabra, clavando sus ojos en el rostro enrojecido del policía, y apretando en su regazo un pequeño rosario de plata.

—¿Qué está ocurriendo en este pueblo, Sixta? —preguntó de pronto el inspector, mirando fijamente a los ojos de la mujer. Esperaba sorprenderla, ese era su método desde hacía muchos años y su fama como interrogador era muy grande, al conseguir que testigos y criminales acabaran confesando todo lo que ocultaban. Sixta le devolvió la mirada, sin parpadear y sonrió levemente levantando la barbilla con orgullo.

—El pecado tiene muchas caras. El demonio nos acecha desde la sombra, está siempre a nuestro lado y nunca sabemos cuándo puede atacarnos o intentar corrompernos. Debemos estar alerta, debemos rezar y seguir los mandatos de nuestro Señor o nos llevará con él — contestó, sin dejar de mirar de forma intensa al policía.

El inspector bajó la mirada, molesto por la expresión de la mujer. Se sentía cansado y agobiado, y aquella viuda antipática le hacía sentirse más incomodo aún.

—Ya sabes a lo que me refiero Sixta. No eres tonta. Eres una mujer muy despierta, lista y desenvuelta, que ha criado a una hija ella sola y que regenta un establecimiento de huéspedes. Sabes muy bien a qué me refiero. Tú eres uno de los vecinos más influyentes en esta comunidad, eso lo sé, porque todos me lo han señalado, incluso más que ese alcalde, ese pedazo de animal que no entiende ni es capaz de razonar. Tú diriges este barco, mujer, no te rías de mí o lo sentirás —añadió el inspector, visiblemente molesto y alterado por su malestar físico.

—¿Qué puede saber una pobre viuda de nada, señor policía? Soy una mujer sola, una mujer abandonada que intenta sobrevivir con una niña. Nada oculto puedo saber —expresó en voz más baja, cambiando de entonación y volviendo a mostrarse como una mujer desvalida y vulnerable.

—Están ocurriendo muchas cosas extrañas en este maldito rincón perdido. Demasiadas cosas que me hacen a mí venir aquí, para perder mi tiempo, el tiempo de la policía y el gasto de los contribuyentes. Me haces perder la paciencia, Sixta, y si no me cuentas lo que sabes te meteré en el

calabozo un par de noches, para ver si eso te ayuda a recordar. No juegues conmigo, Sixta Suera —espetó en voz alta, intentando intimidar a la mujer.

—Quizá debería beber un vaso de agua, para aliviar el malestar que veo en su cara. Son los barruntos de la fiebre del Valle. Nada bueno, ya que muchos se han ido al lado de nuestro Señor debido a esta enfermedad. Así empieza, con esos sudores fríos, esa ansiedad y el malestar general que te va comiendo poco a poco, hasta que la debilidad te impide hablar y respirar. Es la maldad de estas montañas que te vence el alma y te destruye por dentro —sentenció la mujer, viendo cómo el policía se sentía peor y llamaba a su ayudante para que le trajese una botella de agua.

—Esto no es nada. Una gripe, o un catarro ligero. No cambies de conversación, maldita sea. Ha habido varias muertes y han desaparecido personas en este pueblo de los demonios y voy a descubrir todo lo que pasa, aunque tenga que remover cada piedra de cada casa y tenga que meter en los calabozos a todos los vecinos de tu pueblo. ¡Lo has entendido! ¡He sido claro! —exclamó el inspector, levantándose de la silla para acercarse a la ventana que estaba entreabierta y por la que el viento del exterior intentaba colarse con violencia.

—Ya puedes levantarte. Di al sacristán que venga —ordenó el ayudante del inspector, indicando el banco donde los vecinos esperaban su turno para testificar.

El vehículo de la funeraria salía por la vieja carretera con el cadáver del reportero. Los vecinos lo vieron partir, apretando los palos entre sus manos y mostrando un gesto de furia contenida. Todos los acampados estaban saliendo de sus tiendas y reuniéndose al lado de la entrada de la iglesia. El párroco ya había terminado con su testimonio ante la policía y llegaba al templo dando largas zancadas, con su pelo blanco y revuelto, agitado por el viento. Su aspecto parecía el de un profeta de la antigüedad, un iluminado que fuese a aleccionar en la fe a toda su comunidad de fieles.

—¡Acercaos a mí, hijos míos. Acercaos y no sintáis miedo! Estas son pruebas que el Altísimo nos envía para saber la solidez de nuestra fe. Pero somos fuertes y las superaremos con la ayuda del Espíritu Santo. Vamos ahora con nuestra señora de Llercia, que debe ser hoy homenajeadada en este día de miedo, de aflicción, de blasfemia y herejía. Hoy debe ser ella la que nos indique el camino y nos lleve de la mano, para reconfortarnos y que no sintamos ese vacío en nuestras almas —declamaba desde la entrada de la iglesia, agitando sus brazos ante la multitud y siendo observado por Elías y el

resto de los vecinos, desde la distancia.

El diácono recorría los soportales del pueblo. Había sido el primero en hablar con la policía, contando todo lo que sabía, incluso las dudas y temores que sentía. Ahora se dirigía a la cantina para reconfortar su ánimo ante la inclemencia del viento y el frío creciente que se notaba.

La puerta del establecimiento estaba abierta y las tiras de plástico que formaban la cortina se agitaban por el aire, como si fuera el cabello de una Medusa enloquecida. Las apartó y entró en el local, que solo estaba ocupado por algunos de los peregrinos en un par de mesas y atendido desde la barra por la callada mujer de Elías.

—La paz sea con todos —se anunció, sacudiendo el abrigo de paño y acercándose al mostrador.

Juana le saludó moviendo la cabeza, sin dejar de mirar a los que ocupaban las mesas.

—Un día de perros, donde solo los demonios pueden salir por la calle —añadió Chimo, dando muestras de simpatía con la mujer. Juana le sonrió y esperó a que pidiera lo que deseaba tomar, sin decir una sola palabra.

—¿Cómo va todo, Juana? ¿Cómo te van las cosas? —preguntó el diácono en voz más baja, acercándose a la mujer.

Juana le miró con temor, como lo hacía con todo el mundo y bajó la cabeza. Un susurro casi inaudible salió de su boca.

—Vamos tirando, padre.

—¿Te sigue maltratando ese animal?

—Tiene muchas preocupaciones... los hombres son así... padre —repuso la mujer con cierta vergüenza, sin elevar su tono.

—Debes denunciarlo o irte de aquí, con tu hermana en el Valle.

—Qué cosas dice. Mi hermana tiene su vida —se excusó, cada vez más incómoda por la conversación. Miraba hacia la puerta y la sola idea de ver entrar a su marido por ella la llenaba de temor. No quería que la pillara hablando en voz baja con aquel diácono entrometido.

—¿Qué va a ser, padre? —se esforzó en preguntar, para terminar con aquella conversación.

—No debes aguantar.

—¿Un carajillo y una mistela, como siempre? —repuso Juana, sin dar muestras de escuchar los consejos del diácono.

—Sí, llévalo a una mesa —asintió, dándose la vuelta y acercándose a una de las más cercanas a la ventana, desde donde se podía ver cómo el viento

arrastraba algunas gruesas ramas y derribaba una vieja bicicleta apoyada en la casa de enfrente.

En el ayuntamiento, el sacristán ya se había sentado para ser interrogado. Se limpiaba la boca, llena de saliva densa y repugnante, mirando con miedo a todos lados. Estaba muy nervioso y no podía controlar sus manos que no paraba de frotar entre sí.

—Tú eres Saturio, el sacristán, ¿verdad? Y lo escuchas todo, lo ves todo en este pueblo, recorriendo en silencio todas sus esquinas y mirando por todas partes —explicó el inspector, algo más repuesto después de beber agua y dejar que el viento refrescara su rostro.

—Cosas de esas dicen. ¿Y yo qué sé? — contestó, sin dejar de moverse en la silla.

—Presta bien atención a lo que te pregunto, tarugo; ya me están hartando las mentiras y los secretos de este maldito pueblo. No me hagas perder más la paciencia, haciéndome jugar al gato y al ratón. Contesta a lo que te pregunto, nada más y luego podrás largarte a babosear por alguna esquina, maldita sea —exclamó, visiblemente enfadado el policía, mirando a aquel ser decrepito y malformado, supurando babas por su labio partido y removiéndose inquieto en la silla.

—Yo nada sé de nada. Ni nada... nada —tartamudeó el sacristán, sin dejar de mirar al suelo.

—¿Hablaste alguna vez con el periodista? —le preguntó, anotando algo en su informe.

—Qué va. De nada he hablado con el forastero.

—¿Ni una sola vez? Piensa bien lo que te pregunto.

—A poco que nada hablé con él. Eso es verdad, y si miento que me sirva de veneno —contestó Saturio, golpeándose la pierna con la palma de la mano, para enfatizar su respuesta.

—De veneno... ¡La virgen! Eso es lo que me metéis a mí en la sangre, en este pueblo —protestó el policía, sin dejar de leer el informe.

—¿Viste a alguno de los acampados hablando con el reportero? ¿A quién viste, Saturio? Sé que viste a alguien —le presionó el inspector, acercándose un poco al rostro repugnante del sacristán.

—Son malditos blasfemos. Son sodomitas, señor policía. Y fornican a todas horas. Yo los veo, los oigo. Saturio los ha visto hacerlo de dos en dos, de tres en tres; en la noche, dentro de sus tiendas. Toman droga y lamen el culo del gato negro. Lo hacen siempre... todos ellos —susurró, mirando al

inspector con los ojos enrojecidos, mientras pronunciaba aquellas locas palabras. El inspector le escuchó, abriendo los ojos al percibir el estado mental de aquel pobre ser deforme. Nada podría sacar de su cerebro trastornado.

Cerca de allí, en la iglesia se acrecentaba el barullo, y los gritos de los peregrinos y fanáticos empezaban a escapar a través de sus puertas abiertas. La voz estridente del párroco se escuchaba con claridad, encabezando la procesión que se dirigía al viejo santuario abandonado. Esta vez no portaban la imagen de la Virgen, ya que algunos de los vecinos lo habían impedido, pero eso no logró que el párroco cambiase de opinión. Conducía a todos aquellos locos, dirigiendo la marcha, para llegar al santuario y celebrar sus actos de fe, arrebatados y extravagantes.

La comitiva cruzaba la calle principal del pueblo, entre gritos y cánticos festivos que eran animados por el párroco y por algunos de los más vehementes y fanáticos. Caminaban despacio, formando una larga fila de dos o tres personas, ocupando el estrecho espacio entre los viejos soportales de la aldea.

Desde la cantina, el diácono los veía pasar. Todos los que estaban en el interior se habían levantado, para contemplar el tumultuoso desfile cruzando ante sus ojos, pegados a los sucios cristales de las ventanas. El alcalde había entrado unos minutos antes, resoplando enfurecido, mirando a todos y sobre todo a su asustada mujer que intentaba pasar desapercibida tras el mostrador.

—Cura de los demonios —murmuró al ver cómo aparecían los primeros fanáticos, encabezando la procesión.

Chimo se había asomado a la puerta de la cantina, apartando la cortina de plástico. Se encontraba allí apoyado, mirando preocupado todo aquello, cuando el fuerte olor a sudor del cantinero llegó hasta su nariz, haciendo que se sobresaltase al instante.

—Nadie debería mezclarse con esa gentuza. Con esos malditos herejes que no dejan de blasfemar y provocar. Nos provocan todo el día. Insultando a este pueblo, y a todos nosotros. Son gente degenerada que no sabe de respeto ni de miedo al pecado —exclamó el cantinero, al oído del diácono.

La procesión seguía avanzando, haciendo que algunos de los peregrinos que estaban en el interior de la cantina, aplaudieran entusiasmados y aclamaran aquello con alegría. Elías se volvió al instante como un toro enfurecido, bramando con la voz de un gigante.

—¡Por todos los demonios del infierno, que nadie en esta casa va a

blasfemar en mi presencia! ¡Callaos u os parto la cabeza con mis manos! — gritó, presa de un furor que hizo que los clientes saliesen del local con rapidez, pasando a su lado llenos de temor.

El diácono se quedó callado, apretando el crucifijo que portaba en el pecho. Veía cómo todo aquello se desbordaba; el fanatismo exacerbado que empujaba a esos locos a desfilar en nombre de Dios, de la Virgen, sin que nada de aquello tuviera que ver con su fe, con sus convicciones. La maldad aumentaba poco a poco en la aldea. La violencia de los vecinos iba corrompiendo y emponzoñando aquella comunidad, como si el demonio de verdad hubiera llegado hasta allí para poseerlos a todos. Miraba a Elías, que se había apartado de él para amenazar a los cuatro clientes de la cantina, y apretaba aún más el crucifijo sobre su pecho. Aquello le llenaba de temor y le hacía sentir que el suelo desaparecía bajo sus pies, en una extraña vorágine de locura y maldad.

La joven Lora también había escuchado los cánticos desde la distancia, su atolondrada mente sentía curiosidad y bajaba deprisa las escaleras de la hostería. El tumulto la motivaba y hacía que sus días, tediosos y llenos de monotonía, fueran distintos, y que su protagonismo en los milagros y las revelaciones de las palabras de la Virgen, le hicieran sentirse viva y llena de felicidad.

Bajó los últimos peldaños y se topó con el exconvicto, que acababa de entrar y se desabrochaba su gruesa pelliza. Sus miradas se encontraron de pronto, llenando de sorpresa el dulce rostro de la muchacha.

—Tu madre no está, ¿verdad? —preguntó, con una sonrisa burlona.

—Con los guardias anda hoy. Es por lo del chico que se ha matado. Ese pobre de la ciudad... —respondió, algo intimidada por el aspecto arisco y rudo del carpintero.

—¿Y tú dónde ibas ahora, cervatillo inquieto? —repuso Quinto, mostrando sus dientes malformados y escasos, riendo por su ocurrencia.

—Ya terminé mi labor —afirmó más seria, imprimiendo a su voz cierta irritación para compensar el desagradable gesto del hombre.

—A ningún sitio irás ahora. Ya te lo puedo asegurar. Afuera no hay nada bueno para ti y no debes salir del hostal. Así me lo ha dicho tu madre... y más cosas muchacha que no te voy a repetir, pero por mi vida que te quedarás en tu habitación hasta que ella vuelva. No vaya a ser que te dé por hacer tonterías —aseguró el exconvicto, avanzando hacia la joven que retrocedía hasta el inicio de la escalera.

Elías se había vuelto a asomar a la puerta de la cantina, acercándose al diácono. Seguía mirando con el ceño fruncido y los puños apretados. La procesión ya casi había pasado, dirigiéndose al santuario. Algunos vecinos también observaban desde sus oscuras ventanas. Solo sus ojos brillantes se percibían entre las cortinas, como espectros que esperasen su momento.

—Nadie de este pueblo moverá un dedo por toda esa gentuza. Pronto todos se irán de aquí. Se irán por su voluntad... o por la fuerza... —susurró al oído del diácono.

—Es una locura. Todo se nos está escapando de las manos —añadió Chimo con timidez.

—Nadie debería mezclarse con ellos, ni andar por ahí contando cosas, hablando con forasteros de las cosas del pueblo. Nadie debería hacerlo si quiere seguir viviendo... en el pueblo. Nadie escapará a la ira de Dios —susurró el cantinero, con un tono de voz metálico y amenazador, haciendo que el clérigo sintiera un escalofrío.

Cuando Chimo se volvió, Elías ya no estaba, había desaparecido por la puerta de la trastienda junto a su mujer. Estaba solo en la cantina y todavía escuchaba las peligrosas amenazas en su cabeza.

—Válgame Dios, qué locura —murmuró y se santiguó antes de salir del local, para correr lleno de miedo por el soportal, en dirección a la iglesia.

En la hostería, Quinto giraba la llave de la habitación de Lora. Había recluido a la joven dentro, según las indicaciones de Sixta. Lora no debía salir a la calle por el momento y las órdenes de la severa mujer eran como un mandato de Dios para el exconvicto, que se sentía subyugado por la viuda.

La muchacha estaba sentada en su cama, con los ojos húmedos por las lágrimas. Se sentía desolada, triste al no poder salir. Su mente ingenua y simple no entendía lo que pasaba, solo notaba las sensaciones más primarias, reaccionaba por instinto a las cosas que ocurrían a su alrededor y sentirse encerrada era algo horroroso para ella, un terrible castigo que su madre le infligía muy a menudo. Ella no comprendía la causa, solo padecía el encierro con una mezcla de miedo y de rabia. Una rabia que iba en aumento y que emanaba de lo más hondo de su ser.

—No te preocupes, pronto todo se solucionará. No volverán a encerrarte otra vez. Yo me encargaré de todos ellos y no podrán hacerte daño —le decía la voz de la niña que la miraba desde el extremo de la habitación.

—Ellos me odian, me odian porque soy la elegida de la Virgen, porque solo conmigo habla nuestra Señora. Por eso me odian y me tienen envidia.

Quieren que me muera, seguro que sí. Que me muera pronto y así no volver a tener que verme ni escuchar las palabras que la Virgen me dice —gemía Lora, dejando que las lágrimas empañaran sus bellos ojos violetas.

—Yo te ayudaré, y destruiremos juntas a esos demonios. Y serás libre de salir de este pueblo maldito —añadió la niña con la voz grave y áspera, haciendo que Lora levantara la vista hacia ella.

—Es un pueblo maldito, sí... —contestó la joven.

—Son todos unos demonios que deben morir. Todos morirán y arderán hasta desaparecer, y luego serás libre y nadie te hará daño, y podrás hablar y jugar con ese joven diácono que tanto te gusta. Yo haré que se fije en ti, lo haré porque somos amigas, Lora —afirmaba la niña, sonriendo con su dulce rostro y su blanco vestido ensangrentado.

—Sí, somos amigas... —gimió una vez más la chica, secándose los ojos con un pañuelo bordado.

—¡Somos amigas, Lora! —exclamó la niña, sentada ahora a su lado en la cama.

La joven se sobresaltó al verla allí de pronto, sin haber percibido esa presencia a su lado hasta ese instante. Se asustó y profirió un leve chillido, pero la niña ya había tomado su mano y la acariciaba con ternura, consiguiendo que su mente simple y estúpida se relajase, y una sonrisa infantil asomara a su bello rostro.

—Somos amigas, Lora, y todos morirán pronto —le susurró al oído, transformando su rostro en una horrible mueca decrepita y malvada que Lora no pudo ver. Asentía con sus ojos cerrados y notaba la calidez de la mano de la niña sobre las suyas.

El último de los vecinos ya había testificado y la policía abandonaba el pueblo. Solo Sixta y Saturio permanecían aún en la entrada del ayuntamiento. El viejo sacristán escupió en el suelo, bajo la mirada de desagrado de la viuda.

—Vamos estúpido asqueroso, vámonos de aquí, tenemos muchas cosas que hacer —exclamó la mujer, saliendo a la calle seguida por el andar renqueante del sacristán.



Capítulo

4

En la emisora de radio, los gritos se podían escuchar en el pasillo, a través de la mampara del despacho de la directora. Todos los que cruzaban lo podían percibir, y levantaban la mirada hacia ese espacio en blanco de la pared de donde provenían.

—Hoy tendremos a Andrés de mala uva, ya lo verás; y luego pagarán justos por pecadores —comentó la joven becaria, sin poder sujetar el enorme fardo de papeles que llevaba.

—Lo mismo es por el tema de Dany. Pobre chaval. Yo le conocía un poco, de por aquí. Me caía muy bien, el tipo. Se enrollaba con todos... —añadió su compañero de trabajo, intentando ayudarla a sujetar parte de los documentos que ya se escurrían de sus manos.

—Vaya un asco de papeles. Se están descolocando todos.

El chico se agachó para cogerlos y miró de reojo a la becaria. Era joven y guapa, y había sido admitida hacía muy poco tiempo como ayudante de Andrés Noel, el director de “Dimensión Misterio”. Su abundante melena pelirroja llegaba hasta su cintura e hizo que los ojos del muchacho se quedaran embelesados, sin acabar de levantarse, con los papeles recogidos. Su rostro era simpático, no excesivamente guapa, pero sí alegre y parlanchina, una joven periodista recién salida de la facultad, que deseaba prosperar en ese mundo de la radio, y que había visto su gran oportunidad al poder integrarse en el equipo de Andrés. El joven se levantó por fin y miró sus ojos verdes. La chica se dio cuenta y le sonrió con sensualidad, hasta que su embobado interlocutor recibió un empujón en la espalda, que lo desplazó hasta chocar contra ella, en una azorada situación.

—No te la comas con los ojos, novato —interrumpió la voz grave de Martín, el veterano fotógrafo de la redacción, al que todos llamaban

familiarmente “Cacho”.

La chica rió también, haciendo que el joven se avergonzara y que los papeles que sujetaba, fueran a parar de nuevo al suelo del pasillo. A través de la pared se seguían escuchando las voces provenientes del despacho, y el fotógrafo levantó la vista y movió la cabeza censurando aquella situación.

—Siempre están igual, como el perro y el gato. Qué pesados son —suspiró, siguiendo por el pasillo y dejando a los dos jóvenes tonteando de nuevo.

El amplio despacho de la directora albergaba un sinfín de recuerdos y libros, entre montañas de papeles y documentos, en una barahúnda desordenada propia de aquella mujer. Era una experimentada periodista de edad mediana que había accedido a ese puesto de forma reciente, y que se esforzaba por cambiar las cosas y llevar la redacción y la emisora a su manera especial, y muy distinta a lo que estaban acostumbrados. Andrés discutía con ella y elevaba la voz, dando muestras de su genio vivo y de su forma de ser, contestataria e incontrolable. Su jefa intentaba imponer su autoridad.

—No vas a ir a ese pueblo de mierda, y esa es mi última palabra en el asunto. No pienso dejar que un equipo de mis mejores periodistas vaya a ese agujero perdido, para que pongan en peligro sus vidas. Me da igual la noticia, o que sea el bombazo del año. Me da igual, Andrés. ¡Y ya está dicho! —gritaba la directora ante la insistencia del conductor del programa con más audiencia.

Andrés Noel recorría el despacho de un lado al otro, presa de la contrariedad por las palabras de su jefa. No estaba dispuesto a dejar que aquel reportaje se le escapara de las manos, y la muerte de su reportero no iba a asustarlo o a echarle para atrás de su propósito.

—Estas cosas pasan. Este oficio es muy arriesgado. Ya se sabe. Estamos para eso. Para descubrir lo que la gente común no sabe y no ve. En eso reside la magia de lo que hacemos. No nos van a llegar las noticias a las manos, sentados como viejas apoltronadas en un sillón. A usted le gustará el trabajo de oficina, el de funcionario. Pero yo no estoy hecho para pudrirme detrás de una mesa, señora jefa. Yo soy un periodista de campo, un investigador de lo raro y lo misterioso, y donde se huele un tema, allí voy. Y no voy a dejar de hacerlo porque el consejo haya puesto a una señora con miedo, al mando de todos nosotros —exclamaba enfadado, con el rostro rojo por la indignación, mirando a la directora de frente desde el centro de la sala.

La mujer se quedó en silencio, sopesando las palabras del veterano

periodista. Sabía muy bien que tendría problemas con él desde el primer día que llegó a su puesto, y no deseaba tampoco cortarle demasiado las alas, solo que entendiera que ahora era ella la que gobernaba el barco. En el pasado, Andrés había mangoneado al anterior director, un pobre hombre mayor, callado y sin ganas ya de hacer nada en la profesión. Andrés era realmente el que mandaba, y el que dirigía a todos, pasando por encima de aquel jefe indolente. Ahora eso no sucedería, lo tenía muy claro, y el periodista que tenía enfrente, profiriendo aquellas palabras destempladas y fuera de lugar, debería adaptarse a los nuevos aires que se respiraban en la emisora.

—Está bien... está bien. Tienes una semana para ir a ese maldito pueblo. Te llevas un fotógrafo y un ayudante, nada más. Husmeas por allí, haces bien tu trabajo y vuelves. Solo eso. Sin complicaciones, sin meterte donde no te llaman. Deja que la policía haga su trabajo. Tú no eres policía, ni detective privado —le exigió la directora, mostrándose más seria y aliviando la presión que sentía el periodista.

Andrés se quedó pensativo en el centro de la sala y se acercó a la mesa. Miraba a su jefa con los ojos entrecerrados y una sonrisa apareció en su rostro, dejando que el rubor desapareciera de él. Se frotó la barbilla y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, una semana. Eso es todo lo que necesito. Una semana y tendrá el mejor reportaje que haya visto. Algo que nos pondrá en cabeza de toda la competencia este año. Se lo garantizo —contestó con vehemencia, palmeando el extremo de la mesa con su mano.

La directora sonrió a su vez, viendo cómo sus palabras habían calmado al fogoso periodista. Sabía muy bien cómo manejarlo. Solo debía darle algo de cuerda pero sin soltar la cadena que lo mantenía controlado. Con eso bastaría.

Andrés salió del despacho satisfecho. Era un hombre de baja estatura y aspecto despierto, con su cuidada indumentaria que llevaba incluso a diario. Siempre se había preocupado por su forma de vestir y eso hacía que tuviera cierta fama de elegante o afectado.

Ya había pensado en su equipo y en la importancia de que se apresuraran para cumplir con su objetivo. No debía demorarse más, y máxime ahora que ya no tenía nada pendiente en su programa o en la revista. Podía tener un gran reportaje a la vista. Debía llevar un fotógrafo; Cacho era una buena elección, era un tipo serio y competente y sabía moverse muy bien en esos ambientes delicados y en sitios donde el peligro podía saltar en un

instante. La joven Tamy sería su ayudante, había desempeñado muy bien su labor, y era simpática y habladora. Tenía una empatía especial con todos y podía ser una buena baza para sacar información a la gente del pueblo, cerrada y recelosa con los extraños. Ya lo tenía todo pensado, saldrían al día siguiente para ese sitio remoto, donde su mejor reportero había perdido la vida. Debía ser cuidadoso, algo en su cabeza le indicaba el peligro existente, algo en su corazón le decía que no fuera, pero solo fue una leve sensación, que pronto se apaciguó con el ansia de conseguir un premio, un reportaje sensacional que le encumbraría por fin.

En Castrolobos nadie estaba en la calle, ni siquiera los habitantes del destartado campamento se encontraban por los alrededores. La procesión ya había terminado y el ritual aberrante se había evaporado al regresar todos a sus casas o a sus tiendas de campaña. Ahora el pueblo se mostraba adormecido, tranquilo, como una fiera que descansa antes de volver a buscar una nueva presa. En el hostel, solo una luz del piso superior parecía indicar que estaba ocupado. Un débil resplandor y unos leves gemidos eran la única señal de que la vida se manifestaba en aquel lugar maldito.

La furgoneta de los periodistas llegó hasta las inmediaciones de la iglesia, después de un largo viaje. Había sido una ruta larga, rematada por una interminable carretera de montaña que se retorcía entre los farallones cortados a plomo y el bosque, que parecía impedir que nada atravesase sus enormes y centenarios árboles. El vehículo frenó por fin al lado del templo; dejando que sus ocupantes se estiraran y miraran con curiosidad todo el entorno, donde esperaban descubrir el misterio que venían buscando. La comunidad de fanáticos y peregrinos descansaba, era mediodía y nadie parecía estar allí, como si un pueblo fantasma les diera la bienvenida.

—Ya hemos llegado, Cacho —pronunció Andrés, abriendo los ojos de pronto, al ver que la furgoneta estaba parada.

Los otros dos ocupantes del vehículo se rieron ante la sorpresa de su jefe dormido y asintieron con la cabeza.

—¿Cacho? Nunca me acostumbraré a ese nombre —comentó la joven Tamy.

—Bueno, lo mismo hago un “cacho” de foto de esta iglesia, o hago un “cacho” de foto del campamento y verás qué bien quedan —respondió Andrés, imitando la voz grave del fotógrafo, y la joven estalló con una risa estridente ante la expresión enfurruñada del mismo, que conducía la furgoneta.

—Bueno, ya está. Arranca y llévanos al pueblo. Aquí no hacemos nada

y debemos alojarnos en algún sitio en este agujero perdido —les interrumpió Andrés, después de unos segundos bromeando.

La furgoneta seguía el camino asfaltado, hasta que el viejo pueblo de montaña apareció delante de ellos; con sus casas derruidas, y los soportales de la calle principal empujándose entre ellos, como si todos los edificios que aún seguían en pie desearan tumbarse ya para descansar, después de tantos siglos.

El vehículo se paró por fin, delante de la cantina y Cacho bajó de él, seguido de Andrés y de Tamy.

—Aquí estamos Castrolobos. ¿Qué nos escondes? —murmuró el jefe del grupo, estirando los brazos y observando su entorno con curiosidad; para ver cómo varias de las cortinas, que se vislumbraban entre las oscuras ventanas, se cerraban con rapidez.

—Hay un bar, eso es un punto a favor para este cementerio —gruñó el fotógrafo, al ver la puerta abierta del local. Tenía la garganta seca y la imagen de una cerveza fría le hizo sentir de nuevo un renovado ánimo en su cuerpo cansado.

—Vamos dentro. Yo también estoy agotado y podemos tomar algo caliente para meter sangre en estas viejas venas —añadió Andrés, encabezando el grupo al pasar al interior del establecimiento.

Tras la barra estaba el malhumorado alcalde. Su mujer había salido y solo él se encargaba de atender las pocas mesas ocupadas. En una de ellas se encontraba el diácono leyendo la Biblia, y un poco más en la entrada, algunos de los vecinos, que levantaron su vista de las cartas al ver entrar a los forasteros. Todo el mundo se quedó callado, observando a los tipos de la ciudad que venían a interrumpir su vida diaria. No les gustaba y sus gestos así lo mostraron al instante de verlos. Solo el diácono manifestó curiosidad, dejando la Biblia abierta sobre la mesa de madera y fijándose con más atención en aquellas tres personas de tan particular aspecto.

—Elías los vio cuando empujaron la cortina de la puerta. Se paró en el sitio, mientras secaba los vasos de grueso vidrio que estaba colocando en la estantería, detrás de él. Todo en aquella vieja cantina parecía proceder del siglo pasado, había estado allí mucho antes de que sus actuales ocupantes llegaran. Los nuevos visitantes así lo pensaban, haciendo que Cacho silbara al comprobar el ambiente interior que les recibía.

—El palacio de Versalles —murmuró el fotógrafo en voz muy baja, haciendo que Tamy le diera un codazo sutil para que se callara.

Los tres ocuparon una de las mesas vacías y dejaron sus enseres sobre el suelo y en los respaldos de las sillas de madera. Era un sitio viejo y las gentes parecían hoscas y cerradas, pero eso era lo normal que ya se esperaba Andrés. Sabía cómo eran aquellos pueblos perdidos, donde cualquier extranjero molestaba y llenaba de recelo a todos los vecinos. Aquel agujero en las montañas no iba a ser distinto, pensaba, y eso le hizo sonreír en silencio al comprobar cómo todos seguían mirándoles con atención.

—¡Buenos días señores! —exclamó, levantando la mano en señal de saludo, para intentar romper el ambiente glacial que se había formado desde su entrada.

—¿Qué va a ser? —escuchó a su lado, desde lo alto de aquel tipo mal encarado que se había acercado a su mesa.

—No nos vendría mal algo de comer, si se puede —contestó Andrés con su mejor sonrisa, sin ser correspondido por el airado cantinero.

—Es ya muy tarde. Lo mismo algo queda —repuso de malas formas y sin ninguna simpatía.

—Pues tres cervezas y un poco de queso o algo de ese embutido, que seguro que se cura muy bien con este aire de la sierra.

Elías se dio la vuelta sin contestar, haciendo que los tres se miraran arqueando las cejas, al ver la expresión molesta del tipo y sus descomunales dimensiones.

—Pronto podremos ponernos a la faena. Las apariciones marianas siempre son igual, y se podrían catalogar por unos parámetros similares. Yo a lo largo de los años, lo he podido comprobar, y cuando en una localidad se dan estos casos de milagros, siempre el proceso es el mismo y las consecuencias muy parecidas —explicaba Andrés a sus ayudantes, recordando sus anteriores reportajes y comentando lo que se podían esperar en aquel lugar.

—Sois periodistas, ¿verdad? De la capital —escucharon desde una mesa en el extremo de la estancia.

«Parece un cura. Un capellán o algo similar» —pensó Andrés al ver acercarse al diácono, con sus maneras lánguidas y su chaqueta de lana abrochada hasta el cuello. En su mano portaba una biblia ajada y muy usada que apretaba contra su pecho, como si le reconfortara.

—Eso somos, en efecto, amigo... o padre ¿quizá? —respondió Andrés con ironía.

—O no, no... bueno sí, pero no soy el párroco. Él es el padre Damián

que ahora debe estar en la casa de la parroquia. Yo solo soy un modesto diácono que intenta encontrar su camino en la fe, en este pueblo —repuso Chimo, alargando su mano a modo de saludo.

El fotógrafo se la apretó, al igual que el resto de los periodistas, dejando que se sentara a su mesa. Elías ya traía las cervezas y miró al diácono, mostrando su disconformidad por verlo allí sentado. Renegó en voz muy baja y volvió otra vez a la barra, para terminar de cortar algo de queso que estaba preparando.

—Chimo es mi nombre, y no puedo disimular mi sorpresa y una cierta alegría al ver caras nuevas en este remoto lugar. Siempre es interesante y rompe la monotonía poder conocer a gente de fuera, y saber lo que ocurre en el exterior. Me imagino que ajetreado y desbordado, como siempre —comentó el diácono, mirando de reojo a la joven Tamy que pestañeaba sus grandes ojos en silencio, mientras daba largos sorbos de su vaso de cerveza fría.

—Esto ya está mejor padre. Ahora ya tengo el alma en paz —dijo sonriendo el fotógrafo, tras beberse de una vez su cerveza.

—Son buena gente, o por lo menos la vida era tranquila... pero tantas cosas han pasado en este pueblo, que ya no sabe uno qué está bien o no. Ha sucedido todo tan deprisa, tan rápido ante nuestros ojos, que nos ha superado un poco. Pero ya lo iréis viendo, si estáis unos días por aquí. Ya lo veréis con vuestros propios ojos —añadió, bajando la voz y arrepintiéndose de haber dicho estas últimas palabras, cuando ya se acercaba el cantinero con la ración de queso

—Esto es lo que hay. No queda nada más. En este pueblo no tenemos lujos ni manjares, como los de la capital. Somos gente humilde, pero somos gente buena con los nuestros. Y no nos gustan los que vienen a meter sus narices en nuestros asuntos —espetó Elías desde la altura, mirándoles a todos con el ceño fruncido y la voz ronca.

Todos se quedaron callados al escucharle y el diácono apretó más la Biblia contra su pecho, como si se protegiese de la furia de aquel gigante enfadado.

—Así son las cosas. Y no es bueno olvidarlo —terminó de recriminar, dándose la vuelta hasta el mostrador sin que nadie replicara nada en todo el local.

Andrés se dio cuenta del ambiente, y de la hostilidad que iban a encontrar. Después de terminar con el breve almuerzo, decidió que deberían encontrar un alojamiento y que el buen diácono que les acompañaba sería un

interlocutor adecuado con aquella gente tan cerrada, que daba ciertas muestras de agresividad. Lo había notado en la cantina y ahora en la calle mucho más, al ver cómo varios de los vecinos se aproximaban en silencio, mirándoles de forma amenazante y rodeando poco a poco la furgoneta.

—Seguidme a la hostería. Yo os llevaré si no os importa. Es el único lugar donde os podéis quedar. Son buena gente, pero no están acostumbrados a los forasteros —explicó el diácono, sentándose al lado del conductor cuando ya todos estaban en el interior del vehículo.

Arrancaron, intentando desplazarse sin atropellar a nadie. Los vecinos se fueron apartando despacio sin dejar de mirarlos, con aquellos ojos fríos, llenos de odio. Tamy se sobresaltó y sintió miedo. Solo Cacho silbó de nuevo, moviendo la cabeza al ver el ambiente tan agresivo que existía en el pueblo.

La furgoneta pronto llegó al hostel de las afueras. El viejo edificio se asentaba sobre un antiguo molino que había estado funcionando en la edad media, y que en la guerra civil sirvió de almacén de munición, hasta que fue volado de forma accidental. La hostería se levantó pocos años después, siendo en un principio el proyecto del marido de Sixta, para dar alojamiento a los miles de turistas que se esperaban, en la famosa estación de esquí que nunca se llegó a realizar. Ahora la hostería descansaba, envejeciendo sin que se cuidara demasiado. Sus antiguos muros se descarnaban con el viento y la lluvia, languideciendo como todo lo que estaba en el pueblo.

El vehículo aparcó en la entrada, cerca de la puerta del establecimiento. El diácono les incitó a que le siguieran y entraron en el hostel, sin decir nada más. En el vestíbulo estaba la joven Lora, que se detuvo en el acto muy sorprendida de ver extraños en su casa. A esas horas del día, casi nunca tenían huéspedes y cuando venían, siempre eran conducidos por alguno de los vecinos del pueblo, después de que su madre lo supiera con anterioridad. Ahora aquellos forasteros estaban allí, frente a ella, que los miraba con los ojos muy abiertos y la expresión desconcertada, casi estúpida, en su bello rostro; sin saber qué decir o hacer, ya que su madre no le había indicado nada.

El diácono tomó la iniciativa y pronto se acercó a la chica que le sonrió encantada. Aquel joven clérigo era muy del gusto de la muchacha, sus ojos violetas se iluminaban en su presencia y su atención solo se centraba en él cuando estaba cerca. Chimo la sonrió de forma galante, quizá en exceso familiar para un sacerdote, y la joven esperó a que le explicara qué estaba sucediendo.

—Lora, estos son amigos míos. Son periodistas famosos que han venido de la capital para hacer un reportaje sobre nuestro pueblo —explicó, esperando a que sus palabras fueran entendidas por la embobada muchacha, que no le quitaba los ojos de encima.

Andrés percibía cierta incomodidad en el sitio. Sus años como reportero de misterio, como buscador de noticias extrañas, recorriendo todo tipo de lugares donde el mal campeaba a sus anchas, le habían hecho desarrollar un raro sentido que le avisaba cuando algo no iba bien, cuando un entorno presentaba las señales que denotaban algún peligro o un crimen cometido en el pasado. Andrés lo percibía y miraba a su alrededor sin prestar atención a la conversación del diácono con la joven hostelera.

—Yo me llamo Tamy, y este de la camiseta sucia y la coleta es Cacho —repuso Tamy, acercándose a la joven.

—¿Qué pasa! —exclamó el fotógrafo a modo de saludo, empujando las bolsas de viaje que llevaba, para despejar el vestíbulo.

Andrés salió al exterior y se quedó pensativo, mirando el edificio y el entorno. Algo no le gustaba. Una columna de humo salía de la chimenea y el viento frío levantaba las hojas del camino, haciendo que un susurro suave se escuchara entre las copas de los árboles.

«¿Qué me cuentas tú?» —pensó el experimentado reportero, mirando fijamente la fachada de la vetusta casona, sin dejar de meditar algo, distraído.

Cacho también había salido y le miró de reojo. Estaba sacando las maletas y las bolsas con el material fotográfico. Su jefe parecía ausente, pero Andrés era así, siempre estaba a lo suyo, en su mundo y no le gustaba que le molestasen cuando se quedaba pensativo.

—Mi madre no me dijo nada. Lo mismo tengo que llamarla y esas cosas... ¿Y sois de la capital? —preguntó con voz bobalicona y la timidez propia de una joven que nunca había salido de su pueblo.

—Bueno, no te preocupes, no montamos mucho pollo. Solo este grandullón, pero habla poco y es un tío majo. Bueno, es majo cuando no le incordias. No te acerques a él antes de que tome el café de la mañana o te soltará un berrido. Luego es majo. ¿Verdad, Cachito mío? El otro señor más serio es mi jefe. Está afuera, pero ahora entrará. Y nos instalamos. Con cualquier cosa nos vale. Para el jefe una habitación mejor. Que no me oiga. Para nosotros nos da igual. Pero separadas, ¿eh? Que yo con este no me meto —parloteaba, apuntando al fotógrafo que metía las maletas en el vestíbulo. La joven Lora escuchaba la palabrería de Tamy, asombrada y sin poder apenas

seguir lo que le contaba. No estaba acostumbrada a ese desparpajo y al chorro inagotable de conversación que la becaria siempre demostraba. Tamy parecía feliz, tanto como siempre, y su simpatía desbordante atraía al diácono que la miraba embelesado. Lora lo percibió y su rostro empezó a oscurecerse. Aquella forastera tan guapa, tan moderna, y que sabía hablar tan bien, hacía que su amigo no le prestara atención; y eso en su mente simple producía un efecto extraño. Un cúmulo de sensaciones que pronto desembocaron en celos.

—Está bien el sitio. Es un lugar donde quedarnos y dejar nuestras cosas. Debemos instalarnos ya, para empezar pronto a trabajar —interrumpió Andrés, entrando en el hostel.

—Pero mi madre... —adujo la joven con timidez y arrastrando las palabras, sin dejar de mirar con el rostro serio a la becaria, que se había apartado del grupo y hablaba ahora con el diácono.

—¿Qué demonios pasa aquí? —se escuchó la voz grave y ronca de Quinto, desde el marco de la puerta de entrada. Tras él venía Sixta, que lo empujó de forma sutil para que entrara.

—Madre... si eso... de llamarte, pensaba yo ahora —se justificó Lora, al ver entrar a los dos en ese momento.

Todos se quedaron callados con la inesperada aparición. El exconvicto se había plantado en medio del vestíbulo con los puños cerrados. Su mala catadura y los rudos modales habían hecho que el tiempo se detuviera en ese instante, sin que nadie dijera nada, mirando al hombre con inquietud.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la viuda, con la voz neutra y el rostro tan serio como si estuviera en un velatorio del pueblo.

—Somos periodistas de Madrid, y deseábamos tres habitaciones para pasar unos días. Si eso es posible, por supuesto —respondió Andrés, con tono conciliador y un educado modo de proceder.

Quinto todavía los miraba de forma amenazante. Esperaba la señal de Sixta, sus indicaciones, antes de hacer o decir nada. Los demás se habían apartado un poco. Solo Andrés conservaba la calma, y miraba a Sixta con el semblante tranquilo.

—¿Tres habitaciones? Ya veo, ya. ¿Tres? —pensó en voz alta la viuda, mirándolos con atención, sin dejar traslucir sus intenciones, con un gesto frío y neutro.

—Está bien, Quinto. Lleva las maletas de los hombres al piso de arriba. Ya sabes las habitaciones. Esta muchacha se quedará en la que está libre aquí abajo, al lado de Lora —repuso Sixta, organizando al grupo y

cumplimentando la admisión con el reportero.

Quinto resopló con cierta molestia, pero no añadió nada, su actitud sumisa con la viuda era palpable y no podía liberarse de ese yugo al que le sometía la mujer. Subió las maletas, seguido del fotógrafo y de Andrés; dejando a la joven becaria que continuaba hablando y sonriendo con el diácono.

—Yo si me quedara en un pueblo mucho tiempo me sentiría morir. O sea muerta del todo. No es que no me guste el campo y eso. Me gusta. Hace poco fui de marcha con unas amigas a un concierto en el campo. ¿Tú no vas a conciertos, verdad? Fue un concierto genial, una pasada... ¿O sí puedes ir a conciertos? No sé, porque nunca había conocido a un diácono —charlaba, sin parar de hablar con Chimo, que casi no podía interrumpir su conversación.

La vieja escalera chasqueaba como si la madera se quejase, molesta por los visitantes, al soportar los pasos de Andrés descendiendo de nuevo hacia el vestíbulo. El reportero había dejado a su fotógrafo instalándose en la habitación, mientras Quinto vigilaba en silencio que todo estuviera bien. Andrés deseaba hablar algo más con la viuda. Su instinto le pedía hacerlo y él nunca dejaba de hacerle caso. Sixta seguía colocando papeles en el pequeño mostrador de la entrada, sus ademanes daban a entender que estaba atenta a todo lo que ocurría, aunque no deseaba que se notara en exceso. Andrés se acercó despacio y carraspeó un poco, haciendo que la viuda levantara la vista y volviera a su actividad sin prestarle atención.

—No parece que haya muchos más huéspedes. Los peregrinos gustan más de acampar en tiendas de campaña, según veo —comentó el periodista, para hacer que la viuda le prestara mayor atención.

—Cada quien va a lo suyo, y esa gente no es buena para el pueblo —respondió la mujer.

—Nosotros somos gente muy respetuosa. Nuestro trabajo siempre es un beneficio para los sitios donde vamos. Y un reportaje puede hacer que mucha gente venga a su pueblo y use los establecimientos, los bares y las tiendas. No pretendemos molestar a nadie, y menos interrumpir la vida normal de esta comunidad. Solo hacer lo que sabemos hacer y contar nuestras historias —se explicó Andrés, sin saber muy bien por qué le daba esas aclaraciones a la viuda.

Sixta levantó la cabeza del mostrador y lo miró con intensidad. Escuchaba el parloteo incesante de la joven Tamy y veía la expresión seria en la cara de su hija, que estaba cerca de ellos sin intervenir en la conversación.

—Otros periodistas han venido, y este pueblo no es un buen lugar para noticias o cosas de ese tipo. No es lugar para cosas de la capital —repuso, sin dejar de mirarle.

—Aquí estuvo Dany alojado ¿verdad? —preguntó sin dejar que la conversación se volviese a enfriar.

Sixta volvió la cabeza para mirar a su hija y hacerle una seña imperceptible que ella entendió, pero que no hizo caso.

—Me refiero al joven reportero que tuvo un lamentable final... que todavía investiga la policía— quiso incidir Andrés, sin explicar a la viuda que el joven era un enviado suyo. No deseaba por el momento contarle más cosas a esa mujer inquietante, que parecía tener el carácter y la voluntad suficiente para que todos los que la rodeaban la obedecieran.

—¡Lora! —exclamó la viuda, sin dejar de mirar al periodista de reojo—. ¡Ven ahora mismo aquí!

La muchacha protestó en voz baja y arrastró sus pies hasta donde estaba su madre. Los ojos de la viuda centelleaban como dos carbones encendidos. Su hija bajó la mirada y no repuso nada, pero era evidente que en su interior algo se quemaba con la llama de los celos, al ver cómo su joven y amable diácono tonteaba con la mujer que acababa de llegar. Una forastera de la ciudad, una guapa chica que vestía mejor que ella, que hablaba mejor que ella y que sabía decir muchas cosas divertidas y atraer a los hombres. Eso pensaba Lora, sin dejar de escuchar el eco de las risas de la becaria y la voz tranquila del clérigo.

—Tu sitio está aquí, en tus tareas. O ya sabes lo que pasará —sentenció la viuda con la voz áspera y sin esperar ninguna respuesta.

Andrés se quedó callado al ver aquella situación, pero no deseaba terminar aún la conversación sobre su enviado al pueblo. La joven Lora recogió varias sábanas que seguían en la misma silla, donde las había depositado cuando fue interrumpida por la llegada de los forasteros y se dirigió a las habitaciones de esa planta, bajo la severa mirada de su madre. Andrés volvió a presionar a la viuda, con sus preguntas.

—Me refiero a Dany, el reportero de la radio. Era un colega mío y me gustaría saber qué es lo que pasó. O si usted vio algo —volvió a preguntar, esperando que la viuda le prestara atención.

—Nada sé yo de él. Le vi por ahí haciendo preguntas. Con ese grupo de gente del prado de la iglesia. Pero yo voy a lo mío. Bastante tengo con criar a esta chica que me va a volver loca un día. No me meto en las cosas de otros

—repuso con seriedad, dando por zanjada la conversación y viendo cómo Quinto bajaba por las escaleras, seguido de Cacho, el fotógrafo.

La viuda acompañó al exconvicto hasta el final del pasillo, llevando a su hija con ella. Andrés y el fotógrafo se quedaron mirando, mientras el diácono ya se despedía de su parlanchina interlocutora para salir a la calle. La hostería se volvió a quedar en silencio, dejando a los tres periodistas solos en el vestíbulo.

Tamy les sonrió desde el quicio de la puerta de su habitación y saludando con la mano, con una sonrisa alegre, se metió en su interior, cerrando con suavidad. Solo Andrés y Cacho seguían en el sitio sin decir nada, hasta que salieron a su vez, para terminar de sacar algunos bultos más que tenían en la furgoneta.

La becaria colocaba sus cosas en la vieja habitación. Canturreaba feliz y miraba todo su entorno con expresión divertida. Le encantaban aquellos viajes a sitios que nunca había conocido, donde los muebles viejos y ese cómico crucifijo, le recordaba las películas en blanco y negro y todo un mundo del pasado que le llamaba mucho la atención. El armario se resistió a que lo abrieran, después de un tirón que descolgó su vieja puerta. Una carcajada salió de la boca de la joven, al darse cuenta y silbó en el aire al ver el estrecho espacio para guardar su ropa.

—¿Dónde meto todo? Menuda caja de cerillas —murmuró, colocando sus cosas en el pequeño hueco de los cajones inferiores.

Un ruido muy leve se escuchaba en el exterior. Un gemido que iba en aumento, hasta que la hizo detenerse para percibir mejor el sonido, que ahora se notaba con tanta claridad. Eran gritos apagados, quejas angustiosas que se entendían muy bien. Un escalofrío atravesó su cuerpo y se quedó petrificada en el centro de la habitación; el grito había cruzado como si fuera un rayo en una tormenta. El miedo empezó a hacer mella en la joven, que se dirigió hacia la puerta, indecisa sobre qué hacer. Los lamentos eran intensos y parecían proceder de algún lugar en la hostería, muy cerca de allí. Colocó su oreja en la vieja puerta del cuarto para escuchar mejor y de pronto, un fuerte golpe en la misma, proveniente del exterior, la hizo gritar y apartarse, presa del sobresalto.

—¡Abre Tamy! ¡Abre, soy yo! —escuchó, reconociendo la voz de Cacho desde el exterior.

Tras el tremendo susto que había recibido y percibiendo aún los lamentos y gemidos, que se seguían oyendo, aunque mucho más amortiguados;

abrió la puerta para ver el semblante estoico de su amigo, frente a ella.

—Andrés está en la furgó. Nos vamos ya, guapa —anunció, esperando que la becaria le siguiese.

Los lamentos ya no se oían. Solo la voz del fotógrafo rompía el silencio del hostal.

—¿No escuchaste nada? Un grito muy fuerte. Como de llorar —le preguntó antes de salir de su habitación.

—¿Grito? Algo sí que oí. Un ruido fuerte como un golpe y unas voces. Pero yo que sé. Aquí todo el mundo anda de la cabeza. Tienen una pedrada muy grande, niña, y no me fijo. Yo a tomar un cacho foto y a lo mío, ya sabes. Andrés espera. Venga, vamos —se impacientaba al ver que la joven no acababa de salir tras él.

—Sí, ya... pero gritaron y alguien lloraba fuerte. Lo escuché. Lloraba muy triste, Martín. No sé, no me gusta nada —repuso, saliendo junto al fotógrafo a la calle. Sin dejar de pensar en lo que había escuchado.

Los lamentos fueron audibles por el pasillo de la planta baja. Los periodistas ya no estaban allí. Habían salido hacia la aldea, para comenzar su trabajo y empezar a tomar el pulso de aquella población, muy cerrada y hostil.

En la habitación del final del pasillo, Sixta se apartaba de su hija, mirando de reojo al rudo exconvicto. La muchacha sollozaba con la espalda lacerada. La sangre fluía con profusión por su blanca piel desnuda, tras el castigo que le había infligido su madre. Colgando en el respaldo de la silla, oscilaba un flagelo de cuero anudado, con el que había sido golpeada varias veces, hasta que su delicada piel había empezado a sangrar. Sixta volvía a estirarse las mangas de su vestido negro y miraba satisfecha a su hija. Eso era lo necesario, era lo que debía hacer para expulsar la lujuria de la mente enferma de su niña. El Espíritu Santo se lo había dicho y debía hacerle caso, como era su obligación. Así pensaba, seria e inaccesible. Sin mostrar ni el más mínimo síntoma de compasión o cariño.

—Lo hago por tu bien, querida niña. Ya sabes que debemos sufrir para conseguir la salvación de nuestras almas. Nuestra madre redentora nos lo ha dicho, Lora. Por el sacrificio, por el dolor os salvareis. No debes llorar por ello, sino sonreír feliz, porque hoy has podido escapar de las garras de la lujuria y de la maldad del pecado del hombre. Tú debes seguir siendo pura. Una virgen en este mundo lleno de basura y de herejía. Yo no permitiré que te manche ningún hombre —afirmó la viuda, con la voz fría y la expresión dura e inmutable.

Quinto lo escuchaba todo en silencio desde la puerta. Permanecía allí viendo aquel castigo y recordaba la cárcel, los días de dura represión por parte de algunos de los presos; las peleas, las caras reventadas y el olor del miedo. Y se frotaba la cicatriz que aún tenía en el codo. Aquel tipo había quedado con el cráneo abierto y los sesos escurriendo como una pasta marrón por todo el pavimento de cemento. Él tuvo que hacerlo para defenderse, para demostrar que no sería una presa fácil para los demás.

La voz de Sixta lo sacó de sus ensoñaciones, hablándole al lado de su cara.

—Sal de aquí de una vez, animal. Dios mío, nunca te lavas y hueles como un cerdo del corral. Lleno de sudor y de grasa —protestó, empujando al exconvicto fuera de la habitación, mientras le manoseaba y se pegaba a él de forma lasciva en el oscuro pasillo.

Lora se quedó sola en el cuarto. Seguía arrodillada en el suelo, sollozando por el dolor que sentía; pero aún más por la honda pena y la rabia que anidaba en su corazón enfermo. Su mente no podía entender todo aquello, no entendía el odio ni la desesperación que padecía. Solo deseaba huir de allí, hacer daño, vengarse para aliviar su sufrimiento.

—Son como perros en celo. Como perros, y te tienen miedo. Por eso te hacen daño. No lo consientas más. Debemos vengarnos. Debemos hacerles daño a ellos también —escuchaba en su cabeza, como si la voz de la niña se mezclara con sus pensamientos, sin que ella pudiera evitarlo.

En el pasillo, Sixta abrazaba al exconvicto y lo besaba con pasión. El hombre la estrechaba entre sus brazos, haciéndole daño, con la rudeza propia de un salvaje, y los dos reían en voz baja. La viuda le mordió en el labio, haciéndole sangrar y Quinto se quejó, apartándola con un gruñido.

—Maldita seas, víbora de los demonios —exclamó, sujetándola de nuevo y atrayéndola hacia sí; volviéndola a besar y dejando que la sangre de su labio les manchara a ambos la cara.

—Eres una bruja enferma, y te voy a dar tu merecido —susurró el hombre, llevándola en brazos por el pasillo. La viuda seguía riendo como una loca, mientras Quinto la besaba.

—Deben sufrir como tú. Sentir el daño que te hacen. Deben todos morir —susurraba la niña, acariciando su pelo, mientras Lora lloraba otra vez. No tenía a nadie, solo a su amiga, que la aconsejaba y la quería. Ella era su único mundo ahora y tenía que hacerle caso. Tenía que ser fuerte para vengarse de todo aquello y poder ser libre por fin.

En el pueblo, los tres periodistas habían estado esa mañana recorriendo sus calles estrechas e intentando tomar el pulso de aquella comunidad. Ningún vecino había colaborado y todas las puertas se mostraban cerradas para ellos. Solo el simpático diácono era amable, el único que se había acercado en aquella aldea fantasma, donde todos les evitaban. Andrés miró la hora y se dio cuenta de que el ruido que notaba en su estómago era un aviso real para comer algo. El día iba a ser muy largo y debían reponer fuerzas para seguir con sus pesquisas.

La puerta del sótano de la hostería se abrió despacio, chirriando como los viejos huesos del hombre que salía sin hacer ruido. En la oscuridad, un ser de baja estatura y constitución deforme, intentaba volver a cerrar la puerta sin encender o portar ninguna luz. El sacristán subía los peldaños, pisando con cuidado y bamboleándose por su desmañada forma de andar. Ya no se escuchaba nada en el vestíbulo; la viuda y Quinto habían subido a la planta superior y el pasillo de abajo permanecía en silencio y sin luz. El sacristán se paró en el pasillo y recordó las voces de sus amigos del sótano. Se acordaba muy bien de lo que le habían dicho al visitarlos, como hacía casi todos los días para cuidarlos, para colocarlos en la mesa y ver si seguían bien o necesitaban algo. Solo Azazel le había hablado.

—Saturio, tú serás mi enviado. Ya sabes lo que tienes que hacer. Mis seguidores serán recompensados cuando el que está por llegar, esté entre nosotros —le había dicho la voz terrible de Azazel, que provenía de la mesa donde los cuerpos descansaban sin vida. El sacristán lo escuchaba todos los días; debía hacerlo, se convencía a sí mismo, mientras se limpiaba la saliva.

—¿Qué haces aquí? —sonó a su espalda, sobresaltándose al pensar que estaba solo.

Se volvió y vio a la viuda al pie de la escalera, con los brazos cruzados y la expresión dura y fría.

La mente del pobre viejo se mostraba clara, pero su voz no conseguía articular las palabras para contestar. No podía aunque lo intentaba, como si un alacrán le agarrara por la garganta y le impidiera hablar.

—Eres un estúpido deforme. Una monstruosidad de la naturaleza, que nunca debió nacer. Engendro del diablo. Ya te he dicho que no debes entrar aquí sin que yo lo sepa. No debes venir como una alimaña, arrastrándote en la oscuridad para meterte en el sótano. Ahora vete al pueblo y sigue a los forasteros. Escucha lo que hablan, vigila lo que hacen, sin que se den cuenta. Y luego me explicas todo, sin olvidarte de nada. Hazlo ahora y no te quedes ahí

mirándome como un retrasado. ¡Vete ya! —le gritó Sixta, haciendo que el sacristán agachara la cabeza y saliese deprisa del hostal.

—Te mueras pronto, perra fornicadora —murmuró, escupiendo en la calle y corriendo como un conejo asustado hacia el pueblo.

La voz de Quinto se escuchaba desde el piso superior. Un vozarrón que la reclamaba para que volviera a su lado. Sixta cambió su gesto al escucharla y sonrió con malicia. Ese maldito tarado siempre andaba como un fantasma por todos lados, y no era capaz de cumplir nunca un encargo, pensaba, cuando subía despacio hacia la habitación donde aquel animal la esperaba de nuevo.

El deforme sacristán corría por el camino, tapándose la cabeza con el cuello de lana de su chaqueta. Su voz murmuraba insultos para todos, para los acampados y para los forasteros, y solo ansiaba recordar a sus amigos del sótano, los únicos que le hablaban con simpatía y le trataban bien.

Después de un rato caminando, entró en la cantina del pueblo, mirando a todos lados de forma astuta. Los periodistas ya estaban allí comiendo en una de las mesas de la entrada. Elías barría el suelo mientras su mujer se afanaba dentro de la trastienda. Saludó con la cabeza al cantinero y cogió el periódico de una de las mesas, sin dejar de mirar de reojo a los forasteros. Andrés notó la presencia de aquel hombre, que arrastraba una pierna de forma cómica y mostraba su rostro repugnante lleno de babas. Tamy le guiñó un ojo a su jefe, mientras mascaba y hablaba a la vez, como solía hacer.

—Matamos al gusano —espetó el fotógrafo, con sus modales bastos, riendo al terminar el contenido de su plato.

—Está todo muy bien, como una vez que comí en un monasterio, pero no nos esperaban y me presente allí con doce amigos, que fue aquello una locura, porque ¿cómo íbamos a comer todos allí sin avisar? Y luego los curas, que no son curas ¿no? Bueno monjes, que eran muy majos, nos dieron de comer y... —parloteaba Tamy, hasta que la interrumpió Andrés, dejando que por fin tragara el trozo de carne que bailaba en su boca de forma irreverente.

—Debemos repartirnos el trabajo. Cacho, debes darle ya al botón. Sácalo todo, todo lo que te llame la atención. Pero sin meterte donde no te llaman. Mucho ojo. Ya sabes. —le encargó al fotógrafo, mirando a su vez a la becaria que esperaba impaciente conocer su cometido.

El sacristán escuchaba la conversación, acercando poco a poco su silla desde la mesa donde estaba sentado. Pasaba las hojas del periódico, murmurando palabras como si el texto le hiciese proferir pequeños comentarios. Andrés le miraba de reojo y sabía que aquel hombre les estaba

oyendo, quizá con demasiado interés, y eso le hacía sentirse incómodo.

—Tamy, debes salir a entrevistar a los acampados. Con cuidado, con simpatía, buscando datos. No quiero historias ni alucinaciones —le indicó sin dejarla hablar, colocando el dedo índice en su boca, moviendo la cabeza para que se diera cuenta de que estaban siendo escuchados.

—¡Ya vamos a tener que recoger lo de la comida! —exclamó Elías desde la barra, que empezaba a impacientarse y sentía cómo aquellos forasteros le molestaban cada vez más. Sabía que no debía propasarse, que todo llegaría en su momento; Sixta se lo había asegurado, pero su carácter violento le comía por dentro y solo deseaba sacar a golpes a aquellos tres intrusos, que habían venido a husmear en su pueblo, y en las cosas que nadie debía conocer.

Las nubes comenzaban a dejar caer una lluvia muy fina. Un aguacero que se empezaba a formar y que hizo correr a los tres periodistas hacia la furgoneta. Andrés había decidido acercarse a la iglesia y sobre todo a la zona donde los acampados permanecían desde hacía meses. Era un buen sitio para empezar, ya que lloviera o no, eso no interrumpiría sus planes.

Una multitud de peregrinos y de seguidores de los milagros de la Virgen de Llercia se agolpaban en la entrada de la iglesia. Era un tumulto que se había empezado a formar desde las primeras horas de la tarde, cuando el párroco había llegado, arengando a sus fieles. El movimiento de los fanáticos dentro de aquel mar de toldos multicolores del campamento, arrastraba a todos hacia el templo. Oradores y profetas, alucinados y locos, una amalgama de gentes diversas venidas desde todos los puntos de la península, para recibir cada día el influjo divino de aquel lugar santo.

La furgoneta había aparcado a un lado de la vieja carretera, casi era una pista asfaltada que sufría el hielo y la nieve en los duros inviernos de las montañas. Tamy y el fotógrafo habían bajado del vehículo, para dirigirse hacia el acontecimiento que se empezaba a formar. La lluvia seguía cayendo inclemente, una fina humedad que empapaba a todos y hacía que el ambiente oscuro y frío obligara a que desearan entrar en la iglesia, a pesar de que ya no cabía nadie más. El agobio era enorme, un apretado grupo de hombres y mujeres se empujaban para ubicarse dentro del templo.

Andrés arrancó la furgoneta y prosiguió la carretera; había decidido

acercarse a la comandancia del Valle, para conversar con los guardias civiles. Quería recabar información sobre todo lo ocurrido y sobre los hechos que tenía en su poder la policía, referentes a la muerte del joven reportero. Mientras conducía, meditaba en todo lo que había visto, en ese inquietante ambiente que se respiraba dentro de la hostería, y sobre todo en los vecinos del pueblo, una comunidad infectada por el mal. Eso lo notaba con intensidad. Debía ser cuidadoso y no cometer errores. La gran noticia estaba ahí, pero también el peligro acechaba a cada paso, lo veía con claridad.

En ese momento, Tamy se cubría la cabeza con un plástico, dejando que Cacho empezara a moverse entre los fieles, protegido por un gran chubasquero que le daba un aspecto grotesco y divertido.

—Que mogollón de gente. No te duermas Martín, que aquí hay mucho tema —le aseguró la chica, acercándose al diácono que también estaba allí.

—Hola señorita periodista —saludó el clérigo, tomando de la mano a la joven reportera. Sus ojos se habían iluminado al verla y una sonrisa amanerada se formó en su rostro acicalado.

—No te importa, ¿verdad? ¿Un cura puede estar al lado de una mujer en público? Me refiero del brazo. Bueno, qué más da. Qué tarde más mala, es un asco —contestó Tamy, colgándose del brazo del diácono, para guarecerse de la lluvia bajo su paraguas oscuro.

—Ya empezaste con tu trabajo, me supongo. Hay mucha expectación en la iglesia. Nuestro padre Damián está hablando ahora de las virtudes del buen cristiano y de la salvación del alma por medio del sacrificio —añadió, con expresión apesadumbrada.

—Ya veo el ambientazo. Qué cantidad de gente. Debería entrar ahí, pero hemos llegado tarde y no creo que pueda pasar. ¿No habrá una puerta lateral, o algo así para poder entrar? Una puerta VIP para chicas reporteras descaradas —preguntó, sonriendo con un guiño pícaro.

—Lo mismo sí lo hay. Lo mismo. Pero para chicas descaradas no va a ser posible, solo para guapas reporteras —replicó el diácono, acercando su rostro al de la joven, que seguía sonriendo por la ocurrencia.

Lora había llegado con los vecinos del pueblo. Casi todos habían entrado en la iglesia, abriéndose paso con el cantinero en la cabeza del grupo. Él despejó el camino sin tener ningún miramiento con los allí presentes. Con su fuerza y su agresividad apartaba a todo el que se interponía, empujándolo o literalmente levantándolo del suelo para lanzarlo a un lado. Un griterío, un clamor de indignación, se escuchaba en todo el templo, haciendo que el

párroco dejara de hablar y se fijara en la llegada de sus vecinos.

—¡Dejemos que los hermanos que cuidan de nuestra Señora puedan entrar! ¡Dejemos que se acerquen a nuestra Madre! —exclamaba para acallar los gritos de la multitud, al ver cómo sus paisanos empujaban y golpeaban.

Al lado de una columna, oculto por las sombras del claroscuro del templo, Simón Eslava era testigo de todo lo que estaba sucediendo. El agente de la Iglesia observaba y su rostro impassible permanecía sin ningún cambio, a pesar del tumulto que se había formado. Se encontraba entre los peregrinos desde primera hora de la mañana, vestido como uno más, con una larga túnica y una tira de cuero sujetando su pelo. Entre aquella multitud de gente pasaba desapercibido y podía moverse con libertad para llevar a cabo su cometido.

—¡Por los clavos de Cristo, apartaos de mi camino hijos de perra! —exclamó Elías, dando un terrible golpe a uno de aquellos falsos profetas que intentaba frenar su avance—. ¡Por Dios y Satanás, que os partiré el espinazo si os ponéis frente a mí! —rugió encolerizado, azuzado desde atrás por la viuda del hostel. Sixta le apretaba la espalda con una leve presión que el cantinero notaba, al igual que un caballo siente las espuelas de su amo. Estaba fuera de sí, y la viuda lo sabía. Sonreía satisfecha viendo cómo todos les temían, hasta que llegaron al lado de la imagen de la Virgen. Allí pudieron hacer un hueco para situarse a su alrededor, mientras el párroco continuaba con su perorata aberrante, declamando las virtudes de la santidad y la muerte fulminante de los blasfemos bajo el rayo vengador de Dios.

Lora había visto al diácono con la becaria. Los vio, nada más llegar al exterior de la iglesia. Allí estaban juntos, riendo y abrazándose, muy cerca el uno del otro bajo el paraguas del diácono. Lora les observaba y sentía arder su pecho. Un odio feroz y arrebatado le hacía sacar sus instintos más bajos, sus ansias de hacer daño, de enfocar su venganza por tanto dolor que reprimía, sobre aquella pareja de malditos bastardos. Con esos pensamientos los seguía, viendo que se dirigían a un lateral de la iglesia, cada vez más alejados del tumulto formado en la puerta de entrada.

—Buscaremos esa puerta VIP, para la guapa reportera —bromeó el diácono—. Pero llámame Chimo. Ese es mi nombre —repuso el clérigo a la chica que llevaba de su brazo.

—¿Chimo? Qué bueno. Me gusta. ¿De dónde eres?

—Soy de Valencia, bueno... de Oliva.

—¡Anda tú! Me encanta esa zona. Las playas y el solazo. Qué cambio has dado, viniendo a este sitio tan frío y tan apartado, ¿no?

—Sí, es verdad, sí —susurró con los ojos un poco perdidos, pensando en sus playas largas de fina arena dorada, y en el sol bendito de su tierra natal; y un suspiro se escapó de su boca, haciendo reír a la chica que lo acompañaba.

—Me llamo Joaquín, pero todo el mundo me llama Chimo —terminó de explicar, cuando ya llegaban a la puerta lateral del templo, que conectaba directamente con la sacristía.

Lora los espiaba desde una equina, oculta por uno de los contrafuertes que salía del muro. Miraba con sus ojos llenos de odio, con un deseo irrefrenable por destruir a la chica. Los dos se habían metido por la puertecilla que se abría en la pared exterior del ábside de la iglesia. Ella conocía esa entrada y los seguía, no podía evitar hacerlo movida por los celos que le devoraban las entrañas.

Sixta miraba a su alrededor satisfecha, el bullicio de los fieles iba disminuyendo poco a poco ante las palabras monótonas y repetitivas del párroco. Buscaba a su hija entre la multitud, pero no la veía. La última vez que la había visto, había sido en la entrada, cuando tuvieron que apartar a toda esa gente estúpida que no les dejaba llegar hasta su Virgen; pero ahora no estaba allí con ellos, y era del todo necesaria su presencia. El párroco seguía hablando en alto, apuntando con el dedo a la estatua sagrada y todos aquellos fanáticos esperaban los prodigios que la joven aldeana iba a realizar esa tarde, pero la chica no estaba, había desaparecido y el malestar general se empezaba a extender por todo el templo.

—Busca a Lora. Búscala ahora mismo —le había ordenado al sacristán, empujándole para que se moviese de su lado.

—Así se mueran —rezongó en voz baja, intentando acercarse al presbiterio para pasar por detrás del altar, que era la única zona despejada del templo. El párroco lo vio llegar y le miró con repugnancia y cierto desprecio, se apartó de él para que pasara y siguió con su perorata insufrible, que hacía que los fieles protestaran cada vez más.

El agente de la Iglesia también se desplazó entre aquel apretado grupo de seguidores. Había visto cómo los aldeanos se habían posicionado al lado de la imagen y deseaba estar más cerca de ellos para escuchar sus palabras, y poder así vigilar mejor sus movimientos. Sabía que algo estaba pasando. La joven que veía las visiones no estaba y todo parecía indicar que aquella mujer severa y vestida de negro dirigía la comitiva del pueblo. La había visto hablar y manejar a todos, incluso cuando el viejo deforme pasaba renqueando por

detrás del altar.

La puerta de la sacristía se abrió de pronto, dejando que dos personas apareciesen en la iglesia, ocultas entre la gente y las sombras del templo. El sacristán se había parado a medio camino, al reconocer al diácono que le saludó con la cabeza. El viejo se quedó perplejo sin saber qué hacer y no se movió del sitio.

—Buscaba a Lora... —pudo añadir como excusa, sin saber por qué, al ver enfrente al diácono y a la forastera.

—Estoy aquí, Saturio —contestó Lora, al escuchar su nombre, saliendo la última de la sacristía y cerrando la puerta tras ella.

Sixta la vio en el acto y apretó los labios al comprobar lo que estaba ocurriendo. Ese maldito cura amancebado seguía a la forastera como un perro en celo, y su hija, una pobre criatura sin maldad, sufría y se sentía atraída por esa influencia perniciosa. Ella debía cortar el tema. Debía acabar con aquel influjo de Satanás para que su hija no se sintiera atraída por el demonio. Porque era el demonio el que actuaba dentro de los ojos alegres y de los labios dulces de la joven reportera. Estaba allí y ella lo sabía muy bien, pensaba Sixta, sin apartar la mirada del diácono y de Tamy.

Lora ya había llegado junto a la Virgen, seguida de Saturio, que se limpiaba la saliva de su labio, dejando escapar silenciosos insultos en voz baja.

—Fornicadores. Todos son perros en celo.

El párroco mostró una luminosa sonrisa en su rostro blanco y sudoroso. Su cabello alborotado le daba un aspecto de loco, que se intensificaba con la expresión de sus ojos alucinados.

—Ya tenemos aquí a la joven María Dolores, nuestra niña bendita que posee el don de las visiones, el don del milagro al escuchar las palabras de nuestra santa Madre.

Un rumor incontenible se extendió por toda la iglesia. Los fieles explotaron en un clamor que impedía escuchar la voz del cura y hacía que la chica se esperase para interpretar su papel. Solo al cabo de un rato, el griterío fue decreciendo y Lora pudo realizar sus movimientos y su espectacular puesta en escena, frente a todos los fanáticos que la rodeaban.

—¡La Señora me habla! ¡Viene a mí con sus manos abiertas y sus pies sangrando por recorrer un camino de espinas! ¡Llora por nosotros lágrimas de sangre! ¡Llora para alcanzar el perdón por nuestras almas pecadoras! —gritaba ante la multitud, haciendo que todo el templo se estremeciese como si

fuera un mismo cuerpo, como un ser acongojado bajo una gran pena que los apresara a todos por igual. La imagen de la Virgen dejaba ver el fluido rojo. La sangre descendía por su pétreo rostro, llegando a gotear sobre sus pies desnudos. La sangre corría por su manto de piedra, y todos los fieles allí reunidos lo admiraban, aclamando ese prodigio, al escuchar a la vez las palabras de la joven.

Solo Simón Eslava permanecía inalterable, todo aquello era como esperaba. Ya conocía esos sitios, esos lugares donde la gente enloquecía tras falsos milagros y prodigios fingidos. Este de ahora estaba muy bien realizado, se daba cuenta, pero descubriría a los causantes y desmontaría toda aquella farsa. De eso estaba seguro.

La lluvia continuaba cayendo con fuerza, golpeando el exterior de la iglesia, como si los cielos desearan limpiar tanta maldad acumulada. Solo los ecos del tumulto se escuchaban desde fuera del recinto sagrado, solo eso y el batir de las lonas de colores del campamento que soportaban el embate de la tormenta.

El ritual estaba terminando, todo parecía indicar que el declinar de la tarde traería cierta paz a aquel demencial lugar. Las carreras de los fanáticos para guarecerse y la salida en silencio de los vecinos, ya daban por concluido el espectáculo dantesco, que se había producido una vez más en aquel templo profanado por el mal. La noche traería a los fantasmas y quizá dejaría deambular nuevos demonios por las calles de la aldea.

El agente de la Iglesia esperaba bajo la lluvia. Había cambiado de aspecto y se refugiaba bajo un paraguas de color negro. Esperaba sin prisa la llegada del párroco a su vivienda.

Con su andar desgarrado y a grandes zancadas, el sacerdote venía escapando del aguacero, mojado del todo, para refugiarse en su casa. La noche se cernía sobre todos, oscura y tenebrosa, dejando que solo la sombra del agente fuera visible en un lateral. Al verlo de cerca, el párroco se sobresaltó y no pudo reprimir un chillido tan agudo como el de una rata.

—¿Quién está ahí, escondido como un ladrón? —exclamó asustado, acercándose a la puerta con precipitación, y haciendo girar la vieja llave de hierro.

—Damián, no debes asustarte. Creo que ya sabes quién soy, ¿verdad? —contestó el agente, saliendo a la escasa claridad para que el cura le reconociese.

El párroco sabía muy bien qué representaba aquella enseña que

llevaba prendida el hombre en su elegante gabardina negra. La conocía y la temía, y nunca se habría imaginado que un representante del Santo Oficio pudiera llegar hasta allí. En su cabeza recordaba aquella agrupación secreta, una de las secciones innombrables de la Sagrada Congregación. Sabía de ella solo por los rumores que se extendían entre los demás clérigos y sacerdotes, obteniendo una imagen irreal y peligrosa de lo que era capaz cuando eras tú el centro de su interés.

Damián se estremeció, pero invitó a pasar al siniestro personaje que le esperaba y después entró detrás, sacudiendo su ropa húmeda y sintiendo el calor vivificante del interior de su morada. En la cocina ya estaba Lora preparando algo para cenar. La chica siempre se encargaba de las tareas domésticas del párroco y mantenía su casa limpia y dispuesta para que fuera confortable. Ahora cocinaba alegre, hasta que los dos hombres entraron en el vestíbulo y escuchó sus voces y sus pisadas.

—Pase, pase, por favor, al cuarto. Es todo muy humilde, pero está en su casa —añadió el párroco visiblemente intimidado, indicando al agente la pequeña habitación donde sentarse y poder calentarse con la chimenea de leña.

—¡Padre, ya está la cena, en un momento! —gritó Lora desde la cocina, sin saber que tenían visita esa noche.

Simón pasó a la estancia y se quitó la gabardina, muy serio. Observaba todo lo que le rodeaba, sin manifestar ninguna emoción. No había venido para valorar las privaciones de aquel cura, ni su piadosa existencia. Su misión era terminar con aquel circo blasfemo y eso es lo único que ocupaba su mente.

—Siéntate Damián, aquí —indicó el agente, moviendo una silla desde la mesa del cuarto—. Siéntate, y escucha lo que debo decirte —añadió, colocando sobre la mesa una agenda de tapas negras decorada con una cruz roja, y encima de ella, un bello crucifijo dorado con el emblema del Santo Oficio.

—Padre, ya está todo listo para cenar, si quiere ya, claro... — interrumpió la joven, entrando en la habitación, quedándose con la boca abierta al ver a aquel extraño sentado al lado del cura.

Sus ojos se abrieron de forma desmesurada, sin decir ni una palabra. El párroco parecía muy preocupado, con un aspecto nervioso y una palidez extrema que resaltaba más que otras veces. Movía las piernas inquieto en la silla, sin dejar de mirar la agenda y al hombre que estaba sentado frente a él. Lora bajó la cabeza con timidez y salió de nuevo de la habitación. No sabía

qué hacer y decidió escapar. Siempre era su solución para cualquier situación incómoda.

—¿Quién es? —preguntó Simón.

—Es la asistenta. Una joven del pueblo que mantiene esta casa parroquial.

—¿Es la chica de las visiones?

—Sí, es Lora.

—Está bien. Mándala a su casa. Nadie debe escuchar lo que te debo comunicar —apremió el agente, dejando que el clérigo despidiese a Lora, que salió preocupada sin saber qué estaba pasando. En su mente simple se imaginaba muchas cosas, pero pronto su ingenuidad hizo que todo aquello pasara, para dirigirse a la hostería.

—Esto no va a ser Fátima. No es Fátima. Lo comprendes. —El sacerdote movía la cabeza afirmativamente sin decir nada, ante la dura expresión del agente—. Debe acabar ahora. No se va a consentir que este sitio perdido del mundo, sea un constante malestar para los Reverendos Padres que velan por todos nosotros. Debes comprenderlo Damián. No se va a permitir. Debes terminar con todo esto y expulsar a todos esos locos que están acampados frente a tu iglesia.

—Pero... pero, eso no puede ser. No podemos ir en contra de los mandatos de nuestra Señora. Ella lo ha decidido así. No podemos. Es contra natura, contra la palabra de Dios. Es imposible, que me exija eso su excelencia. No me puede pedir eso. No puede... —terminó de protestar, dejando que su voz se extinguiese casi sin fuerza.

—Puede y lo hace. Y no solo él, Damián, es el Santo Oficio el que te lo ordena. Yo te lo ordeno en su nombre, en nombre de su Santidad. Esto debe parar. Si no lo haces, tomaremos las medidas oportunas y tú serás destinado a otro sitio, donde podrás expiar tus faltas y pasar a una vida reclusa y de oración, para que Dios pueda perdonarte por tu terrible pecado, hermano. Así será, quieras tú o no. Así está decidido, y ni tú ni yo podemos ir en contra de nuestra sagrada Congregación —terminó de explicar el agente, esperando que el cura asimilara bien sus palabras y aceptara sus órdenes.

En la cantina, los tres periodistas empujaban la cortina de plástico, para sentir el frío de la noche y la desapacible lluvia que aún anegaba la calle, convirtiéndola en un barrizal. El diácono también salía con ellos, bromeando con Tamy, y hablando de forma distendida con los otros dos hombres. Lora los vio desde lejos, iluminados por la claridad de la puerta. Se quedó quieta bajo

la lluvia. Estaba empapada y todavía nerviosa por lo que había visto. Cruzaba los brazos, apretándolos en torno a su pecho, para concentrar el escaso calor de su cuerpo. Su chaqueta de lana chorreaba y el vestido floreado se pegaba a sus piernas. Allí estaban los forasteros y el apuesto diácono riendo con la chica. Con esa chica de fuera que le tenía sorbido el seso. Así pensaba al verlos, y se acercó despacio, siguiendo la sombra de la calle y recorriendo el soportal opuesto, para ocultarse tras una columna.

También Saturio les veía desde un cobertizo, donde solía permanecer mucho tiempo apartado de todos, para evitar sus burlas y sus insultos. Allí podía admirar las revistas viejas donde salían fotos de hermosas mujeres desnudas. Algunas que había reunido al cabo de los años, robadas de los coches de los repartidores, o de las casas de los pueblos vecinos. Eran su pequeño tesoro y las miraba con los ojos muy abiertos, dejando que la baba escurriese sin control por su labio partido. Pasaba las hojas despacio y sentía que su cuerpo se estremecía con su necesidad viril a punto de estallar. Ahora se asomaba por el ventanuco del cobertizo, desde la primera planta que ocupaba aquella construcción abandonada y observaba con el ceño fruncido a los forasteros, a la luz de la puerta de la cantina.

—Malditos todos, cerdos sodomitas —susurraba, sin dejar de mirar con la expresión llena de odio y envidia.

La joven Tamy seguía al diácono que la protegía con el paraguas; tras la invitación de este, para que un café de buenas noches fuera su forma de despedirse. Tamy aceptó acompañarlo a su casa. El clérigo parecía inofensivo, y le podía venir muy bien para sonsacar información interesante.

Andrés miró a la joven y le guiñó un ojo. Confiaba en ella; aquel relamido cura no era un peligro. Ellos se irían al hostel para descansar, ya que el día siguiente se advertía intenso y lleno de sorpresas.

En la casa parroquial, Damián negaba con la cabeza todas las razones que el agente de la Iglesia le imponía. No estaba dispuesto a ir en contra de su santa Madre, y así se lo decía una y otra vez, con obstinada intención.

—Eres un estúpido loco, Damián. Si te pones en nuestra contra, acabarás tus días en cualquier agujero perdido. Tus huesos se enfriarán en una húmeda celda de un monasterio remoto. Y nadie te echará de menos. Entiende lo que te digo —afirmó Simón, elevando su voz pero sin perder ese frío y amenazante tono que tanto amedrentaba a sus interlocutores.

—¡Yo no voy a abjurar de mi fe! ¡Soy un instrumento de la voluntad de mi Señora, de la voluntad del Cristo vivo! —gritó, levantándose de la silla y

elevando sus ojos al techo, como si un rayo divino le iluminase en ese momento.

—Estás loco. Siéntate ahora —ordenó el agente, golpeando su rodilla con precisión y contundencia, sujetándole después del brazo, mientras se desplomaba en la silla emitiendo un gemido. —El cura le miró asustado, con un dolor agudo en su pierna. Simón se acercó más y le miró a los ojos—. Esto se acabará ahora. Yo terminaré con esta fantochada de sangre y de milagros. Si tienes cómplices, o ese deforme ser que hace las veces de sacristán, te ayuda, será también anulado, al igual que cualquiera que esté metido en este asunto. Piensa bien en todo ello. Pronto volverás a verme, y si no has hecho todo lo que te he ordenado, entonces... —susurró esto último con un tono amenazador, al oído del loco sacerdote—. Entonces la maquinaria de la Iglesia pasará por encima de todos vosotros y luego nada quedará en este insignificante pueblo —añadió, haciendo que el cura sintiera un escalofrío, sin poder levantarse por el dolor que le agarrotaba la pierna.

Cerca de la puerta de su casa, el diácono se apartó de Tamy para mirar a su alrededor. Conocía muy bien aquel pueblo donde cualquier cosa era espiada por sus vecinos. Eran una pequeña comunidad y nada pasaba inadvertido.

—Tamy, pasa deprisa, no te mojes más —apremió Chimo, con la intención de no permanecer más tiempo en la calle, cerrando la puerta de su vivienda en el acto, para escapar de las miradas hostiles de los curiosos.

Bajo la fuerte lluvia, Lora también se cobijaba, entrando por la parte trasera de aquella vieja casa en ruinas; aunque conservaba el viejo corral y un establo ya sin techo, donde las vigas de madera soportaban a duras penas las paredes derruidas. Lora conocía muy bien aquellos escondites, desde pequeña se perdía por ellos, escapando del mundo que la rodeaba y sobre todo de su autoritaria madre. Sabía cómo llegar al desván de la casa del clérigo, cómo meterse por la vieja puerta del corral y subir sorteando las escaleras hundidas, sin hacer ningún ruido. Como si fuera un gato, se desplazó entre los travesaños de madera y los tablones del falso techo; ese espacio perdido que antaño se había usado para desván, y que ahora solo era un nido de ratas y de polvo acumulado. La chica pisaba con cuidado por la gran viga central. Con mucho cuidado hasta que se acercó al lugar donde se escuchaba la alegre voz de Tamy.

—Un poco más y nos ahogamos. Aquí cuando llueve, es que cae un mar de agua, ¿no? Hemos acertado al venir. Estás como un pollo mojado... un

cura mojado... —Se reía con su ocurrencia, haciendo reír a su vez a Chimo que buscaba algunas toallas para secarse.

La cocina se notaba caliente. Era pequeña, pero la estufa de hierro quemaba la madera con vigor, desprendiendo suficiente calor para que resultara acogedora y confortable. El diácono secó su ropa y puso las palmas de las manos muy cerca de la superficie candente del metal. Tamy lo miraba sentada a la vieja mesa, secándose el pelo con la toalla.

—¿Hacemos un café con leche, o un colacao, o algo caliente? ¿Tienes para hacer algo en esta cocina, o solo lo que calientas en el microondas? Tuve un novio que no sabía ni freír un huevo. Tenía dos manos izquierdas y solo se acercaba a la cocina para quemarse. Inútil del todo. Lo mismo un cura sí sabe cocinar. ¿Os enseñan eso en el internado? ¿Se dice internado? Es que mira que me pierdo con estas cosas de la religión —parloteaba sin parar, mientras el clérigo ya sacaba la vieja cafetera para calentar un poco de agua y servir algo templado que les entonara por dentro.

—Se dice seminario —contestó, sonriendo de forma burlona.

Lora los escuchaba desde el desván, mirando a través de las juntas del entramado del techo. Veía con dificultad a la chica sentada a la mesa y a su lado al diácono, andando por la cocina, y sobre todo escuchaba las malditas palabras de la forastera, esas palabras que le embaucaban como si fuera un estúpido, dejándose arrastrar por su voz dulce y suave. Esos pensamientos hacían sentir el rencor y los celos ardiendo en su interior.

La lluvia también golpeaba el tejado de la iglesia. Era un repiqueteo constante que escuchaba Sixta, mientras recogía las flores secas del oficio del día. Ningún otro ruido se percibía, y aunque alguien hubiera entrado, aquel estruendo que producía la tormenta sobre el tejado del templo, habría impedido escucharlo. Unos pasos firmes y decididos, pronto llegaron a sus oídos, haciendo que se volviese con el ramo de flores secas en las manos. Sus ojos intentaban averiguar quién estaba entrando a esas horas, quién se atrevía a mancillar ese santo lugar sin su permiso. Una expresión de ira se cruzó en su cara, sin conseguir ver al intruso.

—¿Aquí estabas? —escuchó una voz conocida, áspera y ruda, como el mismísimo trueno que acababa de retumbar.

—¿Dónde esperabas que estuviese, majadero? Alguien se tiene que preocupar de todo en este pueblo de vagos y retrasados —contestó la viuda, escupiendo las palabras con soberbia.

—Como una gata salvaje, siempre sacando las uñas. —contestó entre

grandes carcajadas el exconvicto, abrazando de pronto a la viuda que no tuvo tiempo de esquivarlo.

Quinto había salido de la sombra, tras la imagen de la Virgen. Estaba empapado y olía a alcohol y a vino rancio. Su forma de proceder demostraba su estado.

—Aparta de mí maldito borracho. Hueles como una cloaca repugnante —protestó la viuda, hincándole las uñas en un brazo y haciendo que el hombre se quejara por el dolor.

—Perra en celo, te voy a dar tu merecido —rugió fuera de sí y empujó a la viuda contra uno de los bancos, derribando un pesado candelabro de hierro que solo tenía un trozo de cirio encendido. El porta velas hizo un gran estruendo al caer contra el suelo de la iglesia, y un rayo se abatió por los pequeños ventanucos superiores, acompañado del bramido de la tormenta, que solo iluminó de forma tenue la cara enloquecida del hombre, y la expresión lujuriosa de Sixta, cuando se abrazaba y lo besaba con fuerza.

—Bastardo, suéltame —protestaba, sin dejar de abrazarle, de besarlo, sin que el fuerte olor de su cuerpo la importara. Solo la excitaba más, como si todo lo que quería reprimir fuera olvidado cuando aquel animal la poseía en su contra, o con su consentimiento. Ya no podía distinguirlo.

El rostro de la Virgen, con los dos finos hilillos de sangre seca, se iluminó con la claridad de un nuevo relámpago. Sixta la vio allí quieta, mirándola desde arriba de su pedestal, observando cómo aquel salvaje le quitaba la ropa y la rompía en jirones sobre el banco de la iglesia. Ella quería que parase, que lo dejara, pero su cuerpo lo abrazaba sin poder evitarlo. La Virgen la miraba, y el exconvicto la devoraba con sus besos y sus fuertes manos lascivas.

En su casa del pueblo, el diácono daba ligeros sorbos al café caliente. Eso le hacía sentirse bien, pero mejor aún le hacía sentirse la joven que estaba frente a él en la cocina.

—No tenemos luz, se debe haber ido con la tormenta. Tendremos que alumbrarnos con una vela —comentó, levantándose de la mesa para sacar de un cajón, un cabo usado de cera.

—Es más romántico. —Sonrió la joven. Y volvió a beber su café con leche, levantando el enorme tazón que había depositado el diácono en sus frías manos—. Da gusto que esté caliente, qué bien sienta —susurró, sin dejar de beber.

—No somos más que lo que Dios quiere que seamos —murmuró el

diácono, mirando a la chica a los ojos.

—El chico que murió era mi amigo, ¿sabes? Eso me ha afectado mucho. Mucho, de verdad. Es terrible quitarse la vida siendo tan joven. Era tan joven como tú. Y ahora no está. Eso es terrible y no es fácil de entender — se animó a comenzar a hablar, para dar un giro a la conversación, por donde esperaba conseguir alguna información.

El diácono la escuchaba en silencio, con la taza de café en sus manos. Asentía con la cabeza, recordando todo lo acontecido días atrás, y en su mente la pena se mezclaba con su propia angustia, con la falta de fe; y comprendía al muchacho que había decidido irse de una vez. Lo mismo esa era la salida, pensaba, desconectándose un poco de la alegre charla de la reportera.

Lora los observaba apretando los dientes y sentía el cálido aliento de otra persona a su lado, su amiga, la niña que tanto le acompañaba, esa voz dulce que la confortaba y la entendía. Su cara ensangrentada estaba al lado de la suya. Sus manos se mostraban rojas por la sangre que ella ansiaba en su corazón. Sentía un odio infinito por lo que veía entre las rendijas de los tablonces del techo. No podía permitirlo, y la voz monocorde y áspera de la niña le seguía martilleando en su cabeza, sin parar, sin dejar de machacarle con esas palabras de odio y de maldad.

—No debes permitirlo, Lora. No debes consentir que esos dos perros en celo te dejen a un lado. Que esa mujer te robe a tu amor. Te destruya por dentro. Es un demonio transformado en una amable chica, eso es lo que es. No te dejes engañar por su dulce voz, por esos ojos bonitos y por ese cuerpo delicioso, que tu amigo solo quiere ahora poseer y abrazar. Eso es lo único que quiere; abrazarse con ella, estar con esa mujerzuela en vez de estar contigo. Pero no debes permitirlo más. Debes matarla, matarla. ¡Matarla! — repetía una y otra vez a su lado, tocándola con sus manos llenas de sangre, que notaba tibias y húmedas en su cara, la joven Lora.

Las risas de los dos, de Tamy y del diácono, se escuchaban a través de las tablas. Era una risa suave, pero alegre, cuando él intentaba distraerla de esas preguntas tristes e incómodas.

En la iglesia, los jadeos de Quinto y de la viuda se confundían con los truenos, que parecían querer derribar el viejo edificio; ultrajado ahora por la maldad de todo un pueblo, por las escenas impías y los bajos deseos que habían contemplado aquellas mudas paredes. Los jadeos y las risas de ambos se mezclaban con el intenso viento de la tormenta, que los disolvía entre los susurros y las confidencias de los dos jóvenes, que seguían hablando bajo la

titilante luz de la vela, en la cocina del diácono. Solo la voz llena de odio de la niña, rompía el hechizo que la lluvia traía. Esa voz áspera y seca que retumbaba en la cabeza de Lora, aplastando su cara contra la rugosa superficie del tablón, para ver más, para comprobar cómo su amado se aproximaba solícito, a la maldita extranjera.

Sus puños apretados hacían que las uñas se clavasen en la delicada piel de sus manos, sin que sintiera ese dolor, un dolor conocido, como el del castigo que siempre sufría, casi a diario. La sangre fluía por su puño cerrado, derramándose contra la madera; escurriéndose entre los tablones para precipitarse por la rendija hacia la cocina. Una gota, roja y densa como la maldad que anidaba en su corazón, cayó sobre la inquieta llama de la vela. El diácono se había aproximado a la muchacha y había tomado sus manos entre las suyas, sin darse cuenta, como una acción despistada, consecuente con su distendida charla. Tamy hablaba sin parar, con su alocada y monótona cháchara, que dejaba poco margen para contestar a Chimo; pero este ya no quería hablar más, solo estar cada vez más cerca de la joven. La gota salpicó la llama y un suave chisporroteo saltó de la mecha ardiente, y se evaporó en el acto, sin que los dos se dieran cuenta.

—Mátala, Lora, mátala —seguía escuchando en el ambiente, a su alrededor, por detrás de cada viga, de cada trasto allí acumulado.

—Deben morir, todos deben morir —retumbaba entre las columnas de la iglesia, iluminada solo por los relámpagos que seguían golpeando las nubes, sobre el viejo templo. Eran ecos de los espectros allí acumulados, almas sin descanso que atravesaban ahora toda la gran nave central, mientras Sixta no veía ya nada, solo sentía el placer de aquel cuerpo caliente y húmedo sobre ella; la pasión de aquel animal que la poseía sin decir nada, solo rugiendo y mascullando insultos en voz baja. Los seres infernales los sobrevolaban, rozándolos con su tenue esencia, como si fuera un leve vapor frío entre las columnas, a través de la imagen de la virgen, incluso entre las viejas figuras de los santos que decoraban el retablo. Los ecos seguían gritando, cada vez más fuerte, clamando palabras malditas.

—Deben todos morir. Deben todos pagar como blasfemos, por el crimen que han cometido contra Dios. Deben arder en la hoguera de la justicia. ¡Mujer, escucha la voz de tu amo! —retumbó en el templo, haciendo que la viuda apartara al exconvicto, para ver los espectros a su alrededor, los muertos que volvían para meterse en su alma y enfriarla aún más.

—Mátala Lora —susurraba la niña ensangrentada—. Mátala ahora.

Solo el ruido de la tormenta que arreciaba se podía escuchar en ese instante, golpeando con furia los tejados, las fachadas de las casas, demostrando un poder capaz de arrasar aquel pueblo maldito.

El vendaval se prolongó durante toda la noche, una larga noche, donde todos permanecieron escondidos en sus viviendas, sin asomarse siquiera, rezando por el perdón de sus pecados y temiendo que no hubiera un nuevo día para ver la luz del sol.

—Demonio de tormenta —dijo Andrés, mirando por la sucia ventana de su habitación. Nada se veía en el exterior del hostel. Solo la lluvia mojando el camino de grava, transformado ahora en un arroyo, donde el agua discurría hasta el pueblo—. Mañana habrá limpiado todo. O quizá no... —susurró, riendo para sí, volviéndose a meter entre las calientes sábanas y dejándose atrapar por el sueño. Veía la imagen de una joven que no reconocía, solo su espalda y su cabello pelirrojo; mirando a través del sucio suelo de madera por una pequeña rendija iluminada que no conseguía apreciar; hasta que todo se difuminó en un sueño más profundo, mientras la lluvia seguía repiqueteando en su ventana.

La noche estaba muy avanzada, cuando Tamy salió de la casa del diácono. El aguacero había amainado un poco, alejándose la tormenta que se perdía entre las cumbres de las montañas. La chica levantó la vista al cielo nuboso y se encogió dentro de su bufanda de colores chillones, cerrando el paraguas que el diácono le había dejado. La noche era fresca, pero no hacía tanto frío como en días anteriores. La lluvia había atemperado el ambiente y ahora solo el olor a humedad y una suave brisa se notaban a su alrededor.

—Ya no llueve —murmuró, para escuchar su voz y sentirse más tranquila.

La noche estaba muy silenciosa, el lejano ladrido de un perro rompía la calma, y solo las gotas de agua que se escurrían desde los tejados, podían oírse entre las calles del pueblo. A lo lejos, una voz pronunció su nombre. Un sonido conocido que no llegó a identificar, pero que hizo que se detuviera bajo el soportal.

—¡Tamy! ¡Tamy, soy Dany! —escuchó con claridad.

En ese instante no supo qué hacer. Su instinto le indicaba, le exigía que siguiera su camino hacia la seguridad del hostel. Allí estaban sus amigos, allí estaba a salvo de cualquier demonio, animal u hombre. Pero aquella voz...—. ¡Tamy, te necesito! ¡Ayúdame, soy Dany! —volvió a oír al otro extremo de la calle.

Con cautela, comenzó a andar en esa dirección. Las nubes impedían distinguir nada entre las sombras. Todo era un claroscuro tétrico e inquietante, formas humanas se adivinaban en las esquinas y entre los soportales de la acera. Eran viejos barriles y restos de carros que aparecían ante sus ojos, cuando se acercaba más a ellos. Los fantasmas de sus miedos la asaltaban a cada paso que daba; y solo la necesidad de saber quién la llamaba, ese nombre de su amigo, del joven que se había quitado la vida en aquel agujero perdido, hacía que fuera irresistible para ella, y que no pudiera desoírlo.

—¡Te necesito! —trajo la brisa de la noche, como un eco que provenía de la oscuridad, a lo lejos.

Poco a poco, fue recorriendo la calle y saliendo del pueblo por la vieja carretera que llevaba a la iglesia. Podía ser una llamada desde el otro mundo. Su amigo podía estar allí, en ese espacio perdido, donde las almas que han muerto con crueldad, o por desesperación, aún vagan sin saber dónde están, sin saber qué rumbo tomar para escapar. Tenía que ir a donde la voz sonaba, tenía que ayudar a Dany a subir al cielo, donde debía morar ahora.

—Tamy, ayúdame... ayúdame... —susurró el viento cuando atravesó la fachada de la iglesia, y vio cómo aquella antigua mole de piedra desafiaba a las nubes y se elevaba, misteriosa y severa, ante ella. El lejano mar de toldos, donde los acampados tenían montada su aldea improvisada, no se veía entre la oscuridad. Estaba demasiado lejos y solo se vislumbraban los árboles más cercanos del sendero que llevaba al arroyo. Ella lo conocía porque ya había estado allí por la mañana, cuando buscaba entre aquellos peregrinos una información, algo que aclarara las muertes que estaban ocurriendo.

La voz volvió a escucharse, proveniente de la ladera del arroyo, muy cerca del árbol donde el cuerpo del pobre reportero fue encontrado. Tamy estaba segura de que era él. De que su alma no podía descansar y tenía que ayudarlo, explicarle que ya no debía tener miedo, que debía salir de esa zona de confusión en la que estaba y avanzar hacia su destino en el cielo.

—Ayúdame, Tamy. Te necesito —escuchó muy cerca de ella cuando se aproximó al agua. La voz era más clara, más definida; era una voz conocida que ya había escuchado antes, y no era la de su pobre amigo. Aquella voz no era la de Dany, ahora se daba cuenta.

—Aquí estoy. Aquí estoy esperando... —volvió a percibir por detrás de los arbustos.

—Tú no eres Dany —afirmó, sintiendo un escalofrío intenso en su cuerpo.

Una piedra le golpeó con fuerza en la cabeza.

—Yo no soy Dany. Soy la venganza —escuchó muy cerca de su rostro, una voz infantil, dulce como la de una niña.

Tamy aún respiraba, todavía podía arrastrarse y consiguió moverse hasta el agua del arroyo. La corriente estaba tranquila y fría, muy fría; tanto, que volvió a reanimar a la chica, que se introdujo en ella con la cabeza destrozada. Mil visiones pasaban por sus ojos, en un estado de aturdimiento y desconcierto que la atrapaba. Entre aquellas veladas alucinaciones veía una sombra, un ser que se aproximaba a ella y colocaba sus manos en torno a su cuello, para sumergir su cabeza en el agua. Ella se resistía ya sin fuerzas, con el último estertor de la vida que ya se escapaba. Las manos la empujaban una y otra vez bajo la fría superficie del arroyo. Era como metal fundido que quemaba su garganta, hasta llenar sus pulmones para impedir que respirara.

Todo terminó en unos minutos. El cuerpo sin vida de la joven se mecía en el agua. Sus ojos miraban desde la superficie, muy abiertos, con un brillo despavorido, mostrando el último terror que habían visto. Unas manos tiraron de ella, arrastrando el cadáver fuera del agua y subiéndolo despacio por la orilla hasta la pradera cercana.

La sombra seguía tirando del cuerpo. Las ropas desprendían vaho del calor que se escapaba de la joven. Seguía tirando de él en dirección a la iglesia, sin pararse un instante. Solo cuando entró y cerró la puerta, la noche volvió a su calma, una paz forzada que borraba el crimen cometido en su seno.

El alba traía ecos de la tragedia. Andrés se despertó de pronto, sobresaltado en su cama. La luz de la mañana ya se filtraba a través de los cristales sucios de su ventana. En la hostería se escuchaba el ruido de sus moradores. Puertas y tarimas que crujían bajo las pisadas de los que ya se habían levantado muy pronto en la casa.

El periodista golpeó la puerta de Martín. Un gruñido sordo se escuchó a través de la vieja madera, haciendo que aflorara una sonrisa en su rostro fresco y recién afeitado. El fotógrafo rezongaba en su cama, protestando por la impertinente voz que le llamaba desde el pasillo. Andrés dejó de golpear y bajó por las escaleras, siguiendo el olor del café y de los bollos recién hechos. En una de las mesitas del salón, se había dispuesto un frugal desayuno. Dos tazones grandes contenían un líquido tostado y humeante, al lado de una

fuelle de loza blanca que portaba varios bollos azucarados, recién horneados en la cocina del hostal. Sixta se movía por las habitaciones, gritando a su hija, que siempre era el blanco de su desabrido humor.

Andrés recorrió el pasillo hasta la habitación de su joven ayudante. Golpeó en la puerta, pero ninguna respuesta obtuvo de su interior. Pensativo, se dirigió de nuevo al salón, donde se sentó a la mesa preguntándose por su becaria. En ese instante, un mal presentimiento lo asaltó, antes de meterse en la boca un trozo de dulce. No la había visto desde la noche, cuando se fue del brazo del amanerado diácono. Era una chica muy despierta y nada propensa a meterse en líos. Eso ya lo sabía. Y si ese relamido clérigo hubiera querido propasarse, habría tenido la forma de cortar la situación sin dificultad. Una joven acostumbrada a los barrios de la ciudad, no se sentiría amedrentada por un garrulo cura de pueblo. Eso pensaba, bebiendo algo del café con leche del tazón.

Cacho entró en ese instante en el salón, con aspecto de haber sido arroyado por un tren de mercancías. Solo movió los ojos a modo de saludo y se dejó caer en la silla con un suspiro fatigado.

—Maldito colchón, que tengo los huesos hechos polvo —se quejó, ante la mirada ausente de Andrés.

—¿Tú has visto a Tamy? —le preguntó, interrumpiéndole.

—¿Tamy? —Se quedó pensativo, como si ese nombre no significara nada para su mente adormecida—. No, no la he visto desde ayer.

—Tampoco has oído nada, ¿no? Ni que llegara esta noche —terminó de preguntar, como si fuera algo de lo que ya sabía la respuesta.

—Nada, desde que la vi con el cura ese de la gabardina.

—Ya... yo tampoco... —murmuró Andrés, cada vez más inquieto.

Antes de subir a su habitación, el periodista se aproximó al lado de Sixta, que seguía concentrada en sus tareas domésticas, sin dar muestras de escucharlos o de prestarles la más mínima atención. Andrés tuvo que interponerse en su camino, para que la viuda se detuviese y levantase la vista, para mirarlo con irritación.

—¿Ha visto a la chica que viene con nosotros? La joven que nos acompañaba ayer —inquirió con seriedad.

—Yo nada he visto, ni quiero ver. Cada uno vamos a lo nuestro en este pueblo —espetó sin mostrar ninguna simpatía ni ganas de seguir hablando.

—Quizá la joven sabe algo. Lora se llama, ¿verdad? —indicó con el dedo, al ver a la muchacha salir con un gran fardo de tela doblada en sus

brazos, y pararse de pronto con los ojos muy abiertos e inocentes, ante su madre y el forastero.

—Ella no sabe nada. ¿De qué se va a enterar esta pobre simple? —respondió, antes de que la chica abriera la boca.

—Lo mismo la vio anoche, o esta mañana...entre jóvenes ya se sabe, se tienen afinidad, se entabla amistad —justificó Andrés, para escuchar por la boca de la chica la respuesta que buscaba.

—Lora nada sabe. Y no ve a nadie. Ella está a lo suyo —repuso la viuda, colocándose frente al periodista con el gesto serio y taciturno.

La puerta de la calle se abrió y el exconvicto entró en el vestíbulo, arrastrando sus pies mojados y gruñendo por el frío de la mañana. Portaba un gran haz de leña y el hacha en una mano que apretaba con fuerza.

—Disculpe, no quería importunarla, pero estoy preocupado por mi joven empleada —se excusó Andrés, al ver a la viuda con aquella actitud hostil y persistente.

—Yo no he visto a la chica. Es maja esa chica ¿verdad? Pero no la he visto —respondió Lora, con su voz dulce y tímida, por detrás de su madre.

La viuda resopló con fuerza por la nariz, visiblemente irritada por aquella situación y se volvió para mirar a su hija de forma furiosa, con una expresión que la hizo retroceder y bajar la cabeza. Solo el exconvicto rompió aquella tensa situación, entrando en el salón, sujetando el hacha en una mano después de haber dejado la leña en la cocina.

—Tanta pregunta, amigo, está incomodando a la señora —exclamó, pronunciando despacio con la voz ronca y una velada amenaza en los ojos.

—No era mi intención...

—Cada uno a lo suyo. No hay respuestas aquí para preguntas que no nos interesan.

Andrés se alejó del exconvicto, preocupado al ver cómo la viuda cogía su brazo para calmarlo y sonreía con una mueca burlona. Aquel salvaje era muy capaz de ser violento y el periodista no quería enfrentarse a él de ningún modo. El hacha volvió a su posición de reposo y la viuda sacó a su hombre del salón. Solo Andrés quedaba allí de pie sonriendo a Lora, que seguía quieta con las sábanas en las manos. Se encogió de hombros con timidez y subió por las escaleras, dejándole solo.

Martín estaba ya en la furgoneta, preparando su mochila. Limpiaba los objetivos y la cámara que pensaba usar en ese día. Había visto subir a Andrés a su habitación, y esperaba en el coche a que bajase.

La puerta de Tamy estaba cerrada. Había vuelto a llamar un par de veces, pero nadie contestó desde el interior. Solo el ruido de los pasos de Lora en las otras habitaciones, se percibía en la planta alta de la hostería. Sin pensarlo más, giró el pomo y entró en la estancia. Sus ojos se acostumbraron enseguida al interior. La cama estaba sin deshacer. Todo en ese espacio pequeño y con olor a moho indicaba que nadie había entrado en todo el día. La maleta de Tamy no estaba, ni ninguna de sus pertenencias. Abrió los cajones y la puerta del armario, y comprobó con sorpresa, que estaban vacíos. Parecía como si la chica se hubiera evaporado en el aire, como si todo recuerdo de ella hubiera desaparecido y nunca hubiese venido con ellos.

Era todo muy extraño, Andrés no podía entender que Tamy se hubiera marchado sin decirle nada. ¿Y cómo había salido del pueblo? ¿Por qué tan rápido, de forma tan precipitada? Un mal presentimiento se empezaba a formar en su corazón, que le hacía sentir un pinchazo en el pecho.

«No me gusta nada» —se decía a sí mismo, revisando con la mano el fondo de los cajones—. No hay nada —pronunció en voz baja, con la mente confusa—. Debo hablar con ese clérigo. Él tiene que saber qué ha pasado. ¿Dónde ha ido Tamy? —murmuró, empujando los cajones del armario y cerrando la vieja puerta.

De forma inconsciente se quedó mirando el espejo. Sus ojos observaban la pulida superficie sin darse cuenta de lo que veían; solo fue un segundo, un pequeño lapso de tiempo en que su cerebro estuvo desconectado; hasta que se abrieron de forma desmesurada para ver a una figura femenina, que avanzaba desde la profundidad de un oscuro lugar. Se acercaba despacio desde el fondo del espejo, rodeada de llamas y del humo oscuro y denso de un gran incendio. Cada vez era más visible, más clara su forma. Andrés estaba paralizado ante esa visión, no podía moverse, solo contemplar cómo aquel ser se aproximaba sin remisión, hasta que estuvo muy cerca. La figura de una mujer se apreció con claridad. El rostro de Tamy le miraba desde el otro lado del viejo espejo. Un rostro triste que esbozaba una silenciosa sonrisa. De sus ojos negros brotaban lágrimas rojas, un fluido de sangre humedecía sus mejillas, mientras ella indicaba con su mano un espacio por detrás. Tamy lo llamaba:

«Ven conmigo... ven ahora... allí... allí» —escuchaba en su mente, como si fuera un susurro sesgado, un siseo profundo que le arrastraba.

—¡Tamy! —exclamó presa del estupor, sin poder dejar de mirar hacia donde le indicaba.

En el fondo de aquel abismo, que se abría tras la chica del espejo, una gran nube de humo negro parecía bullir con vida propia, como si fuera lava de un volcán entrando en erupción, explotando con violencia para cubrirlo todo con una maldad que Andrés sentía en su interior. Tamy le indicaba aquel abismo, sin dejar de apremiarle.

Un ser del inframundo, un demonio antiguo, nacía en aquel sitio perdido. Largas lenguas de fuego se extendían a su alrededor, rugiendo con la fuerza de un terremoto inmenso. El periodista temblaba, fijo en aquella visión. Sus ojos abiertos y despavoridos recibían el impacto visual de una impresión que parecía real y auténtica. Algo que le atrapaba del todo sin dejarle pensar; ahogándole, casi sin poder respirar.

«Azazel...» —sonó en su cerebro.

—¡No! ¡Tamy! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, sintiendo una fuerte presión en el hombro, un dolor que le trajo de nuevo a la realidad, haciendo que toda la imagen del espejo se esfumara de repente, como si apagara un mágico televisor.

—¡Andrés! ¡Tío, vuelve! —escuchó la voz de Cacho, que le agitaba para hacerle despertar de su alucinación.

—Tamy... estaba Tamy —balbuceó, sintiendo la boca seca y un sudor frío recorriéndole la frente.

—¡Qué solo es un cuelgue que te ha dado, tío! Ponte las pilas y respira, qué te vas a caer al suelo —exclamó el fotógrafo, muy preocupado por el estado de postración de su jefe.

Andrés se acercó al espejo y lo tocó con la mano. La pulida superficie devolvía solo su imagen, nada más. Tamy y aquel ser del infierno ya no estaban.

—Era todo tan real —susurró, siendo consciente de que había sufrido una alucinación, aunque no del todo convencido.

Se volvió y Cacho estaba allí a su lado con un gesto serio, mirándole confuso, sin saber qué decirle. Solo esperaba que su jefe reaccionara y volviera al trabajo.

Encima de la cómoda había un papel doblado, sujeto por un viejo frasco de perfume vacío. Andrés lo descubrió y lo cogió para verlo más de cerca. Al desdoblarlo, comprobó que alguien había escrito unas líneas rápidas en letras mayúsculas. Un texto muy corto, para la importancia del mensaje que contenía:

PERDONA ANDRES NO PUEDO
SEGUIR ESTOY CON PENA
POR LO DEL CHICO TENGO
QUE VULVER A LA CAPITAL
YA ME LLEVA UN AMIGO
NO TE PREOCUPES NO
LLAMES YA LLAMO YO

El mensaje era extraño. Un lacónico texto que no parecía provenir de aquella alegre chica, tan parlanchina, tan extrovertida con todos. Andrés lo leyó varias veces para convencerse de que era de ella. Eso parecía indicar, allí en su habitación, doblado esperando a que lo encontrase. Pero la forma de expresarse era rara. Algo había en esas palabras que lo desconcertaban.

—Ya tengo el cacharro preparado. ¿Vamos no? —apremió Cacho desde la puerta de la habitación.

—Sí, vamos... —contestó despistado, volviendo a leer la nota, andando despacio hacia la salida.

«“Capital” —Esa palabra rebotaba en su cerebro una y otra vez—. “Capital”» —pensaba en silencio, bajando por las escaleras hacia la furgoneta.

Al cruzar la calle principal del pueblo, el diácono levantó la mano para que el vehículo parase. Se acercaba con su rostro suave y un gesto educado. Andrés bajó el cristal de la ventanilla y le miró, esperando saber qué deseaba.

—Buenos días señores —dijo en tono afectado—. ¿La joven Tamy no viene hoy con ustedes? ¿Está enferma quizá? —preguntó con el rostro afligido.

—No, hoy no. No sabemos dónde está. Creía que se había quedado en tu casa —disparó a bocajarro Andrés, esperando ver una reacción en la cara del clérigo que le diera alguna pista, alguna señal de que sabía más de lo que aparentaba.

—No... en mi casa no, por Dios —contestó, sonriendo azorado, mirando a los lados como si invisibles testigos le reprobaran por algo—. La joven se fue anoche a una hora prudente. Solo fue un café y una conversación sobre el trabajo —se excusó, como si aquella pregunta contuviera algún reproche.

—¿Anoche? Qué raro. No ha estado en su habitación y según una nota suya, se ha ido esta mañana para Madrid —le explicó, sin dejar de observar su reacción.

—¡A Madrid! ¡Virgen santa, ¿por qué?! —No pudo reprimir su sorpresa, que se reflejaba en su cara sin disimulo—. Quiero decir, que parece muy precipitado. ¿Quizá un familiar enfermo? ¿Un asunto de trabajo? —. Intentó arreglar, mirando para otro lado.

—Nada sabemos. Nada más. Es todo muy raro. Si sabes algo o te enteras de algo, te ruego que me lo comuniques. Estamos muy preocupados —

le aseguró, volviendo a cerrar la ventanilla y continuando su camino hasta la iglesia. Cada vez estaba más convencido de que debía ir a la policía. Aquel asunto, la desaparición de la chica y la visión de esa mañana en el espejo, eran una señal de que algo había pasado, de que Tamy no se había ido por su propia voluntad. Dejaría a Cacho en la pradera..., o mejor no; irían los dos al Valle para explicárselo a la Guardia Civil, con aquella nota extraña.

«“Capital”, “chico”» —aquellas dos palabras contenidas en la nota, seguían martirizando su mente, como piezas equivocadas de un rompecabezas.

Simón Eslava entraba en el viejo santuario en ruinas, emplazado a las afueras del pueblo, en las estribaciones de las montañas. Había decidido investigar aquel sitio, su documentación le indicaba que era un lugar donde se estaban realizando cultos paganos, actos sacrílegos y misas demoníacas, que se debían frenar e identificar a sus participantes; y sobre todo reconocer y apresar o eliminar a los cabecillas. Sus órdenes eran precisas y necesitaba reconocer la zona a plena luz del día, para calcular sus opciones y saber por qué aquel sitio era tan importante en los rituales, que se venían celebrando por parte de aquella secta incipiente. Simón así lo había reflejado en su informe preliminar. El nacimiento de una nueva secta vinculada al culto del demonio y a una falsa adoración de los milagros de la Virgen, tras su análisis inicial de la situación. Ese documento había salido ya por email, mediante la comunicación vía satélite que disponía su vehículo, para que lo recibiese el arzobispo y el Santo Oficio.

Ahora investigaba el santuario sobre el terreno. Recorría la nave central de la vieja basílica, despacio, mirando las columnas que aún seguían en pie y los derrubios de sillares amontonados por todos lados. Un viejo altar se veía en la zona del presbiterio, una bonita talla en piedra gris que resaltaba ante tanta desolación. La antigua torre seguía en pie. Parecía aún sólida y sorprendentemente intacta en aquel lugar en ruinas. El resto de las edificaciones solo eran un amasijo de escombros, que no presentaban mayor interés para sus pesquisas.

Ya entendía muy bien dónde se situaban los integrantes de la secta, y la importancia de que el altar siguiese intacto, para utilizarlo como centro de sus oficios paganos. Se podía imaginar al grupo de locos con sus antorchas y sus frases blasfemas, todos reunidos alrededor del oficiante; con seguridad, aquel loco párroco, de eso no tenía duda. Todos repitiendo con voz monocorde las consignas de su líder, realizando actos de sangre y de muerte. Quizá el sacrificio de un animal, o algo peor. Había desaparecido gente. Se escuchaba,

se rumoreaba y la policía también tenía serios indicios. Todos esos informes los tenía en su poder el agente. Y sabía muy bien que aquellas sectas terminaban sumiéndose en un mundo de violencia y de asesinato. Él eliminaría a todos los cabecillas, era necesario. El Santo Oficio contestó al rato con una autorización explícita. Una frase que esperaba en su email encriptado, le daba pleno poder para eliminar de forma física a los cabecillas. No debían seguir con vida por más tiempo. Haría su trabajo, para lo que había sido entrenado y para lo que tenía una total dedicación. La muerte no es un pecado cuando se aplica contra los demonios que atentan contra nuestra fe, le había dicho el cardenal, su jefe en la curia de Roma. Y en eso creía fervientemente.

Apagó el transmisor vía satélite del coche, y cerró la puerta, volviendo al santuario. El vehículo estaba oculto en un sendero lateral, tras unos árboles que impedían que fuera visto desde el camino. No quería que nadie conociera su presencia en aquel lugar.

Por el sendero renqueaba el viejo sacristán, que venía despacio y con aspecto despistado en dirección al santuario. El sensor que había colocado Simón en un árbol, envió la señal a su reloj, que vibró de forma intermitente, indicándole que alguien se acercaba. Con rapidez, se ocultó tras un muro derruido y esperó para ver quién era el intruso a aquellas horas de la mañana.

Saturio se limpiaba la saliva de su boca y escupía en el suelo, levantando con dificultad la cabeza para mirar la torre de la basílica. Sin darse cuenta de que era espiado, se metió entre los escombros y los restos de las columnas derribadas y llegó al inicio de la escalera de caracol, que se retorció hasta la parte más alta de la torre. Una bandada de palomas alzó el vuelo desde ese tejado, mientras Saturio empezó a subir con dificultad los torcidos peldaños de piedra.

El agente salió de su escondite y con sigilo se asomó a la escalera. Sentía los pasos lentos del sacristán según ascendía a la torre. Se preguntaba qué haría allí solo ese viejo ladino. Debía descubrirlo y por eso decidió esperar a que bajara para poder investigar con tranquilidad.

Al rato, Saturio volvió a salir, con expresión ausente en su rostro deforme. Se limpió la saliva con la palma de la mano y la restregó en el pasamano de piedra de la escalera. Su pierna inútil chocó contra un saliente de la pared, haciendo que sintiera un dolor agudo:

—Piedras asquerosas —murmuró, frotándose la rodilla dolorida, cojeando aún más hasta salir del recinto del viejo templo.

Igual que había venido se fue, desapareciendo del camino sin que

nadie más estuviera en la zona. Simón salió detrás del derrubio de piedras y subió a su vez por la escalera. Evitó tocar el pasamano, con un gesto de repugnancia al recordar al sacristán. El estrecho espacio que dejaba la retorcida estructura le obligaba a agacharse para que su cabeza no golpeará con los peldaños superiores. La luz penetraba por algunos ventanucos laterales, y dejaba entrever los escalones desconchados y partidos por el uso a lo largo de los siglos. Subió poco a poco, con cuidado, mirando a todos lados para no ser sorprendido o pasarse algún detalle por alto. Al final de la escalera, se abrió una amplia estancia que ocupaba toda la planta superior de la torre. Era una antigua vivienda que se había repartido en habitaciones, en aquel lugar. La vieja puerta de madera de la entrada estaba cerrada. Intentó abrirla, pero no pudo. Una enorme cerradura oxidada impedía que lo hiciese. De su elegante chaqueta sacó dos llaves desplazables, dos instrumentos de precisión que se podían combinar mediante engastes, para ajustarse a cualquier cerradura antigua. Comprobó el agujero que veía y adaptó la forma de una de ellas para probar. Solo tuvo que hacer dos intentos y al tercero cedió con suavidad.

El interior estaba formado por tres habitaciones pequeñas, con paredes blancas encaladas que mostraban algunos cuadros ennegrecidos por los años y la suciedad, viejas fotos de familia que seguían en ese lugar desde los primeros moradores. Se fijó en uno de ellos. Una pareja le miraba desde la pared, en lo que parecía una foto de boda. Sus rostros asustados y amarillos no se distinguían bien, como si el sudario de la muerte los vistiera ya, incluso en su fotografía. En la habitación más amplia había una vieja cama de hierro, alta y con un colchón retorcido como una gorda ballena. Una perilla colgaba de los hierros cromados del cabecero, indicando que alguna vez hubo luz eléctrica. Solo la presencia de restos de velas, sugerían que otras personas la habitaban ahora.

Siguió recorriendo las estancias y pasó por un pasillo con piso irregular y muy pulido, con un intenso color rojo de almazarrón, para salir a una pequeña cocina. Un puchero permanecía colgado bajo la chimenea ennegrecida por el humo. Sobre un pilón de madera, que se utilizaba de rústica mesa para cortar, se esparcían los restos recientes de un ave. Las plumas de una gallina estaban alrededor, dispersas por el suelo y sus gotas de sangre manchaban la madera y parte de la pared blanca. Al lado, un viejo cubo de hojalata contenía la sangre y las tripas del animal. Simón se acercó para ver los restos de la matanza y se quedó pensativo. Una idea iluminó su mente. Una

explicación para aquellos despojos que le hizo sonreír al instante, dejando que una exclamación se escapara de su garganta.

—¡Te pillé, viejo tramposo! —afirmó, al ver el origen de la sangre que la Virgen exudaba cada día en la iglesia—. Ya eres mío —susurró satisfecho, sacando su dedo manchado del cubo y acercándoselo a la nariz. Había descubierto quién se encargaba de colocar el milagroso fluido en el rostro de piedra de la imagen. El viejo y trapacero sacristán, quizá ayudado por algún otro. Era posible que por aquel cura loco, o a lo mejor no. Eso le daba igual. Debía informar de todo aquello al Santo Oficio. El cardenal tenía razón como siempre, y esto le llenaría de satisfacción.

Se limpió la mano en un trozo viejo de tela. Y salió de la cocina. Una escalera desvencijada subía a la parte superior, a la última planta de la torre, donde todavía se podía ver una de las viejas campanas de bronce, colgando sobre su enorme bastidor de madera. El resto de los huecos, donde antiguas campanas retumbaron en el pasado, ahora estaban vacíos, como los ojos muertos de un cadáver. Ese pensamiento asaltó al agente. Recordó en ese instante a la viuda, sin saber muy bien porqué, y a la joven vidente. Empezaba a comprender cada vez más lo que ocurría en el pueblo. La sangre de la Virgen, siempre fresca y fluida, colocada por aquel viejo deforme, y quizá dispuesta para que todo encajara en algo mayor que tenía que descubrir.

Desde allí, se podía contemplar muy bien todo el exterior, la altura permitía tener una idea mejor del conjunto y comprobar el estado de todas las ruinas del abandonado santuario. Las montañas, con sus cumbres nevadas, rodeaban aquel pequeño valle. Se asomó por uno de los enormes vanos y vio el camino muy abajo, y el pequeño cementerio medieval al pie de la torre. No se veía a nadie, el sensor del reloj no había vibrado. Debía salir de allí para enviar su informe.

Bajó de nuevo a las habitaciones de la planta anterior y un enorme crucifijo en la pared le hizo detenerse. La figura de un Cristo sin brazos le produjo cierta tristeza. Lo rozó con un dedo, pensando en todo lo que la miseria humana era capaz de hacer. En ese instante, una ráfaga fría de viento atravesó el estrecho pasillo. Una brisa que le rozó la cara como el aliento de un fantasma. Una voz se filtró a través de aquellos muros, resbalando por las paredes blancas, haciendo eco en sus oídos.

—Sufrirás como el Hijo del Hombre. Sufrirás junto con la perra de Babilonia —escuchó muy cerca de él. No era el producto de su mente, ni una sensación vaga que le pareciese oír. Las palabras habían sido dichas con total

claridad, como si proviniesen de alguien que estuviera allí al lado.

Simón miró a su alrededor alarmado. No tenía miedo, solo por instinto se activó su adiestramiento militar, que le permitía repeler cualquier agresión con eficacia. Esperó un instante y nada más se volvió a escuchar. Con cuidado, entró otra vez en la habitación contigua y en la cocina, pero no había nadie. Todo estaba como lo había dejado, y el silencio y la brisa, eran lo único que percibía allí.

Estaba seguro de que lo había escuchado, sabía que el maligno utilizaba todo tipo de trucos y ardides para confundir a los mensajeros de Dios, pero él no creía de forma plena en todo aquello. Había visto mucho de lo que la maldad humana era capaz de hacer, y no creía que el demonio surgiera del infierno para agredirle en aquella torre perdida de la montaña. El cardenal, en cambio, lo afirmaba: “El demonio siempre está atento a nuestra debilidad, Simón”. Él lo escuchaba con respeto, pero no compartía aquellas santas palabras de su Excelencia.

Descendió con cuidado, y mucho más alerta por si algún intruso hubiera podido sortear su sensor, pero en el exterior del templo no había nadie. Nada que hubiera sido el origen de aquella voz, que aún hacía eco en su cabeza.

Cerca de la iglesia, Lora vio la furgoneta de los periodistas. Andrés, a su vuelta del Valle, había parado para buscar al hipotético acompañante de Tamy o a cualquier testigo de su inusitada marcha. Estaba cerca de una de aquellas estafalarias tiendas de campaña, hablando con uno de los peregrinos, un tipo de voz estridente, vestido con un poncho peruano de lana, que negaba con la cabeza las preguntas del periodista.

Andrés vio a la joven acercarse. Se volvió y dejó que el devoto indigente se fuese. Lora se aproximaba con timidez, con esa forma suya de andar despacio, bajando la cabeza y recogiendo sus manos en el regazo. La chica se acercaba al periodista y lo miraba de reojo. Sus labios carnosos y sonrosados formaron una sonrisa al estar a su lado.

—Es una pena que la chica se fuera. Era muy alegre, ¿verdad? Yo también soy alegre y también me quiero ir de aquí —explicó, sin mediar ningún saludo.

—¿Tú no sabes nada, no? Algo que creas que no importa. Algo que

hayas oído o visto, que pienses que me debes contar —presionó el periodista, acercándose a ella y hablando en voz más baja.

—De veras que no. Nada he visto yo. De verlo ayer, lo hubiera dicho. No soy de las que mienten a todas horas, no crea, no soy una mentirosa de esas. Pero soy muy limpia, y en la capital tengo una prima —volvió a incidir, con un tema que le rondaba en la cabeza y que ahora se había decidido a exponer a aquel hombre.

La voz de la niña retumbaba en su mente. Le incitaba a irse, a renegar de aquellos forasteros blasfemos, que debían morir. Su dulce voz era persistente y no cesaba de torturarla, pero su voluntad ahora era firme.

El sol brillaba a través de las nubes y aquel calor que sentía en sus mejillas, aplacaba sus demonios interiores y dejaba que los impulsos más primarios de la joven afloraran. Hacía que tuviera el valor necesario para escapar de allí, para huir de su madre y de todo lo que la atrapaba en ese lugar.

—¿Quieres irte del pueblo? —se limitó a decir Andrés.

—Sí, ya estoy lista. Mi prima es muy maja también, es como esa chica, muy moderna y me ayudará en la capital. Quiero irme de aquí —insistió, retorciéndose las manos y bajando la mirada avergonzada.

—¿Pero tu madre...? —interrumpió Andrés.

—Nada... veremos...—susurró, con miedo a seguir hablando. La voz de la niña seguía taladrando su mente, presionándola para que no se fuera de allí, para odiar a todos los forasteros.

—Te podríamos llevar cuando acabemos aquí —aseguró el periodista, comprendiendo lo que la chica le estaba pidiendo—. Te podríamos llevar con nosotros a Madrid, si quieres. Pero necesito que me ayudes con Tamy. No podemos irnos sin saber dónde está. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, claro. Qué maja era. Me caía muy bien, Tamy.

<<Perra lujuriosa>> —pensaba, a la vez que las palabras brotaban de sus dulces labios.

—Entiendes lo que te he dicho, ¿verdad que sí?

—Sí, claro, no soy una tonta de esas que no han salido de su pueblo. Entiendo todo muy bien —contestó con cierto aire ofendido, oscureciendo su bello rostro.

«Ya te estás pudriendo en el infierno. Ese es tu sitio» —repetía la voz de la niña en su cabeza.

Sus ojos violetas brillaron emocionados, sentía que su ilusión de

abandonar aquel sitio se cumplía. No quería que se estropeará y debía convencer al forastero para que la sacara de allí. No podía dejar de escuchar a la niña, ahora no debía escucharla, sino también él sabría su secreto.

«Tu secreto Lora. Nuestro secreto. Precioso secreto... ¿Somos amigas Lora?» —La sentía en su mente con claridad, hasta que emitió un gemido apagado y se apretó la cabeza con ambas manos, mirando al suelo. La voz de la niña debía esperar, debía acallarla para que le dejara pensar. Pero todo era tan confuso, tan complicado.

Andrés la observaba en silencio. Sintió la enorme lucha interior de aquella pobre demente. Si la quería de su parte, no podía presionar en exceso o se rompería como la cuerda de un violín.

—Si me informas sobre Tamy, podrás venir cuando nos vayamos. Abre bien los ojos y los oídos. —Sonrió, guiñándole un ojo y dejándola allí, al ver acercarse a Cacho con la cámara en una mano y dos de los peregrinos que lo acompañaban. Le hacía una seña para que se aproximara. Era probable que deseara hacer algunas fotos mientras se les interrogaba.

—Ya sabes lo que debes hacer —terminó de hablar, dejándola pensativa y con un gesto mohín en su rostro. Ella asentía con la cabeza a punto de estallar. La voz no remitía. Una irrefrenable angustia la obligó a salir corriendo hacia la iglesia, donde siempre encontraba cobijo y un lugar seguro para ella.



[1. El que tenga inteligencia que calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis. Apocalipsis 13:18]

[2. Su número es seiscientos sesenta y seis.]

[3. Vi un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Apocalipsis 20:1]

Capítulo 5

—*Qui habet intellectum, computet numerum bestiae. Numerus enim hominis est: et numerus eius sexcenti sexaginta sex*¹ —retumbaba entre las viejas columnas del santuario. El resplandor de una decena de antorchas alumbraba las antiguas piedras y transformaba en burlones danzantes, las sombras de los restos de capiteles y gárgolas.

—*Numerus eius sexcenti sexaginta sex*² —repetían con voz monótona los acólitos encapuchados que rodeaban el altar.

La luna, enorme y blanca, como un testigo del acto atroz que se iba a perpetrar, también iluminaba el exterior del recinto con su luz cenital. El oficiante encapuchado levantaba los brazos, recitando aquella salmodia monocorde, un canto oscuro y antiguo que recordaba otras épocas terribles, cuando los hombres aún estaban sumidos en la superstición y la ignorancia. El encapuchado permanecía detrás del altar. Una forma humana rebullía sobre él. Un viejo peregrino, casi un mendigo, se encontraba atado y amordazado encima de su fría superficie, con los ojos muy abiertos por el terror. Había sido drogado de forma suave con alguna sustancia natural, una infusión de plantas de la zona con efectos narcóticos y relajantes, para que no presentara ninguna resistencia.

—*Et vidi angelum descendentem de caelo habentem clavem abyssi et catenam magnam in manu sua*³ —volvió a proclamar el encapuchado que dirigía la ceremonia; un hombre alto y delgado que se desplazaba alrededor del ara de sacrificios, como si actuara en una obra de teatro muchas veces representada.

—¿Venís todos aquí por vuestra entera voluntad? —preguntó a sus seguidores.

—¡Venimos! —fue la contestación al unísono del grupo.

—¿Venís con el alma pura y libres del pecado?

—¡Venimos libres de pecado!

—¿Venís para derramar la sangre de este hombre y destruir así al señor de la oscuridad?

—¡Venimos a derramar su sangre!

Simón Eslava recorría con su vehículo en punto muerto los últimos metros del camino al santuario. No deseaba hacer ningún ruido, para poder así acercarse sin ser descubierto. La espera durante gran parte de la noche había dado sus frutos y pronto fue testigo de cierto movimiento sospechoso alrededor de la iglesia. Algunos vecinos habían llegado en silencio, como fantasmas en la oscuridad, y se habían ido reuniendo en el interior del templo.

Estaba seguro de que aquella secta realizaría alguno de sus actos impíos antes o después, solo era cuestión de tiempo y de paciencia; y Simón la tenía, nunca se precipitaba para combatir el mal. Los vecinos habían llegado arropados por la noche.

Poco después, una decena de encapuchados había salido en fila del templo, siguiendo a una alta figura, también con la cabeza cubierta. La estafalaria procesión había recorrido la calle principal del pueblo, sin que nadie ni nada hubiera interrumpido su marcha. Al salir de la aldea, las antorchas empezaron a iluminar el sendero. No sabía muy bien qué pretendían hacer, pero lóbregos auspicios atravesaron su mente. Ese era el momento de ahuyentarlos y desenmascarar a su jefe, o a los cabecillas de aquella sacrílega congregación de herejes. Dios le daría fuerzas para llevar a cabo su designio, y como le había dicho su cardenal:

«Simón, sé fuerte, porque la mano de Cristo es tu mano, y su voluntad ahora será la tuya. Combate al maligno sin miedo, tu fe y el respaldo de la Iglesia serán tu escudo y tu espada. Apaga el fuego con el fuego, y la muerte con la muerte, pues los justos se salvarán y solo los impíos y aquellos que están pervertidos por Satanás serán castigados».

Simón recordaba sus palabras con claridad mientras descendía del coche, y se dirigía despacio y sin hacer ruido hasta el lugar donde ya se percibía el resplandor de las antorchas.

El ulular de una lechuza le sobresaltó, al sentir el ligero batir de sus alas y su pequeño cuerpo blanco pasando sobre su cabeza. Las voces de los encapuchados se escuchaban como si fuera el rumor de un arroyo, entre las paredes derruidas de la basílica. El agente se fue deslizando como una sombra, igual que un felino que hubiese salido de caza. Se escondió tras el

basamento de una gran columna y esperó su oportunidad.

—¡Dios está conmigo ahora! ¡Soy su mano ejecutora, su voluntad de fuego, su justicia salvadora! —exclamaba el oficiante, levantando en el aire las manos, como si esperase la llegada de un arcángel de fuego para combatir a los demonios.

Simón sacó su Glock de la funda y liberó el seguro. De un bolsillo interior de su elegante americana, extrajo unos pequeños anteojos de visión nocturna, que se ajustaban de forma muy fácil a su rostro. Solo tuvo que ponérselos y activar el sensor de infrarrojos, para ver la visión espectral, en un tono verde pálido, de todo lo que ocurría a su lado. Ahora podía observar a todos mucho mejor y comprobar que nadie estuviese escondido en las sombras.

Entre las columnas de una de las naves laterales, o lo que quedaba de ella, dos formas oscuras parecían presenciar el ritual de manera discreta. No portaban ninguna antorcha como el resto de los seguidores, pero estaba claro que formaban parte de aquel grupo, ya que vestían con la misma indumentaria de túnica y capucha. Sin los anteojos no los hubiera visto y habrían sido un peligro a la hora de actuar. Su vista se fijó en aquellas dos personas. Necesitaba saber porqué estaban allí relegadas, porqué no portaban ninguna tea encendida, como si no formasen parte del espectáculo. Poco a poco se fue desplazando entre los derrubios, y los restos de muros y columnas. Pisaba con cuidado para no hacer ningún ruido, parando para escuchar a su alrededor y enfocar todo con su visor. El loco oficiante seguía recitando a sus acólitos, haciendo que repitiesen aquella aberrante declamación.

Los dos sujetos escondidos estaban ahora a su alcance. Con la luz verdosa de sus anteojos, pudo verlos mejor. Había un hombre fuerte, alto, con los brazos tatuados. A su lado, otra figura le acompañaba. Por su forma y su postura, adivinó enseguida de quién se trataba. La deformidad en aquel ser le trajo a la memoria al viejo sacristán. Así que allí estaban esos dos tipos vigilando, ocultos en las sombras para velar que nadie se acercara a espiar, esa era su función, pensó. El más fuerte se movía de vez en cuando alrededor del presbiterio, pasando por detrás de las columnas. Era seguro que vigilaban en silencio. Nadie debía descubrirlos y habían tomado sus medidas para que esto no ocurriera. El agente ahora tenía su ventaja, y eso le hizo sonreír. Dios estaba con él, y se santiguó antes de que comenzara la función.

Ya era el momento. La celebración parecía llegar a su punto álgido. Simón se acercó en silencio al lugar donde estaban los dos vigilantes. El

sacristán parecía dormir, sentado sobre una piedra. Casi podía escuchar su leve ronquido, mientras el descuidado viejo se dormía sin prestar atención a sus obligaciones. El encapuchado más corpulento no estaba. Simón miró a su alrededor, y se fijó con su visor en una sombra verdosa que se deslizaba por fuera, en la zona del atrio derruido. Debería neutralizarlo si deseaba intervenir en el grupo principal. Parecía una amenaza importante que no podía permitir detrás de él.

Sin hacer apenas ruido, dejó al sacristán de momento en el sitio y salió de la basílica. Veía muy bien lo que ocurría a través del hueco que había dejado el muro derribado. La luz de las antorchas iluminaba con intensidad, haciendo que sus anteojos le deslumbraran. El vigilante estaba casi a su lado, miraba hacia fuera del atrio dándole la espalda, sin percatarse de que estaba allí. Se acercó en silencio, y con rapidez pasó un brazo por su cuello, sujetándolo, para tapar con la otra mano su boca al instante. Notó la fuerza del tipo, que reaccionó con rapidez. No era uno de aquellos pueblerinos poco acostumbrados a defenderse, enseguida se revolvió al sentir la presión en su garganta y devolvió con el codo un golpe hacia la cara del agente, sin llegar a alcanzarlo. Durante unos segundos, esto le desconcertó. Sin dejar que el tipo reaccionara del todo, Simón proyectó su puño sobre su costado, con contundencia, acertándole en la zona del hígado para impedirle respirar. Un gemido sordo salió de la boca del encapuchado, haciendo que doblara la rodilla. Con la palma de la mano alcanzó su rostro, sujetándole para que no cayese de espaldas, y lo neutralizó golpeándolo en la sien con su puño izquierdo. El hombre quedó inconsciente en el acto. El agente le seguía sujetando; escuchó sin hacer ruido, para saber si aquello había despertado las sospechas de alguien. La celebración seguía su curso, y nadie se había percatado.

«Ahora dormirás hasta mañana, o quizá ya estés en el cielo, amigo» — Depositó con cuidado el cuerpo inerte del vigilante entre las piedras y se dirigió hacia donde dormitaba el sacristán.

El viejo deforme seguía en el mismo sitio, pero como si alguno de sus huesos retorcidos le avisasen, levantó la cabeza justo cuando el agente estaba a su lado. Aquel viejo sacó más energía de lo que esperaba, dio un chillido muy agudo al verlo, sobre todo al abrir los ojos a través de la capucha y percibir delante de él a un demonio que se cubría con una horrenda máscara. Gritó aterrizado y saltó de la piedra como una rata, para correr hasta el grupo.

Todo sucedió en un instante.

El oficiante ya tenía en la mano un machete de monte. Lo blandía en el aire, recitando sus frases demenciales y haciendo que el resto del grupo se aproximara para ver el sacrificio que pensaba realizar. El pobre indigente, ahora más despierto, se retorció en el altar. Las fuertes ligaduras le impedían moverse, solo un estertor producto del pánico forzaba a aquel cuerpo a retorcerse, viendo cómo el machete amenazaba su vida. Parecía gritar con su boca amordazada, un grito de auxilio y de terror, al sentir cómo el cuchillo se aproximaba.

—No te asustes pobre pecador, porque tus penas serán aliviadas en este día de júbilo. Ya no serás esclavo de tus vicios ni serás un hijo de Belcebú. Por la sangre, yo te libero. Por la sangre, yo te perdono —recitaba el encapuchado, sujetando ahora el machete con ambas manos, con intención de clavarlo en el cuerpo de su indefensa víctima.

El agente había salido tras el sacristán, que con inusitada agilidad saltaba sobre las piedras gritando. Toda la congregación de encapuchados se quedó congelada de pronto, al ver aparecer al viejo deforme en medio de ellos, chillando como un mono rabioso.

—¡Un diablo! ¡Un demonio que nos acecha! ¡Salvadme hermanos! —exclamaba, agitando las manos en el aire presa del miedo.

ESPERO EN EL SANTUARIO

COSAS IMPORTANTES

SOBRE TAMI

.SIXTA

Simón apretó el suave gatillo de su pistola y alcanzó al sacristán en un hombro. Había apuntado a su cabeza, pero el viejo loco era un blanco en movimiento muy difícil, para la escasa luz de las antorchas. Saturio cayó abatido entre las piedras y todo el grupo se escabulló entonces en una gran desbandada. La celebración se interrumpió de golpe y los encapuchados soltaron las antorchas y huyeron de allí. Solo el loco oficiante parecía dudar, levantando aún el cuchillo en sus manos. Simón había salido a la zona más iluminada, quitándose el visor para no ser deslumbrado por la luz de las antorchas. El oficiante miró por un segundo al agente y se lanzó contra él, con el arma en su mano. Un disparo de su Glock retumbó entre las columnas. El encapuchado fue alcanzado en la cabeza por un solo proyectil que lo derribó en el acto. Nadie más había quedado allí, ni tan siquiera el sacristán. Simón recorrió la zona y comprobó que el viejo había huido. La herida no le había impedido escapar como un conejo. Algunas gotas de sangre marcaban por dónde había salido arrastrando su pierna.

El indigente estaba ahora inerte. Se aproximó a él, después de comprobar el estado del oficiante encapuchado y descubrir su rostro.

«Es el maldito párroco» —pensó. Ya se lo había imaginado y ahora el estúpido cura estaba allí muerto. Había pagado por sus delitos, había sido juzgado y condenado por sus pecados, y ahora correría hacia el infierno para toda la eternidad. Así lo pensaba, mientras desataba al indigente y lo cogía en brazos para sacarlo del altar. El pobre hombre seguía inconsciente. La tensión y el miedo habían hecho que se desmayara.

El otro fornido vigilante ya no estaba. Se acercó al sitio donde le había ocultado, pero su cuerpo había desaparecido. No podía estar seguro de que hubiese escapado por su propio pie. Era un hombre fuerte, pero el golpe había sido muy contundente. Quizá alguno de aquellos malnacidos se lo había llevado.

Ahora debía sacar de allí al peregrino. Nada debía quedar de todo aquello cuando despuntara el día, ni el cadáver del párroco sería encontrado. Había muchas simas y grietas en aquel monte donde hacer desaparecer un cuerpo para siempre.

El pobre indigente no debía saber qué había sucedido. Se despertaría en algún callejón del pueblo, confuso y magullado, con la duda de si todo aquello había ocurrido, o era producto de un sueño o del abuso de las drogas o el alcohol. Para hacerle dudar aún más, derramó parte de una botella de vino sobre sus brazos y su ropa, y la dejó luego a su lado. Cuando despertara al día

siguiente, la vería y en su mente se preguntaría si el vino había sido el culpable de todo aquel horroroso sueño.

—El párroco ha sido eliminado. El sacristán alcanzado y fugado. Todo sigue como estaba previsto —comunicó mediante su transmisor vía satélite. Su interlocutor recibió el mensaje sin contestar nada. Solo después de unos minutos se escuchó la frase:

—Confirmado. Dios guía tu mano —fue la respuesta que recibió antes de desconectar la emisión.

El día ya clareaba sobre las cumbres nevadas. Simón había decidido ocultarse por el momento y ver qué ocurría. Esperaría una nueva oportunidad, disfrazado entre el grupo de peregrinos.

Al amanecer, las nubes ocultaban el sol, cubriendo con su sombra la iglesia de la Virgen de Llercia. Saturio llegaba para abrir, como todas las mañanas; pero esta vez parecía más lento, más torpe de lo habitual. Solo movía un brazo, empujando con esfuerzo las pesadas hojas de las puertas. Renegó en voz baja y al final consiguió abrirlas, para introducirse renqueando en su interior.

Su Madre seguía allí, mirándole con sus ojos vacíos, sin vida. La efigie de la estatua era iluminada por la claridad que entraba a través de la lucerna del crucero. Saturio se arrodilló al pasar a su lado y masculló una oración, sin dejar de mirar a la imagen. Luego se levantó con dificultad y sintió el dolor en el hombro, la bala solo le había rozado. Ese demonio le había herido, pero se le curaría, como siempre se le sanaban todas las heridas y golpes. Su esqueleto era fuerte, había recibido muchas palizas y malos tratos en su amarga vida. ¿Qué era aquello, con tal de poder servir a su santa Madre?, pensaba.

El joven diácono esperaba al párroco en la esquina de la casa parroquial; se sentía preocupado, la noche había sido extraña, plagada de seres que aterrorizaban sus pesadillas. La imagen de la joven periodista se le aparecía en sueños, gritando, con sus ojos vacíos y llenos de sangre, que clamaban venganza. Gritaba su nombre y le indicaba con la mano un oscuro infierno en llamas del que surgían monstruos de fuego y destrucción. El propio hijo del maligno estaba por venir, eso decía la joven, mientras le llamaba por su nombre. La pesadilla le mantuvo en un sueño agitado y agotador, que había

hecho que se levantara cansado, y en un estado de ánimo nervioso y triste.

El párroco no parecía salir. Solo la joven Lora se cruzó con él, con su simplona sonrisa y sus bellos ojos violetas. Esa chispa de belleza le animó el corazón, sintiendo el frío de aquellas inclementes montañas.

—Buenos días padre. Ya se levanta el gallo, y zurra el norte, que te da tiritera —comentó a modo de saludo, sonriéndole al verle.

Algo había en la chica que era distinto aquella mañana. No sabía muy bien qué. Algo en su indumentaria, en su cara, en su forma de moverse. Se quedó mirándola al pasar, y movió la cabeza, apesadumbrado por los oscuros pensamientos que todavía albergaba.

—Ve con Dios, Lora —elevó la voz para saludarla, y después se dio la vuelta en dirección al pueblo.

El inspector de policía revolvía todos los documentos que tenía sobre el caso, en su mesa de la comisaría del Valle, donde se había establecido para investigar los crímenes de la zona. No le gustaba el papeleo, siempre lo había odiado, pero desde que ascendió a una función de mando, tenía que sufrirlo, y era la pesada carga que más detestaba del puesto.

—Maldita sea, Germán. ¿Dónde está el informe sobre ese tipo? —preguntó, visiblemente irritado.

—¿Qué tipo, jefe? —se escuchó la voz de su ayudante al otro lado de la puerta abierta.

—Este de los tatuajes. El presidiario que ahora se dedica a mantener la iglesia.

—Pues... en su mesa debería estar, con el resto de fichas de los vecinos.

—Esto es una mierda, Germán. Tanto papel, tanto dossier... por todos los diablos —protestó el inspector, saliendo de su oficina desesperado.

—Lo tengo yo jefe —se apresuró a decir otro de los miembros de su equipo. El policía traía el documento en la mano y sus ojos brillaban de forma burlona. El inspector le miró y enseguida supo que alguna novedad bullía en la mente de su agente.

—Vamos suéltalo ya, que parece que te has comido un chuletón de un bocado —le espetó el inspector, esperando desde su puerta con los brazos cruzados.

—El informe de Manuel Mejías, alias Quinto, lo tengo aquí. Su currículum no tiene desperdicio: asesinato, robo con violencia, secuestro de funcionarios, desacato, agresión, amenazas, intento de evasión... Una buena

pieza... ya sabe, jefe. Pero ya ha cumplido su condena.

El inspector jefe pensaba en los tipos como él. Carne de prisión, malos bichos. Recordaba el último que había detenido hacía poco tiempo, un sicario con muchos crímenes encima, y sus últimas palabras cuando le sacaban de la sala del juzgado:

«¡Pedazo de maricón! ¡Tu padre era un sarnoso y tu madre una perra! ¡Cuándo salga te busco y vas a morir, y antes te rompo tu sucio culo!»

—Un profesional serrando barrotes y disimulando con pasta de dientes pintada los cortes, u ocultando cigarrillos o pinchos en el estómago — Interrumpió el agente sus pensamientos—. Pero lo más interesante es este otro papelito —añadió, agitando otro informe en su mano izquierda. El papel hizo que el inspector prestara atención a aquel documento. Los ojos de su agente brillaban divertidos, cuando se lo quitó de la mano de un tirón.

—Trae ya de una vez, y deja de hacer el payaso. ¡Vamos a trabajar señores! ¡Tenemos un asesino libre todavía! —exclamó en medio de la sala, para que todo su equipo lo escuchara.

El informe que su ayudante le había dado era una copia que había llegado por fax durante la noche. Un extraño documento muy poco habitual, dirigido a su sección y en particular a su nombre. La cabecera del mismo le llenó de sorpresa: “CNI—4546/23 — Investigación paralela. Sectas y grupos violentos”.

—El Centro Nacional de Inteligencia —murmuró, leyendo su contenido despacio.

Se trataba de un informe sobre el mismo tipo que tenía en la ficha y que sujetaba aún en la otra mano. Manuel Mejías, el exconvicto, del que estaba buscando aquella mañana los datos, aparecía en este nuevo informe. Se describía en él la conveniencia de investigarlo con mayor profundidad, y la recomendación explícita, de vincularlo con total certeza, con los crímenes que estaban sucediendo. El resumen final del documento, después de razonar ciertas causas confusas y forzadas, concluía que el exconvicto era el culpable, y sería lo más recomendable, y bien visto desde las altas instancias de la Dirección de Seguridad del Estado, su posterior reclusión, para dar por concluida aquella delicada investigación. También se anotaban una serie de “consejos” en su último párrafo, para que la línea de investigación fuera lo más rápida y discreta posible.

—La madre que lo parió. El CNI —volvió a murmurar, entrando de nuevo en su despacho, sin dejar de mirar aquel papel, que lo cambiaba todo a

partir de ahora. Observó el sello y las firmas, y agitó la cabeza. Esto venía de muy arriba. Tendría que hacer algunas llamadas para saber de qué iba el tema y no pisar en el aire. No le gustaba cuando la tierra desaparecía bajo sus pies. Era un zorro viejo y sabía olfatear algo podrido a un kilómetro de distancia, y esto olía muy mal. Mucho, pensó, sentándose en su silla.

En Castrolobos, el diácono se quedó perplejo después de escuchar a Sixta. No podía comprender por qué el padre Damián había salido con tanta precipitación del pueblo. Aquella partida sin decir nada, y la comunicación del obispo a esas horas. Colgó el teléfono que le había pasado Lora en la casa parroquial y se quedó pensativo. El obispo había sido muy preciso. Ahora debía ser él, el que ocupara el puesto para conducir a los feligreses; “el nuevo pastor del rebaño”, había dicho el Reverendísimo Padre. El titular de la parroquia hasta que el nuevo sacerdote llegase y se pusiera al frente de la comunidad de fieles. Él era el segundo y el ayudante del párroco, y ahora debía sustituirle de forma temporal.

Sixta le había comunicado su marcha al entrar en el pueblo, con sus modales desabridos y secos; y al instante, la joven Lora había llegado corriendo para avisarle, muy agitada, de que tenía una llamada de teléfono dentro de la casa. Todo parecía precipitado, muy extraño. Aquella noche, donde los sueños le habían trastornado, y quebrantado el ánimo, y ahora por la mañana la noticia de la marcha del párroco. Sintió un temblor recorriendo su cuerpo y se abrochó el abrigo negro hasta el cuello. El frío se le había metido en los huesos y eso era lo que pasaba, pensó, sonriendo con tristeza a Lora, que lo miraba desde la puerta de la cocina. Estaba distinta, aquel atuendo nuevo... Nunca la había visto así, parecía otra, con los labios pintados y el pelo recogido.

Salió de la casa parroquial en dirección a la iglesia. Ahora debía encargarse del oficio del día y tendría que ponerse al tanto del funcionamiento de todo. Eso le fastidiaba y le hacía sentir una pesada carga sobre sus hombros. Una carga que no quería. La imagen de Lora no se le iba de la cabeza; aquella nueva ropa: los pantalones vaqueros ajustados y el suéter de color cereza. No parecía su estilo, su forma de vestir. Algo tan moderno que nunca llevaba.

Los gritos de los peregrinos ya se escuchaban cerca de la iglesia. Levantó la cabeza para ver el tumulto que se formaba en el campamento de fanáticos y seguidores de la Virgen, y se frotó las manos, nervioso. No había tenido en cuenta aquello. Todo aquel circo montado por el párroco, que ahora

tendría que dirigir y también atenuar. El obispo había sido muy claro: Aquella fantochada, así había dicho, debía terminar. Estaban muy disgustados con lo que estaba pasando y el nuevo párroco llevaba instrucciones muy severas para que acabase. Pero él debía asegurarse de que no se continuara con las celebraciones paganas, que se apartasen de los oficios estipulados para la parroquia.

—No quiero fantasías, Joaquín —le había ordenado el obispo, pronunciando su nombre. Esa era la primera vez que su Excelencia le había hablado, y menos esperaba que le tratara por su nombre de pila. No le gustaba ser el centro de atención de los poderosos de Madrid.

—Dame fuerzas, Santa Madre. Dame fuerzas —murmuró, persignándose al entrar en el templo y ver ya cómo Sixta y el sacristán se afanaban por colocar todo para la celebración de la misa.

El interior de la sacristía permanecía en la penumbra. La escasa luz que se filtraba por el cristal del ventanuco hacía que el ambiente fuera atemporal, cargado por los olores a moho y a humedad. Chimo entró para preparar el vestuario y tras él pasó la viuda. Su voz áspera se escuchó a su espalda, haciendo que se volviese con cierta sorpresa.

—Nosotros le ayudaremos padre. No debe sentirse nervioso.

—Gracias Sixta. Eres muy amable, sí... esto es algo precipitado —se limitó a contestar, abriendo uno de los grandes cajones donde se guardaban las sotanas y las casullas para los oficios sagrados.

—El padre Damián sabía confiar en nosotros. Él era así. Un buen Padre, que confiaba todo en nosotros. Eso está bien, ¿verdad? —seguía presionando, sin dejar de limpiar las pequeñas jarras de plata guardadas en la alacena.

—Sí... está bien, sí.

—Porque me digo yo, ¿qué sabe su Eminencia de nuestro pueblo? Es un hombre santo. Y que Dios le conserve la salud y su alma pura. ¿Pero qué sabe monseñor de nuestras cosas? Somos de este pueblo, padre. Todos nosotros. Y nos sabemos ayudar y cuidar —afirmaba sin dejar de mirarle de reojo, mientras seguía limpiando un crismón para los óleos sagrados, que se iba a usar en la liturgia.

—El obispo debe velar por esta congregación también, Sixta. Es su deber. Ahora la tendré que llevar yo, eso me ha encargado y bueno... habrá que cambiar algunas cosas —se lamentó, al sentir los ojos fijos de la viuda en su espalda.

—¿Cambiar? No son buenos los cambios, padre. No son buenos. Los cambios nos traen malas cosas al pueblo. Nunca se cambió nada en Castrolobos. Siempre fue como fue. Un pueblo de los de siempre. Su Excelencia está muy lejos en la capital y sé que debe ser justo con todos, pero esto no es la capital, padre. Esto está muy lejos. Aquí estamos más cerca de todo lo malo, porque ¿cómo no vamos a estarlo?, entre estas montañas que nos rodean. Somos gente sencilla, padre, pero no somos gente pecadora. El señor obispo, ¿qué sabe de este pueblo? —volvió a repetir, cambiando su tono, cada vez más irritada.

La cabeza deforme y húmeda del sacristán se asomaba en ese instante por la puerta abierta. Con su manga se limpió la saliva y miró a los dos con ojos ansiosos.

—¿Qué pasa Saturio? —espetó la viuda, con semblante duro y cierta repugnancia.

—Ya está preparado todo. Ya limpié a la Madre... ya la...

—¿La que? Escupe de una vez lo que tengas que decir, y no hagas perder el tiempo al Padre, que pareces hoy atontado —le recriminó, observando de reojo al diácono que se había dado la vuelta para escucharle.

—La cara de la Madre ya está... está bien, digo —terminó de balbucear el sacristán, sin dejar de mirar como un conejo asustado a los dos.

—Pues si ya está, ¿qué haces aquí? Sigue con lo tuyo, estúpido. Vamos, no hagas perder más tiempo al Padre Joaquín —exclamó la viuda, pensando en el milagro de la sangre, en aquel prodigio que había atraído a tantos peregrinos a su iglesia. La Santa Virgen de Llercia volvería hoy a lucir sus famosas lágrimas con la sangre del sacrificio de Cristo. Lloraba por todos ellos, lloraba por su pueblo, y ella sabía muy bien cómo se aplicaba el sacristán cada mañana para que el milagro siguiera fluyendo de forma constante.

—No deberías ser tan severa con él —murmuró Chimo, apesadumbrado por aquel pobre infeliz. Sintió una sensación de angustia, una inquietud creciente que empezaba a brotar en su mente. Las imágenes de la noche volvían a torturarlo. La voz de Tamy y aquel profundo abismo ardiente, del que los monstruos del infierno empezaban a salir. Sixta le miraba sin decir nada. Sus labios se movían sin que fuera capaz de escucharla. La voz de la mujer ya no era audible para él, solo el ronco rugido de aquel ser infernal que había escuchado en sueños. Por la garganta de Sixta salía su voz, las palabras antiguas del mal que no quería oír otra vez.

—Yo soy aquel que todo lo puede. Soy el señor al que pertenece tu negra alma, al que temes, pequeño bastardo asustado. Soy Azazel, el que está por venir —brotaba por la boca de la viuda, que lo miraba con los ojos inflamados en llamas, como si dos carbones incandescentes brillaran haciéndole retroceder.

—¡No! ¡No eres real! —gritó el diácono, retrocediendo hasta el arcón que estaba situado detrás de él.

—Debes temerme pequeño bastardo de la ramera de Babilonia. Debes rezar por tu alma, pues ya es mía. ¡Tú eres mío! —rugió el demonio por la boca de la viuda, levantando esta una mano en dirección suya.

—¡Padre! ¡Por el amor de Dios! —escuchó entre tinieblas, la voz alarmada de Sixta, oliendo esa mezcla de sudor y jabón que siempre precedía al sacristán. Saturio le sujetaba y le ayudaba a sentarse.

—Azazel... —murmuró el diácono, en un sollozo, volviendo a sentir el frío de la sacristía.

Cuando volvió en sí, estaba sentado en uno de los bancos de la iglesia. Recostado, sin que recordara qué había pasado: solo esa voz terrible, y las imágenes del infierno abriéndose ante sus pies. Ni Sixta ni el sacristán estaban ahora allí. La iglesia estaba en silencio. Un rumor que provenía del exterior se podía percibir dentro de las vetustas paredes de piedra.

Se puso más erguido y se frotó la frente, sintiendo el húmedo contacto del sudor frío que lo bañaba. Intentaba recordar algo, pero solo esas imágenes y la voz de aquel ser monstruoso ocupaban su cabeza.

—¿Estoy despierto, Dios mío? ¿Aún estoy soñando? —preguntó, dejando que el eco contestara a sus lamentos.

—¡Estás despierto pequeño bastardo! —retumbó detrás del altar, con un tono dulce e infantil.

Los niños malos serán castigados.
Los niños malos serán maltratados.
Corre pequeño conejo,
corre y huye,
salva tu pellejo.
Los niños malos serán castigados...

Se escuchaba la canción infantil entre las columnas, seguida por las carcajadas alegres de un niño que aún no podía ver.

Chimo se levantó del banco temblando, todo su cuerpo sentía las convulsiones del miedo y los efectos de su mente aturdida. Seguía escuchando aquella voz y el nombre de Azazel parecía querer devorarlo por dentro, retumbando en su cabeza. Algunas lágrimas humedecieron sus párpados; incontenibles, sintiendo una pena profunda, unas ganas de acabar con todo aquello, de terminar de sufrir. La Virgen pétrea, que se elevaba a su lado, en un lateral del crucero, le miraba severa, con sus ojos blancos empañados de la sangre abundante que escurría por su rostro. La voz de Chimo intentaba salir de su garganta, sin tener fuerzas para gritar, ni tan siquiera para elevar su ruego a la Santa Madre.

—¡Serás castigado, niño malo! ¡Pequeño bastardo! —exclamó la niña a su lado. Subida en el banco, mirándole con su rostro deforme, mancillado por las pústulas de la peste. Por sus ojos manaban gusanos y de su boca fétida se podía ver salir una saliva negra y espesa como el betún. La niña le miró y le tocó en el hombro, y él no pudo resistirlo, y cayó desmayado sobre el suelo del templo.

El exconvicto trabajaba en su corral cuando escuchó el sonido del motor de un coche. El cepillo, que movía de forma diestra para desbastar los tablones, le impedía escuchar mejor el ruido al otro lado de la casa. Se detuvo un instante y levantó la cabeza, secándose el sudor de la frente. Pasos sobre la gravilla le pusieron en guardia. Dejando el trapo sobre el banco del viejo aserradero, agarró un hacha que descansaba sobre un tocón y se dirigió hacia la puerta principal de su vivienda. Casi fue a la vez, un susto para ambos; pero al doblar la esquina se topó con el inspector de policía que se acercaba para interrogarlo.

—¿Qué pasa aquí?! —exclamó sorprendido Quinto, al encontrarse cara a cara con el inspector, sin esperárselo.

El policía venía acompañado por dos de sus hombres. Su rostro serio hizo que Quinto retrocediera y de forma sutil dejara el hacha apoyada en la pared de piedra. Sabía muy bien lo que debía hacer y no deseaba verse otra vez entre barrotes.

—El señor inspector jefe en mi humilde casa —pronunció con cierto aire burlón, mostrando sus fuertes dientes en una sonrisa llena de odio e ironía.

—No juegues conmigo, Quinto. Tenemos que hablar contigo ahora —

expresó el inspector, sin cambiar su rígida pose. Los otros dos policías ya se habían colocado detrás del hombre, para evitar posibles sorpresas o una fuga inesperada.

—No pasa nada inspector jefe, no pasa nada. Diga a sus perros que no voy a ir a ningún lado. Yo no soy un robacoches de mierda. Soy un hombre libre ahora, y estoy limpio. Atento a mis cosas, jefe, y las de los demás no son asunto mío —respondió, sin dejar de sonreír de forma astuta.

El inspector observó el amplio corral, que había convertido Quinto en un pequeño aserradero. Era un lugar destartado, con algunas viejas máquinas oxidadas y los útiles que un carpintero necesitaba para desarrollar su oficio. Varios tablones a medio serrar y otros ya lijados y preparados se amontonaban por el lugar, entre montones de serrín y virutas de pino. El olor a resina y a madera era muy fuerte, y un fino polvillo se levantaba con el aire de la tarde, manchando las gabardinas de los policías.

—Así que ahora eres carpintero. Ya veo, ya —comenzó a hablar el inspector, mirando a los dos lados y frotándose la barba a medio afeitar, que lucía ese día—. El carpintero del pueblo...

—Así es, señor. Un oficio que me enseñó mi viejo, el muy tramposo y malnacido. Pero eso le enseñó a este servidor. Y mira por dónde me ha servido para rehabilitarme. Ya soy otro hombre, jefe. La Virgen y la fe me han cambiado, ahora solo miro por mi alma y por mi Virgen —se limitó a explicar el exconvicto con el rostro serio, y sin moverse de donde estaba.

—¿Y no sabes nada de nada?

—¿Y qué voy a saber, jefe? Yo estoy limpio.

—Pero tengo informes de que has estado ocupado, ¿no es verdad? Ocupado con cosas que no debías hacer, Quinto. Metido en manejos peligrosos, con personas poco recomendables, en asuntos muy turbios de la Iglesia. ¿Verdad, Quinto?

—¿Qué cosas? De cosas turbias, nada, jefe. Yo con mis maderas y a lo mío. —Indicó con la mano los tablones, transformando su gesto en uno más ingenuo, pero del todo forzado.

—Algunos testigos me hablan del hombre de los tatuajes en los brazos. Tus tatuajes, Quinto. No me engañes, que me estás tocando ya mucho las pelotas. Los tatuajes que tú tienes en los brazos. ¿Crees que la gente no ve ni oye? ¿Crees que vas a ir liando la marrana y no te van a reconocer? La gente lo ve todo. Y ahora te han reconocido y te hemos pillado. Y esta vez no van a ser diez años. Esta vez te metemos en la trena de por vida y te pudres allí; y

sales muerto o de viejo, para acabar en un asilo. ¿Me entiendes con claridad? —amenazó el inspector, levantando la voz y acercándose al exconvicto; que apretaba los dientes y mantenía los puños cerrados con expresión tensa.

—Yo no he hecho nada —susurró con odio brillando en sus ojos.

—Tú habrás hecho lo que yo te diga.

—Jefe, quiero un abogado. No voy a decir más —contestó con la voz pausada, sin alterarse.

El inspector le miró de nuevo y gruñó con aire fastidiado. Hizo una seña a sus hombres y estos le agarraron por los brazos, sujetándole con firmeza.

—¡Lléváoslo ahora, cagüen todo!

Los policías se llevaron al exconvicto con ellos, dejando al inspector en el corral, mirando aquel espacio lleno de polvo y serrín. Se quedó pensativo, recordando el informe y la voz del comisario explicándole de forma velada, que el exconvicto era el culpable y que así se había decidido. No le gustaba aquello, todo apeataba, pero no quería meterse en aguas tan cenagosas. Su pensión estaba muy cerca, una cómoda jubilación con sus nietos y su hija. No lo iba a fastidiar por aquel mierda de carpintero mangante y asesino. Si se había decidido que sería la cabeza de turco, pues sería y punto. Lo tenía muy claro al darse la vuelta para dirigirse al coche.

Cerca del pueblo...

—¡Abre Lora! —gritaba Andrés por la ventana entreabierta de la casa parroquial, viendo a la chica moverse por la cocina.

La puerta se abrió levemente y el bello rostro de la joven se asomó de forma tímida. Una sonrisa alegre se dibujó en su expresión al verlo y abrió la puerta del todo para dejarlo entrar.

—Buenos días, señor. Aquí ya no vive nadie ahora... Yo estaba terminando de limpiar y eso... pero ya no hay cura, se fue —contestó sin que nadie le preguntase. Sonreía con aspecto simplón, moviendo uno de sus pies de forma nerviosa. Andrés la miraba y se dio cuenta del cambio. Un cambio drástico, algo que le hacía verla de forma distinta, como si le recordase a otra persona, a una persona familiar.

—Déjame entrar, Lora. Tengo que echar un ojo dentro, para ver si encuentro alguna cosa que me ayude a saber qué le pasó a Tamy. Déjame pasar —requirió el periodista, subiendo el peldaño de la entrada.

—Es que ya no hay nadie, y no sé si se puede pasar, y esas cosas. Porque mi madre no quiere que se pase... y no sé si se puede pasar —volvió a

decir, sin apartarse de la puerta.

—Ya sabes lo que necesitamos, Lora. Lo que hemos hablado, ¿verdad? Quiero saber dónde está Tamy. Dónde se ha ido y con quién. Eso te expliqué, ¿recuerdas? Y tú quieres irte a Madrid, ¿verdad? —presionó a la chica.

—Sí... eso sí. Quiero irme a la capital, sí —respondió azorada, apartándose de la puerta para que el periodista entrara. El fotógrafo entró detrás, cerrando la puerta de la furgoneta con un golpe. Miró a la joven y movió la cabeza, pasando deprisa tras su jefe. La chica se asomó un segundo a la calle asustada, pero nadie había allí, solo el ruido de los pájaros y las nubes que cerraban el cielo, adelantando el atardecer y trayendo muy pronto la oscuridad de la noche.

Andrés rebuscaba entre los papeles de la sala. El párroco tenía todo aquello en un auténtico caos. Los documentos parroquiales se mezclaban con antiguos libros de registro y cartas sin abrir. Se notaba que hacía mucho tiempo que no se preocupaba del mantenimiento de la parroquia, ni de cumplimentar los formularios propios de su trabajo. La chica les miraba desde el pasillo, sin atreverse a entrar o a decir nada. Cacho revolvía todo, silbando con asombro y cogiendo algunos papeles de vez en cuando, para mostrárselos a su jefe con una sonrisa burlona.

Andrés salió del saloncito y fue hasta el dormitorio del sacerdote. Tenía que haber algo que le diera una pista, algo que le indicase por dónde comenzar a buscar, para saber qué había pasado con Tamy. Al pasar al lado de Lora, la volvió a mirar con más detenimiento. Aquella ropa que exhibía la joven le era familiar. Hubiera jurado que Tamy había llevado algo muy similar, y ahora Lora iba maquillada con el mismo tono de carmín, el mismo peinado... Se quedó mirándola y agitó la cabeza, quizá era todo producto de su mente, que necesitaba ver ya indicios donde no los había.

Entró en la habitación y se fijó en la vieja mesilla de madera. El olor a cerrado le disgustó. Se notaba que hacía mucho que no se había aireado aquella estrecha celda.

Fuera de la casa se escuchaba un susurro, y un creciente murmullo de alguien que rondaba por el exterior. Cacho se dio cuenta y levantó la cabeza. Por las ventanas se veía gente moviéndose, oscuras sombras que atravesaban fugaces para desaparecer en la penumbra. El fotógrafo se acercó a mirar y vio con asombro un grupo de vecinos que se estaba reuniendo alrededor de la vivienda. Una turba cada vez más numerosa, quieta, sin hacer ruido. En silencio, esperando algo; aguardando sin que el fotógrafo comprendiese qué

pasaba.

—¡Jefe ven para acá, tío! Aquí pasa algo muy raro —exclamó Cacho, sin dejar de mirar por la ventana.

Lora también los veía, moviéndose inquieta detrás de él. Gemía en silencio y se retorció las manos. Sus ojos miraban a todos lados presa del nerviosismo.

Andrés entró en el saloncito y se acercó al sucio cristal de la ventana. La multitud silenciosa rodeaba la casa, un grupo amenazador, que no le gustaba.

—¿Qué carajo queréis, malditos zombis?! —gritó Cacho, abriendo la puerta y asomándose con precaución.

El grupo se acercó en silencio, amenazador. En el centro estaba el alcalde Elías. Su alta figura destacaba entre todos los demás. Su aspecto era fiero y salvaje. En sus ojos se leía el asesinato, el ansia por infligir algún daño. El resto de los vecinos empezaron a murmurar en voz baja. Un susurro creciente que le era imposible entender. Se acercaban despacio, sacando de entre sus ropas algunas hoces y varios machetes grandes, cuchillos para hacer la matanza del cerdo. Quizá para sacrificarles a ellos, pensó Andrés, empujando la puerta atemorizado y apartando al fotógrafo.

—Entra ahora Martín. ¡Entra ya! —le ordenó, empujándole para poder cerrar.

Lora se tiró al suelo del salón, chillando. Parecía presa de un ataque de nervios o quizá de una especie de epilepsia brutal y descontrolada. Una espuma blanca salía de su boca y sus ojos giraban en todas direcciones, volviéndose blancos del todo, como si fueran de leche. Andrés se agachó y tomó su cabeza entre las manos, colocando un trapo enrollado en sus dientes. No quería que la joven se ahogara con su propia lengua o con su saliva.

—Le ha dado un ataque de la leche, jefe. Esos tíos quieren entrar —interrumpió Cacho con la voz preocupada.

Varios golpes se escucharon en la puerta y en los cristales. El rumor de mil voces parecía atraparles dentro de la casa, mientras los vecinos se acercaban aún más, queriendo entrar. La voz fuerte del alcalde se oía entre ellas, un rugido sordo que no anunciaba nada bueno.

—¡No! ¡No! —gritaba la chica, revolviéndose en el suelo—. Separarlo de mí, separarlo, por Dios. Madre sálvame, madre bendita. ¡Quítalo de mi lado! ¡Quítalo!— chillaba, poseída por un furor y una fuerza renovada que le impedía al periodista sujetarla.

El fotógrafo iba de un lado a otro, desde la ventana a la puerta y así otra vez. Miraba nervioso a su jefe, que intentaba calmar a Lora, y volvía su vista al cristal con ansiedad y miedo. Había cogido el palo de una escoba y lo apretaba entre sus manos.

—¡Al primero que asome, le parto la crisma! —exclamaba, mirando el sucio cristal de la ventana.

—Mátale, mátale. La tuve que matar. No pude hacer otra cosa. Matarla, matarla. Ella me lo dijo, ella me lo dijo... —repetía la joven, revolviéndose entre los brazos de Andrés. El periodista la escuchaba, sujetándola en el suelo. Aquellas palabras le llenaron de asombro y preocupación. Eran frases inconexas, alucinaciones de una loca, pero quién sabía si no contendrían algo de verdad.

—¿A quién mataste Lora? —preguntó, con miedo por saber la respuesta.

—¡Muerte, muerte! —gritaba—. ¡Muerte para todos, muerte para los forasteros, para las herejes! ¡Deben morir en la hoguera! ¡Deben sufrir el dolor! —exclamaba fuera de control.

—¡Jefe, ¿qué hago? Estos se nos meten dentro!

—Todos deben morir. Yo tuve que hacerlo... —susurró Lora más calmada—. No te preocupes Andrés. Todo está bien ahora. Muy bien jefe. Ya está todo bien. No te preocupes —volvió a murmurar Lora, como si fuera la dulce voz de Tamy.

Andrés se quedó con la boca abierta, sujetando la cabeza de Lora. Aquella voz conocida, aquel tono familiar le había dejado helado, aturdido por lo que había escuchado. Una lágrima asaltó sus ojos, al oír de nuevo a su reportera.

—¡Tamy! —pronunció, depositando la cabeza de Lora sobre la alfombra y levantándose del suelo al ver que ya estaba más tranquila; como si fuera una niña dormida tras un duro día de juegos.

El fotógrafo había abierto la puerta, saliendo con miedo al exterior. Sus nervios le habían comido por dentro. No podía esperar allí encerrado, como una rata, a que esos salvajes entraran, no lo había podido resistir. Aún apretaba el palo de escoba entre sus manos y miraba, buscando con los ojos asustados a sus enemigos. Pero allí no había nadie ahora. Solo la noche oscura y el viento helado de las montañas que le golpeaba en la cara. Detrás de él estaba Andrés, que le puso la mano en el hombro. Se encontraba triste por lo que había escuchado. El temor había desaparecido de su mente. Ahora solo

albergaba sentimientos encontrados, una tristeza profunda por el destino de su joven reportera. Tenía la certeza de que nunca más la vería, a esa joven alegre y vital, que había terminado sus días en ese pueblo olvidado. Sabía que nunca más escucharía su risa o su palabrería incesante. Y sentía rabia en su interior, una rabia que clamaba justicia.

Lora estaba en el pasillo, de pie, cuando volvieron a entrar. Les miraba con su aspecto simple de siempre. Sonreía como si no les conociese.

—¿Dónde está el diácono? Necesito ver al diácono ahora, o a lo mejor puede que se sienta solo. Es que necesito verlo y ya está; porque las que somos así de modernas debemos estar acompañadas y esas cosas. Es que vaya un día que llevo de perros. Qué alboroto, ¿no? —hablaba deprisa, imitando la voz de Tamy y riéndose como lo hacía ella.

Cacho miró a su jefe, que le devolvió la mirada con asombro. La joven parecía fuera de sí, comportándose como una loca que los desconcertaba. Sin que pudieran evitarlo, salió de la casa, dando un beso en la mejilla a Cacho, que se quedó helado sin saber qué decir o hacer.

—Pues me tengo que ir. Esto es como un sin vivir de cosas. Nos vemos amigos, así de pronto, y luego ya mañana seguimos hablando. Qué bonito ha sido el día —siguió hablando ya en el exterior, mientras movía la mano para despedirse. Al momento se echó a correr, perdiéndose en la oscuridad. Andrés se quedó impávido y se volvió para mirar al fotógrafo.

—Vámonos Cacho. Este es un pueblo de locos —añadió, saliendo de la casa parroquial, seguido de su empleado.

Simón Eslava les esperaba cerca de los soportales de la calle principal. Los dos hombres avanzaban despacio con la furgoneta, mirando para ambos lados, intentando percibir algo sospechoso. Todavía recordaban a los vecinos formando ese ejército de seres sin alma, de demonios que les hostigaban e intentaban atacarles. Ahora, con la supuesta protección que les brindaba el vehículo, podían observar las casas, y sobre todo, las ventanas de la aldea; aquellas viejas construcciones descuidadas y en ruinas que no daban muestras de contener nada vivo en su interior. Si no hubiesen sabido que aquel pueblo estaba habitado, habrían podido suponer que se encontraban en un sitio fantasma, en una aldea poblada solo por espectros errantes. Con esos pensamientos, Andrés frenaba cada poco para mirar, aprovechando el resplandor de los faros. Las ventanas permanecían oscuras a sus dos lados, incluso la puerta de la cantina estaba cerrada a esas horas de la noche. Solo una sombra fue visible, entre las columnas del soportal. ¿Una persona o un

demonio? Alguien que esperaba pacientemente a que pasaran.

La furgoneta se detuvo y un peregrino alto y de complexión atlética se acercó al coche. Tenía la barba muy poblada y su largo cabello rubio se recogía en una coleta, dándole un aspecto nórdico. El hombre, que vestía con un amplio gabán de ante muy viejo y lustroso, se acercó al cristal de la ventanilla y mostró algo al periodista que le obligó a parar.

Cacho se quedó sorprendido de que su jefe detuviera el vehículo ante aquel desconocido. El cuerpo de Andrés le impedía ver qué mostraba el peregrino, y no se había percatado de nada.

—¿No jorobes, que paras ahora? —protestó, mostrando su estupor.

—Mira —repuso Andrés, apartándose un poco para que el fotógrafo pudiese ver la identificación de Agente Judicial del individuo.

Cacho abrió de forma desmesurada los ojos y se acercó más, empujando a su jefe para ver mejor aquel carnet que el tipo apretaba contra el cristal, desde el exterior. Parecía del todo válido, pero aún así, aquello le llenaba de desconfianza y de temor.

Andrés bajó la ventanilla y se quedó mirando al peregrino, mientras este guardaba su identificación.

—¿Un policía? —preguntó en voz baja, todavía preocupado porque no le escucharan o vieran desde las ventanas.

El agente abrió la puerta lateral de la furgoneta y subió.

—No, hombre, ¡Andrés!... ¿Por qué le has dejado subir? —protestó Cacho, al ver cómo el tipo se acomodaba en el asiento de atrás, sin presentarse.

—Tenemos que hablar, pero no aquí, es mejor que arranques Andrés Noel, y salgas del pueblo.

El periodista arrancó de nuevo la furgoneta y avanzó despacio, hasta que el pueblo se perdió en la oscuridad por detrás de ellos. Todavía no se veía el hostal, pero el misterioso sujeto le tocó en el hombro para que se detuviese.

—Ya habéis visto mi identificación. El Estado está investigando todo lo que está ocurriendo aquí y yo soy el encargado de esclarecer qué está pasando —mintió el agente de la Iglesia, que seguía disfrazado para ocultar su verdadera identidad—. Debo hacerme pasar por un peregrino, pues ya veis que en este pueblo es difícil moverse sin ser reconocido o espiado. Es una comunidad pequeña donde todo se sabe. Es un lugar hermético, un grupo muy cerrado al que no quiero alarmar con mi presencia.

—Pero... ¿estabas aquí desde los primeros hechos? —se atrevió a

preguntar Andrés, pensando en el suicidio de Dany o en la desaparición misteriosa de Tamy.

—No. La policía local ha investigado hasta ahora, pero todo se ha desbordado y ya trasciende lo que está ocurriendo en las altas instancias del Estado. Esto ya no es competencia de la policía, es algo que está muy por encima de ella.

—Algo muy gordo está pasando aquí —interrumpió Andrés, sin confiar del todo en el agente.

—La razón de este encuentro no es un interrogatorio por mi parte, ni tan siquiera recabar información sobre lo que hacéis aquí, o lo que sabéis. Eso ya lo sabemos, y tenemos toda la información que necesitamos.

—Me imagino, comprendo —expresó el periodista, esperando para oír algo más de lo que el agente deseaba contar.

—La razón es la de avisaros, o más bien persuadiros de que dejéis todas las pesquisas que estáis haciendo, que paréis ahora de investigar, y que volváis a Madrid. Aquí ya no podéis hacer nada, solo poner en peligro vuestras vidas y las de otros; y además impedir mi investigación y la de otros agentes encubiertos en la zona —informó el agente, con voz neutra, mirando a los dos periodistas.

—Pero eso es imposible. Estamos metidos de lleno en un gran reportaje. Es el trabajo de la prensa, es nuestra obligación. Y ni la policía ni el Estado tienen derecho a ordenarnos eso. No pueden. Tú no puedes exigirnos que nos vayamos y lo dejemos todo ahora... No puedes pedirme que abandone ahora sin saber dónde está mi reportera..., no puedes —protestó Andrés, con creciente irritación.

El agente sonrió levemente, mirándole a los ojos. A través del disfraz se vislumbraba su carácter inflexible y su fría resolución. Ya suponía que aquel testarudo periodista no le haría caso, era lo más previsible después de estudiar el dossier con su ficha y los informes sobre su persona y su trabajo. Un tipo como Andrés no se intimidaría con solo un consejo o con una velada amenaza. Necesitaba algo más, un incentivo mejor para que hiciese caso a su exigencia.

—Nosotros sabemos dónde está Tamy. Está bien, está a salvo, protegida por la Secretaría de Interior en un lugar seguro. No te preocupes ahora. Si no me haces caso y no te vas, la pondrás en peligro, ya que es un testigo protegido de algo que no debes ni puedes saber.

—¿Está a salvo? ¿Es un testigo protegido? —repitió Cacho, silbando

dentro de la furgoneta, con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Testigo de qué? —se atrevió a preguntar Andrés—. ¿De qué puede ser testigo esta chica? —repitió Andrés, con evidente recelo en su voz.

—Esto es una información reservada, y aunque lo supiera, no podría decíroslo; pero no lo sé. Escuchad bien: Debéis iros mañana de aquí. Mañana mismo y en unos días volveréis a ver a Tamy. Si no me haces caso, y decides seguir por tu cuenta, metiendo las narices y estropeando mi investigación, nuestra investigación, estarás interfiriendo en un asunto oficial del gobierno, y directamente del Ministerio del Interior. Y eso... te traerá consecuencias; a ti, a tu programa y a tu radio —amenazó el agente, con la voz metálica, sin dejar de mirarles fijamente.

—Lo comprendo —contestó Andrés, esperando que el agente añadiera algo más.

La puerta de la furgoneta estaba abierta, dejando entrar el frío de la noche. Los dos periodistas se miraban atónitos y dudando de que aquella entrevista hubiese sido real y no fruto de una alucinación, una de tantas en aquel pueblo maldito. El agente había salido sin añadir nada más y se había perdido en la oscuridad. Cacho tiró de la puerta y se volvió para mirar con mudo asombro a su jefe.

—No me gusta esto. No me gusta... -susurró Andrés, pensando en la joven Lora y en su ropa moderna y distinta, pensando en la nota de Tamy, con todas aquellas palabras extrañas que le retumbaban en la cabeza, y se negó en silencio a seguir las órdenes del agente.

—¿Qué pasa jefe?, ¿nos vamos a Madrid?

—Todavía no, Cacho. Esto huele muy mal, y algo no encaja aquí —le contestó, arrancando de nuevo la furgoneta para llegar hasta el hostel, donde pasar la noche.

El diácono había dormido mal otra vez. Los sueños se repetían con la misma intensidad: la voz de la niña ensangrentada, y las visiones de cuerpos desmembrados y de penitentes recorriendo un sendero en llamas, hacia una sima por la que se despeñaban. Se había despertado varias veces empapado en sudor y al final había decidido levantarse y salir de su casa para empezar el día. Todavía tenía mucho que hacer con todo lo que el antiguo párroco había dejado sin resolver. La parroquia era una enorme montaña de papeles y

documentos descolocados o desaparecidos. Las actas y los libros de registro se mostraban incompletos y con las páginas arrancadas. Daba la impresión que la locura había atrapado al pobre sacerdote, y en los últimos años todo lo que se veía por fuera, su cada vez más aberrante comportamiento, se traducía también en la mala gestión de su iglesia.

Chimo salió de su casa, y sintió el frío gélido. Nadie estaba en la calle, ni un alma se veía en aquel pueblo fantasma. Su intención era acercarse a la casa parroquial, de la que tenía ahora las llaves y seguir con su intento de hacer luz en todo aquel enorme jaleo, pero sus pies tomaron el camino opuesto. No sabía bien porqué, el motivo de que se dirigiera en dirección contraria, saliendo de la aldea hacia el hostel. Algo le arrastraba hacia allí, era solo una inquietud, una voz que le llamaba en su cabeza.

El edificio estaba en silencio, con todas sus ventanas cerradas. Los pocos huéspedes que albergaba estarían dormidos aún o habrían salido. Se paró un instante y levantó la mirada. Las ventanas de los periodistas estaban a oscuras. Nada se podía ver desde el exterior.

Indeciso, empujó la puerta y esta se abrió sin dificultad. El interior del vestíbulo estaba en penumbra. Solo el tenue resplandor que se filtraba a través del ventanuco, iluminaba débilmente la entrada. Chimo pasó dentro sin hacer ruido y se quedó quieto al pie de la vieja escalera; escuchando el silencio, el coro de crujidos de la madera y de los muebles antiguos que se quejaban con el cambio de temperatura.

Una ráfaga suave de viento empujó la puerta, haciendo que se cerrase. Esperaba ver a Lora o a su madre, pero la casona estaba dormida aún y sus habitantes no parecían haberse levantado.

Se volvió y observó un momento por la ventana. La claridad cada vez era mayor. Un rumor, como un ronquido, parecía venir de la planta superior, quizá de alguna de las habitaciones ocupadas, así lo pensó. De pronto, se sintió como un intruso. No entendía muy bien qué hacía allí. Ese irrefrenable impulso había desaparecido, y su permanencia en el hostel sería complicada de explicar, si su dueña le descubría en el pasillo.

Decidió que aquello había sido una locura y se dio la vuelta para salir; cuando volvió a escuchar la voz, esta vez muy sutil, una llamada imperceptible, pero de la que no albergaba ninguna duda.

—Chimo, no te vayas —volvió a escuchar con más claridad. Era la voz inconfundible de Tamy. Se acordaba muy bien de la alegre chica. De sus ojos preciosos y su sonrisa sensual y bonita. Había sentido mucho su marcha y

ahora había vuelto a escuchar su llamada. Parecía provenir del fondo del vestíbulo, quizá del espacio oscuro que se perdía bajo la escalera.

El diácono se acercó con precaución. Cuanto más se aproximaba, más se acostumbraban sus ojos a la escasa iluminación. Unos magullados peldaños indicaban la bajada hasta la puerta del sótano. La voz de Tamy había salido de allí, estaba seguro de ello, y una incertidumbre creciente se apoderó de él.

Quizá la chica permanecía allí encerrada, o estaba en peligro. O alguien la tenía retenida en contra de su voluntad. En aquel pueblo ya todo era posible, y en su mente asustada, todas las probabilidades se sucedían a gran velocidad, consiguiendo que se encontrase en un estado de excitación nerviosa.

—Chimo, ven, estoy aquí —volvió a escuchar suavemente, como si una brisa gélida le rozara la cara. Se tocó la mejilla con la mano y notó el frío, a la vez que sus oídos escuchaban esas dulces palabras. Estaba seguro de que provenían del sótano, y no podía dejar que la muchacha siguiera allí encerrada.

Tomó aire para llenarse de valor y descendió por la escalera. La puerta de la habitación de Sixta se abrió despacio en ese momento, sin hacer apenas ruido.

Los dos periodistas seguían durmiendo profundamente. Un sueño intenso que los atrapaba impidiendo que despertaran, aunque los ruidos se empezaban a sentir en la planta baja de la casa. Solo la puerta de la habitación de Sixta permanecía abierta ahora. En su interior ya no había nadie. La viuda no estaba dentro, aunque en la casa no se oían otros pasos, solamente la respiración agitada del diácono.

Chimo se acercó a la vieja puerta del sótano, y aproximando su cara a la superficie de madera, susurró algunas palabras para cerciorarse de que la reportera estaba allí.

—Tamy, ¿estás ahí? Tamy. —Nadie contestó, y sin pensárselo más empujó la puerta, que cedió con un chasquido profundo, permitiendo que el interior exhalara una bocanada de aire denso y maloliente.

El diácono arrugó la nariz y sintió una náusea. Un olor putrefacto salió como el golpe de un ariete que impactara contra él. Se cubrió la cara con un pañuelo y siguió bajando por la escalera. Palpando en la oscuridad, tocó el antiguo interruptor de cerámica de la pared lateral. Giró la pequeña manija y de pronto toda la estancia se iluminó. El olor seguía siendo muy fuerte, aunque la excitación y el miedo hacían que se fuera acostumbrando y no le prestara

ahora tanta atención.

Todo estaba ocupado por multitud de trastos y muebles viejos. Un gran montón de carbón se apoyaba contra el muro de piedra que tenía enfrente y en el lateral, una acumulación de sillas desvencijadas se amontonaban, sin dejarle pasar.

Por el estrecho pasillo que formaban los objetos, fue avanzando hasta el fondo del sótano. Esa zona parecía abrirse con mayor amplitud. Una gran mesa se encontraba en el lugar, rodeada de varias formas humanas. Al principio, su imaginación le indicó la posibilidad de que un grupo de maniqués estuvieran allí dispuestos de forma curiosa, como una divertida o demente manera de guardarlos; pero al acercarse más, lo que vio le aterrorizó. Sus ojos se desorbitaron y abrió la boca presa del pánico. A su lado podía observar varios cadáveres en diferentes estados de descomposición o momificación. Estaban sentados, como comensales en aquel menú diabólico; rostros sin ojos que le miraban fijamente.

El diácono se quedó paralizado, su corazón bombeaba la sangre necesaria para que su cerebro no se colapsara, pero no podía moverse. Miraba a aquellos pobres seres que habían sido colocados allí por algún demonio y no podía entenderlo, su mente se negaba a creer lo que estaba viendo.

Tamy también estaba allí, sentada en un extremo. El bello rostro de la chica le miraba con sus ojos ensangrentados y reventados. Su cara estaba macilenta, dejando ver una lengua tumefacta y de color negro que colgaba hasta la barbilla, en una mueca grotesca y terrible. El olor ahora era insoportable. Algunos de los cadáveres se corrompían en miríadas de gusanos que brotaban por las cuencas vacías de sus ojos o por las comisuras de los labios amoratados. Otros ya estaban secos, como arrugados pellejos, monstruosos y retorcidos.

—Chimo, ¿dónde estás? —volvió a escuchar, esta vez detrás de él, casi en la entrada del sótano. Era la voz de Lora, la conocía muy bien y eso le hizo reaccionar y salir de allí corriendo, sin querer siquiera volver la cabeza.

En el exterior de la bodega, asomada en el inicio de la escalera estaba la joven, esperando con una sonrisa alegre y sus bellos ojos violetas llenos de inocencia. El diácono subió de prisa, tropezándose al intentar correr nervioso y presa de temblores por lo que había visto. Intentaba ordenar sus ideas, pensar con lucidez en lo que debía hacer; pero la presencia de la muchacha, con aquella expresión angelical le desconcertó.

—En el sótano... están todos en el sótano... —consiguió expresar,

entre convulsiones que no podía evitar.

—Bueno, es donde deben estar. Son nuestros invitados. Y a los invitados no se les puede tratar mal. ¿No crees? Y menos cuando somos modernos, y alegres, y queremos vivir en la capital. ¿A lo mejor tú también quieres vivir en la capital? —hablaba sin parar, con un tono raro en la voz, sin dejar de sonreírle.

El diácono la miró asombrado. La chica vestía como Tamy e intentaba forzar su voz para imitarla. Ahora se daba cuenta de todo y no supo qué responder.

—No debes irte de aquí. Porque, ¿a dónde vas a ir? No puedes, Chimo. Ahora no puedes —susurró Lora, mirándole fijamente sin dejarle pasar.

—Esto es una atrocidad, Lora. ¡Esto es un crimen antinatural! ¡Debo comunicarlo! —exclamó excitado, intentando que la chica le dejase salir de la casa.

En el piso de arriba los dos periodistas seguían durmiendo profundamente. Sus respiraciones eran tranquilas, sumidos en un raro sueño que les impedía oír nada de lo que estaba ocurriendo. Andrés se veía atrapado en una habitación de blancas paredes. Intentaba encontrar una puerta o una ventana, pero no había ninguna posibilidad de salir de allí. Todo era de un color blanco intenso, deslumbrante, que le dañaba los ojos. No podía escapar. Los dos dormían profundamente, y un ronquido atenuado de Cacho se escapaba por la puerta de su habitación, como único testigo de su presencia.

Lora seguía sonriendo al diácono, y se giraba en el vestíbulo frente a él como si bailara.

—Una chica moderna debe saber bailar ¿Tú sabes bailar, Chimo? Deberíamos ir a bailar, a una sala de baile moderna y preciosa, con música moderna y preciosa. Así me movería yo, tatata, tatata... —repetía, tarareando una supuesta música que solo escuchaba en sus oídos.

Se giraba como una loca, riendo en alto y cogiendo de las manos al diácono, que sentía su cabeza dando vueltas y se dejaba arrastrar por el loco baile de la joven.

—Lo ves, Chimo, ¿lo ves? Así debemos estar siempre. Los dos juntos. Siempre juntos. Bailando como dos enamorados, como dos novios —gritaba y reía, mientras giraba, llevando de las manos al aturdido diácono, en su enloquecido baile.

El clérigo sintió un dolor intenso en la espalda; un agudo pinchazo que

notaba cada vez más fuerte, hasta que le cortó la respiración. Lora le soltó, quedándose quieta, con las manos cubriéndose el rostro. Chimo se estiró con rigidez, emitiendo un gemido agudo y miró a la chica con los ojos muy abiertos y los dientes apretados en una mueca de dolor. Solo fueron unos segundos de agonía en lo que la fría hoja del cuchill penetraba con fuerza hasta su corazón. Después se desplomó sobre el suelo y Lora chilló asustada.

A su lado estaba el sacristán, limpiándose la baba de su demacrada cara, ya arrodillado frente al cuerpo para extraer de su espalda el machete de caza.

—Puerco —murmuró al sacarlo y limpiar la sangre en la espalda del cadáver.

—¿Debes ir a tu habitación ahora, Lora! —ordenó la voz de su madre, desde la entrada de la cocina. La chica miró hacia allí y vio a la viuda que llevaba de la mano a una niña, a su joven amiga del vestido ensangrentado. Ella le sonreía con los ojos encendidos en llamas, y su dulce rostro deformado por la podredumbre y la maldad. Su madre apretaba la mano como si fuera otra hija, una hermana para ella.

—¿Lora no quiere obedecer? ¿Lora es mala y debe perecer? —cantaba la niña de forma burlona, penetrando con su voz en la mente de Lora, que ahora sentía un dolor creciente en su cabeza.

—¡Vete a tu habitación ahora! —volvió a exclamar Sixta, haciendo que su hija saliese corriendo por el pasillo.

El viejo sacristán ya cargaba con el cuerpo del diácono. Resoplaba por el peso, pero a pesar de su aspecto débil y encorvado lo llevaba sobre su espalda, bajando con dificultad por la escalera del sótano.

—Malditos puercos fornicadores. Todos tendréis vuestro merecido —rezongaba, mientras se perdía tras la puerta entreabierta del final de la escalera.

La viuda veía cómo su hija entraba en su habitación y sonreía con maldad. La niña apretaba su mano sin que se percatara. No parecía ser consciente de ella, ni sentir su presencia.

En el piso superior, Andrés golpeaba la pared blanca dentro de su sueño. Intentaba escapar. Un grito de socorro había penetrado en aquella deslumbrante estancia, una llamada que deseaba sacarlo del sueño sin conseguirlo. Una densa neblina ocupaba ahora la habitación real, desplazándose hacia su rostro dormido; hasta que su nariz inspiró aquel vapor amarillento, impidiendo que despertara por el momento.



Capítulo

6

Aquella tarde, un cielo rojo como la sangre iluminaba con un resplandor irreal por encima de las montañas. La vieja iglesia sufría el embate de un fuerte viento cálido, que arrastraba el polvo del suelo en pequeños torbellinos, agitando los árboles como si fuera un furioso ángel vengador. Todos estaban dentro de sus tiendas en el campamento, refugiados de las inclemencias de aquel extraño tiempo que se estaba formando. Algunos rayos destellaban entre las nubes, en un ambiente seco y pesado. La respiración se dificultaba y el aire parecía pastoso, casi líquido, molestando en los ojos y en los pulmones a todos los residentes de la zona.

Simón Eslava levantó la vista hacia el cielo y se santiguó. Quizá era el día en que la ira de Dios se mostraría implacable, para acabar con todos aquellos herejes, condenados del infierno, pensaba. Habría deseado verlos arder a todos, ver cómo un ángel de la muerte descendía con su espada flamígera y exterminaba todo aquel pueblo de gentes impías. Pero sabía que eso no sería así, o por lo menos no en ese día.

Seguía caminando para dirigirse a la iglesia, después de pasar por la casa del diácono. Estaba cerrada a cal y canto, vacía, sin ningún ruido en su interior. El joven clérigo no estaba allí con toda seguridad. Necesitaba hablar con él. Debía volver a “sugerir” al nuevo vicario todo lo que había explicado al anterior sacerdote.

Entre los torbellinos de polvo y el viento abrasador se podían distinguir multitud de formas que se aproximaban por el camino. Un grupo impreciso, desdibujado por la calima y la tempestad. Simón se detuvo para verlos mejor. Estaban en su senda y pronto se cruzaría con ellos. Seguía disimulando su identidad con aquel harapiento disfraz de peregrino, un mugriento atuendo que detestaba, pero que era necesario para que nadie se

fijara en él. El tacto de su pistola en un costado le hizo sentirse seguro y prosiguió su marcha, para ver quiénes podían venir hacia el pueblo con aquel mal tiempo.

Cada vez eran más. Un grupo compacto de vecinos que se acercaban despacio, como si estuvieran poseídos por aquel cielo de sangre y fuego. Portaban en sus manos hoces y cuchillos, y se dirigían hacia él sin detenerse. El agente se paró para comprobarlo. Eran muchos y demostraban un odio extraño en sus ojos. Estaba atrapado y lo sabía. Sin poder retroceder o escaparse por algún lateral del camino, repleto de arbustos espinosos.

Los vecinos continuaban avanzando, sin dejar de mover las armas entre sus manos, en una actitud peligrosa y demencial. El agente intentó serenarse, su entrenamiento militar debía ser suficiente para afrontar esa situación. ¿Pero quién está preparado para enfrentarse a una manada de lobos, o a un ejército de demonios? Sin pensarlo más, desenfundó su pistola y apuntó al cabecilla del grupo. Se concentró. Liberó el seguro de su Glock, tocando con suavidad el gatillo. Dios estaba con él. Era un santo cruzado, un hermano consagrado en la lucha contra el mal. Si debía morir en ese día, así sería, por voluntad del Señor. Eso se repitió así mismo, prestándose a la lucha que veía inminente.

El cabecilla se detuvo cerca de él, haciendo que todos los demás se pararan a la vez. El viento levantaba bocanadas de polvo que los cubría, entre los trallazos dolorosos de los rayos, retumbando sobre sus cabezas. El agente apretó los dientes y se dispuso a apretar el gatillo.

«Por mi Dios» —se dijo a sí mismo, y en ese momento, en ese preciso instante en que su cuerpo estaba en tensión; el cabecilla dio un paso atrás y miró al resto del grupo. Los vecinos fueron retrocediendo, disolviéndose entre la densa niebla, mientras el cielo de sangre iluminaba sus caras como si fueran máscaras endemoniadas. Tan solo en unos segundos, todos desaparecieron y el agente se quedó apuntando su arma contra el vacío infinito, sin dejar de apretar todavía los dientes, presa de gran excitación y de miedo controlado.

—Se han ido... —susurró, pulsando el seguro de su pistola, sin meterla aún en su funda.

Con mucha precaución siguió avanzando por el camino, sin encontrar a nadie más. Se diría que todos aquellos locos vecinos se habían evaporado con el viento que arreciaba y que ahora le golpeaba en la cara. Como si alguno de los rayos que seguían sacudiendo las nubes, hubiera fulminado por designio divino a todo ese grupo de seguidores de Satanás. No estaban allí cuando la iglesia ya aparecía frente a él, desafiante y de un color rojo pintado por la luz

reinante.

Tuvo mucha precaución antes de entrar. El campamento de peregrinos no se apreciaba entre la tormenta. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par, dejando que vaharadas de polvo penetraran en el recinto sagrado. Todo parecía ir mal. Era como si un torrente de sangre descendiera del cielo para ahogar a los pobres mortales. Simón corrió a refugiarse en el interior. Entró y miró, sin ver a nadie. Tuvo que esforzarse para empujar las dos pesadas hojas y vencer el ímpetu del viento, que se negaba a permitir que cerrara. Al final, consiguió mover el viejo pomo de hierro y el aire dejó de golpearle.

El interior estaba en penumbra. Un resplandor rojizo se podía percibir a través de las altas cristaleras y en el centro del crucero, como si fuera una cascada roja que cayese desde la lucerna cenital. Avanzó por la nave central, mirando a su alrededor. El rostro de la Virgen no presentaba las huellas de su milagro de sangre. Ese día el prodigio no se había formado, y solo la piedra tosca se podía apreciar. El arma seguía en su mano, apuntando hacia abajo, sin dejar de observarlo todo con precaución. Había muchos claroscuros, muchas zonas en penumbra entre aquel bosque de columnas, que podía servir para ocultar a cualquier demonio o persona.

En ese momento, la puerta de la sacristía se abrió y el sacristán apareció a un lado del presbiterio. Llevaba un cubo de hojalata entre las manos. La aparición fue tan súbita, que los dos se quedaron sorprendidos. El sacristán resopló molesto al verle, parándose indeciso en aquel espacio intermedio. La puerta de la sacristía seguía abierta, y debió pensar que nadie estaría en la iglesia en un día como aquel.

El resplandor de los rayos y la claridad roja del cielo seguían iluminándolo todo. El rostro demacrado del viejo se coloreaba con tonos encendidos, pareciendo un auténtico seguidor de Belcebú. El agente de la Iglesia se acercó despacio. Era un buen momento para estar a solas con aquel tipo, que se le había escapado en el santuario. Un momento inmejorable para obligarle a confesar o para darle un billete directo al infierno. Simón levantó levemente su pistola y sonrió al sacristán de forma burlona y amenazante. Su actitud le indicaba que ahora estaba en su poder y no podría escapar de él.

Saturio vio al peregrino, un hombre fornido y armado, un tipo peligroso, que llevaba una pistola en su mano. Sabía muy bien que estaba atrapado allí. Las puertas del templo estaban cerradas ahora. Solo con aquel tipo y con su amada Virgen. Nadie más bajo el cielo podía ayudarle. Debía

pensar, decidir en su cabeza qué hacer, cómo escapar, cómo conseguir ayuda para acabar con aquel maldito bastardo. Así lo pensaba, escupiendo en el suelo sin soltar el cubo.

—No se puede estar aquí. Hoy no hay misa —expresó, balbuceando como una oveja a punto de ser sacrificada.

El agente se acercó más para ver mejor al sacristán. Pasó al lado de la Virgen y se colocó justo en el centro de la luz cenital, que lo iluminaba con el fuego de la tempestad.

—Te llamas Saturio, ¿verdad? Eres el sacristán, ¿no es cierto? —preguntó sin dejar de mirarle fijamente.

El viejo se giró hacia atrás para observar la puerta abierta de la sacristía. Estaba nervioso, balanceándose con el cubo entre las manos. Era como un demacrado demonio atrapado en una red.

—No te vas a escapar viejo estúpido. Esta vez no. ¿Me recuerdas verdad? Seguro que sí. Ahora estás en mi poder, en las manos del Santo Oficio. Y pronto sabrás lo que es la justicia de Dios —espetó, apuntándole con la pistola y aproximándose despacio.

El sacristán solo se movía por instinto; con reacciones animales que no provenían de su razón lúcida. Emitió un grito desgarrado y le lanzó el contenido del cubo, la sangre líquida de la gallina. Lanzó todo, también el cubo, contra el agente y salió corriendo con agilidad hasta la sacristía. Simón esquivó como pudo la sangre, que le salpicó en la cara y en los ojos, y disparó hacia el bulto que no distinguía. Varios estampidos repetidos hicieron eco dentro de la iglesia. Los proyectiles pasaron cerca del viejo, que se escurrió como una sanguijuela dentro de la estancia.

Cuando Simón entró ya no había nadie allí. El interior estaba muy oscuro, con la luz espectral que dejaba pasar el ventanuco, filtrando ese tono rojizo del exterior. Al principio no pudo ver nada, ningún sitio donde el sacristán pudiera estar escondido o haber escapado; hasta que se percató de una puerta, una disimulada poterna del tamaño de un niño, que se encontraba entre el armario y la alacena. Aquella puerta había sido la vía de escape del viejo sacristán, de eso estaba seguro. Intentó abrirla y no pudo, estaba cerrada y atrancada por fuera. Era del todo imposible forzarla. Aquella maciza hoja de roble no cedería ni bajo el impacto de las balas.

El sacristán se había vuelto a escapar, y se sentía enfurecido. Necesitaba templar su ánimo y dejar que su mente tomara el control otra vez.

—¡Maldito viejo del demonio! —exclamó, respirando con fuerza y

limpiándose los restos de sangre seca del rostro.

Salió de la sacristía, con cierta irritación; no le gustaba que sus presas se escaparan delante de sus narices. El templo seguía bañado por el resplandor rojizo. Los rayos de la tormenta se mezclaban ahora con un resplandor más intenso, junto con un rumor creciente que parecía provenir de un león enfurecido. Simón se detuvo al escucharlo. La tempestad arreciaba más... o algo distinto estaba sucediendo en el exterior.

Voces ininteligibles comenzaban a reverberar entre las columnas. Gritos lastimosos y lamentos que se esparcían por todo el lugar sagrado. El agente sacudió su cabeza, no quería ser presa de una alucinación. Aquellas voces ahora resonaban en toda la iglesia. El fuego del infierno parecía atraparlo, consiguiendo que las llamas de sangre le cegaran a través de las cristaleras. El rugido del exterior era muy fuerte, como si una batalla se desencadenara fuera. Las voces clamaban venganza, lloraban y gritaban, atravesando sus oídos y retumbando entre las paredes de piedra. Él se tapaba con las manos, sin soltar aún la pistola. No quería escucharlo. Miraba a todos lados sin saber qué estaba pasando. Solo una voz más fuerte hizo que todo aquel endemoniado coro se extinguiese.

—¡Yo soy aquel al que tú temes, pequeño bastardo! ¡Soy el señor de tus miedos, el príncipe que gobernará en este mundo abandonado de la gracia de Dios! —retumbó.

—No te temo —susurró el agente sin dejar de cubrirse los oídos, mirando con los ojos llenos de pavor a su alrededor.

Un rayo atronó como un monstruo mitológico sobre el templo, haciendo vibrar los muros y agitarse en su pedestal a la imagen de la Virgen.

—¡Yo soy Azazel, insensato protector de la cruz de madera! —exclamó la voz, con una fuerza superior a la tempestad que se escuchaba fuera.

—Sabía que tú estarías por aquí; pero por la sagrada cruz de Cristo, no podrás hacer nada contra los hermanos de la Santa Congregación... —contestó Simón, elevando su mirada hacia el techo y a la zona del altar, buscando el origen de aquella amenaza, el lugar en que el señor de la oscuridad podía estar presente.

—¡Nada podrás contra mí, “protector” de esa patética cruz! —vociferó el ente maligno, derribándole hacia atrás, como si una bocanada de calor lo empujase con violencia.

—¡Yo soy un soldado de Cristo, hijo de Satanás! ¡Y no te temo! —gritó Simón, disparando su Glock repetidas veces contra el retablo de madera.

Nadie estaba allí, solo fue su instinto, su preparación o su miedo, tal vez.

Un vendaval de calor sofocante estalló en el interior del templo, derribándole y empujándole contra las puertas, que se abrieron con violencia, proyectándole al exterior. El agente salió despedido, rodando por el suelo, aturdido por el golpe. Levantó la cabeza como pudo, y vio de reojo las llamas que ardían en el campamento de peregrinos, un infierno que proyectaba enormes lenguas de fuego contra el cielo ensangrentado. Aquello sí era el infierno. Era el advenimiento del anticristo. El final de los tiempos, pensó; y apretó la pistola en su mano.

—Vas a morir aquí Simón — retumbó en su mente, antes de caer desmayado sobre el suelo.

Un infierno sacudía todo el campamento de fanáticos y seguidores de la Virgen de Llercia. Las tiendas ardían con rapidez, quemándose los toldos multicolores, y todas las cuerdas y telas impermeables. Las caravanas, ubicadas como si fueran casas de un poblado improvisado, se derretían y estallaban en una gran bola de fuego, lanzando bombonas de gas y otros objetos por el aire. El cielo de sangre parecía cubrir todo aquel lugar condenado. El calor reinante ayudaba a que el fuego se propagara con rapidez, entre los gritos y las explosiones.

Sombras fugaces se desplazaban entre las tiendas en llamas. Hombres encapuchados que recorrían las angostas calles que atravesaban el poblado provisional, blandiendo en sus manos hoces y cuchillos, o largos palos con los que golpear a cualquiera de sus ocupantes.

La matanza había comenzado y nadie parecía poder escapar de aquella orgía de sangre que se desarrollaba en el prado cercano a la iglesia. Los pocos peregrinos que conseguían salvarse del fuego eran asaltados y golpeados sin compasión por los encapuchados, que rodeaban todo el lugar. Algunos caían muertos bajo el acero de las hoces o degollados como cerdos entre varios de aquellos fantasmales asesinos. La sangre manchaba sus atuendos. Sus túnicas ahora parecían las ropas de matarifes, salpicadas de sangre y chamuscadas por el fuego imperante.

Otros de los encapuchados salían del campamento tirando a un lado las antorchas encendidas, aquellos que habían causado tal conmoción prendiendo las tiendas y salpicando con gasolina las caravanas y los vehículos. El fuego lo devoraba todo y los gritos de los fanáticos pedían socorro o gemían de dolor por las heridas que les causaba la muerte.

En el centro de aquel espectáculo pavoroso destacaba la colosal figura

de uno de ellos. Un gigante encapuchado que mataba a golpes con un gran mazo de hierro, a todo el que se ponía delante. Era la muerte, un demonio sin piedad ni alma que derribaba en el suelo a los indefensos peregrinos y los remataba con su mazo, golpeándoles en la cabeza hasta reventarles el cráneo. No tenía compasión con nadie, ni ancianos ni mujeres, todos eran asesinados en el acto, y arrojados al fuego. El gigante rugió fuera de sí, como un animal salvaje, atravesando las llamas sin temor, tan solo para atrapar a alguno que escapaba desesperado.

El agente de la Iglesia levantó la vista y volvió en sí en el lugar que había estado desmayado. Con dificultad, pudo erguirse para ver la tremenda tempestad de fuego y muerte, barriendo toda la zona, solo iluminada por el intenso resplandor de aquel atardecer de sangre. El cielo parecía saberlo, los rayos chasqueaban y rompían las nubes sobre su cabeza, iluminando de forma espectral aquel espantoso espectáculo.

Simón se levantó sin saber qué hacer, todavía en su cabeza sentía el aturdimiento del golpe, al ser expelido con violencia desde la iglesia. Veía a lo lejos muchas formas fugaces, seres fantasmales que corrían alrededor de aquella enorme hoguera que estaba acabando con todo el poblado.

—¿Qué habrá sucedido? —se preguntaba. Quizá la ira de Dios había desencadenado aquello, reflexionaba para sí.

A lo lejos, entre el humo denso y negro que ya se extendía por todo el lugar, volvió a ver al sacristán. Corría arrastrando su pierna, como si fuera una maldita alimaña. Se marchaba de allí hacia la carretera, en dirección al pueblo. El agente decidió ir tras él. Ese infierno no era asunto suyo, si cabe, sería investigado mañana por la policía y él tendría el informe de todo aquello al instante. Ahora debía atrapar al viejo. Seguirle y ver a dónde iba o dónde se escondía.

Sacudió su disfraz y comprobó que su pistola seguía en la funda. El viejo ya se escurría entre la oscuridad y debía darse prisa o le volvería a perder. Los gritos de los peregrinos retumbaban en sus oídos, junto con el fuerte olor a gasolina y el humo negro que le hizo toser. No podía perder más tiempo, el viejo ya no se veía a lo lejos.

—Maldito sacristán —murmuró, corriendo detrás de él.

El coloso encapuchado resoplaba, apartado ahora del infierno de tiendas en llamas. Seguía apretando el mazo ensangrentado en una mano, sin moverse del sitio. Había visto cómo el sacristán corría hacia el pueblo y a uno de los peregrinos seguirle de forma sigilosa. Tiró el mazo en la hierba

quemada y miró otra vez al fuego descontrolado que lo abrasaba todo, luego se dio la vuelta para ir tras ellos. El sacristán estaba en peligro y no se había percatado que uno de aquellos fanáticos le seguía; así que le atraparía también y le partiría el cuello con sus manos.

La luna ya salía entre las nubes, bañada por la sangre de los inocentes que se derramaba esa noche. En los oídos de Simón se escuchaban las palabras de aquel demonio. “Yo soy Azazel”, recordaba, sin poder apartarlas de su mente. El viejo sacristán había atravesado la aldea, que permanecía en silencio, como si todos sus vecinos estuvieran muertos o hubieran desaparecido de allí. Era un auténtico pueblo sin vida, que sobrecogía, bañado por una luna roja como las lágrimas de la Virgen.

La puerta de la hostería estaba abierta. Simón había llegado después de que el sacristán entrase. Se detuvo un instante entre las sombras, tras un murete derribado, para observar que no fuese una trampa. Cualquier imprudencia podría ser muy peligrosa en ese momento, con todos aquellos seres infernales armados a su alrededor.

El coloso encapuchado también llegó detrás. Veía la sombra del peregrino escondido tras las piedras. Podía comprobar desde allí cómo observaba, quizá maquinando alguna maldad para atentar contra la vida del sacristán. No podía permitirlo. La ira que le desbordaba era difícil de controlar. Pero esperaría a tener su oportunidad y ver qué estaba tramando aquel fanático.

Simón echó a correr, atravesando el espacio abierto frente a la hostería, y con rapidez entró en el interior. Se quedó quieto en el vestíbulo, pegado a una de las paredes. Sujetaba su pistola con las dos manos, mirando al frente con cuidado. Necesitaba que su vista se acostumbrase a la luz escasa. Solo un débil resplandor, que provenía del final del vestíbulo, parecía iluminar todo aquel lugar. No se escuchaba nada. Ningún sonido que delatara la presencia de alguien. Avanzó con precaución, apuntando a los laterales a cada paso que daba. Un ruido le hizo detenerse, la voz del sacristán que débilmente se podía escuchar, proveniente del foco de luz.

La escalera para subir al piso superior estaba allí. El resplandor provenía de debajo de ella, en el hueco que daba paso a unos escalones retorcidos que conducían a alguna bodega o a un sótano. Así lo pensaba, bajando despacio, sin dejar de apuntar con su arma. Una puerta entreabierta permitía escapar la claridad. La voz del sacristán se escuchaba de forma intermitente, era débil e ininteligible, pero no tenía duda de que era él.

Empujó la puerta con la punta del pie y esta se abrió ligeramente. No deseaba hacer ningún ruido, nada que alertase al viejo y descubriera su presencia.

El interior del sótano estaba alumbrado. Los montones de trastos impedían que viera dónde podía estar Saturio. Le oía de forma entrecortada, como si hablase con alguien. Como si mantuviese una conversación con otra persona que no podía escuchar. Descendió el resto de los escalones y comprobó a su alrededor, por si existía algún espacio oculto o alguna apertura lateral. El sótano estaba lleno de multitud de objetos rotos y restos de muebles. Vio el carbón de la pared, y siguió el estrecho paso que le permitía continuar hasta el final de aquella amplia estancia. La voz de Saturio cada vez sonaba más alta.

—No me importa, de verdad. No es molestia. Yo soy muy fuerte. Mucho. Y puedo mover lo que haga falta —escuchaba cómo el sacristán hablaba, sin saber con quién.

Percibía también algunos ruidos propios de mover objetos pesados o empujar muebles. No lo veía aún entre aquella montaña de chatarra y restos de madera. Pero no estaba ya lejos, la voz provenía de al lado, de allí mismo, justo detrás de un viejo armario ropero.

—¿Deseas más agua? No, no, vino no tengo. Pero lo puedo traer, claro —se refería solícito Saturio a alguna persona que debía estar a su lado.

El agente se asomó por el lateral del armario y fue cuando lo vio con claridad. El viejo empujaba algunas mesas y colocaba unos cuerpos que no distinguía bien desde allí. Parecían muñecos a tamaño natural, que estuviesen depositados en sillas, alrededor de una vieja mesa del hostel. Se afanaba por moverlos, apartando los muebles y acercando una mesa auxiliar que llevaba una jarra de agua y varios vasos. La mesa grande parecía contener los restos de una comida, platos y fuentes desportilladas se repartían sobre ella de forma anárquica, con restos por todos lados.

—Si la señora lo quiere, con gusto le serviré un poco más —expresaba el sacristán con la voz ronca, acercando la jarra del agua a uno de los vasos de la mesa.

—¡No te muevas ahora Saturio! ¡Te estoy apuntando con la pistola! —exclamó Simón, saliendo por detrás de los muebles.

El viejo dio un chillido y dejó caer la jarra del agua, que se estampó contra el suelo, salpicándolo todo. Eso bastó para que se abalanzara contra el agente como un loco salvaje. Saltó con agilidad sobre Simón, que disparó su

arma de forma forzada. La bala se incrustó en el techo y el viejo le agarró por el cuello, y le mordió en el brazo que sujetaba la pistola.

—¡Por todos los demonios! —gritó el agente al sentir el intenso dolor en su brazo, consiguiendo que soltara el arma. Con agilidad, dio un paso hacia atrás para colocarse en una posición de ventaja y golpeó a Saturio con el puño cerrado en medio de su rostro. Un fuerte golpe, contundente y certero, que le reventó la nariz, haciendo que un borbotón de sangre brotara de su cara. El viejo gritó por el dolor y se quedó aturdido delante de él. Simón se giró con rapidez y lanzó una patada transversal, que le alcanzó en la cabeza, derribándolo por el suelo. Saturio cayó rodando contra algunos de los restos de muebles viejos. Ese instante fue suficiente para que el agente recogiera su Glock, y se diera cuenta del macabro espectáculo que estaba frente a él. Varios cadáveres horrendos y descompuestos se apoyaban o se reclinaban sobre la mesa, pobres víctimas de aquel demonio, o quizá, de todos aquellos locos vecinos que habitaban ese pueblo. Se dio cuenta en el acto, su deber era acabar con todos ellos, debía eliminar al viejo y terminar con las prácticas satánicas. Ahora sí sentía el fervor de su fe, esa era su misión y así se inflamó su corazón. Se volvió para ver al sacristán resoplando arrodillado en el suelo, intentando recuperarse y lo apuntó. Ninguno de aquellos seguidores del maligno debía quedar con vida. Un soldado de Dios era un seguidor fiel y su mano lo ejecutaría. Ahora él lo haría y libraría al mundo de uno de ellos.

Un rugido atronador sonó detrás de él. Dos brazos poderosos le apretaron, haciendo crujir todos sus huesos. Aún sujetaba la pistola, pero sintió cómo era levantado del suelo por algún poderoso animal que tenía a su espalda. El encapuchado había entrado detrás de él, atrapándole por sorpresa entre sus garras de acero. No podía soltarse ni apenas moverse, mientras aquel ser apretaba cada vez más, con la intención de partirle por la mitad. El viejo sacristán se reanimaba e intentaba levantarse. Recordó su entrenamiento, la serenidad necesaria en el combate y cerró los ojos, expeliendo todo el aire que contenían sus pulmones. Aquello bastó para que su volumen fuese menor y poder escurrirse del abrazo mortal. Se deslizó con rapidez hacia abajo y se volvió, golpeando el costado y en el vientre repetidas veces, una sucesión de puñetazos que hizo gemir al gigante, y le obligó a que soltara todo y tropezase trastabillado hacia atrás.

Saturio había cogido un cuchillo y se lanzaba chillando contra el agente. Simón le vio por el rabillo del ojo y solo desplazó su arma unos centímetros. Fue suficiente para apuntar y sentir cómo la detonación retumbaba

en todo el sótano. El proyectil le alcanzó en el pecho y le frenó en seco; sus ojos se abrieron de forma desmesurada y abrió la boca para gritar pero ningún sonido salió de ella. Solo una mancha roja cada vez más amplia, humedeciendo su ropa; fue lo único que salió de aquel cuerpo que ya era un cadáver. Se desplomó sobre el suelo, justo cuando el gigante se reanimaba y le golpeaba con el puño en un hombro, con la fuerza de un martillo. La pistola salió volando, desprendida de su mano, cayendo lejos de él. Aquel golpe habría destrozado el brazo de cualquiera, pero el agente era un soldado entrenado, y soportó el castigo, devolviendo una patada al enorme cuerpo del colosal encapuchado. El tipo se abalanzó sobre él y los dos cayeron rodando entre la multitud de muebles viejos y los trastos allí acumulados.

Todo fue una confusión de golpes y de objetos proyectados por la estancia. Solo se escuchaba el sofoco y los gemidos de furia o de dolor. Aquellos dos hombres estaban igualados. La fuerza del coloso se equiparaba a la técnica en la lucha del agente de la Iglesia y eso, no dejaba claro quién de los dos saldría indemne.

—¡Solo soy un servidor de mi Dios! —exclamó Simón, atrapando al gigante con una llave de lucha por el cuello y girándose con fuerza para sujetarlo. El encapuchado rugió con furia, con la voz atronadora de un volcán y a su vez agarró sus brazos con aquellas manos enormes, apretando como si fueran dos cepos, imposibles de separar.

La lucha continuaba en el tétrico sótano, ignorada por los ocupantes de una furgoneta aparcada en el santuario. Andrés y Cacho esperaban dentro. La sombra de un roble centenario les ocultaba del resplandor rojizo de la luna llena.

La joven Lora se encontraba como una niña pequeña, sentada e impaciente en la parte trasera del vehículo. Les había esperado en el vestíbulo de la hostería, cuando los dos periodistas salían con intención de seguir las instrucciones de una extraña nota.

Andrés todavía sacudía su cabeza aturdido. No sabía qué había sucedido, su mente estuvo atrapada en un sueño insano durante un día entero y parte de la noche; todavía recordaba aquella sensación difusa, cada vez más vaga y distante, de haber estado atrapado en un espacio suspendido en la nada, con la agonía de querer escapar, de intentar huir de allí sin poder lograrlo. Al despertarse, cansado y con un dolor intenso de cabeza, una nota le esperaba sobre su mesilla:

La viuda le había dejado aquella extraña cita. Un requerimiento muy inquietante, que había leído varias veces sin entender muy bien. El periodista pensaba en la siniestra mujer entrando en su habitación a oscuras; arrastrando sus pies en silencio hasta aproximarse a su cama, para depositar aquel papel en la mesilla; con toda impunidad, escrutándole con sus ojos malvados mientras estaba a su merced; y no podía evitar sentir un cosquilleo en la nuca y un miedo profundo en su interior.

—Se me pone el pelo de punta solo de pensar en ella, colega — exclamó Cacho, compartiendo los mismos pensamientos que él.

Lora esperaba a su madre. Se había ofrecido a acompañarles al santuario para compartir aquella reunión. Estaba muy feliz esa mañana, su partida para la capital estaba muy cercana y en su cabeza ya no podía pensar en otra cosa. La niña le hablaba con su voz rencorosa llena de odio, eran leves susurros en su mente que ella apartaba del todo. No quería escucharla ahora, no deseaba oír nada de lo que decía. Solo pensaba en la capital, en los bailes, en la gente que conocería, y sus ojos se humedecían de felicidad.

—¿Seguro que tu madre vendrá? ¿No te dijo nada? —le preguntó Andrés, girando un poco la cabeza para mirarla en el asiento trasero.

—No sé... creo que sí. Sí, dijo que sí, sí vendrá, es que ella es siempre muy seria —reía simpática, mirándole con sus bellos ojos violetas.

—No me fio un pelo de todo esto, jefe, me da mal rollo.

—¿No has notado como un olor a humo? Un tufo que trae el aire desde el pueblo, creo yo... —comentó Andrés, bajando un poco más la ventanilla.

Todos aquellos incidentes en la iglesia, el incendio en el campamento de peregrinos y el infierno que se había desencadenado, era ignorado por ambos periodistas. Ni siquiera Lora parecía ahora recordarlo en su mente infantil y simple. El humo arrastrado por el viento, repartía los restos de la tempestad de fuego y muerte, que había arrasado el poblado de seguidores de la Virgen de Llercia.

—Yo puedo bajar para llamar a mi madre. Puedo... —añadió Lora, abriendo la puerta de la furgoneta y descendiendo del vehículo.

—Ten cuidado —aconsejó Andrés de forma automática.

—¡Madre! ¡Madre! —gritaba Lora, andando a través del sendero iluminado por el resplandor rojizo. Fue avanzando poco a poco hacia el santuario y se subió sobre la base de una columna, como si fuera la sombra de una estatua.

—¡Madre! —volvió a llamar, gritando con más fuerza, pero ningún ruido parecía escucharse; solo se percibía el rumor del viento y el olor persistente a humo.

Los dos periodistas también descendieron de la furgoneta, acercándose a la basílica derruida. Lora dio un salto y desapareció entre las sombras, sin que ellos pudieran verla.

—Maldita chica. Ya se ha largado. Está como una cabra —susurró el fotógrafo, al ver cómo desaparecía.

—No se escucha nada. No me gusta... —comentó de nuevo Andrés, sintiendo una sensación vaga, una intuición molesta que le empujaba a marcharse de allí, a no seguir investigando en las ruinas de aquel lugar maldito.

El claro de luna, rojo como si el foco de un teatro alumbrara el interior del templo, les atraía de forma inevitable. Los dos periodistas atravesaron el derrubio de las paredes y se acercaron a la zona del altar, donde se podían percibir los contornos oscuros de las columnas y las inquietantes formas de las piedras y los restos de la fachada. Nadie estaba allí. Todo parecía tan en calma, tan sereno, que su instinto había saltado como si fuera la alarma de un incendio. Andrés estaba en tensión, seguido de Cacho que lo miraba muy preocupado. La viuda no aparecía, y dudaba entre volver al coche y largarse de allí, o esperar un poco más.

En el sótano de la hostería, el cuerpo colosal del encapuchado se estremecía, postrado en el suelo. Intentaba volver en sí, recobrar algo de lucidez para levantarse. Con un bufido profundo, tomó aire y sintió cómo la vida volvía de nuevo a sus extremidades; ahora podía erguirse con mucha dificultad. En una esquina, entre el montón de muebles viejos y de leña acumulada, se observaba el cuerpo inerte del agente. Solo se percibían su espalda y las piernas, arrojado entre los trastos en plena lucha a muerte. El encapuchado lo miró y se puso en pie. Pensó en acercarse para comprobar el estado del hombre, pero su mente lo desechó, supuso que ya era solo un cadáver, y además el viejo sacristán necesitaba urgentemente su ayuda.

Saturio se encontraba tumbado sobre el suelo. La expresión de su rostro demostraba que hacía ya rato que la vida le había abandonado. Ahora solo era un cuerpo que formaba ya parte de la tétrica colección de comensales putrefactos del sótano. El gigante se acercó a él y movió la cabeza apesadumbrado, al comprobar que su vecino no respiraba. Lo tomó en sus brazos y volvió a pensar en el agente. Dentro de él crecía un odio infinito por

aquel ser que yacía allí, abandonado como un despojo. Se lo había merecido, pensó, sintiendo una satisfacción enorme en su interior. Al final él estaba vivo y aquel demonio ya era pasto de los gusanos. Eso le hizo sonreír bajo la capucha. Con su colosal fuerza, acomodó al sacristán en un solo brazo como si fuera un niño y lo sacó de allí sin dificultad. La puerta del sótano estaba obstruida. La empujó con el pie hasta desencajarla, y salió de la estancia subterránea, apretando el menudo cuerpo del viejo contra sí.

En el santuario, Andrés escuchaba susurros provenientes de las paredes, voces y lamentos que se alzaban entre las columnas y que rebotaban sobre la zona del altar; risas infantiles que le hacían mirar a todos lados. Cacho se había distanciado un poco, quizá presa de la misma sensación. El viento arreciaba un poco y el olor acre del humo se condensaba en ese lugar, haciendo que respiraran el intenso tufo del campamento quemado.

—Uno, dos, y tres. ¿Dime tú qué ves? —escuchó en sus oídos; la voz infantil y triste de una niña, acompañada de una multitud de gritos, de insultos y voces aterrorizadas. Una multitud vestida con harapos le rodeaba. Todo parecía distinto, antiguo e irreal, fundido con la niebla densa que se despejaba. Un alto cadalso se podía ver a su lado, donde las llamas devoraban dos postes de ejecución. En ellos, una mujer y una niña gritaban dentro del fuego que las consumía. La multitud gritaba a su vez enfervorecida, y la niña que estaba atada en uno de ellos, los miraba con los ojos en llamas.

—¡Qué ardan las brujas! ¡Qué mueran como perras del demonio! —exclamaban algunos.

El humo oscuro y pestilente, que se desprendía de aquellos cuerpos consumidos por las llamas llegaba a su nariz. Era ese tufo lo que le molestaba, una sensación de agobio que no le dejaba respirar.

Los tambores retumbaban con intensidad. Redoblaban, produciendo un monótono sonido que hacía vibrar todo el exterior del santuario. En la tribuna, muchos monjes vestidos con sus blancas túnicas, observaban sentados todo aquello, sometidos por el magnetismo de las dos condenadas. Uno de ellos, el que permanecía en pie, parecía mirar con satisfacción. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y observaba el final de aquellas brujas; de aquellas seguidoras del maligno.

—¡Andrés! —escuchó la voz distante y lejana de Cacho, entre la bruma de la irrealidad que aún le atrapaba.

—¡Todos seréis malditos por siempre! —gritó la niña, cambiando su voz, haciéndola más profunda y ronca, como el rugido de un monstruo

ancestral.

En su mente sabía quién era, le conocía, y recordaba su nombre.

«Sí, soy yo. Ese que no quieres nombrar» — le decía la voz, oprimiendo su corazón con la fuerza de una garra.

—¡Azazel! —chilló el periodista, doblándose de dolor mientras escuchaba las palabras lejanas de la gente y el redoble intenso de los tambores.

Una habitación oscura y húmeda parecía rodearle. Su mano tocaba el suelo frío de piedra, antes de volverse a incorporar. Un pequeño ventanuco iluminaba de forma escasa el interior; solo ese pequeño vano cruzado por dos oxidados barrotes.

—Y siendo una seguidora del maligno, una devota sierva del anticristo... ¡Y no lo niegues, perra lasciva!, pues tenemos pruebas de que así es, y gentes de bien que pueden corroborarlo —escuchaba entre las nubes del aturdimiento, observando cómo una mujer joven se debatía entre la vida y la muerte, colgada por las muñecas y suspendida en el aire, sin que sus débiles pies tocasen el suelo. Ya no tenía fuerzas para resistir, con sus brazos descoyuntados y abundantes heridas que mortificaban su cuerpo. Su torso estaba desnudo y el cabello mugriento y sucio le caía por la frente, tapando su rostro.

Ante la orden tácita de uno de aquellos oscuros monjes, el verdugo había vuelto a depositar a la mujer sobre el suelo. Solo lo justo para que tocara con la punta de los pies las frías baldosas, para que sus pulmones pudieran tomar algo del aire vivificante, que le ayudara a recobrar la voz.

—Y no lo niegues, maldita bruja. ¿Eres tú una de ellas? ¿Eres tú una de las concubinas del maligno? —preguntaba el monje con su voz estridente, acercándose a la cara desfigurada de la mujer.

El verdugo levantaba su cabeza, que pendía inerte sobre su pecho desnudo, para que el fanático inquisidor volviese a repetir la pregunta. No parecía entender, ni tan siquiera podía abrir los ojos, sumida en aquel estado de total abandono y sufrimiento. Solo los gritos estentóreos del monje la hicieron reaccionar, mirándolo de forma ausente, como si ya estuviera más en el mundo de los muertos que en aquella estancia de tortura.

—¡Qué despierte! —exclamó el monje de más autoridad, contemplando aquello sin inmutarse desde el centro de la mesa del tribunal.

El verdugo la dejó allí colgando, solo apoyada en la punta de sus pies, con los brazos estirados en aquella posición forzada. Después, llenó un cubo

con el agua gélida de un gran tonel y se lo derramó sobre la cabeza y el torso. La sensación debió ser brutal e hizo que una intensa convulsión recorriera su cuerpo. La mujer levantó un poco la vista y miró al monje que la interrogaba. Tenía el gesto febril y los dientes apretados, como si una contracción de todo su cuerpo la congestionara hasta hacerla explotar. El monje volvió a gritar la pregunta, esperando que la bruja se declarase culpable.

—¡Contesta bruja del infierno! ¡¿Eres tú una de las enviadas del innombrable?! —espetó al oído de la mujer.

Solo un susurro salió de su garganta, como si el último resuello de aire se escapara de aquel ser sin vida. Fue un suspiro, una voz tenue que no se escuchó en la mesa del tribunal.

—Soy una bruja —suspiró la prisionera, deseando morir en ese momento y que el dolor se detuviese.

—¡Tú lo has dicho meretriz de Babilonia! —exclamó el interrogador, volviéndose ante el tribunal que no había podido entenderlo—. ¡Ha confesado! —volvió a gritar, mirando a todos los monjes que la juzgaban; sonriendo al ver sus rostros demacrados e inmutables, porque sabía que el demonio había sido vencido otra vez, y además había cumplido con su obligación ante Dios. En su fanatismo así lo pensaba.

—Qué se cumpla la voluntad de nuestro Señor. El Santo Oficio ha dictaminado, y el reo ha confesado —sentenció en voz alta el monje de mayor autoridad, mirando a los lados en espera de que alguno de los demás repusiera algo.

Andrés solo veía ya a la mujer, respirando con dificultad. Una débil voz salía de su boca, un lamento mezclado con el llanto infinito de su corazón.

—Mi hija... —murmuró, mirándole ahora como si solo le viera a él, como si pudiera penetrar en su alma y absorber todo lo que tenía dentro.

Y la voz del inquisidor llegó a sus oídos sin ninguna piedad.

—¡Qué el fuego redima a estas pobres pecadoras! —percibió en sus oídos, como un golpe que le lanzó contra el suelo del exterior de la basílica, entre el estruendo de los tambores y el olor intenso a leña y a carne quemada.

—¡Andrés! —escuchó la voz temblorosa de Cacho, sin saber de dónde procedía.

—Tú serás maldecido por los siglos pobre mortal, pequeña alimaña asustada —escuchaba en su mente, mientras todo aquel conjunto de columnas y arcos de piedra giraba a su alrededor, haciendo que perdiese el equilibrio y sintiera que el suelo desaparecía bajo sus pies. El rostro quemado de la niña

le miraba con burla, le hablaba expresándose con una voz hueca y aguda, haciéndole daño en sus oídos.

—Yo soy Azazel, ya me conoces, y pronto estarás ante mí. Nada debes temer, pues un nuevo orden vendrá —le aseguró, sin dejar de mirarle, mientras su rostro ardía y se transformaba en un cráneo descarnado, devorado por las llamas.

Los brazos del fotógrafo le sujetaban para impedir que se desplomara sobre el suelo del santuario. Andrés movía la cabeza, presa todavía de la alucinación, con la frente empapada por el sudor y con los puños cerrados, apretados por la crispación. Se volvió ante su colega y le miró asustado.

—¡No podrás! —solo eso exclamó, sin dejar de mirarle fijamente con los ojos desorbitados.

Cacho le sujetaba sin saber qué hacer, llevándole poco a poco hasta una piedra plana donde apoyarlo. El periodista respiraba con fuerza y miraba a su alrededor como si buscara a alguien.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En el santuario, jefe. Ya sabes... —susurró el fotógrafo, sin dejar de mirar hacia la zona del altar, y en ambas direcciones, intentando ver o escuchar si alguien más estaba allí con ellos.

—Él las tiene, Cacho, son tuyas ahora —gimió Andrés, con los ojos húmedos por las lágrimas, sintiendo una profunda pena en su corazón.

Cacho no le prestó atención. Su mente era incapaz de entender lo que pasaba, nunca había sido muy imaginativo. El clic de su cámara era su única religión y nada fuera de ella entraba bien en su dura cabeza.

—¿Nos largamos, Andrés? —repuso con firmeza, levantándole del bloque de piedra.

—No, espera. Espera —protestó el periodista, descubriendo una forma oscura que emergía de la penumbra detrás del altar; un demonio enorme, un encapuchado gigantesco con un hacha en sus manos, teñido por la luna de sangre. Esta súbita aparición, hizo gritar al fotógrafo y reanimó en el acto a Andrés, sacándole de sopetón de su estado errático y alucinado.

—¡Cuidado, jefe! —gritó Cacho, alarmado al ver aquel fantasma acercarse hacia ellos. Los dos periodistas retrocedieron asustados, tropezando entre los sillares de piedra, salvando los bloques y los trozos de columnas. El enorme encapuchado los siguió despacio, agitando el hacha en el aire, como si fuese un verdugo a punto de ejecutarles.

Voces y lamentos se escuchaban entre las piedras caídas, que parecían

provenir de las paredes, de la oscuridad tenebrosa que se adivinaba entre los recónditos huecos de la basílica. Todo el templo derruido era ahora un enorme laberinto de escombros. Las voces aumentaban en intensidad, seres angustiados gritaban y clamaban venganza; cautivos asesinados entre esos muros y pobres víctimas de los hechos más crueles del pasado.

Andrés huía del gigante asesino como podía, se había separado de Cacho, saliendo cada uno en direcciones opuestas, empujados por el pánico y el desconcierto inicial. El encapuchado le seguía y no parecía detenerse hasta ver hundida el hacha en su cuerpo. Andrés gritaba y gemía al sentir las piedras afiladas en sus manos y en sus rodillas lastimadas, al golpearse con ellas en su loca carrera entre los bloques de granito. El gigante no parecía tener prisa, como si fuera un ente irreal, convencido de que su presa no se podría escapar, sentenciada por el mismo diablo.

Muchos seres espectrales le rodeaban ahora. Andrés los contemplaba con los ojos asustados, sin dejar de mirar al asesino que se le echaba encima. Antiguos guerreros le atravesaban gritando, fantasmas que cruzaban frente a él con sus rostros demacrados, con sus cuerpos tullidos. Jóvenes quemadas y hombres descuartizados. Toda una procesión de aparecidos que clamaban pidiendo venganza, haciendo que sus voces retumbaran entre los muros de aquel templo.

Con un grito valiente y decidido, Cacho saltó sobre el gigante. Se había ocultado tras una de las columnas que aún estaban en pie, y subiéndose sobre un bloque de piedra, aprovechó un instante para saltar sobre él. Se aferró a su cuerpo enorme y apretó su brazo fuertemente alrededor de su macizo cuello de toro. El encapuchado resopló como una fiera al sentir la compresión de su garganta y se revolvió al instante. Andrés lo miraba todo sin saber cómo reaccionar. Su compañero estaba allí luchando por su vida, por la vida de ambos, y se dio cuenta de que el hacha estaba ahora en el suelo. El impacto que había recibido aquel monstruo había hecho que la soltara. Ahora solo se preocupaba por quitarse aquel ser insignificante de encima. Andrés miró el hacha una vez más, su mente le decía que actuara, que la cogiera y se defendiese, pero sus piernas se negaban a moverse, el pánico le había agarrotado sin poder reaccionar.

Los fantasmas de los ajusticiados del pasado estaban a su lado, le gritaban en sus oídos, le pedían venganza y justicia, y consumían su ánimo en un fuego irreal, que le hacía respirar sin fuerzas para continuar. El gigante rugió y con una fuerza sobrehumana se revolvió y levantó al pobre fotógrafo en

el aire, como si fuera un simple muñeco. Cacho braceaba y se movía desesperado, intentando zafarse de aquella opresión. El encapuchado le tenía bien sujeto entre sus manos, como dos tenazas enormes imposibles de abrir. Por un segundo, Cacho miró a Andrés con ojos angustiados, como si aquella mirada fuese la última, una despedida, un lloro amargo que ellos dos entendieron al instante. El monstruo lo levantó en alto y lo lanzó sobre un bloque de granito. La cabeza del fotógrafo se partió en el acto, sonando como si un jarrón se cascara contra el suelo y su columna fue seccionada por el borde agudo de la enorme piedra. El cuerpo sin vida del hombre rodó por la superficie pétreo, dejando una mancha de sangre roja como la luz infernal de la luna. Ahora parecía un amasijo informe de brazos y piernas. El coloso lo miró durante un segundo y recogió el hacha, fijándose en el pobre periodista que temblaba, escondido.

Una procesión de víctimas ajusticiadas recorrían el pasillo central de la nave, sus rostros fantasmales y transparentes se iluminaban con la claridad rojiza de la noche. Desfilaban en silencio, ocupando todo el templo y atravesaban el cuerpo enorme del encapuchado, como si fueran etéreas volutas de humo sin densidad alguna. Andrés observaba aterrado, aquello era el infierno, estaba seguro, ya había muerto y solo ese purgatorio era la explicación para lo que estaba viendo sin poder comprenderlo.

El atacante agitó el hacha delante de él, apuntándole con el extremo de la hoja, como indicándole que su turno ya había llegado. Aquel verdugo acabaría lo que había empezado, caería bajo la maldad del monstruo, solo serían unos segundos... Quizá era mejor así, dejarse llevar y rendirse sin luchar, para que aquello pasara rápido. El dolor del miedo era intenso, no podía soportarlo más.

El gigante se acercó a él con el hacha levantada y ya muy cerca, resopló con satisfacción. Aquel insecto sería aplastado, y los blasfemos morirían sin que nadie tuviese piedad de ellos.

Andrés gritó al ver cómo se acercaba y en el último momento, una voz conocida, un sonido familiar y cálido, activó su voluntad y le sacó de aquella postración.

—¡No te rindas jefe! ¡Huye Andrés! ¡¡Huye ahora!! —fue la exclamación que retumbó por toda la nave. A su lado estaba Tamy, mirándole con sus ojos alegres y decididos. Era ella, la joven reportera que le empujaba a escapar. Le ordenaba que saliese de allí y luchara por su vida. Andrés la miró y sonrió con los ojos llenos de lágrimas, mientras el coloso encapuchado

se lanzaba sobre él con toda su descomunal fuerza. El hacha le rozó en un brazo, descarnando algo su hombro, pero no le alcanzó. Un estruendo sonó con fuerza dentro del templo y varios trozos de piedra saltaron en todas direcciones al impactar el arma. Andrés ya había saltado a un lado, gritando por el dolor de la herida y corría como un loco para escapar de aquella trampa, donde se había metido debido al pánico.

El asesino rugía encolerizado, intentando extraer el hacha, que se había empotrado en una grieta enorme de la piedra. Su enfurecido grito demostraba la frustración que sentía al ver cómo su presa se escapaba. Le había tenido en su poder bajo la hoja implacable de su hacha y ahora corría libre, saltando entre las piedras. Volvió a rugir en la noche, haciendo que aquel grito retumbase en el templo y fuera de él, con un sonido concentrado de odio que imbuía todo el valle.

—¡Corre, Andrés, Corre! —volvió a decir Tamy a su espalda, cuando ya salía de la zona iluminada por la claridad de la luna. Corrió desesperado hasta llegar a la entrada de la torre. No tuvo tiempo de pensar ni de reaccionar y se lanzó por la estrecha escalera de caracol, subiendo hacia la zona superior del torreón.

Escuchaba la ahogada respiración del encapuchado que ascendía tras él. El estrecho espacio de la escalera era demasiado justo para el gigante y el esfuerzo le había hecho retrasarse, dando cierta ventaja a Andrés.

De pronto, ya no se escuchaba nada por detrás. Se dio cuenta al dejar de percibir la agitada respiración de su perseguidor. Se detuvo frente al pequeño ventanuco de la pared de la escalera y permaneció en silencio. El sonido del viento rozaba los barrotes de la ventana, y se percibía un ruido sordo en el exterior, como si fuera el murmullo de mil voces clamando a través de ella. Su perseguidor ya no estaba allí, o se había parado para sorprenderle cuando descendiese. Su mente intentaba evaluar las probabilidades, debía decidir qué hacer; si seguir subiendo o volver a bajar, arriesgándose a que el gigante estuviese oculto a la salida de la torre. Debía tomar una decisión y hacerlo rápido antes de que volviese.

Descendió despacio otra vez, esperando a cada paso por si alguien estuviese oculto o agazapado más abajo. Nada se escuchaba, solo su propia respiración asustada y el rumor del viento exterior incesante. Su corazón estaba desbocado, a punto de reventar. El sudor bañaba su cuerpo y los nervios empezaban a traicionarle. Era demasiada tensión para él, y lo sabía, nunca había sido un hombre de acción, un aventurero; solo era un periodista,

un investigador sobre misterios y temas inexplicados. Ahora escapaba de un demonio o de un hombre, y su mente trabajaba a la máxima velocidad, haciendo que cualquier opción fuera posible.

Al bajar percibió el olor, un tufo a sudor fuerte y a sangre seca y su instinto le salvó. El hacha enorme se abalanzó sobre él y golpeó la pared, y un juramento salió de la boca del encapuchado, que le esperaba escondido en el último tramo de la escalera. Andrés gritó asustado y cayó de espaldas, lastimándose el codo, antes de levantarse con agilidad para volver a subir corriendo por la escalera.

Jadeando, llegó a las habitaciones del campanero. La puerta estaba abierta y entró sin mirar en su interior. Todo parecía inerte, vacío, como si nadie hubiese pasado en varios días. Se apoyó en el marco de la puerta y volvió su mirada hacia el espacio oscuro de la escalera, en donde ya se escuchaba, cada vez más cerca, la respiración agitada del gigante.

—Estoy atrapado. ¡Atrapado! —exclamó desesperado, al recorrer las pequeñas habitaciones y ver que su única salida era la entrada por la que ya subía su asesino. En su cabeza valoraba las posibilidades que tenía, ¿qué podía hacer?, ¿cómo huir? Miró la pequeña ventana y se fijó en el exterior iluminado con el resplandor de sangre, pensando en ese instante si sería la suya la que manchara aquellas paredes blancas e inmaculadas. El gigante ya casi había llegado a la entrada de las habitaciones, y Andrés se alejó para esconderse en la zona más extrema; al final del pequeño pasillo, donde sabía que no podría evitar ser atrapado.

Una pequeña escalera se encontraba escondida en aquel espacio oscuro. Se lastimó contra ella al correr en aquella dirección. Era el acceso a la última planta, el extremo más alto de la torre donde se encontraba la campana; y no lo dudó un instante, subió despacio por ella sin hacer ruido y se quedó allí con la trampilla entreabierta, para observar lo que sucedía en la planta inferior.

El encapuchado entró en las habitaciones y recorrió las estancias, se movía por allí buscándole, sin percatarse de la escalera, oculta en la penumbra, en un lugar por el que no se pasaba si no se conocía de antemano. Andrés se mantenía en silencio, sin respirar, intentando no ser descubierto. El asesino recorrió todo el piso y se dirigió otra vez a la puerta de entrada; un lugar que ahora no podía ver desde donde estaba.

Más de una hora estuvo allí espiando por la estrecha rendija de la trampilla. Sin atreverse a mover, sin casi respirar por el miedo a ser

descubierto. No se oía nada abajo, pero no quería volver a probar como antes, por miedo a que el gigante estuviese escondido otra vez para sorprenderle. Su mente le decía que esperase, que aún era pronto. Estaba seguro de que se había escondido como un diablo, esperando la oportunidad para hundir el hacha en su cabeza. El miedo y el frío de la noche le hacían temblar, sintiendo cómo el sudor se evaporaba de su piel y le congelaba. La herida del hombro empezaba a pincharle con un dolor insoportable. El hacha lo había rozado, lacerando una zona apreciable de la piel.

Ningún ruido se escuchaba y la calma había empezado a serenarle. Impaciente, al final decidió bajar con cuidado, descendiendo despacio por la escalera. Las habitaciones parecían vacías. Solo se veía el tenue resplandor rojizo que teñía las paredes blancas. En el dormitorio había ahora una forma que destacaba en el centro de la habitación. Una sombra que le hizo detenerse en el acto, sobresaltado. Podía ser su perseguidor, allí agazapado a punto de abalanzarse sobre él. Pero no se movió del sitio, algo en su corazón le hizo angustiarse, un velado sentimiento de pena que le invadió al instante, y supo que no era el asesino, era alguien conocido. Así lo descubrió al entrar en el cuarto y comprobar que su amigo, el fotógrafo, estaba allí sentado, colocado sobre una silla en el centro de la estancia, como si fuera un mudo espectador de aquella tragedia. Andrés le miró con infinita tristeza y tocó su cara. Estaba frío y no presentaba ningún signo vital. Solo era un cuerpo. Nada más. El cascarón que había contenido a su amigo.

—Descansa ahora compañero —susurró, cerrándole los ojos que seguían mirando al vacío y salió de la habitación con una mezcla de horror y de angustia que no podía evitar. Al salir, se topó con el bello rostro de Lora, sufriendo un sobresalto. Parecía desear que la sonriera a cambio de su alegre gesto. La joven le esperaba allí, como si no entendiera lo que estaba ocurriendo, como si ella estuviese exenta de todo y viviese en una dimensión paralela, donde nada de aquello existía o era posible.

—Ahora ya está todo bien. Ella me lo dijo, y ella nunca miente. Los demonios deben morir. Los demonios que nos quieren matar, deben morir. Ella siempre me lo dice y cuida de mí, ¿sabes? —explicaba Lora, llevando de la mano a una niña pequeña que le miraba con curiosidad.

Andrés se quedó mudo por la sorpresa. Aquella aparición le hizo dudar de su cordura. Bañadas por la luz rojiza de la luna parecían dos fantasmas, dos seres del averno que habían llegado para llevárselo con ellas. La joven Lora seguía sonriendo sin soltar a la niña. Su vestido estaba

manchado de sangre y le miraba seria con sus ojos ardientes, que le taladraban hasta lo más hondo de su ser.

—Tú sabes quién soy —dijo la niña sin soltar la mano de Lora.

—Era un demonio —aseguró Lora, indicando el cadáver del fotógrafo—. Es mejor así. Ahora ven conmigo, debemos irnos a la capital. Ahora podemos irnos —le apremió, señalando la salida, y dejando un espacio para que abandonara la habitación y pasara delante de ella.

Andrés se acercó despacio, su mente era incapaz de procesar todo aquello. Estaba seguro de que era una alucinación, un sueño irreal, no podía ser de otra forma. Debía huir; esa idea seguía viva en su cabeza, y decidió salir de allí, sin dejar de mirar a las dos jóvenes. Lora movía la mano impaciente para que siguiese andando, le sonreía agitando la cabeza, como lo hacía su madre cuando le reprendía por algo.

—No debes ser perezoso o tú también serás castigado. La pereza es un pecado y solo con el castigo puede ser perdonada —añadió cuando pasó a su lado—. Ahora nos vamos a la capital. Ella no quiere, no quiere que me vaya, pero debo irme, porque yo soy joven y bonita y los hombres quieren bailar conmigo, y eso es bueno para mí ¿verdad? —le preguntó, como si todo aquello fuera una locura de su mente enferma.

Andrés la miró y bajó sus ojos para encontrarse con los de la niña, como dos carbones en llamas que se desprendían de sus cuencas vacías. Debía ser fuerte ahora, era la única oportunidad para sobrevivir; y sin saber cómo, algo de su perdido valor brotó de su corazón y consiguió pronunciar algunas palabras balbuceantes.

—Sí, debemos irnos ahora, sí... a la capital... vamos ahora —contestó en un susurro, viendo ya la puerta de salida e intentando engañar a la chica para escapar de allí.

—Tú no puedes venir, solo eres una niña pequeña, y no puedes. Si eres mala, mi madre te castigará y entonces tendrás que rezar a la Virgen y serás perdonada por medio del dolor. Solo en el dolor está la salvación ¡Solo en el dolor está el perdón! —gritó de pronto como una loca, levantando las manos y mirando hacia la ventana por la que entraba la luz intensa de la noche.

La niña reía burlona, ahora al lado de Cacho, le acariciaba el pelo y su rostro pálido y cadavérico. Miraba a Andrés desde el interior del dormitorio, enseñando sus dientes afilados y un gesto salvaje y terrible, que le hizo retroceder asustado.

—Dios mío sálvame —no pudo reprimir a pesar de no ser creyente.

—Vamos ahora —apremió Lora, acercándose a él; con las manos en la espalda. La hoja de un cuchillo brillaba entre ellas, oculta a la vista del periodista. Se acercó despacio, sonriente, mirándole con sus ojos violetas e inocentes. Apretaba el cuchillo por detrás de su cuerpo, mientras seguía andando, moviendo su cabeza como si lo perdonase de algo. El periodista la miraba sin decir ni hacer nada, congelado en el tiempo, absorto por aquellos ojos embriagadores y mágicos.

—Ahora nos iremos a la capital. Ven conmigo —repuso la chica, y de pronto, unos brazos rodearon con fuerza la cintura de Andrés, atrapándole justo cuando ya se dirigía a la salida.

Otro ser encapuchado, esta vez mucho más bajo y delgado, le había cogido por la espalda, aprovechando su aturdimiento. Le retenía con más fuerza de la que parecía tener, mientras Lora se aproximaba con el cuchillo en su mano. Andrés se revolvió del abrazo y consiguió soltarse en el momento en que la joven levantaba el arma, que destelló con el resplandor de la claridad. La chica gritó con la intención de clavárselo en el pecho, pero Andrés logró sujetarla mientras empujaba al otro encapuchado. El ser que estaba cubierto por aquel hábito marrón y con el rostro tapado, cayó al suelo y Andrés pudo desarmar a la chica. El cuchillo voló hasta los pies del extraño monje.

Lora gritaba como una loca, intentando soltarse de las manos del periodista. Le había mordido y ahora le arañaba en la cara para que se apartase de ella. El monje se levantó del suelo y volvió a coger el cuchillo. Solo tenía que estirar su brazo para clavarlo en la espalda de Andrés. Con toda su rabia, apretó el cuchillo con fuerza y se lanzó hacia el periodista. Aquello fue algo casual, el destino que nunca deja de tirar los dados, hizo que Lora le volviese a morder en la muñeca. El intenso dolor le obligó a soltarla y la chica se interpuso justo en la dirección de la hoja, que se hundió en su costado sin que nadie pudiese evitarlo.

La joven se quedó impávida, con la boca abierta a punto de gritar. El cuchillo penetró en su cuerpo, seccionando y desgarrando, se hundió hasta el mango y la dejó sin aliento. El monje se quedó congelado y lo soltó. Todo pareció detenerse en el tiempo, hasta que Lora cayó al suelo sin añadir nada más, sin un solo gemido, ni tan siquiera un suspiro. Se desplomó sobre las rojas baldosas, fulminada por el arma destinada para el corazón del periodista.

—¡Maldito bastardo de Satanás! —profirió el encapuchado, al arrodillarse ante la chica para comprobar con ternura infinita si seguía con

vida. En el exterior, mil voces gritaban y pedían justicia, bajo aquella sangrienta luz que desprendía la luna.

El rugido del gigante retumbó en las escaleras. Aquél sonido le heló la sangre, haciendo que retrocediera solo como un acto instintivo. El monje extrajo el cuchillo con delicadeza del cuerpo de Lora y se puso en pie con intenciones asesinas. Andrés no podía avanzar ni escapar de allí, la puerta estaba ahora bloqueada por el demonio del hacha y aquel monje se abalanzaba sobre él. Recordó la trampilla del campanario. Su mente fue rápida y esquivó la primera cuchillada, corriendo hacia la escalera y subiendo por ella, casi alcanzado por el monje rabioso.

Los dos ascendieron al extremo de la torre. El edificio parecía ahora vibrar, como si un terremoto estuviera sacudiendo aquellas montañas. El monje tiraba cuchilladas intentando herirle, buscando la forma de hundir la hoja mortal en su pecho. Andrés le rechazaba, pero ya no podía aguantar mucho más aquel ataque furioso.

En uno de los encontronazos, el periodista sujetó el brazo del monje y al intentar quitarle el cuchillo, la capucha se trabó entre sus dedos y se la arrancó con violencia. El rostro enloquecido de la viuda le miraba con odio. Sixta había matado a su propia hija, a su niña, por culpa de aquel demonio forastero y ahora debía terminar lo que su Señora la había ordenado; el seguidor de Satanás debía morir.

Andrés se quedó paralizado al comprobar la identidad del monje. Nunca habría supuesto que aquella hostil y severa viuda sería su antagonista, el asesino rabioso que deseaba acabar ahora con él.

La viuda se lanzó chillando contra Andrés en un último ataque de locura, ya muy cerca del gran ventanal en el que faltaba la campana. El periodista estaba justo en el borde y se apartó, dejando que la mujer se precipitara al exterior gritando como un animal salvaje. La torre se sacudió de nuevo y miles de voces sonaron entre sus muros en el momento en que la viuda se despeñaba, cayendo desde el ventanal para ensartarse contra una de las cruces de hierro del cementerio medieval. Su cuerpo se dobló por el impacto y el extremo más agudo de la cruz salió por su espalda, casi partiéndola en dos.

Andrés se quedó mudo mirando desde la altura. La veía muy abajo, iluminada por el resplandor rojizo. El cuerpo inerte de la viuda, que hacía unos segundos había querido matarle, ahora ya no era nada, solo un cadáver destrozado, y le costaba entender todo lo que había sucedido.

La torre se desmoronaba con él dentro. Un nuevo temblor, esta vez más

intenso, le volvió en sí. Parte del techo caía a su alrededor, y las paredes parecían palpar con un movimiento propio, como si todo aquel templo se viniese abajo. Andrés descendió del campanario sin mirar nada más, ya no pensaba en el asesino, ni en la luna de sangre, solo podía correr esquivando las piedras y los escombros del techo, mientras saltaba por la escalera de caracol, para escapar de allí. Todo se derrumbaba, se desprendía con el ruido ensordecedor del gemido de la tierra.

Pudo saltar fuera de la torre en el justo momento en que reventaba, como si una explosión interna la hubiera alcanzado de lleno. Se derrumbó entera, despejando todo el espacio a su alrededor, y haciendo que el periodista fuera lanzado por la violenta sacudida varios metros dentro de la basílica.

Intentaba ponerse en pie entre una nube de polvo rojo. Solo fue un instante, pero la hoja enorme del hacha cayó a su lado con un estruendo metálico. El gigantesco animal que le acosaba estaba allí, con su rostro cubierto por la capucha. Andrés no podía apenas moverse, el hombre lo sabía y sin prisa se preparó para asestarle el último y mortal golpe de gracia. Levantó su hacha y resopló con satisfacción, y un segundo antes de que la empujara con fuerza para partirlo en dos, un disparo detonó entre las columnas del templo y una gran mancha roja empapó el hábito marrón que cubría al coloso. Este se quedó quieto, como si hubiese sido alcanzado por un rayo, para caer a plomo sobre el suelo.

Allí, apoyado contra una columna, estaba el agente de la Iglesia. Se movía con dificultad, como si miles de heridas le impidieran respirar. Sujetaba en su mano una pistola y le miraba con seriedad, sin inmutarse. El templo se agitaba, como si el terremoto hubiese decidido destruir todo aquel lugar maldito. Andrés se levantó y sujetó al agente, para ayudarlo a salir de allí. La basílica y todo el santuario se estremecían con vida propia, bajo los gritos de venganza de mil almas que emanaban desde el cielo de sangre. Solo esos dos hombres habían sobrevivido y ya se dirigían al exterior para escapar de allí.

Se montaron en la furgoneta y Andrés volvió a mirar por última vez; y entre una enorme nube de polvo, solo pudo distinguir una gran montaña de escombros y de piedras amontonadas. Nada quedaba ya en pie del antiguo santuario, nada que recordara su pasado terrible y maldito.

—¿Quién era? —preguntó Andrés, al volver la cabeza de nuevo.

—El alcalde —contestó Simón, con la voz fatigada, apoyándose en su brazo.

Y Andrés, pensó en Lora y en la niña, y en sus amigos muertos, al arrancar la furgoneta; y no sintió ya nada en su interior, solo un cansancio infinito.



Epílogo

Un humo denso seguía saliendo del campamento, formando grandes nubes sobre los prados cercanos a la iglesia. Una multitud de coches de la policía acordonaban la zona, en un trasiego incesante de guardias civiles y agentes de paisano. Varias ambulancias atendían a los heridos, peregrinos que habían podido salvarse de la matanza y del pavoroso incendio. Santos, el sargento del cuartelillo cercano, estaba de pie mirando todo aquello, mientras parecía pensativo y preocupado.

—¿Qué hacemos con esta gente, mi sargento? —preguntó el cabo, indicando con la mano a un grupo de fanáticos seguidores de la Virgen, que permanecían agrupados a su lado, temblando de frío y cubiertos con algunas mantas sobre sus hombros.

Santos se volvió para mirarlos y meneó la cabeza disgustado.

—¡Qué sé yo! Menudo infierno se ha montado aquí —repuso, dejando a su ayudante sin saber qué hacer, mientras se dirigía hacia el grupo de policías y de otros peregrinos que estaban cerca de la iglesia.

—Había otro hombre conmigo. Era joven y alto, de pelo rubio —comentó Andrés al médico de la ambulancia, cuando este le vendaba el hombro y le administraba un calmante.

—No he visto a nadie con esa descripción. Aunque hay mucho jaleo y está todo desorganizado. No le podría decir. Lo mismo le ha atendido otro compañero —respondió el médico.

Andrés le miró un segundo y volvió su vista hacia los restos del poblado; pensaba en el agente de la Iglesia, mientras terminaba de beber el café caliente, apretando con las dos manos el vaso de plástico. El día era muy desapacible, la lluvia empezaba a molestar, como queriendo borrar todo lo que la noche había traído.

En Castrolobos, las calles estaban desiertas. Ninguno de los vecinos

estaba por allí, ni en ningún otro lugar fuera de sus casas. Desde las oscuras ventanas, asomados como fieras enjauladas dentro de sus madrigueras, observaban todo lo que ocurría en su pueblo. La policía había llegado al lugar y esperaba las órdenes del inspector jefe antes de hacer nada.

—Esto es una carnicería, señor —comentó el joven agente al inspector, apoyándose en el umbral de la puerta de la hostería.

—Mantén el tipo muchacho, respira un poco de aire —contestó el inspector, al ver el rostro descolorido del policía.

Algunos cadáveres ya estaban siendo sacados del sótano. Varias bolsas de lona negra precedían a la policía científica, que se aplicaba desde primeras horas de la mañana en su labor. El inspector entró en el edificio lleno de agentes y miró a su alrededor; la casona estaba desordenada, sus hombres habían buscado por todos lados. Un olor fuerte y desagradable impregnaba el ambiente. Su ayudante se acercó con un pequeño bote de metal en la mano.

—Un poco de mentol y alcanfor para el olor, jefe —le ofreció, enseñando el frasco abierto.

El inspector declinó el uso de aquel ungüento para sus fosas nasales y bajó al sótano para comprobar con sus ojos el macabro espectáculo.

Cerca del poblado devastado, varios peregrinos hablaban en voz muy alta con los guardias civiles que les ayudaban. Estaban en un lamentable aspecto, quemados y con múltiples heridas, y en sus ademanes y palabras daban muestras de mucha excitación y miedo.

—Dicen que fueron diablos, que llegaron en la noche conducidos por Lucifer, para acabar con todos ellos —comentó el sanitario que le entregaba una manta a Andrés.

—Diablos... —repitió el periodista.

—Sí, seres con antorchas y espadas, incendiando y matando, sin que nadie pudiera defenderse de ellos —repuso el enfermero, sonriendo incrédulo.

—Hombres o diablos, ¿qué más da? —murmuró Andrés sin prestarle mucha atención.

Al cabo de un par de días, el frío viento de las montañas parecía haber borrado todo lo acontecido en aquel lugar maldito. Solo los restos calcinados del campamento se podían ver aún, ahora rodeados por una cinta policial y algunos curiosos que deambulaban por la zona. La furgoneta de la radio se

detuvo un instante cerca de la iglesia. En su interior, Andrés miraba la fachada oscura e imponente del viejo edificio, sumido en sus pensamientos. Todo aquello parecía un sueño, una pesadilla terrible de la que hubiese despertado.

En el interior de la iglesia, la imagen de la Virgen de Llercia no mostraba el prodigio con el que había atraído a tantos fanáticos y adoradores. Sus lágrimas de sangre ya no eran visibles, como si todo lo pasado hubiese impedido que la figura de piedra siguiera conectada con la divinidad.

Por el espejo retrovisor, Andrés se fijó en la distante presencia de algunos vecinos. Se acercaban despacio hacia allí. Aparecían entre la niebla, siendo cada vez más numerosos; andando en silencio, juntos como un rebaño de fantasmas.

El periodista les observó y arrancó la furgoneta, su estancia en aquel lugar maldito había acabado, deseaba volver a Madrid, escapar de allí e intentar olvidar todo aquello. Su coche salió del prado y retornó a la carretera, deteniéndose un instante, al ver en sentido contrario otro vehículo que llegaba en ese momento. Frenó un segundo y un coche negro, un utilitario muy viejo se detuvo a su vez, casi rozando el suyo. Un hombre muy atildado y serio le miró desde su asiento. Solo fue un leve saludo con la cabeza, que Andrés correspondió. Se fijó en el alzacuello y en la ropa oscura de sacerdote, y volvió a arrancar el coche para desaparecer entre las curvas retorcidas de la carretera. Ahora solo deseaba escapar de allí.

Quinto afilaba su hacha en el corral de la granja. La policía le había soltado. Silbaba una canción, pensando en la tarea del día, en cómo debía ahora cuidar a su Señora, ya que él estaba a cargo de todo. Se sentía feliz, solo le importaba eso, su Madre debía ser protegida y él podía hacerlo. Seguía pensando, mientras afilaba con cuidado la hoja brillante de su hacha, pasándola una y otra vez por el disco del torno.

El coche del sacerdote se detuvo frente a la iglesia. El nuevo párroco miraba la fachada del templo y se abrochó el cuello del abrigo antes de bajar. Cerca de allí, podía observar a una multitud de aldeanos. Debían haber venido para recibirle, sin duda, pensaba el clérigo al descender del vehículo. Este era ahora su rebaño, y pretendía ser un buen pastor. Todo lo pasado ya no volvería a suceder, como le había asegurado al obispo.

Los vecinos se acercaron despacio. Sus rostros serios y hoscos le miraban en silencio.

En la puerta de la iglesia, una niña pequeña, de dorados cabellos, sonreía y guiñaba un ojo molesta por el sol de la mañana. Llevaba un precioso

vestido blanco immaculado y movía su mano como si saludara al cura. El párroco la vio y sonrió a su vez, levantando la suya.